

A photograph of a man's muscular torso, showing his abdominal muscles. A woman's hands with teal nail polish are resting on his waist. The man is wearing dark jeans. The background is dark.

*Viernes de
Pecado*

Mar Álvarez

**VIERNES
DE
PECADO
Mar Álvarez**

Copyright © 2018 Mar Álvarez
Todos los derechos reservados

A mis hermanos,

M^a. José y Julio.

No hay tiempo ni distancia,

Porque siempre camináis a mi lado

Índice

- [Capítulo 1 - Un Regalo Sorpresa](#)
- [Capítulo 2 - Débora](#)
- [Capítulo 3 - Sergio](#)
- [Capítulo 4 - Una Noche Especial](#)
- [Capítulo 5 - Quiero Volver a Verte](#)
- [Capítulo 6 - Sois unos Rajados](#)
- [Capítulo 7 - Un Momento Surrealista](#)
- [Capítulo 8 - Un Sabio Consejo](#)
- [Capítulo 9 - El Sillón del Amor](#)
- [Capítulo 10 - Alboroto en la Oficina](#)
- [Capítulo 11 - El Último Viernes](#)
- [Capítulo 12 - ¿De Verdad?](#)
- [Capítulo 13 - ¿Quién coño eres tú?](#)
- [Capítulo 14 - La Mancha de la Mora...](#)
- [Capítulo 15 - Un Regalo para Santi](#)
- [Capítulo 16 - De Excursión por la Sierra](#)
- [Capítulo 17 - No Tienes Ovarios...](#)
- [Capítulo 18 - Un día en el embalse](#)
- [Capítulo 19 - Divina Providencia](#)
- [Capítulo 20 - Alana me va a matar](#)
- [Capítulo 21 - Vas de culo conmigo...](#)
- [Capítulo 22 - De vuelta al trabajo](#)
- [Capítulo 23 - Demostración de Testosterona](#)
- [Capítulo 24 - La Mujer del Secreto Oscuro](#)
- [Capítulo 25 - Organizando el viaje](#)
- [Capítulo 26 - Cerrado por Defunción](#)
- [Capítulo 27 - Te Necesito](#)

Capítulo 28 - El Último Adiós
Capítulo 29 - Borrón y cuenta nueva
Capítulo 30 - La Saucedá
Capítulo 31 - Noche de Confesiones
Capítulo 32 - Una Reunión Desagradable
Capítulo 33 - Nervios de punta
Capítulo 34 - Clase de Surf
Capítulo 35 - La gente está fatal
Capítulo 36 - Ya no puedo más...
Capítulo 37 - Compartir los problemas
Capítulo 38 - A través del espejo
Capítulo 39 - No estás sola
Capítulo 40 - Bendita Locura
Capítulo 41 - ¿Qué es lo que has hecho...?
Capítulo 42 - Te regalo la luna
Epílogo - El mejor regalo posible
Agradecimientos
Nota de Autora
Sobre la Autora

Avance de Un Okupa en mi Corazón
Capítulo 1 - Un Nuevo Proyecto.

Capítulo 1

Un Regalo Sorpresa

El Puerto de Santa María (Cádiz)

—Joder, joder... ¡Qué fuerte!

De semejante guisa, y haciendo vigorosos aspavientos con las manos, entró Vero en el despacho de Alana. Todo un torbellino de energía y vivacidad que llevaba pintada la palabra *notición* en sus expresivos ojos.

—¡Te vas a quedar de piedra cuanto te enteres del último chisme que te traigo! —la expectación se delataba en su voz tanto como en sus ademanes —. ¡Es que es muy fuerte!

Alana suspiró audiblemente, segura de que, con toda probabilidad, no sería para tanto. Ya estaba más que acostumbrada a aquellos arrebatos explosivos de su amiga.

—A ver, ¿qué te ha pasado ahora? ¿Quién se ha liado con quién? —preguntó sin molestarse en levantar la vista del informe que en aquel momento estaba repasando. A pesar de no ser proclive a chismorreos ajenos, Vero siempre se encargaba de ponerla al tanto de lo que se cocía por los pasillos del Ayuntamiento. Como si le importara... bastante tenía ya con su propia y anodina vida como para preocuparse por los tejemanejes de los demás.

Vero plantó la palma de su mano sobre el documento que Alana estaba leyendo, impidiéndole así continuar con su trabajo.

—Deja eso y préstame atención, Alanita. Lo que tengo que decirte es muy, muy importante... —recalcó a conciencia.

La aludida se echó hacia atrás en su asiento. Se quitó las gafas que solía usar para leer de cerca y las dejó con desgana sobre el escritorio. Con el índice y el pulgar se frotó por unos instantes el lagrimal de ambos ojos, dándose un respiro obligado y no buscado en su trabajo. Suspiró antes de cruzar los dedos sobre su regazo y clavar sus ojos castaños en los de su compañera y amiga.

—Tienes toda mi atención... Pero por favor, que sea la versión breve, que tengo una montaña de papeles pendiente de revisar antes de irme a casa— le suplicó, consciente de que cuando quería, la charla de Vero podía resultar muy extensa.

Sin embargo, el ánimo de ésta no decayó a pesar de los intentos de su amiga por despacharla rápido. La sonrisa que le pintaba el rostro se mantenía impertérrita como si no se hubiera dado por aludida.

—Voy a ponerte a tu príncipe azul en bandeja de plata y con una manzana entre los dientes, querida —anunció con confianza—. Voy a dejarte a Alex tan a tiro de piedra que no podrás negarte a lo que te vengo a ofrecer. Va a ser el mejor regalo que tendrás en tu vida.

Al escuchar el nombre de Alex en voz alta, los ojos de Alana a punto estuvieron de salirse de las órbitas.

—Schiitt... —La mandó a callar de inmediato con el corazón golpeándole en el pecho—. ¿Pretendes que toda la oficina te oiga? Has dejado la puerta abierta, por el amor de Dios... —susurró para que solo Vero la oyera. Se levantó de su asiento como si la hubieran pinchado en el culo para ir a cerrar el despacho de un brusco manotazo.

—Te agradecería que no airearas mis asuntos personales tan alegremente y a

voz en grito —la reprendió llevándose las manos a la cintura y fijando en su amiga sus ojos con notorio enfado.

—Oh, venga... —Vero se limitó a descartar su protesta con un simple ademán de mano—. Si media oficina sabe que bebes los vientos por el Jefe de Urbanismo.

—¡Maldita sea, que te calles! —protestó golpeando el suelo fuertemente con un pie, haciendo resonar el tacón de su zapato—. Que en un Ayuntamiento como este todos nos conocemos...

—¿Todos? —bufó con ironía—. No lo dirás por ti, que eres más ermitaña que un monje tibetano. Llevas dos años detrás de él y nunca habéis cruzado ni una sola palabra digna de resaltar. Desde luego a quien se le cuente...

—Te recuerdo que él está en Urbanismo y yo, en Juventud y Deportes; su departamento y el mío no tienen nada que ver.

—Coño, pues organiza una carrera por calles llenas de baches y vas a protestarle a él, yo que sé... —le argumentó como si la solución para su inacción fuera más simple de lo que ella quería dar a entender.

—Además —la interrumpió tratando de rebatirle—, sí que he hablado con él varias veces.

—Claro, por teléfono y para de contar. Si a la maravillosa frase de «¿Se puede poner Vero?» —la imitó con voz de falsete— se le puede llamar hablar...

—Bueno, ya está bien... —cruzó los brazos delante del pecho como autoprotección—. No tengo la facilidad de hacer amigos que tienes tú, ¿vale? Cuando se tercie y surja la oportunidad, hablaremos como compañeros y punto.

—Dos años... —volvió a recordarle con retintín, ondeando delante de su cara los dedos índice y corazón.

—Vete a la mierda, Vero —contestó molesta al tiempo que bordeaba su mesa y se dejaba caer de nuevo en su sillón con rabia.

—Que sepas que eso último no te lo voy a tener en cuenta; sé bien lo mucho que me quieres y que no lo dices en serio. Y además, lo que te traigo es tan jugoso que cuando te lo diga hasta me vas a levantar un monumento.

—Déjate de monumentos y suéltalo de una vez. Ya te he dicho que estoy de trabajo hasta arriba.

Vero se sentó sobre el filo del escritorio, cruzó las piernas y adoptó una postura sexy, excesiva y forzada.

—¿Te gustaría pasar una noche de pasión desenfrenada con el bombón de mi departamento? Imagínatelo, sentir sus labios en tu cuello, su lengua chupeteándote de arriba a abajo, su cuerpo restregándose con el tuyo, su pedazo de... tú ya me entiendes metiéndose en... —empezó a manosear su propio cuerpo exagerando aún más sus palabras.

—¡Vero! —gritó ahora sí muerta de miedo de pensar que, a pesar de que la puerta ya estuviera cerrada, alguien pudiera oírla desde el otro lado —. Te voy a matar. ¡Cállate de una puñetera vez o no respondo! —la amenazó levantando los brazos.

La aludida dejó su pose artificial, incorporándose de su improvisado asiento para empezar a dar saltos y palmas mientras reía, como una niña pequeña.

—Joder... ¡Qué bien te lo vas a pasar! Pero eso sí —le advirtió no con demasiada seriedad—, después me lo tienes que contar con todo lujo de detalles. Me lo debes.

—Madre mía... ¿Qué has hecho? —preguntó Alana con voz de pánico. En aquel momento, el sonrojo le llegaba hasta el último mechón de su pelo castaño, que por un momento, pensó que debía haberse convertido en rojo fuego. Le ardían las mejillas y su expresión reflejaba el miedo por lo que

aquella loca podía estar tramando.

—Yo no he hecho nada, corazón —dijo finalmente, calmando su infantil entusiasmo —. Vas a hacerlo tú.

—¿Yo? ¿Qué voy a hacer yo? Mira que si me has metido en un lío...

—¿Quieres o no quieres? No olvides que te lo estoy poniendo a huevo.

—Mierda, se te olvida que está casado...

—Y a ti que su matrimonio va de culo; que está hasta las narices de su manipuladora y controladora mujer —le rebatió con seguridad.

—Eso no lo sabes.

—¡Claro que lo sé! ¿Acaso hay algún chisme que se escape a mi control?

Alana apretó los dientes. A pesar de todo, la curiosidad y la expectación se habían instalado inevitablemente en su interior.

—Di lo que tengas que decir y déjame tranquila —Vero sonrió satisfecha. La conocía demasiado bien como para saber que le había picado lo bastante la curiosidad. No saldría de allí sin haber confesado *sus crímenes*.

—Bueno, tú y yo sabemos quien cumple años hoy, ¿verdad? —preguntó con suficiencia.

—Sí, las dos los sabemos perfectamente... —replicó aún entre dientes. Alex cumplía los treinta y tres, y suponiendo que se hubiera organizado algún tipo de celebración en la oficina, entre compañeros, Alana no esperaba ni de lejos formar parte de la misma. Sólo se trataba de la amiga de su compañera de departamento, alguien a quien muy esporádicamente le tomaba el recado cuando la llamaba y no la pillaba en su asiento. Alguien a quien de vez en cuando se cruzaban por un pasillo cualquiera si daba la casualidad de que coincidían en el mismo edificio, porque para más inri, ambos departamentos estaban situados en diferentes inmuebles.

—Bueno, te cuento: Resulta que el grupo de amigos con el que él se reúne acaba de hacerle un pedazo de regalo de tres pares de cojones —le informó Vero con una alegría exultante.

—Regalo que por supuesto tú sabes y que has venido a contarme —dijo por sentado de modo evidente.

—Exacto. De lo contrario, no estaría aquí.

Alana suspiró. Definitivamente, había picado su curiosidad y ya puestos, nada tenía de malo saber que maravilloso obsequio era el que le habían hecho a Alex sus amigos.

—Y consiste en...

Vero tragó saliva con regusto antes de contestar.

—¿Conoces la Sala Pecado? —preguntó con una sonrisa traviesa pintada en sus coloreados labios de carmín.

—No... ¿Debería?

—¡Qué pregunta la mía! Con lo pánfila que eres, lo raro sería que la conocieras. —Alana aguantó la puya y la dejó continuar—. Pero vamos, con el nombre que tiene, no creo que resulte muy difícil adivinar de qué tipo de sitio se trata.

La muchacha pestañeó un par de veces al tiempo que su asombro se empezaba a reflejar en su mirada.

—¿Un puticlub? ¿Le han regalado a Alex una sesión de putas? —dijo con horror. Por muy mal que estuviera su matrimonio, aquel le parecía un regalo de muy mal gusto—. ¿Y cómo demonio te has enterado de eso?

—Sus amigos vinieron hace un rato y le entregaron un sobre. Cuando lo abrió, no te imaginas el griterío que montaron en un momento. Bah, hombres... son tan básicos los pobres...

—Pero, ¿cómo es posible que estés al tanto de su contenido? ¿Acaso lo abrió delante de ti?

—No, claro que no. Se encargaron de cerrar la puerta cuando vinieron a verle, supongo que para que nadie se enterase de lo que pasaba dentro. Pero después de todo el alboroto que se montó en un momento, no me podía quedar sin saber el motivo, así que... —chaqueó la lengua un instante— Digamos que puse en funcionamiento mis dotes como espía.

—¿Que hiciste qué?

—Entré en su despacho con la excusa de llevarle unos papeles. Como quien no quiere la cosa, y con muchísimo disimulo, descolgué su teléfono y pulsé el manos libres... Cuando volví a mi mesa, le di a ciertos botones de mi terminal, y uy, casualmente capté algo de la conversación que mantenían dentro.

Alana negó con la cabeza, sorprendida.

—Por curiosidad, ¿has escuchado oír hablar del secreto de las comunicaciones? ¿Sabes que eso es ilegal?

—Pamplinas —volvió a desechar su protesta como si no hubiera hecho nada malo—. Ilegal es tener un cuerpo como el que tiene ese hombre y que las pobres mujeres terrenales no podamos gozar de él como Dios manda.

—Se te olvida que quien lo disfruta es su *legal* esposa.

—Que lo tiene a pan y agua cada vez que hay mosqueo entre los dos.

—¡Vero, eso no lo puedes saber!

—Discuten continuamente, ¿y qué pareja echa un polvo cuando están de uñas? Así que —trató de razonarle como si fuera lo más evidente del mundo—, o el pobre se mata a pajas o busca alivio por otro lado. No me creo que un cuerpo así se quede desaprovechado.

—¿Y eso es motivo para que sus amigos le regalen la entrada a un prostíbulo? A mí no me parece demasiado acertado, la verdad...

—Definitivamente, eres pánfila en grado sumo. Además, no todos los días es un puticlub a la vieja usanza. Los viernes se podría decir que tienen... sesión especial.

—¿De qué, de putas?

Vero rió. Ver el apuro dibujado en el rostro de Alana no tenía precio.

—Digamos que los protagonistas de esos viernes especiales son los propios clientes, tanto ellos como ellas.

—Vale, considera que soy lerda en estos temas e imagínate que acabo de salir de un colegio de monjas. No te sigo...

—Digamos que las prostitutas tienen el día libre.

¿Día libre? Aquello no le cuadraba para nada.

—¿Y entonces, quienes prestan los servicios?

—Adivina —Vero movió las cejas arriba y abajo con rapidez.

—Hoy debo haberme levantado con la mente espesa, así que dímelo tú.

—Digamos que hombres y mujeres insatisfechos con su vida sexual se liberan durante unas horas en los llamados Viernes de Pecado. La sala sólo se encarga de reunirlos, cediéndoles las instalaciones y las habitaciones para su disfrute personal. Lo que se paga es, por decirlo de alguna manera, por el uso del lugar de encuentro y por hacerles de celestinos.

—Vale, lo capto. Entonces, el regalo de Alex consiste exactamente en...

—Al bomboncito le han regalado justamente eso: un pase para un Viernes de Pecado... ¡Para este mismo viernes! Se ve que tienen tanta demanda que en el mismo bono le indican la fecha exacta de su uso, supongo que para evitar el *overbooking*.

Alana frunció el entrecejo. No llegaba a creer que lo que contaba su amiga fuera verdad.

—Pareces que conoces bien lo que sucede allí ¿Acaso lo has probado alguna vez?

—¡No! ¿Acaso no te acabo de decir que son para personas sexualmente insatisfechas? ¿Desde cuándo yo lo soy?

—Entonces, ¿cómo sabes tanto?

—Bueno, cuando me enteré del regalo, y sobre todo teniendo en cuenta ese nombre tan prometedor, «*Viernes de Pecado*»... Vamos, o me informaba de lo que era o me cortaba las venas. Sólo tuve que teclear en Internet y la información salió a borbotones. Madre de mi vida... La de enlaces que salieron. Había páginas y páginas...

—¿¡Has mirado la información de un puticlub en el ordenador del trabajo!? ¡Estás loca! ¿Y si te pillan...? —exclamó incrédula.

—No, tonta, ¿cómo lo voy a mirar por ahí? Lo he buscado por el móvil. Mira...

Sacó el teléfono del bolsillo de su pantalón vaquero; pulsó el botón correspondiente y un edificio con una luz escandalosamente roja apareció en pantalla. No había que ser un lince para adivinar cuál era la actividad que se desarrollaba en su interior. Blanco y en botella. O mejor dicho, rojo y de neón.

—Anda, quítame eso de la vista y déjame en paz, Vero —exclamó malhumorada—. No hace falta que vengas a restregarme que el tío que me gusta se va a ir de putas; perdona que te lo diga, pero no resulta muy agradable de asumir.

—Eh, eh, eh... No se va de putas. Recuérdalo, se va de *Viernes de Pecado* —pronunció con voz rimbombante—, que no es lo mismo.

—Oh, vale... Me consuela saber que no se va a tirar a una que se abre de piernas por dinero, sino a una mujer a la que le pican los bajos y busca que alguien se lo rasque —sentía que su malestar iba creciendo por momentos. Aquella no era la imagen que se había formado, en su imaginación, de Alex. Y lo cierto es que la real no le estaba resultando demasiado atractiva.

Vero no pudo aguantar la carcajada por más tiempo. Aquella información sólo era parte de las noticias que le llevaba. Lo más jugoso aún no se lo había dicho y ya le estaba empezando a quemar por dentro no habérselo contado todo.

—¿Y a ti no te pica ni un poquito siquiera? —le preguntó sin poder contener la risa.

—¿Y tú no te puedes ir un poquito a la mierda?

Las carcajadas aumentaron en volumen e intensidad haciendo que se le saltaran las lágrimas.

—Ay, Dios Bendito, dame paciencia para tratar con almas cándidas y pusilánimes como la que tengo delante —rogó falsamente elevando los ojos y las manos al cielo. A continuación, volvió a mirarla a los ojos y, por primera vez desde que hiciera su entrada estelar, le habló con aparente seriedad—. Te estoy sirviendo a tu hombre en bandeja de plata y ni siquiera te das cuenta: ¿No te has planteado ser tú quien le quite las penas a Alex?

—¿YOOOOO?

—Sí tú, y baja la voz que aunque la puerta estará cerrada, tampoco es que estemos metidas en un búnker.

—¿Y cómo quieres que te hable? ¿Te das cuenta de la barbaridad que me acabas de soltar? —pestañeó repetidas veces tratando de asumir la sugerencia que acababa de hacerle Vero— ¿Cómo pretendes que me presente en un sitio así, delante de él y que, que...?

—Joder, que te lo folles. Dilo de una vez, que no te vas a morir por pronunciar esa palabra.

Alana estaba completamente estupefacta e incrédula por cuanto oía.

—¿Se puede saber qué te has fumado? —sus ojos corrían el serio peligro, esta vez de verdad, de salirse de sus órbitas.

—Yo nada. Sólo me preocupo por una amiga insatisfecha que está dejando pasar los mejores años de su vida por ir detrás de un tío sin mover siquiera un dedo por intentar conquistarlo. Y me arde la sangre al ver que no haces nada para remediarlo; que te pones nerviosa cada vez que le das los malditos buenos días si es que te lo cruzas por los pasillos. Despierta de una vez, Alanita. ¡Saca a la leona que llevas dentro!

—Leona, los cojones. ¿Con qué cara quieres que me presente ante él para que me..., para que me...

—Dilo: para que te folle.

—¡Coño, sí, para que me folle! ¿Y después pretendes que pueda volver a saludarlo como si tal cosa? A ti se te ha ido la pinza, chavala...

—Bueno, quizás se me ha olvidado mencionar que los encuentros no son a cara descubierta. —Chasqueó la lengua por enésima vez—. Supongo que la discreción es un punto importante en estos temas, habida cuenta de que la gente que suele ir allí son personas con una vida normal. Si quieren follar enseñando sus rostros, es una decisión que toman los participantes en el encuentro, sabiendo de ante mano a lo que se exponen.

—Espera, espera —Tomó suficiente aire como para llenar siete veces sus pulmones—. ¿Sería con la cara tapada? ¿Y cómo sabría yo quien es él?

—Conoces el cuerpo de Alex de memoria, al menos lo que se ve por fuera. Su estatura, su complexión, hasta su ropa. ¿Acaso no serías capaz de reconocerlo sin necesidad de verle el rostro? Apuesto a que sí. Sólo tienes

que dar el primer paso y ser tú quien lo elija antes de que él escoja a otra.

—Pues si se elige por el cuerpo serrano, lo llevo claro... —aseveró mirando hacia abajo su propio cuerpo.

De repente, sintió que un bolígrafo volador le golpeaba la cabeza. Alzó la mirada para encontrarse con los ojos recriminadores de Vero.

—No te menosprecies. Sabes que odio que lo hagas. Eres preciosa, por dentro y por fuera, y pobre de aquel que diga lo contrario.

—Claro, por eso estoy compuesta y sin novio a mis veintinueve años. Se me olvidaba que en la puerta tengo una cola de pretendientes esperando su turno.

—Capulla, los tendrías si no fuera porque tienes los malditos cinco sentidos en un tío que no te da ni los buenos días —meneó la cabeza como si lo repensara—. Bueno, eso sí, pero poco más.

—Y porque me sobren doce kilos.

—No te sobra nada. Estás muy bien formada, bien proporcionada, con las curvas justas y precisas —insistió Vero.

—Y unas tetas enormes y pesadas.

—No creo que los tíos tengan muchos problemas con tus tetas. Eres tú la de los complejos; no le echas la culpa a nadie más.

—Da igual, sea como sea —movió la mano en un gesto brusco—. No pienso ir a ese Viernes de Pecado ni loca. No voy a gastar ni un euro en semejante barbaridad.

—Lo sé. Por eso esta invitación corre de mi cuenta. —Del bolsillo trasero de su pantalón sacó un sobre doblado por la mitad que dejó sobre el escritorio con un golpe seco.

—¿¡Qué has hecho!?

—Dar el paso por ti.

—Si eso es lo que creo, devuélvelo de inmediato. No lo quiero.

—No.

—Es un dinero perdido.

—No lo es.

—No voy a ir y lo sabes.

—Si no lo haces será porque Alex no te gusta tanto como dices. Tienes la oportunidad de pasar una noche con él; llevas deseándolo dos años. No eres ninguna niña virginal, sino una mujer adulta. ¿No va siendo hora de que tomes las riendas de tu propia vida?

—Una cosa es tomar las riendas y otra esto. Tengo dignidad, Vero.

—Y un cuerpo al que hace demasiado tiempo no le das alegrías. Yo te lo dejo ahí. Tú decides.

Y sin más, se dio la vuelta para dejarla a solas con sus dudas y sus cavilaciones.

Si Vero esperaba que hiciera uso de ese bono, le iban a dar las uvas...

Capítulo 2

Débora

«Estoy loca. Me he vuelto loca... como una puta regadera»

Aquellas palabras martilleaban una y otra vez la cabeza de Alana. Y sin embargo, allí estaba. Muerta de vergüenza y esperando a ser recibida por la *madame* de la Sala Pecado.

¿Era así como se las llamaba?

¿O simplemente era una organizadora de citas?

¿De encuentros?

¿De revolcones?

Por enésima vez, hizo amago de levantarse, pero su maldito trasero estaba firmemente pegado al sillón tapizado en rojo en el que se encontraba. Un sillón feo hasta reventar, pero muy apropiado para el lugar en el que se encontraba.

«Si alguien me ve aquí, me muero...»

«¿Qué mierda hago yo en un sitio como éste?»

«Esto me va a causar un trauma, lo sé...»

«Entonces, ¿por qué no haces nada por irte? La puerta la tienes a escasos veinte metros. Nadie conoce aún tu identidad...»

«Sí, pero tengo la cara descubierta. ¿Y si me voy y me encuentro en la puerta con Alex? De aquí me voy directa para el cementerio... me corto las venas si

me ve»

«Si las cosas salen como quieres, te va a ver... ya lo creo que te va a ver»

«Maldita conciencia. ¿Dónde te metes cuando más te necesito? Soy una chiflada calenturienta...»

—Casta...

La voz de una mujer de unos cincuenta años vino a sacarla de sus diatribas interiores.

«Manda cojones el nombre que he venido a escoger...», se reprochó en silencio.

Al entrar, le habían dado una ficha para que la rellenase con sus datos, a fin de llevar un control de los asistentes de aquella noche infernal. Nada formal, sólo un nombre por el que poder ser llamada (no había que ser muy inteligente para comprender que nadie daría el verdadero en un lugar así), algunos datos respecto a su fisonomía y sus gustos, y por último, un ligero cuestionario sobre sus apetencias sexuales.

Pero joder, ¿cómo se le había ocurrido poner el nombre de Casta?

La mujer frente a ella tenía pintada una sonrisa en los labios, seguramente aguantándose las ganas de reír por el apodo que había elegido para ocasión.

Maldita cabeza la suya...

La hizo pasar a un saloncito, pequeño y recogido, pero también muy coqueto.

—Supongo que este no es tu verdadero nombre, ¿verdad? —la mujer no había podido contener el comentario mordaz.

—No —corroboró totalmente azorada.

—Un nombre muy apropiado para este lugar, sin lugar a dudas...

Alana apretó los dientes. Lo único que le faltaba, para mayor mortificación, era la chanza de aquella mujer. ¿Acaso no había respeto por la clientela?

Y demonio, ¿por qué diantres había cogido el dichoso sobre que había dejado Vero sobre la mesa? ¿Por qué no lo había roto en mil pedazos? ¿Por qué tuvo que guardarlo en el bolso, a pesar de jurar y perjurarse que no haría uso de él?

Mierda, mierda, mierda.

—¿Estamos a tiempo de cambiarlo? No sé por qué elegí un nombre así...

—Claro, cariño. Aquí manda el cliente. Me da igual si te llamas Casta, Pura o Virginia...

Otra más y se iría. Vaya que sí. Y al demonio con todo...

—Débora —dijo sin pensar—. ¿Podríamos cambiarlo por Débora?

—Claro, corazón. Como gustes... —Anotó el cambio en la cartulina y volvió a mirarla—. Es la primera vez que vienes, ¿verdad?

—¿Tanto se nota? —preguntó mientras asentía con la cabeza.

La mujer no pudo sino sonreír.

—Un poco, cariño, no te lo voy a negar... —Carraspeó un momento para tratar de mantener la compostura. Era divertido encontrarse de vez en cuando con clientes tan *candorosas* —. ¿Sabes cómo funciona los Viernes de Pecado? ¿Alguien te lo ha explicado?

—No mucho, la verdad.

—Bien, entonces te pondré al tanto de lo más básico: Tenemos varios salones habilitados para este tipo de noches, donde se os reúne según vuestras apetencias y gustos. Ante todo, damos prioridad absoluta a la privacidad de nuestros invitados, por lo que tanto a hombres como mujeres, se os facilitará una máscara antes de entrar en el salón que os corresponda. Las tenemos de varios tipos: desde un simple antifaz que cubre los ojos y poco más, hasta una capucha completa. La elección es vuestra, según queráis mostrar más o menos de vuestro rostro. ¿Has traído algún atuendo que desees llevar a la

reunión?

Alana se miró sus ropas. No sabía que debía llevar alguna prenda en especial.

—Sólo lo que llevo puesto. No sabía...

—No te preocupes. Suele pasar a los que vienen por primera vez, aunque los que repiten, que son muchos, suelen escoger ropa más sugerente que la que tú llevas; incluso hay clientes que se visten con ropa que deja poco a la imaginación, pero eso es problema de cada uno. Mientras tenga los rostros tapados, nosotros no ponemos inconvenientes a los atuendos de los asistentes. En cualquier caso, tenemos una tienda por si deseas ponerte algo más... provocativo.

—No, no... con lo que llevo está bien —alegó saliendo en defensa de su falda vaquera y de la camisa de flores sin manga por la que se había decidido aquella tarde después de darle mil vueltas al interior de su armario. La verdad es que su atuendo era de todo menos sexy, aunque quizás se podían salvar sus taconazos de aguja de color rojo con los que se sentía especialmente atractiva.

—Como desees, querida. Sólo te digo que la opción la tienes ahí...

La anfitriona volvió la vista a la pequeña ficha que llevaba en la mano. Veo que buscas a un varón, de complexión fuerte, alto, guapo... —suspiró con cansancio como si estuviera harta de ver fichas similares a aquella—: como el noventa y nueve por ciento de las mujeres que nos acompañan cada viernes. A ver si algún día me encuentro a alguna que diga que quiere a un hombre calvo, gordo y velludo... que aunque nadie lo crea, también tienen su morbo. Pero en fin... —Siguió revisando el cuestionario, levantando la vista al final del mismo—. Veo que has dejado sin cumplimentar el apartado de tus preferencias sexuales. ¿Acaso te da igual?

—No sabía qué poner... —reconoció.

—Ya veo. Aquí debes indicar, por ejemplo, si te gusta el sado, los tríos, el fetichismo, el sexo semipúblico, las relaciones hetero, las homo, las...

—No, no —la interrumpió impidiéndole continuar—. Lo mío es lo normal...

—Cariño, ¿y qué consideras tú normal? —preguntó con una sonrisa divertida—. Créeme que aquí estoy acostumbrada a ver de todo.

¿Por qué sería que cada vez más tenía la impresión de que aquella mujer se estaba mofando de ella?

—Relaciones heterosexuales.

—Sin nada más.

—Sin colorantes ni conservantes —replicó algo molesta.

—Muy bien. —Apuntó algo en la cartulina para continuar de inmediato con las instrucciones a seguir—. Has de saber que damos libertad a nuestros invitados. Lo único que requerimos es que se cumplan las reglas básicas de civismo. Aquí estamos todos para pasar un rato agradable, y no queremos problemas, ni en los salones, ni en el interior de los reservados. Las habitaciones están ubicadas en la planta superior, y su acceso es fácil. No te preocupes, que el camino está perfectamente indicado. Las que tengan una luz encendida sobre el marco son las que están ocupadas. Si no hubiera ninguna libre, se os derivará a algunas de las habitaciones privadas de la segunda planta, aunque no suele ser necesario. Los encuentros no duran tanto teniendo en cuenta de que el tiempo es limitado. Obvia decir que no toleramos ningún tipo de agresión física. Si alguno de nuestros invitados se siente intimidado o en peligro con el compañero o compañera elegida, hay un botón del pánico al lado del cabecero de la cama. Aconsejamos a los que se inician en estas noches de pecado que lo tengan a mano; no sería la primera vez que alguien se echa atrás en el último momento y que la pareja de turno no se lo toma demasiado bien. Si se diera el caso, un miembro de seguridad

acudirá en vuestro auxilio.

«Recomendamos el uso de profilácticos a la hora de mantener relaciones. Lo que pasa de puertas para adentro de los reservados es cosa vuestra, pero es mi deber recomendaros esto a pesar de que resulte bastante obvio».

«Y un consejo personal que te ofrezco, ya que te veo algo retraída e indecisa: si ves a un tío que te guste, ve a por él sin pensártelo. Eres de las primeras en llegar esta noche, pero a medida que pasen las horas, las lobas vendrán a la caza de su presa, y se tirarán a la yugular de los mazizorros que gusten acompañarnos en esta velada. Si eres rápida, pues agenciarte un buen espécimen antes de que se te adelante otra. Me gustaría que tu estreno en los Viernes de Pecado fuera de tu entera satisfacción, porque quien lo disfruta, repite».

¿Repetir? De eso ni hablar. Todavía estaba por ver que no saliera corriendo por la puerta, espantada de todo lo que la rodeaba.

—Pero, ¿puedo elegir así sin más? ¿Y si el hombre que elijo me rechaza?

—Los primeros en llegar suelen ser los novatos, como tú. Si una chica se le acerca, es muy raro que deje pasar la ocasión. Salvo que vayan de listos, suelen irse con la primera que le propone ir a un lugar más íntimo, por si después no se presenta la ocasión...

—Vamos, que se agarra a lo primero que pilla con tal de echar un polvo.

—Se podría decir así. Pero no te asustes, mujer. Estás de muy buen ver. Se ve que aunque tienes tus curvas, estás bien proporcionada y que tienes buen cuerpo. Y eres guapa. No tendrás problemas en que quien elijas te siga.

«¿Guapa? Si no me va a ver la cara...», pensó aunque se abstuvo de comentar nada en voz alta.

—Y otro consejo más —continuó la mujer que se había dado cuenta de la manifiesta inseguridad que mostraba su invitada—: tómate un par de copas.

Ayudará a desinhibirte, pero sin llegar a emborracharte. Como te he dicho, aquí estamos para divertirnos y pasar un rato agradable. Sólo puedo decirte y desearte que disfrutes de la experiencia.

—Gracias.

—Bien, en unos minutos, una de mis chicas vendrá para traerte los antifaces. Selecciona el que desees, y cuando estés lista, ella te acompañará al salón. Como aún es temprano, no encontraras mucho público. Aprovecha para tomarte esa copa que te he dicho. Seguro que te vendrá bien.

Y sin más, abandonó la pequeña salita, con la cabeza bien erguida y una sonrisa divertida en los labios.

De nuevo a solas, Alana aguardó indecisa la llegada de los antifaces.

¿Qué debía hacer?

¿Podría echarse atrás una vez que había dado el paso que la había llevado hasta allí?

Aquello era de locos, una majadería... pero, ¿por qué no? Sólo una vez. Sólo necesitaba una vez con Alex. Con eso, se daría por satisfecha. No pediría más. Que al menos le quedara el recuerdo de una noche de pasión con el hombre que le gustaba, hasta que su verdadero príncipe azul hiciera aparición... Si es que a éste le daba por aparecer alguna vez.

Porque daba por hecho que Alex no dejaría a su mujer por ella.

Ella no era nadie.

No era lo suficiente atractiva como para que un hombre lo mandara todo al garete por estar con ella.

Era demasiado... normal.

Aunque eso no quitaba que tuviera su corazoncito. Un corazoncito acompañado de una cabeza llena de remordimientos por tener una aventura,

aunque sólo fuera de una noche, con un hombre casado.

El razonamiento que había utilizado para convencerse a sí misma a dar aquel paso había sido claro: Si Alex iba hasta allí, y si no pasaba la noche con ella, lo haría con otra. Con cualquier otra. Y esa era una verdad incontestable.

Alana no era una rompe-matrimonios. No lo era. Pero si él estaba decidido a ponerle los cuernos a su esposa, aunque fuera sólo una noche, demonios, que al menos fuera con ella. Ya bastante tenía con sentirse celosa de una mujer que creía que no lo merecía; encima, no iba a estar también celosa de otra que se diera el gusto simplemente porque sí.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por la llegada de una chica joven, de unos veintipocos años, con un muestrario de terciopelo con todos los antifaces disponibles. Y en verdad, los había de todo tipo y tamaño, como le había dicho la *madame*. Quien quisiera dejar poco a la imaginación, tenía aquellos de tela de encaje que sólo tapaban los ojos. Quien no quisiera mostrar nada, tenía una capucha que le recordaba a la del verdugo de la guillotina de María Antonieta. Acostarse con un hombre con una máscara así debía ser pura cuestión de fe, porque no se le vería nada más que los orificios para los ojos y la boca.

Al final, se decidió por uno de tamaño medio, parecido al de Catwoman.

La chica la ayudó a colocárselo correctamente, fijando bien las finas correas de cuero interiores que evitarían cualquier posible percance.

Había un espejo en el salón, pero prefirió no mirarse en él. Si se veía de semejante guisa, corría el riesgo de arrepentirse.

—¿Hay ya hombres esperando en el salón? —le preguntó cada vez más nerviosa.

—Pocos. Media docena de hombres y contigo, tres mujeres. Es temprano aún; hasta la una o las dos de la madrugada esto no se anima de verdad.

Teniendo en cuenta que apenas eran las once, no entraba en sus cábalas esperar hasta tan tarde a que apareciera su Adonis.

Por tanto, que el destino jugase sus cartas. Si estaba para ella, Alex aparecería pronto; si no...

—¿Y alguno ya ha...? —quiso saber.

—¿Te refieres a si ha subido a algún privado? —la chica sonrió—. Creo que no. Son todos novatos y no se atreven a dar el paso. Parece una boda familiar: hombres por un lado y mujeres por otro. En cuanto el primero de el paso, los demás se animarán. Pero romper el hielo a veces no resulta fácil.

—Lo supongo.

—Así que ya sabes. Aprovecha tú y lánzate a la piscina. Hay un tipo con una pinta estupenda: alto, de tez morena, buen cuerpo... Ya le han echado el ojo, pero hasta que vine a buscarte, aún nadie le ha echado el lazo.

El corazón de Alana empezó a latir a mayor velocidad.

¿Sería Alex? Con los pocos datos que le había dado, podía encajar perfectamente en su descripción.

Oh, no... No había llegado hasta allí para dejar que otra se lo arrebatase delante de sus narices.

Con una nueva disposición para afrontar aquella loca experiencia, sonrió a la joven antes de decirle:

—Estoy lista.

Capítulo 3

Sergio

Alana lo vio nada más entrar. Aquella magnífica planta no podía pertenecer a otro hombre que no fuera su Alex. Aspiró hondo tratando de insuflarse, más que ánimos, confianza. Verlo allí, con aquella careta de zorro enmascarado, la había liberado de parte de la presión que había sentido en su interior cuando las puertas del salón se abrieron para ella.

«No voy a echarme atrás. No voy a echarme atrás», se repetía una y otra vez mientras sus ojos recorrían el cuerpo de su objetivo de pies a cabeza. Llevaba pantalones vaqueros y una camiseta negra ceñida de manga corta que lo hacía parecer más delgado de lo que ella recordaba. Su piel también aparentaba ser algo más morena de lo habitual; supuso que era debido a la escasa iluminación del local. Su mandíbula bien definida y perfectamente afeitada; sus labios... bueno, desde donde estaba no es que se vieran muy bien, y menos con aquella ridícula máscara, pero no hacía falta verlos para adivinarlos.

Conocía demasiado bien la fisonomía de Alex como para dudar de que fuera él.

Dio un paso hasta la barra. Seguido de otro y otro más. Sentía que sus piernas, apoyadas sobre aquellos finos tacones que sólo había utilizado para una boda, empezaban a temblarle.

Hasta que no estuvo a mitad del salón, su objetivo no se fijó en ella. Alana rogó en silencio que no la reconociera. No podría soportar que lo hiciera. El

anonimato y la discreción que le otorgaba su pequeño disfraz le pareció, por primera vez en toda la noche, gratamente maravilloso.

Una sonrisa sensual asomó en los labios del hombre a medida que se le acercaba. Sus ojos fijos en los de ella. Los de ella, en los suyos.

—Buenas noches, Catwoman... —la saludó con voz ronca. Más ronca de lo habitual.

El corazón de Alana latía a mil por hora.

—Zorro...

«Por favor, por favor, que no reconozca mi voz. Que no me reconozca a mí...»

El hombre recorrió su menudo cuerpo con detenimiento, poniéndola cada vez más nerviosa. Esperaba que de un momento a otro él pudiera gritarle: «Alana, ¿qué haces aquí?».

Pero si la reconoció, no dio muestras de ello. Por el contrario, en su mirada oscura se veía un gesto apreciativo, de aceptación.

Bueno, se supone que ese debía ser el primer paso. Al menos, no se había dado media vuelta y la había dejado con dos palmos de narices.

Era el momento de tomar las riendas de la situación... Si es que era capaz.

—¿Te apetece beber algo? —le ofreció él.

Contestar que una Coca-Cola Light o una cerveza cero-cero no hubiera quedado muy glamuroso en un lugar como aquel. Y como no era una bebedora habitual, se limitó a sugerir lo único que solía pedir si surgía en alguna ocasión especial.

—Bailys con hielo —dijo tratando de no parecer demasiado provinciana.

El Zorro se giró y pidió la consumición al camarero que aguardaba tras la barra negra acristalada.

—¿Qué estás tomando tú? —le pregunto la joven al ver el líquido oscuro en el vaso de él.

—Coca-Cola.

«Bien. Alex acaba de mandar mis teorías sobre el provincianismo a la mierda», pensó de inmediato. Aunque beber un poco de alcohol le vendría bien para parecer más atrevida de lo que era.

—¿La primera vez? —le preguntó el hombre al tiempo que le pasaba su copa.

—¿Tanto se nota?

—No sabría decirte... También es mi primera vez.

Alana tuvo la sensación de soltar una bocanada de alivio de su interior, aunque no lo exteriorizó para que su acompañante no se percatara.

—Déjame adivinar —aventuró ella—: ¿regalo de un amigo con demasiada ganas de juerga?

El Zorro rió.

—Más o menos. ¿A ti te ha pasado igual?

Alana sonrió cada vez más segura.

—Sí, algo por el estilo.

—Y, ¿qué te parece esto? —le preguntó Alex con un gesto de la mano que abarcaba todo cuando les rodeaba.

—¿La verdad? Raro... muy raro. Todavía no sé qué hago aquí. Yo... yo no soy así. Pero mi amiga me dijo que me hacía falta.

—¿Y te dejas guiar hasta tal punto por tus amigas?

—No —admitió—, pero tengo que reconocer que quizás lleve parte de razón.

El joven se le quedó mirando indeciso por si debía preguntar en qué llevaban sus amigas razón. No obstante, prefirió cambiar de tema en el último

momento.

—¿Puedo preguntarte cómo te llamas?

De nuevo, el corazón empezó a latirle a mil por hora, rogando en silencio que no la reconociera...

—Débora —se alegró de que su subconsciente no le hubiera fallado escapándosele el nombre de Casta. Las carcajadas de su Zorro hubieran podido llegar al cielo...

—Yo soy Sergio.

Alana alargó la mano y le brindó la mejor de sus sonrisas. Quizás el único gesto del que ella se sentía especialmente orgullosa, pues sabía que tenía una sonrisa bonita.

—Encantada de conocerte, Sergio.

El chico miró la mano con humor.

—Creo que en un lugar como este, ese tipo de saludos parece fuera de lugar, ¿no crees? Yo preferiría algo así.

Sin previo aviso, la tomó de la cintura y la pegó a su cuerpo. Bajó la cabeza y posó sus labios sobre los de Alana, que había quedado tan perpleja que no supo reaccionar a tiempo.

—¿Algo brusco quizás? —preguntó el hombre al separarse de ella sin haber obtenido la respuesta deseada por su parte—. ¿Qué tal si lo suavizamos un poco?

Sin soltarla, bajó de nuevo sus labios a la busca y captura de los de ella con más lentitud, dándole tiempo para que, si lo deseaba, se retirase a tiempo. Pero esta vez, Alana sí estaba preparada.

Elevó su rostro para salvar la diferencia de estatura que había entre el metro cincuenta y ocho de ella y el metro ochenta y cinco de él, incrédula aún de

que aquello le estuviera pasando realmente.

A pesar de sus buenos propósitos por parecer una mujer segura de sí misma (sin duda, era más fácil decirlo que hacerlo), le dejó a él toda la iniciativa en el nuevo beso que estaba a punto de comenzar. Sin soltarle la cintura, elevó una de sus manos hasta la nuca, abriendo sus dedos en abanico para enredarse en la melena corta que apenas rozaban sus hombros. Sin dejar de observarla hasta el último momento, posó sus labios sobre los de ella con suavidad, casi con dulzura, saboreándose, acostumbrándose y deleitándose mutuamente con el sabor del otro, mientras el aroma de sus cuerpos embriagaba los sentidos de ambos. Con destreza, se hizo hueco en el interior de la boca de la joven, que con gusto se dejó saborear por aquella lengua curiosa y traviesa. Recorrió todo su interior, degustándola como si de un preciado manjar se tratase. A Alana le temblaban las piernas con aquel simple el beso (bueno, aunque para ella de simple no tenía nada). No podía llegar a imaginarse cómo podría ser fundirse bajo el calor de aquel cuerpo moreno que la apretaba contra sí como si fuera la única tabla de salvación de un náufrago moribundo.

Echándole arrojito, metió las manos en los bolsillos traseros del pantalón del hombre para frotar su cadera contra la de ella. No hacía falta pegarse mucho para sentir que su Zorro se encontraba más que dispuesto para un encuentro más íntimo. Y ser consciente que ella era la responsable de aquella situación, terminó de encender por combustión espontánea sus sentidos, que hasta entonces se habían mostrado demasiado timoratos. Su lengua salió al encuentro de la de Sergio y se enzarzaron en una lucha de voluntades.

«Madre del Amor Hermoso, ¡cómo besa este hombre!».

—Vámonos de aquí. Busquemos un lugar más íntimo —le susurró Sergio al oído separándose apenas de ella.

Alana lo miró a los ojos. Marrones como los suyos, aunque hasta ahora que

lo tenía más cerca, no se había dado cuenta de que tiraban más a dorados que a castaños. Ya no había ni pizca de humor en aquella mirada. Muy al contrario, y a pesar de la semioscuridad que los envolvía, la pasión se reflejaba en ellos con intensidad.

Sólo había sido un beso y se sentía ya como mantequilla derretida.

Se limitó a afirmar con la cabeza. Desde luego, allí no se iba a perder el tiempo y mejor lanzarse de cabeza a la piscina antes de que la parte sensata de su cerebro empezara a gritarle y a recriminarle por su actitud.

Sergio la tomó de la mano, y siguiendo las indicaciones de los carteles del salón, no tardaron en encontrar el pasillo de las habitaciones privadas. Todas las bombillas situadas sobre los marcos de las puertas estaban apagadas, señal de que ninguna había sido ocupada hasta el momento.

A pesar de tenerlas todas libres, Sergio se dirigió con paso firme a una de las últimas puertas.

Antes de entrar, se volvió hacia ella y la miró con sus ojos ambarinos.

—¿Segura?

Que él se preocupara en preguntarle si de verdad era eso lo que ella quería, fue lo que terminó de convencerla. Había dulzura en su voz, y a pesar de la situación estrambótica en que se encontraban, sintió que en apenas diez minutos lo que había considerado como una profunda atracción por Alex había aumentado exponencialmente hasta un nuevo nivel de intensidad, encontrándose a las puertas de cruzar una línea que no quería ni debía traspasar.

—Segura.

Sergio abrió la puerta y pasaron dentro. El interior del reservado no podía ser más feo y más hortero: todo revestido en color rojo, con una cama de cabecero rojo, sillas rojas, mesitas con cajones rojos... No se habían partido

mucho la cabeza con la decoración, no. Sobre estas últimas había un puñado de preservativos perfectamente alineados, con envoltura en color, como no, rojo, y con el logotipo en tamaño gigante de la Sala Pecado.

A Alana no le dio tiempo de revisar nada más. Una vez que la puerta se hubo cerrado, y tras el breve examen que sometieron ambos al dormitorio, Sergio volvió a pegarla a su cuerpo para empezar a besarla, sin la suavidad y dulzura de antes, sino con una intensidad que removi6 sus cimientos desde la misma base de su alma. Así era como siempre había soñado que serían sus besos con Alex, y aún le costaba creer que aquellos sueños se estuvieran haciendo realidad, aunque fuera en una situación tan extravagante.

Por su parte, Sergio no podía llegar a imaginarse que la suerte pudiera sonreírle hasta tal extremo. Cuando la había visto aparecer en el salón unos minutos antes, sus ojos se habían quedado clavados en aquella mujer pequeña pero bien formada. Aunque de muslos algo redondos, tenía unas pantorrillas bien perfiladas y de estrechos tobillos, que contribuían a que sus piernas fueran realmente bonitas. No esqueléticas como las de muchas jóvenes de hoy en día, sino bien torneadas y definidas.

Se lamentó que la falda vaquera que vestía no fuera más corta mientras la recorría con los ojos. Lentamente, fue subiendo la mirada hasta completar su recorrido: caderas anchas, cintura estrecha; una perfecta figura de guitarra. El busto generoso, bien marcado por aquella camisa de flores cuyos botones se mostraban más tensos de lo que deberían estar. El escote de pico, sin ser demasiado atrevido, despertó de inmediato su curiosidad por ver más de lo que la tela mostraba.

Siguió subiendo la vista hasta encontrarse con una melena oscura perfectamente alisada a la altura de los hombros. Su rostro parecía ovalado, pero aquel antifaz de minina no dejaba intuir mucho más, aun así no le resultaba difícil fantasear con aquellas facciones parcialmente ocultas...

Por primera vez desde que entrara por las puertas del local apenas media hora antes, se alegró de no haberse ido, tal y como fue su primera intención al sentir que aquella situación era, cuanto menos, ridícula. Cuando supo del tipo de regalo que le habían hecho y del que ahora disfrutaba, tuvo claro que aquello no era para él. No estaba tan necesitado como para tener que acudir a un prostíbulo en busca de compañía femenina; no es que fuera un Adonis, pero tampoco estaba tan mal como para tener que recurrir a esos cauces. Sin embargo, el verdadero culpable del original obsequio debía haber llegado a la conclusión de que su vida sexual era una mierda, opinión quizás alimentada por sus reservas a la hora hablar de su vida privada, incluso con las personas con las que tenía más confianza. Y porque desde que terminara su última relación, hacía más de un año, no había sentido la necesidad ni la tentación de buscar a alguien que la reemplazara. Estaba tranquilo, sereno, disfrutando de sus aficiones y de la gente que realmente quería en ese momento.

Estaba a punto de marcharse cuando vio aparecer a su particular Catwoman. Todas sus reservas, que no eran pocas, desaparecieron por arte de magia, sobre todo cuando notó que ella también le miraba y se acercaba a él con paso seguro.

Y sin darse cuenta, unas simples palabras entre ambos habían bastado para llegar a la conclusión de que no quería marcharse de allí. De que, si ella se interesaba por él, el sentimiento era completamente recíproco.

El beso fue aumentando en intensidad a igual velocidad que se incrementaba su necesidad de ir descubriendo poco a poco más del cuerpo menudo que se escondía bajo esas ropas sencillas.

Con manos expertas, fue subiendo el tejido vaquero a lo largo de las piernas bien contorneadas, pasando por sus muslos prietos hasta llegar a la curvatura

de su trasero.

Sonrió al no encontrar ningún tanga sexy ni nada por el estilo, sino unas braguitas de algodón que, sin verlas, imaginó blancas.

Ella no estaba hecha para ese mundo. Y él tampoco. Pero el destino los había unido y quedaba muy lejos de su intención echarse atrás. Cuando Sergio introdujo un dedo por el filo de la ropa interior, deslizándolo hasta rozar la abertura de su sexo, Alana no pudo evitar dar un respingo, separando de inmediato sus labios de los de Sergio.

—Joder...

Sergio sonrió.

—¿Todo bien? —preguntó con la risa a flor de piel ante su reacción.

Lentamente movió su largo y curioso dedo hasta introducirlo en su cálido interior. Instintivamente, Alana se aferró a sus hombros sobresaltada, clavándole las uñas a través de la camiseta. Estaba resultando demasiado intenso para su escasa pericia.

—Lo siento, no esperaba... —atinó a decir como excusa.

—No te disculpes, por favor —le susurró—. Sólo quiero que estés bien...

—Lo estoy, lo estoy... Madre mía... —rió nerviosa—. Yo... siento reconocer que no tengo mucha práctica.

Sergio se retiró un poco hacia atrás buscando sus ojos, pero sin mover su dedo de la cavidad donde estaba metido.

—¿No serás virgen, verdad?

—No, no... —afortunadamente, la máscara le tapaba el rubor. En aquellos instantes su cara debía estar del color de la grana—. Pero mi experiencia es muy... escasa.

—Ya veo... —meneó la cabeza—. Y te regalan un bono para que vengas al

Viernes de Pecado... —Divertido añadió—: Muy curioso lo de tus amigas.

La sonrisa que esbozó Alana no parecía muy sincera.

—No te preocupes. Seguro que juntos descubrimos cosas nuevas y sorprendentes, tanto para ti como para mí. Déjate llevar...

—¿Tan experto eres?

Sergio rió; un sonido dulce que colmó los sentidos de Alana.

—No soy un Casanova, si te refieres a eso —le dijo con una nueva sonrisa—, pero hasta ahora nadie se ha quejado de mí. Pero experto o no, contigo tengo la sensación de querer explorarlo todo.

Alana pensó que, seguramente, aquella frase se la habría dicho a más chicas antes que a ella; probablemente, también a su mujer. Y aún así, a ella le sonó a gloria bendita. ¿Acababa de llegar a las puertas del cielo sin haberse enterado?

—Aunque te pueda sonar extraño, confío en ti.

La sonrisa que Alex le dedicó fue la más hermosa que jamás hubiera visto Alana en un hombre.

—Entonces, dejémonos llevar libremente. Haz conmigo lo que quieras, y permíteme hacer contigo lo que quiera yo...

Capítulo 4

Una Noche Especial

El dedo de Sergio jugueteó con los pliegues de su interior durante unos deliciosos minutos, notando en sus dedos la humedad creciente de la joven. Débora había dejado caer su cabeza sobre su hombro y su respiración a cada instante sonaba más entrecortada. Sergio volvió a sonreír sin poder evitarlo. La excitación de su compañera le estaba poniendo cardíaco.

Con la mano libre, la tomó en volandas por la cintura y se acercó a la cama, sin llegar a tumbarla sobre el colchón. Volvió a mirarla a los ojos, buscando una nueva confirmación para seguir adelante. Y lo que encontró llenó su pecho de satisfacción.

Sin necesidad de palabras, tenía la rendición de Débora. Nuevamente la besó con ternura, mientras sin ganas abandonaba la humedad de su interior para dedicarse de lleno a desnudar el cuerpo que tanto ansiaba descubrir. Quería verla, contemplarla sin aquellos trapos sencillos que quizás ella consideraba sexis. Hasta ese momento Alana se estaba mostrando más pasiva de lo que él hubiera deseado, pero imaginó que debía sentirse cohibida, atenazada por los nervios. En las dos horas que tenían por delante, tiempo límite para el uso privativo de la habitación, intentaría con todas sus artes que se fuera relajando hasta conseguir que estuviera totalmente desinhibida.

Sergio subió sus dedos hasta el botón superior de la camisa floreada, mientras sus labios se dirigían a la curvatura de su esbelto cuello. La lamió con suavidad, succionando la vena que latía acelerada, marcando una vereda

salada desde el hombro hasta el lóbulo, donde se entretuvo con pequeños bocados y ligeros tirones. Un cosquilleo incesante le recorrió la columna vertebral al sentir la presión de los labios de Sergio hasta alcanzar el cobijo más recóndito de su cuerpo.

La blusa cayó al suelo. Sergio llevó las manos a los broches traseros del sostén negro de encaje, tanteando su apertura.

—¿Puedes apagar la luz? —le pidió Alana en voz baja, como si alguien aparte de él pudiera oírla.

Sergio se separó un momento y la miró.

—¿Por qué?

—Me da vergüenza... No tengo lo que se dice un cuerpo escultural —reconoció con sinceridad.

Dios, era tan encantadora... Se coartaba mostrarse al natural, pero sin embargo había sido capaz de acudir a una casa de citas para encontrarse con un desconocido que se ocultaba bajo un trozo de tela negra. Paradójico...

—Déjame verte, Débora. Si hemos llegado hasta aquí, no tiene sentido que haya vergüenza entre nosotros. Piensa que esta noche es especial para los dos, distinta a lo que hemos conocido antes. Permite que sea nuestra sin nada que nos limite.

Alana asintió. Era consciente de que nunca más volvería a tener una noche con Alex, y que por tanto, debía aferrarse a todos los recuerdos que atesorara en aquellos instantes y guardarlos para el futuro. Se olvidaría de todo y se rendiría a él. Sólo a él. Y al demonio los escrúpulos y la cobardía.

Con una sonrisa insegura, se agarró a la cintura de Sergio para hacerse hueco bajo la tela oscura de su camiseta. Su piel era suave, caliente; al llegar a la altura del pecho, notó que el corazón del hombre latía casi tan apresurado como el suyo propio. Bajo de nuevo las palmas de las manos por sus costados

hasta tomar el ruedo de la prenda y comenzó a subirla lentamente por su torso. Sergio elevó los brazos para ayudarla.

Sin lugar a dudas, estaba más delgado de lo que recordaba. Posó sus pequeñas manos sobre las costillas, abriendo sus diminutos dedos en abanico. Aproximó sus labios a una de las tetillas y la recorrió con la lengua, trazando círculos a su alrededor hasta notar como se endurecía bajo su contacto.

Con la respiración aún más acelerada, Sergio aprovechó para desabotonar la falda vaquera de la que se moría por deshacerse. Tiró de ella hacia abajo, enganchando y arrastrando en su camino las bragas de algodón que resultaron menos aburridas de cómo había imaginado, negras y con algo de encaje. Con la boca, Sergio acompañó el recorrido de sus dedos por el abdomen, las caderas y los muslos de Alana hasta que terminaron de deshacerse de las prendas.

Alana inspiró aire con fuerza. Aquella boca estaba demasiado cerca de la parte más sensible de sus ser y dudaba de cuál podía ser el siguiente paso de su inusitado amante.

Sin embargo, y quizás con algo de decepción, comprobó que la cabeza y las manos de su Zorro se alejaban del vértice de sus piernas para subir lentamente hasta la única prenda que aún vestía. En cuestión de segundos, el sujetador terminó en el suelo junto con el resto de la ropa. Finalmente, había quedado completamente expuesta ante él.

Bien, ahora le tocaba a ella.

Alana fue deslizando de nuevo despacio sus manos por el abdomen firme y delgado de Sergio, deteniéndose en la cinturilla de su vaquero. Desabrochó el botón plateado, y sin llegar a bajar del todo la cremallera del mismo color, introdujo una mano en el interior hasta encontrar y rodear entre sus dedos el pene completamente hinchado. Se sintió poderosa al escuchar como Sergio

inhalaba aire audiblemente, cosa que la animó a acariciarlo con mayor entusiasmo en la estrechez de su cautiverio.

De repente, las manos de él volaron a sus nalgas desnudas y alzó su cuerpo para fundir sus caderas contra las suyas. Las manos de Alana soltaron su presa para agarrarse a su cintura.

—No, no me sueltes. Quiero sentir como juegas conmigo —pidió Sergio en un susurro ronco.

Alana haciéndole caso, pasó el pulgar por el glande, notando como una gota de líquido preseminal le mojaba su pequeña yema. La esparció suavemente, consiguiendo con ello que Sergio resollara a través de sus apretados dientes.

Con un giro brusco, Sergio volteó con ella hasta que ambos cayeron sobre el colchón a su espalda, teniendo cuidado de no aplastarla con su peso en la caída.

Finalmente, Alana se decidió a desabrocharle el pantalón y arrastrarlo por las bronceadas piernas hasta que consiguió quitárselo por completo. Entrelazó una de sus pantorrillas alrededor de la de Sergio, abriéndose levemente para él. Él le tomó la otra pierna y la subió hasta su cadera para conseguir tenerla más accesible.

Sin embargo con aquella postura le resultaba imposible verla por completo. Antes de perderse en sus curvas, deseaba embriagarse la vista con aquel cuerpo que tanto prometía.

Rodó sobre la cama con ella encima hasta invertir las posiciones. Ella quedó sentada sobre sus ijares, provocando una sonrisa de satisfacción en los labios de Sergio.

Efectivamente, no era el cuerpo de una modelo, pero era un cuerpo hermoso y en el que valía la pena perderse.

—No entiendo por qué querías ocultarte de mí. Eres preciosa —afirmó al

tiempo que elevaba las manos hasta sostener el pecho hinchado de la joven. Con las yemas de sus dedos empezó a jugar con sus pezones, cuya textura cambió con rapidez hasta convertirse en unos botones duros y rosados.

El sonrojo de Alana crecía por momentos debido por un lado al detallado examen al que estaba siendo sometida y por otro por las sensaciones que crecían imparables en su interior.

—Déjame mirarte... Déjame saborearte.

Alana tragó saliva. Aquellas palabras y aquellos ojos que la miraban como si realmente se tratase de una diosa, la tenían completamente subyugada. Cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás, dejándose arrastrar por todo cuanto provocaba esas caricias. Sergio sonrió satisfecho al comprobar su aceptación. Se incorporó para sustituir los dedos por su boca, saboreando al fin el néctar tentador de sus pezones. Suavemente, fue recorriendo su cuerpo con sus labios, en una tierna y delicada caricia. La sonrisa creció junto con sus ganas de ella. Definitivamente, una noche que se había augurado como desastrosa se estaba convirtiendo en una auténtica delicia.

Tomándola de las caderas, volvió a girar sobre el lecho para colocarse encima de Débora. Recorrió su cuello, mordisqueándole dulcemente la mandíbula hasta perderse en la cavidad jugosa de aquellos labios que lo recibían con total entrega y abandono. Los besos se hicieron intensos, enloquecedores. En aquella posición, su cuerpo pugnaba por hundirse en el de la joven. Su pene travieso y anhelante luchaba por hacerse un hueco entre las piernas de Alana como si tuviera vida propia, mientras ella se deshacía de ganas de que lo hiciera ya.

Pero para su desesperación, Sergio prefería disfrutar un poco más de ella. Con toda probabilidad nunca volvería a vivir una experiencia como aquella

porque, aun suponiendo que volviera en otra ocasión a un Viernes de Pecado (que era mucho suponer...), la primera vez siempre sería especial; y esa mujer había resultado ser una sorpresa y un premio que jamás hubiera esperado. No porque fuera espectacular o deslumbrante, sino porque su dulzura era innata. La ternura que desprendía en cada gesto, en cada movimiento, la sincera timidez que se apreciaba en cada palabra que pronunciaba... Sergio no podía explicarse si era algo concreto lo que le atraía de ella o era todo en su conjunto, pero lo cierto era que el temor y el apocamiento que demostraba Alana habían despertado sin poder evitarlo en él la necesidad de protegerla aunque quizás no necesitara su protección.

Reptó sinuosamente sobre la sábana hasta alcanzar los pies de la cama donde se arrodilló entre los tobillos de ella. Bajó la cabeza y posó sus labios sobre las piernas femeninas, dejando un ardiente rastro a medida que su boca y su lengua iban recorriendo la blanca tersura de piel que contrastaba notablemente con el moreno de la suya propia. Alana fue incapaz de contener la respiración cuando el aliento de Sergio rozó su pubis, expectante por el siguiente paso que daría. Desde su posición, ella sólo podía distinguir el pañuelo negro que cubría su cabello, que bien sabía que era castaño, y la anchura de sus hombros. Sergio debió notar su mirada porque en ese instante elevó el rostro y la miró a los ojos, descubriendo como se mordía el labio inferior presa de la expectación. Las opciones eran claras: o se dejaba llevar por el ansia que lentamente lo estaba consumiendo desde que la vio aparecer, o disfrutaba un poco más del juego que se estaba creando entre los dos.

Ganó esto último. Por segunda vez, mandó silenciar la protesta de sus instintos más básicos consciente de que si se perdía entre los pliegues de su interior, no sería capaz de retomar lo que estaba haciendo y aún le quedaba mucho por saborear de aquel maravilloso cuerpo.

Volvió a reclinar la cabeza e hizo un requiebro hasta llegar a las caderas que

dentro de poco lo cobijarían. Las manos se adelantaron en su particular carrera y a tientas fue aproximándose hasta el valle de su pechos. Los tomó en las manos y jugueteó con los pezones, preparándolos para cuando llegara su boca.

Después, con los labios recorrió el camino marcado previamente por sus dedos, encontrándose con aquellas cimas duras y firmes como puntas de alfiler. Alana, instintivamente, arqueó la espalda al sentir la lengua de Sergio trazando círculos alrededor de su rosada aureola. Y cuando por fin succionó uno de los pezones, un gemido sordo y exaltado escapó de entre los labios de la muchacha.

Ella sentía la necesidad de tocarlo también, pero el placer que sentía con aquellas caricias le impedía dejar de contorsionarse bajo el cuerpo masculino. Sin embargo, su necesidad personal perdió ante el deseo de compartir el momento. Lo que estaban viviendo era cosa de dos, y ella no era egoísta. Además, recordó que sería la única vez que tendría a Alex para ella de esa manera. Sin lugar a dudas, cada minuto de aquella noche mágica permanecería en su memoria para siempre; pero quería que para él también fuese difícil de olvidar su particular visita al Viernes de Pecado.

Luchando contra su propia pasión, agarró a Alex por los hombros y tiró de él forzándole a abandonar sus pechos por un instante para que su rostro quedara a la altura del de ella. Con reservas, él cedió. Débora, al tenerlo donde quería, le rodeó el cuello con sus brazos y lo acercó. El beso que surgió entre los dos nada tenía que ver con la ternura o la suavidad, sino con la pasión y la necesidad que acababa de crearse entre ambos.

Se besaron como si no hubiera un mañana, con lujuria y deseo. Alana deslizó la mano en busca del hinchado sexo que peleaba por colarse en su interior. Ella lo deseaba ardientemente, pero antes quería conocer su sabor.

Empujándolo suavemente, lo obligó a tumbarse de espaldas, volviendo así a recuperar la posición dominante.

Era su turno de besar, lamer y chupar cada centímetro de piel morena que se encontraba en su camino a la ingle, que ansiosa, esperaba sus atenciones.

Acunó sus testículos entre las manos para apretarlos después con firme suavidad. Recorrió con la lengua toda la dureza que reclamaba sus atenciones con imperiosa necesidad.

Sergio echó la cabeza hacia atrás al sentir aquella boca suave lamer la parte más sensible de su cuerpo.

Sin poder evitarlo, agarró un mechón de su melena entre las manos, reclamando más y más caricias, incapaz de resistirse al movimiento rítmico de la cabeza de la joven. Sabía que debía detenerla antes de que fuera tarde. No quería correrse en su boca su primera vez con ella.

Los espasmos preliminares a la eyaculación comenzaron a agitarlo.

No. Así no...

Con poca delicadeza, la tomó de la base del cuello, forzándola a subir hasta su altura.

—Me estás matando, ¿lo sabías? —le dijo con voz ronca. La pasión que vio en sus irises la hizo sentirse la mujer más poderosa del mundo. Sergio la besó con intensidad, apreciando el sabor de su propio cuerpo en la lengua de ella. Sin poder aguantar más, la tumbó de espaldas sobre el colchón y se colocó entre sus piernas. Con un único y certero movimiento, se hundió en el cuerpo de su gata, que le arañó la espalda al sentirlo entrar de una embestida hasta lo más profundo de su cuerpo.

No hubo ternura ni delicadeza en sus movimientos. Tampoco lo deseaba ninguno de los dos. Aquello era pasión en estado puro. Una necesidad incontrolable e imperiosa de darse placer mutuamente, sin guardarse nada,

entregándose por completo al otro.

El orgasmo, potente y devastador, no tardó en llegar. Se abrazaron con desesperación mientras se dejaba llevar por los espasmos provocados por el clímax.

Capítulo 5

Quiero Volver a Verte

Vestirse fue tan divertido como excitante había sido lo contrario, aunque evidentemente, menos apasionado. Una vez superada la primera vez, la segunda fue mucho más cómoda y natural. Sin los nervios que les habían atenazado al principio, pasaron el tiempo que les restaba entre risas y juegos, toqueteos y caricias, pasión y entrega. La necesidad de ambos por seguir disfrutándose continuaba muy presente, acentuada por el transcurrir de los minutos; eran conscientes de que el idílico encuentro llegaba a su fin.

Antes de abrir la puerta que los conduciría de nuevo al mundo real, Sergio le cogió de la mano haciendo que lo mirara a los ojos. Alana pudo leer en los suyos la determinación de un hombre que sabía lo que quería.

—Me gustaría volver a verte —le dijo con total convencimiento—. No quiero que nuestro encuentro se limite únicamente a estas dos horas que me han sabido a poco.

Alana no pudo evitar que un sentimiento de orgullo la embargara. Sabía que no estaba bien, que Alex era un hombre casado... Pero una vez probada la miel, ¿quién podía resistirse a saborear un poco más? Al fin y al cabo, el daño ya estaba hecho.

—A mí también me gustaría —afirmó sin ningún deje de duda en la voz.

—Démonos nuestros teléfonos. Podemos volver a vernos en otro sitio, en un lugar donde no tengamos que estar pendiente ni de terceros, ni de un reloj que

corre demasiado deprisa.

—¿Fuera de aquí? —la posibilidad la asustó—. ¿Sin máscaras?

—Sin máscaras.

Alana esquivó su mirada. Una cosa era entregarse a él, compartir la intimidad de la manera en que lo habían hecho con la discreción y el anonimato que les habían brindado los antifaces. Pero sin ellos...

Sabía que jugaba con ventaja; conocía de antemano de la identidad de su compañero de pasiones. Pero si él la veía...

No. No estaba dispuesta a renunciar a su anonimato, a la personalidad de Débora que le había permitido desinhibirse como nunca antes lo había hecho. Él había participado en el juego, en la ilusión, porque la creía una desconocida. Sin embargo, si se deshacía de su tapadera, quedaría completamente expuesta y no se sentía capaz de afrontar las consecuencias de que su identidad fuera descubierta.

—No te veo convencida.

—Es que, sin máscaras...

—¿A qué le tienes miedo, Débora?

«A que no soy Débora, sino Alana», fue la respuesta que acudió a sus labios pero que mantuvo en el silencio.

—¿Y si no te gusta lo que ves? —se excusó argumentando lo primero que le vino a la cabeza.

Sergio levantó la mano y le acarició el rostro, deteniéndose en el filo de su antifaz gatuno con cuyo borde empezó a jugar. Sería muy fácil arrancárselo sin más, pero si ella no se sentía segura, no la forzaría a mostrarse sin él.

Si a cambio de seguir viéndose, ella le imponía la condición de continuar con

su anonimato, lo respetaría hasta que estuviera preparada a mostrarse tal cual era.

—He visto y he disfrutado del noventa y nueve por ciento de tu cuerpo. ¿Crees acaso que el uno por ciento que me he perdido conseguirá que cambie mi opinión sobre ti? —preguntó con una sonrisa torcida.

—No sé... —Alana desvió la mirada para fijarla en un punto indeterminado de la habitación—. Quizás deberíamos quedarnos con el recuerdo de esta noche. Si lo repitiéramos, igual la magia no sería la misma...

—Es posible, pero aún así, prefiero arriesgarme. Quiero volver a verte, a estar contigo. Si el precio que debo pagar por ello es este antifaz, lo acepto.

—¿No te gustaría probar con otra mujer anónima?

—No. Prefiero repetir contigo —afirmó con rotundidad sin dejar de acariciarle la mejilla.

Alana esbozó una sonrisa sin poder evitarlo. Aquella noche había resultado más especial de lo que jamás hubiera imaginado. Había caído en El Pecado con un hombre casado... ¿por qué no tropezar dos veces con la misma piedra?

—¿Cuándo? ¿Dónde?

—Dónde y cuándo tú quieras. Por mí, mañana mismo.

—Mañana es sábado; te recuerdo que sólo los viernes hay juegos con máscara en este local.

—¿Y por qué tendríamos que vernos aquí? Vayamos a mi casa. Vivo solo, así que nadie nos molestaría.

—¿Vives solo? —preguntó extrañada. Aquello significaba que Alex tenía un picadero escondido a los ojos de su mujer. ¿Manténia quizás algún piso de soltero?

El sólo hecho de pensar en esa posibilidad bajó a Alana de la nube donde se había subido tan alegremente. Debía tener cuidado y no hacerse ilusiones que sabía resultarían vanas. Era fácil caer en la tentación oyéndole hablar así. Pero si tenía un picadero, significaba que no era la primera vez que se perdía con otra mujer a espaldas de su esposa. O lo que era lo mismo, era un infiel consumado.

—No quiero ir a tu casa. —No quería ser una más de las mujeres que seguramente hubieran pasado por su particular Viernes de Pecado.

—A la tuya entonces, si eso te hace sentir más cómoda.

—No. —Eso menos todavía... Para que algún conocido se presentara de sopetón en el momento menos oportuno. Sólo le faltaría eso.

—Está bien. Busquemos entonces un hotel cualquiera. El que tú prefieras. Escondido en el fin del mundo si eso te hace feliz.

Alana volvió a negar con la cabeza.

—En un hotel tendríamos que registrarnos, presentar nuestros documentos de identidad...

—¿Tanto miedo tienes a mostrarte ante mí?

—No es eso... —¿cómo podía justificarse sin desvelar demasiado?

—Eres una mujer casada, ¿verdad? —se aventuró a adivinar. Si fuera una mujer libre, no pondría tantos reparos.

—¿No lo eres tú acaso? —contrarrestó conociendo de antemano su respuesta.

—No, no lo soy. No tengo compromiso alguno que me ate a ninguna otra persona —contestó él con algo parecido a la franqueza.

Una franqueza que Alana sabía que no era cierta. Y eso la molestó. Sabía que no debería, pero ¿qué esperaba él con una mentira así? ¿Pretendía que se lo tragara a pies juntillas?

—No soy yo quien siente temor a mostrarse sin careta —continuó Sergio—. Si por mí fuera, me quitaba este ridículo antifaz de zorro que da un calor de los mil demonios.

—¡No lo hagas! —exclamó ella, temerosa de que a continuación él pidiera que hiciera lo mismo.

—¿Por qué tienes tanto miedo? Obviamente tienes algo que ocultar, y lo respeto. Pero yo no lo tengo.

—No te quites el pañuelo, por favor...

Sergio suspiró. Había pensado hacerlo varias veces durante el rato que habían estado juntos. Le molestaba tener pegado ese trapo en la cara que había terminado medio empapado de sudor. Pero ella no había dado muestra de querer que se descubriera, sino más bien lo contrario. Mientras él galopaba sobre su cuerpo, ella le había tomado el rostro entre sus manos, asegurándose de que el dichoso pañuelo no se moviera ni un centímetro de su posición correcta.

—¿Estás segura de que quieres que nos volvamos a encontrar?

—Sí, de eso sí estoy completamente segura.

«Bueno, al menos es algo», pensó él ya no tan seguro como un momento antes. Y no por él, que sabía a ciencia cierta que deseaba poder pasar más tiempo como el que acababan de compartir aquella noche. Pero la inseguridad que mostraba Débora era más que notoria y no pretendía que se viera forzada por él en ningún sentido.

—De acuerdo. Que sea aquí entonces. El próximo viernes. No te negaré que preferiría un lugar donde no tuviéramos límite de tiempo, pero no me importa si a cambio puedo volver a tenerte.

Con una oleada de mariposas revoloteando en su estómago, Alana asintió.

—Además —continuó él—, así tienes tiempo suficiente para decidir si esto

es lo que realmente quieres. Ten por seguro que yo sí estaré aquí esperándote.
—No faltaré. Estaré aquí el viernes a la misma hora. Dalo por hecho.

Capítulo 6

Sois unos Rajados

Alana entró en su despacho entonando una alegre tonadilla. Aquella mañana se sentía tan segura y feliz consigo misma que hasta se había maquillado un poco más de lo habitual. Por lo general, antes de salir de casa, se limitaba a untarse un poco de brillo sobre los labios y a ponerse un poco de colorete que mal disimulaba la palidez natural de sus mejillas. Y con eso ya bastaba. En cambio ese día, se había dado el lujo además, de pintarse los labios de un marrón-rosado muy favorecedor y había realzado su mirada *malgastado* un poco de lápiz de ojos negro sobre sus párpados que había difuminado después con una pequeña brocha. No es que fuera un cambio espectacular, pero ella se sentía, por primera vez en mucho tiempo, *divina de la muerte*.

No había llegado a su escritorio cuando la voz de Vero vino a interrumpir su particular serenata.

—Vaya, al fin llegas. Con diez minutos de retraso, dicho sea de paso —oyó la voz recriminadora a sus espaldas.

—Vero, ¿qué haces por aquí tan temprano? Ni que me estuvieras esperando... —contestó divertida y sorprendida por encontrarla allí.

—Claro que te estaba esperando, so tonta —le aseguró mientras cerraba la puerta a sus espaldas—. He venido a primera hora con la excusa de dejar unos papeles en Intervención. Me he pasado todo el fin de semana esperando a que te dignaras a ponerte en contacto conmigo y me contaras todo... Por tu culpa he acabado destrozando mis uñas de tanto morderlas. Eres una mala

amiga, y lo sabes.

—Si querías hablar conmigo, ¿por qué no me has llamado tú? —le preguntó encogiéndose de hombros, sabiendo de antemano la respuesta.

—Mira, mira, no me calientes que sabes de sobra que sí lo hice —bufó airadamente—. Llevo dos días llamándote y dejándote mensajes por el WhatsApp... los mismos que te has pasado por el forro deliberadamente. Y no me vayas a decir que no los has visto, porque tenía las marcas azules muy, pero que muy bien puestas.

Alana sonrió. Era cierto que la había telefoneado varias veces, pero como sospechaba cuál sería el motivo de tanta insistencia, había decidido hacerse la sueca y postergar el ineludible interrogatorio al que sabía que sería sometida.

—Bueno, ¡cuéntame de una vez! —exclamó al ver que su amiga mantenía la boca cerrada de manera casi exasperante.

Ésta abrió el cajón para guardar el bolso con la mayor parsimonia posible. Vero se sentó sobre el filo de la mesa y esperó con el ceño fruncido a que su amiga decidiera apiadarse de ella.

A pesar de la estrecha amistad que les unía, Alana dudaba si debía contarle o no cómo había resultado su particular *Viernes de Pecado*. Y no porque no le tuviera confianza, que no era el caso, sino porque consideraba que era algo tan íntimo y tan personal que no creía que se sintiera cómoda hablando de ello con nadie. Aquel era un asunto muy... suyo.

«Bueno, suyo y de Alex», pensó en silencio mientras una sonrisa tonta se instalaba irremediabilmente en su rostro.

—Yo... lo siento, pero no fui —decidió mentir al fin, encogiéndose de hombros de manera inocente—. Cuando llegó el momento de salir, me sentí incapaz de dar el paso.

Vero se levantó de su improvisado asiento y se llevó las manos a la cintura,

con una mueca de reproche en la mirada.

—No me lo puedo creer... —exclamó con evidente fastidio—. Me gasto el dinero en el regalo perfecto y, ¿no tienes la decencia de sacarle provecho? ¡Venga ya!

La expresión de Alana era el puro reflejo de la ingenuidad.

—Lamento que te hayas gastado el dinero para nada, pero si me dices cuánto te costó, te lo devolveré hoy mismo.

—No es por el dinero... —desechó con un aspaviento de manos—, sino por el desperdicio. Con la falta que te hace que te den una alegría en ese cuerpo, y tú vas y lo dejas pasar. Es para matarte.

—Vero, no tengo ganas de sermones tan temprano...

Ésta cruzó los brazos delante del pecho notoriamente molesta.

—Es que es la verdad, guapa. Desde luego, Alex y tú sois unos rajados integrales.

El comentario detuvo en seco a Alana que en ese momento estaba a punto de pulsar el botón de encendido de su ordenador.

—¿Por qué dices eso? —Una campana de alarma empezó a sonar en su cabeza, aunque de manera aún muy lejana.

Vero echó hacia atrás la silla que tenía en frente y se dejó caer con pesadez en ella.

—Porque Alex tampoco aprovechó su regalo...

El sonido de la alarma se fue intensificando por momentos. Parpadeó varias veces, tratando de asimilar la información.

—¿Cómo dices?

—Lo que oyes. Parece ser que él tampoco hizo uso de su preciado *presente*. Pero vamos, que una noche de sexo loco no te hubiera venido mal a ti aunque

hubiera sido con otro tío.

—¿Cómo sabes que no fue? ¿Acaso te lo ha dicho él? —preguntó con un hilo de voz. De repente, tuvo la sensación de que la garganta se le secaba por momentos.

—¿Cómo va a decirme eso, mujer! —exclamó mirándola como si estuviera loca—. Se supone que yo no sé nada de su *regalo*. Un pase para los Viernes de Pecado, siendo él un hombre casado, no es lo que se dice un obsequio apropiado para ir aireándolo a los cuatro vientos.

—No, no, claro. Pero, ¿cómo sabes que Alex no hizo uso de él?

—De la misma manera de la que me enteré de que lo tenía —se encogió de hombros—: espionando su conversación, por supuesto. Cuando esta mañana me acerqué a su mesa para comentarle que tenía que salir un momento, me di cuenta de que estaba hablando por el móvil con alguien precisamente del asunto —bajo la voz hasta convertirla en un susurro—. Supongo que se trataría de alguno de sus amigos, así que muy sutilmente, me hice a un lado y me puse a buscar algo en el archivador que tiene en la pared de enfrente. Eso sí, te aseguro que mis antenas estaban completamente desplegadas, así que...

—¿Qué...?

—Por lo que pude captar, parece ser que ese amigo estaba haciendo exactamente lo mismo que yo estoy haciendo ahora contigo—contestó con condescendencia—: reprocharle no haber hecho uso de su magnífico regalo de cumpleaños.

Por unos instantes, la sangre pareció congelarse en las venas de Alana.

—No puede ser... —su voz se convirtió en un murmullo, aunque Vero pudo oírla desde su posición.

—Como lo oyes, amiga. Nunca hubiera imaginado que un tío despreciara un regalo así, pero se ve que nuestro Alex tiene una moral menos distraída de lo

que sus amigos piensan.

Alana se agarró al filo de la mesa y empezó a respirar aceleradamente.

No debía sacar conclusiones precipitadas.

Era posible que Alex, al igual que ella, hubiera optado por no contar a sus amigos cómo había sido la noche que habían pasado juntos.

Sí... eso podría ser.

El par de horas que habían compartido habían resultado muy hermosas. O al menos, para ella lo habían sido, y sería una decepción enorme que él lo hubiera sentido diferente.

No. Había cosas que no se podían fingir, y algo en su interior le decía que la experiencia que habían compartido la noche del viernes también había resultado especial para él.

—Le estaba contando —continuó Vero sin percatarse de la turbación de su amiga—, que había salido a cenar con su mujer y que después, habían celebrado juntos, en casa, su particular Viernes de Pecado. Vamos, dicho sea de otro modo, que le tocó mojar... —explicó sin mucho miramiento—. En fin, siento que perdieras la oportunidad de mojar tú también. Si no con él, al menos con otro... —afirmó chasqueando la lengua.

¿Con otro?

¡Con otro!

No, de eso nada. No había duda de que aquella noche mágica la había pasado con *su* Alex. No cabía error posible. Así que, poco a poco, fue tratando de convencerse a sí misma de que Alex debía haber mentido a sus amigos, al igual que lo había hecho ella, para proteger su intimidad.

No tendría dudas. No las tendría, se repitió una y mil veces hasta que su cabeza fue asimilando la conclusión que ella quería.

Paulatinamente, la respiración volvió a la normalidad y, a medida que los recuerdos volvían a asaltarla por enésima vez en las últimas horas, la sonrisa regresó a su rostro sin poder contenerla. Había sensaciones que simplemente no se podían fingir. Y ella estaba muy segura de lo vivido entre los dos.

—Porque no mojaste, ¿verdad? —le preguntó Vero enarcando una ceja al ver la sonrisa traviesa de su compañera—. De lo contrario, me lo hubieras contado... Porque somos amigas y no me lo ocultarías... ¿Cierto?

—Claro, por supuesto. —A pesar de que intentó parecer contundente, su afirmación no resultó tan categórica como hubiera querido.

Los ojos de Vero se abrieron de par en par.

—¡Tú has pillado cacho! Y no me digas que no, porque mientes fatal. —La observó con detenimiento como si fuera la primera vez que la veía en la mañana—. Madre mía, si hasta te has maquillado... Has perdido diez minutos de tu valiosísimo tiempo en mirarte al espejo y sacarle provecho a ese rostro que Dios te ha dado. ¡Por eso has llegado tarde!

—Vero, por favor. Cualquiera que te oiga creería que vengo al trabajo todos los días hecha una zarrapastrosa.

—Vale, tanto no, pero reconoce que te cuidas poquito. Y mira que te lo he reñido veces... ¿Cómo pretendías que Alex se fijase en ti si no te echabas ni unos tristes polvos en la cara? De coloretos, quiero decir... —bromeó con malicia.

Alana mantuvo el tipo.

—Se te olvida que Alex está casado —contestó cansinamente—; tú misma me lo has recordado no hace ni cinco minutos. ¿Para qué perder el tiempo?

—Sí, pero estamos hablando de un hombre casado cuyos amigos le han regalado una noche en un puticlub para que desconecte de su insustancial vida sexual. Seguro que es un matrimonio de una sola postura y que cuando

termina, los dos se dan media vuelta para echarse a dormir. Tiene que ser tan aburrido...

Alana tuvo que hacer ímprobos esfuerzos para que no se le escapara la risa que bullía en su interior. ¿Alex de una sola postura? En apenas dos horas, le había demostrado que era un hombre con numerosos y variados *recursos*.

—¿Y ahora de qué te ríes?

—¿De qué va a ser? De las ocurrencias tan estrambóticas que tienes, hija mía —contestó saliendo del paso—. ¿De verdad te has puesto a pensar en las posturas de Alex cuándo se acuesta con su mujer?

—¿Tú no?

—¡No! —exclamó divertida.

—Es verdad. ¿Cómo vas a imaginártelo con otra cuando es más saludable soñar con que te mete su polla hasta las trancas? —preguntó con una naturalidad pasmosa.

—¡Vero! Te juro que cualquier día de estos te corto la lengua. Eres peor que un camionero...

—¿Por qué? ¿Acaso es mentira? Con lo que te gusta, no me iras a decir que no has tenido sueños húmedos con él. Por favor, si los he tenido hasta yo, y eso que estoy más que satisfecha con mi Santi.

Alana se tapó los oídos como si con eso fuera a detener la diatriba de su lenguaraz compañera.

—No quiero seguir hablando de este tema. ¿Querías saber si había hecho uso de tu regalo? Pues la respuesta es no. Y aquí termina el asunto. No quiero hablar más ni de mí, ni de Alex, ni de nuestros desaprovechados obsequios.

Vero suspiró.

—Vale, eso me ha quedado claro. Pero no te vas a librar de la segunda parte

del interrogatorio.

Ay, madre...

—¿Qué segunda parte?

—Está claro que no te has ligado a Alex, pero aún no me has dicho quién es el afortunado que ha ocupado su lugar.

—Nadie.

—Ja, y un huevo... Tienes cara de haber echado un polvo de agárrate y no te menees. Además, te estás poniendo como la grana, lo que confirma que mi ojo experto no falla.

Joder con su amiguita. Menudo tercer grado...

—Está bien. He conocido a alguien —acabó por reconocer, sabiendo que de lo contrario no la dejaría en paz.

—¿Ves?, lo sabía. Mi instinto no podía fallarme —se alegró de la noticia—. En tal caso, ahora te toca contestar el *incuestionable cuestionario* de doña Celestina, es decir, de *moi*. Primero: ¿Cómo se llama?; segundo: ¿Dónde lo conociste?; tercero y no menos importante: ¿Cómo la tiene?

Por primera vez, Alana dio rienda suelta a sus ganas de reír. Aquella mujer no tenía caso, pero sabía que su alegría era sincera.

—Primero: Se llama Sergio. Segundo: lo conocí en una local el pasado fin de semana. Tercero: Estás loca si piensas que te voy a decir como la tiene... suponiendo que se la haya visto.

—Oh, sí. Ya lo creo que se la has visto. Ya te he dicho que tienes cara de súper bien follada.

—¿Te he dicho alguna vez que tienes una mente muy sucia? —le preguntó entornando los ojos.

—No tengo la mente sucia; simplemente mis pensamientos y mi lengua

suelen ir cogidas de la mano, que es diferente. ¿Cuándo me he callado yo algo?

—Nunca —reconoció entre risas.

—Bien, entonces podemos dar por hecho que se la has visto.

—¡Vero! ¡No te voy a contar nada de eso!

—Pero mira que eres sosa. Está bien... Entonces pasemos del tercer al segundo grado. Cuéntame algo del tal Sergio.

Alana pensó rápidamente una respuesta adecuada. ¿Qué podría decirle para que su amiga se diera por satisfecha? Por supuesto, ni loca iba a reconocer que Alex y Sergio eran la misma persona, y como tiempo para *hablar* precisamente no era lo que habían tenido, poco podía contarle acerca de él que Vero no supiera ya.

—No, creo que no —fue su contestación.

—¿Por qué? —Replicó Vero incrédula—. Que yo sepa, «cuéntame algo» no supone ningún peligro para tu exacerbada reserva a mantener a salvo tu intimidad.

—No es eso. Es sólo que apenas lo conozco.

—No será tan apenas.

—Vero... que te veo venir. Sabes que me cuesta hablar de determinadas cosas.

—Déjame decirte que ahora eres tú la mal pensada. Sólo pretendo que me digas cómo es.

«Un amante fantástico, su perversión, su deseo, su sueño imposible hecho realidad...». No, eso no se lo podía decir.

—Sergio es... muy dulce y atento —bueno, en eso no mentía. Así se había mostrado con ella durante las pocas horas que habían pasado juntos. Además

de otros calificativos que no pensaba pronunciar en voz alta—. Y atractivo. Alto, moreno, muy guapo. Y que besa como los ángeles. Y...

—¿Y...?

—Y nada más... Oye, ¿tú no tienes que trabajar?

—¿Ves lo que te digo? Sosa hasta reventar. En fin, supongo que tendré que conformarme con eso... por ahora. Siguiendo pregunta: ¿Cuándo vais a volver a veros? Porque doy por sentado que no habrás sido tan arisca como para no haberle dado tu teléfono.

—Suponiendo que me lo haya pedido...

—Sí, estoy segura de que lo ha hecho. De lo contrario, no tendrías la cara de boba que tienes.

—Vale, está bien. Tú ganas. Hemos quedado para vernos este mismo viernes.

—La sonrisa de Alana evidenciaba lo ilusionada que estaba con aquella cita.

—¿Y cuándo lo voy a conocer yo?

La sonrisa desapareció de inmediato.

—No lo sé —se limitó a contestar de modo evasivo—. Ya veremos.

Vero frunció los labios.

—Espero que el tal Sergio te meta un poco de vidilla en el cuerpo que buena falta te hace. Y a ver si de paso, te olvidas del sosaina de Alex, que estará muy bueno, pero a veces parece que le falta un hervor. Mira que despreciar el regalo de sus amigos...

—¿Otra vez con lo mismo?

—Vale, vale, ya sé que querías dejar el tema... ¿Nos vemos luego en el desayuno? —preguntó cambiando completamente de tema. La verdad es que llevaba un buen rato allí sentada y más le valía mover el culo antes de que alguien de su departamento empezara a preguntar por su ausencia.

—Claro. A las once como siempre.

—Perfecto. Nos vemos luego, *Blanca Flor*...

Una vez a solas, las dudas volvieron a asaltar la conciencia de Alana. Aunque trató de cambiar el rumbo de sus pensamientos concentrándose en el trabajo, no podía sacarse de la cabeza lo que le había dicho su amiga: Alex no había acudido el pasado viernes a la Sala Pecado.

Y por más que el corazón le gritase que aquello no era más que un subterfugio similar al que ella misma había utilizado, no pudo evitar que la semilla de la duda quedara sembrada en su interior de forma irremediable.

Capítulo 7

Un Momento Surrealista

La mañana resultó extraña para Alana. A pesar de su propósito de centrarse en el trabajo pendiente de resolver, se dio cuenta que su mente estaba más dispersa de lo que hubiera deseado. Los efectos del fin de semana aún perduraban en su memoria y la duda, así como los remordimientos, que poco a poco iban abriéndose paso, empezaban a ganarle la batalla.

Tal era su dispersión que hasta un par de veces, tuvo que llamar a sendos centros escolares que había solicitado subvención para una actividad deportiva y disculparse por haberles otorgado acciones que ni siquiera había solicitado.

Y cuando dieron las diez y media en el reloj de pared de su oficina, decidió que ya había tenido suficiente desparrame mental para su maltrecha conciencia. Si seguía así durante las horas que le restaban de trabajo, acabaría teniendo que rectificar al día siguiente todo el trabajo hecho ese día, cuando se diera cuenta de que se había equivocado en la mitad de las concesiones otorgadas. Apagó la pantalla del ordenador furiosa, dejando en negro la tabla con el cuadrante que tantos quebraderos de cabeza le estaba ocasionando.

Miró el móvil y comprobó que todavía faltaba media hora para salir a desayunar. Sin embargo, sabía que no daría pie con bola hasta que lograra, de alguna manera, calmar la inquietud que en aquellos momentos la atenazaba. Seguramente salir de allí e ir a tomarse un café le vendría bien para despejarse... O si no, mejor una tila. Lo último que necesitaba era cafeína en

vena para terminar de ponerse más nerviosa y echar por tierra toda una mañana de trabajo.

Maldijo en silencio por su cambio de ánimo de las últimas horas; con lo contenta que había llegado, había pasado a tener una sensación de desasosiego que le estaba corroyendo las entrañas.

Levantó la vista y la fijó en la ventana del despacho, decidiendo qué podía hacer. Qué quería hacer...

Y de repente, lo tuvo claro. Lo único que necesitaba era volver a estar con él, con Alex. Por alguna inusitada razón, necesitaba más que nunca tenerlo delante para que sus miedos y sus inseguridades desaparecieran por completo.

Había estado totalmente convencida de que la noche del viernes la había pasado con Alex. No había tenido ninguna duda al respecto en todo el fin de semana. Y si ahora se lo volvía a cruzar, si lo volvía a ver, seguramente todos esos incipientes temores desaparecerían como por arte de magia.

Bien, llegaba el momento de idear un plan. Como era bastante improbable que un técnico de urbanismo fuera a ver a otro de deportes así por las buenas, tendría que ser ella quien se encargase de dar el paso con cualquier excusa.

Así que, armándose de valor, se puso en pie con decisión y cogió el bolso del cajón donde lo había guardado. Si Mahoma no iba a la montaña, la montaña iría a Mahoma.

O lo que era lo mismo: iría a buscar a Vero para decirle que estaba muerta hambre y que necesitaba salir a desayunar más temprano. No es que fuera lo mismo que ir a verlo a él directamente, pero como excusa era bastante aceptable.

La distancia entre ambas concejalías era de apenas diez minutos andando, así

que si apretaba el paso, encontraría a su amiga en la oficina antes de que se hubiera marchado a la cafetería donde se encontraban cada mañana.

Si su objetivo era ver a Alex, debería tenerlo todo previsto. Tras avisar a sus compañeros de que salía, marchó segura rumbo a su objetivo, como si de una verdadera aventura se tratara. Si se había atrevido a afrontar un Viernes de Pecado, ya era hora de afrontar también a su Alex como la mujer adulta que era. No más timidez ni más tonterías... ¡Por favor, que pronto cumpliría los treinta!

Llegó al edificio de Urbanismo en el tiempo previsto. Cuadró los hombros y fue saludando a los compañeros que se cruzaban a su paso hasta que llegó a la mesa de Vero, situada justamente delante de la oficina que ocupaba Alex.

—Buenos días, Alana —la voz de *su hombre* la sobresaltó de repente, sin haberse dado cuenta siquiera de que lo había tenido todo el tiempo detrás de ella—. Dichosos los ojos que te ven por aquí. ¿Vienes buscando a Vero?

La chica se giró para encontrarse con la mirada penetrante de su Zorro, que esperaba sonriente a que le devolviera el saludo, aunque sólo fuera por simple educación. Lo observó unos instantes para encontrarlo tal y como lo recordaba: tan alto, tan guapo, tan, tan... ¿pálido?

«Alana, que te veo venir. Deja de pensar cosas raras...», se dijo a sí misma sin poder quitarle el ojo de encima. Aquella sonrisa... aquella manera de mirarla. ¿Era... o no era? Ay, por favor, si no había tenido duda antes, ¿por qué surgían ahora?

—Alana, ¿estás bien? —A Alex le extrañó que lo observara con tanta fijación, como si acabaran de salirle monos en la cara—. Hola...

—¿Qué...? — Finalmente, la chica reaccionó—. Ah, sí, claro. Vengo buscando a Vero —contestó tratando de mostrar una seguridad que en absoluto sentía.

—Me he cruzado con ella hace un momento en el pasillo; seguramente ha ido al baño. Espérala por aquí si quieres; debe que estar a punto de volver.

—Ah, vale... Gracias.

Alana le sonrió con timidez. Sin embargo, no pudo evitar quedarse otra vez mirándolo atentamente, como si esperase que él dijera algo más.

Sí, tenía la misma altura que su Zorro; la mandíbula... también era la misma. Ojos oscuros... aunque no ambarinos. Pelo castaño a la altura de sus hombros, aunque ¿eran ilusiones tuyas o ahora parecía algo más corto?

«No, mierda, no... Es él. No te comas la cabeza», se reprochó de nuevo.

En lo que no cabía duda, era de que a plena luz del día su piel parecía menos bronceada que la de su enmascarado, aunque bien pensado, podría ser normal y hasta cierto punto, lógico. Al fin y al cabo habían estado en un local con una iluminación muy pobre.

Que además hubiera resultado ser más delgado de lo que aparentaba ahora vestido... también tenía una explicación plausible. El hombre que tenía delante llevaba una camisa de vestir metida dentro de unos pantalones de pinza de color beige; nada que ver con la camiseta ceñida y los vaqueros oscuros de la otra noche. Y tampoco era lo mismo contemplar su torso con una prenda holgada encima, que sentirlo bajo la palma de sus manos sin nada de por medio. Una piel cálida, suave, agradable al tacto, perfecta para ser besada, chupada, lamida, acariciada...

Un ligero rubor empezó a teñirle las mejillas. Mejor no recordar esas cosas con él delante, si no quería terminar poniéndose en ridículo.

En cualquier caso, una cosa era segura: su Zorro era Alex. Sergio era Alex (por el amor de Dios, tenía que serlo).

—Alana, ¿estás bien? ¿Pasa algo?—volvió a preguntarle él sin entender muy bien por qué aquella chica lo observaba como si quisiera comérselo con los

ojos.

Alex se miró a sí mismo, pensando que debía haberse manchado la ropa o algo así. Además, ¿eran imaginaciones suyas o aquella mujer le estaba mirando el paquete?

—Ey, compi, ¿qué haces tú por aquí? —la voz de Vero la salvó de hacer el mayor ridículo de su vida. Por favor, si hasta la había descubierto mirándole la entrepierna...

—Hola —contestó volviéndose hacia ella y sintiendo que las mejillas le ardían como llamas incandescentes—. Tenía hambre y he venido a buscarte. ¿Puedes escaparte un poquito antes?

Vero miró a su jefe, buscando su confirmación. Al hacerlo, se dio cuenta de que Alex estaba, ¿sonrojado?, y que miraba a su vez a Alana con un extraño gesto en la cara.

¿Qué era lo que se había perdido? ¿Qué había pasado entre esos dos en los cinco minutos escasos que se había ausentado?

Para colmo, Alana no había tenido en cuenta que Vero no se identificaba precisamente por la discreción cuando sacaba cualquier tema a relucir.

—Jefe, ¿qué te pasa? Estás rojo como un tomate. Se volvió hacia su amiga y se encontró con que el color de ella era incluso más oscuro que el de él. Definitivamente, ahí ocurría algo—. ¿Se puede saber qué le has dicho a mi amiga? Parece que estuviera a punto de salir ardiendo por auto-combustión, así que espero que no te hayas atrevido a decirle algo inapropiado en mi ausencia —comentó en tono de broma, pero que por un momento dejó descolocados a los otros dos.

—¿Yo? —preguntó con asombro el aludido. Pero si era ella quien lo estaba desnudando con la mirada, pensó en silencio aunque prefirió callar—. Si no le he dicho nada...

«Gracias, Vero. Muchas gracias por empeorar mi situación». Los ojos de Alana lanzaban puñales en dirección a su amiga. Si hubiera podido pedir algún deseo en aquellos instantes, hubiera agradecido enormemente que un gran agujero negro se abriera bajo sus pies y se la tragara allí mismo.

—No le echés cuenta, Alex... —en su voz se apreciaba una disculpa— ¿No vamos... por favor? —le preguntó a su *amiga*, apretando los dientes.

Sin darle oportunidad de contestar, la tomó del brazo para sacarla de la oficina, a tirones si hacía falta.

—Espera, tengo que coger la cartera —afirmó Vero intentando zafarse del repentino agarre—. No llevo ni una moneda encima.

—Olvídalo, yo te invito. — Necesitaba salir de allí a la de ya.

—¿Me vas a explicar que es lo que acaba de pasar? —le preguntó sorprendida cuando se hubieron alejado varios pasos de su jefe.

—No.

—¡Alana!

—Vero, estoy ahora mismo un poquito atacada de los nervios. Como me vuelvas a preguntar algo... como vuelvas a abrir la boca en los próximos cinco minutos, yo... no respondo.

—¿Pero qué he hecho yo? —preguntó sin saber por qué ahora le empezaban a caer a ella los palos.

Alex se quedó observado estupefacto la escena, y viendo como una se llevaba a rastras a la otra sin demasiadas contemplaciones. Por un momento, tuvo la sensación de haber vivido uno de los momentos más surrealistas de toda su vida.

Capítulo 8

Un Sabio Consejo

Aquella misma tarde, Sergio apareció por la tienda de multiaventura que regentaba su tío de un modo muy similar a como lo había hecho Alana por la mañana: silbando una alegre canción y de un humor excelente. Éste, al verlo aparecer, levantó la cabeza de las cajas que había recibido hacía un rato con el último pedido de botas de montaña que desde hacía más de una semana tenía encargadas. No pudo evitar contagiarse del buen ánimo de su sobrino favorito, el que llevaba su mismo nombre, y el que más se parecía a él en todos los sentidos.

—Se te ve muy contento hoy, sobrino —lo saludó nada más verle.

Sergio se acercó hasta el hombre para revolverle el pelo con la mano abierta.

—Lo estoy, tío, lo estoy. ¿Por fin te llegaron las botas? —preguntó señalando las cajas que tenía desparramadas entre el suelo y la mesa.

—Así es. ¿Me ayudas? —pidió sabiendo de antemano cuál iba a ser la respuesta—. Estaba organizando un poco todo este material para poner una muestra en el escaparate y en los estantes. El resto lo dejaré en el almacén para que no me ocupen demasiado espacio en la tienda.

—Claro que sí —contestó apartándole a un lado y quitándole el par que tenía entre las manos—. ¿Por qué no contratas a alguien para que te ayude aquí, tío? Ya va siendo hora de que empieces a pensar en tu jubilación —le sugirió como tantas veces había hecho.

El hombre dio dos pasos hacia atrás y se apoyó en la mesa de trabajo, junto a la pared, mientras observaba a Sergio con atención.

—¿Jubilarme yo? ¿Estás loco? ¡Sólo tengo sesenta y un años! —exclamó intentando parecer molesto—. Hago lo que me gusta, lo que me da la gana y no hay razón para que nada de eso cambie. No necesito ayuda de nadie, faltaría más. Cuando tú seas el dueño de todo esto —dijo abarcando con los brazos el pequeño local—, podrás llevar la tienda como te venga en gana y contratar a quien te apetezca. Mientras tanto, yo me puedo ocupar solo.

En efecto, aquella conversación ya la habían tenido antes en varias ocasiones; y como la respuesta seguía siendo la misma de siempre, el más joven prefirió pasar al tema que lo había llevado allí.

—Hablando de otra cosa, ¿has pensado ya en lo que te comenté el otro día?

—Claro. No me parece mal la idea, siempre que seas tú quien se encargue de organizarlo. A mi edad no tengo paciencia para bregar con mocosos chillones y escandalosos.

Sergio detuvo su tarea y miró un momento a su tío antes de proseguir. Llevaba algún tiempo tratando de convencerlo para que ofreciera sus servicios como guía al Ayuntamiento de la ciudad. Cada año se otorgaban subvenciones a los centros escolares para que los alumnos realizaran excursiones por la sierra gaditana, intentando, dentro de lo posible, fomentar del mismo modo el trabajo a las empresas locales del sector.

—Hace un momento tu edad no parecía ser un inconveniente.

—Me serviré de la excusa de la edad cuando me venga en gana, niño. Las canas que ya pinto me han otorgado ese derecho. Así que, ¿qué contestas tú?

Sergio sonrió.

—Se te olvida que tengo clases en el colegio por la mañana y luego están las tardes que Nico pasa conmigo. No sé de dónde quieres que saque tiempo para

organizar nada.

—Bah, claro que podrías si quisieras. Además, sólo sería para el primer cuatrimestre del año, Sergio, que es cuando se suelen hacer esas actividades. Suponiendo que en el Ayuntamiento contaran con nosotros, tienes días disponibles para organizar tú las excursiones si es que nos tocase alguna. Tienes una mano espectacular con los niños. No sé cómo te las apañas que siempre consigues que te sigan como corderitos, y sobre todo, que te hagan caso.

—Sabes que no puedo, tío. Aunque mi horario lectivo sea de mañana, hay días en los que tengo tutorías por las tardes, por no hablar de aquellas otras en las que el centro organiza actividades extraescolares para los críos. No puedo comprometerme a algo así teniendo en cuenta que los horarios chocarían.

—Te recuerdo que quien se ha empeñado en organizar las excursiones escolares a la montaña eres tú, no yo...

—Lo sé, pero deberías tomar en consideración que podría ser una buena manera de reactivar la actividad de la tienda. Te podría suponer un extra para llevar mejor los gastos del invierno, que siempre es un periodo más flojo para el negocio y que te hace ir más apurado. Sabes que te vendría mejor que bien...

—Bah —desechó con la mano—. La tienda da lo suficiente para vivir, y con eso me basta. Ya sabes que no soy de lujos y que prefiero ir a mi aire. Gasto lo que tengo y no me complico con nada más.

—Aún así, deberías planteártelo en serio. Aún estamos en plazo para presentar los papeles...

—Sólo me metería en este lío si tú te vinieras conmigo.

—Tío, no seas cabezota. Las clases en el colegio son lo que me mantiene y te repito por enésima vez que los horarios serían incompatibles.

—Pamplinas.

—Si no te quieres encargar tú directamente de las excursiones, tienes a los monitores que contratas en verano para que lo lleven. Sólo tendrías que ampliarles el contrato algunos meses más, cuando se acabe el periodo estival.

—Dani y Jose están acostumbrados a lidiar con adultos. No los veo yo llevando a una pandilla de niños gritones para arriba y para abajo...

—Si se les paga religiosamente como hasta ahora, llevaran al grupo que tú digas y punto. Al fin y al cabo trabajan para ti.

—Ocasionalmente...

—No tan ocasionalmente, que desde que llega la primavera, raro es el fin de semana que no sale alguno de ellos con algún grupo; eso si no son los dos.

—Mira, si tan claro lo tienes, el día que heredes el negocio te encargas tú de ese jaleo. Parece que lo tienes todo muy bien planificado —fue su evasiva respuesta.

—Que no te quepa duda de que lo haré, aunque para eso faltan aún muchos años...

—Y tanto que sí... Ya te he dicho que no tengo ninguna intención de dejar la tienda; no al menos mientras disfrute con lo que hago.

Sergio sonrió mientras seguía con lo suyo. Su tío era un hombre difícil de convencer, pero era cuestión de tiempo que terminara dando su brazo a torcer. De eso ya se encargaría él.

—Y volviendo a lo de antes, ¿me vas a decir que te tiene hoy tan contento?

—preguntó el hombre mayor con ironía.

Sergio volteó la cabeza y lo miró.

—¿Acaso no lo imaginas?

—Ya veo... —rió por lo bajo—. Parece que al final el regalo que te hice fue

de tu agrado, ¿no hijo?

El joven se giró de nuevo hacia las cajas con las botas y continuó organizándolas.

—Más de lo que imaginas.

El hombre volvió a reír, encantado.

—Eso demuestra que tu tío sabe mejor que nadie lo que te conviene, jovencito —afirmó señalándole con un dedo acusador—. Y mira que dijiste que era una tontería y que no necesitabas algo así.

—Y no lo necesitaba, pero eso no significa que no lo haya disfrutado...

—Sabía que te gustaría, hijo. No todo puede ser trabajar en esta vida... Eres demasiado joven para andar tan cargado de responsabilidades.

—Te aseguro que hago más cosas aparte de trabajar, tío. Vuelves a olvidarte de Nico... —puntualizó para dejar claro que no estaba de acuerdo con la última observación.

—A eso mismo me refiero.

—Mi hijo no es una carga para mí, sino todo lo contrario. Disfruto mucho cuando estoy con él.

—Claro, martes y jueves y fines de semana alternos, ¿no? —contestó haciendo alusión al régimen de visitas que Sergio tenía establecido con su anterior pareja.

—Ya sabes que puedo ver al enano cuando quiera, y no sólo en el periodo convenido. En ese sentido no me puedo quejar. Me gustaría tenerlo a diario, no voy a negártelo, pero a día de hoy es lo que tenemos.

—Lo sé. Es importante que a pesar de que lo vuestro no funcionase, mantengáis una buena relación por el peque.

—Así es. Tanto Andrea como yo tenemos claro que los errores de los padres

no deben pagarlos los hijos. Nico puede disfrutar de ambos por igual, sin que haya malos rollos de por medio, y eso para mí es suficiente.

—Pero si esto está bien, yo no lo discuto. Pero a tu edad necesitas disfrutar más de la vida. Te pasas las mañanas en el colegio rodeado de *pitufos*; muchas tardes, con tu hijo. Y cuando no, te vienes a la tienda a echar una mano a este viejo. Apenas tienes tiempo para ti. Eso sin mencionar que desde que te separaste de Andrea hace dos años, no te he vuelto a conocer pareja alguna.

—Lo cual no significa que no la haya tenido...

—Sí, pero nadie importante. De lo contrario, me la habrías traído para que la conociera, como haces desde que cumpliste los trece y te echaste tu primera *novieta* en el colegio.

—Hum, es posible... Pero al igual que tú, estoy en un momento en el que hago lo que quiero y estoy con la gente que quiero. Me apetece esta tranquilidad después de los cinco años convulsos que pasé con Andrea. Menos mal que desde que nos separamos, las aguas volvieron a su cauce y hemos recuperado la cordialidad de antaño. Si no por nosotros, al menos sí por Nico.

—Vamos, Sergio. Eso está muy bien para un hombre de mi edad, pero no para un crío como tú. Sólo tienes veintiséis años.

—Veintisiete en una semana.

—Oh, sí, que mayor. Yo a tu edad vivía la vida padre, y en cambio tú... Perdona que te lo diga, hijo, pero llevas una vida de mierda. Es en lo único en lo que no nos parecemos.

Sergio no pudo evitar reírse ante el comentario.

—¿Por qué una vida de mierda? ¿Qué hombre con mi edad saca unas oposiciones de infantil a la primera? Tengo un trabajo fijo y estable que me

gusta, con el que consigo vivir de manera independiente y con el que puedo pagar la parte que me corresponde de los gastos de mi hijo.

—Un trabajo en el que te pasas horas rodeado de niños chillones, llorones e inaguantables —interrumpió su tío haciendo alusión a la clase de primero que llevaba desde que comenzara el curso escolar el septiembre pasado.

—Tú mismo acabas de hacer alusión a lo mucho que me gustan los niños. No hubiera estudiado magisterio infantil si no fuera así.

—Babosadas...

—Y tengo un horario más que aceptable —continuó sin hacer caso a su última observación— que me deja tiempo libre para hacer cuanto quiera por las tardes. ¿Qué tiene de malo?

Su tío negó con la cabeza, nada convencido de los argumentos de su sobrino.

—¿Ves cómo necesitabas divertirte en un Viernes de Pecado? Hablas como un hombre demasiado mayor, y no como el niño que todavía eres. Cuando yo lo probé, me gustó tanto que sabía que si te regalaba un pase, a ti te pasaría lo mismo.

Sin mirarlo siquiera, Sergio no pudo reprimir una nueva sonrisa.

—¿Acaso te gustó tanto como para volver a repetir una segunda vez? —quiso saber.

—Bueno, tampoco tanto, que la entrada no está lo que se dice regalada —reconoció su tío—. ¿Acaso tú sí?

—He sacado un nuevo pase para esta semana —comentó sin apartar la vista de su tarea—. He quedado para el próximo viernes.

La voz del hombre mayor se tornó jovial de inmediato.

—Vaya, vaya... ¿Dos semanas seguidas? Pues sí que has debido divertirte para que quieras repetir tan rápido.

—Estuvo bien...

—¿Sólo bien?

Sergio dejó lo que estaba haciendo y se volvió hacia su tío, que parecía divertirse con todo aquello.

—Conocí a alguien allí.

—¿No se te habrá ocurrido encapricharte de alguien de la Sala, verdad? — preguntó con incredulidad y escepticismo.

Sergio se pasó la mano por la nuca.

—No... Sí... No lo sé. —Se detuvo un momento antes de continuar con las cajas—. He vuelto a quedar con la chica con la que estuve el viernes pasado.

—¿Con la misma?

—Así es.

Su tío frunció el entrecejo no muy convencido de que lo que escuchaba le gustara.

—No habrás sido tan necio de enamorarte de una clienta de los Viernes, ¿verdad? Las mujeres que van por allí suelen ser feas como el pecado o unas reprimidas insatisfechas que no se comen un nabo ni borrachas.

—Venga ya, tío... —dijo molesto—. Y no, no me he enamorado de nadie...

—lo cortó con voz cansina como si tuviera que explicar algo evidente—.

Pero he de reconocer que la chica me gusta; eso no te lo voy a negar.

—¿Acaso ya no se llevan antifaces como antes? ¿Has llegado a verla?

—Los antifaces siguen estando...

—Ya... ¿Y no te has planteado que si lo lleva sea seguramente porque, por decirlo de manera suave, es antiestética como el demonio?

—¿A eso lo llamas tú suave? —preguntó entre risas—. A ver, para empezar, la chica de la que te hablo no tiene absolutamente nada de fea; de hecho, diría

que es preciosa. El antifaz que eligió sólo le cubría media cara y no tengo dudas de que se trata de una chica atractiva. Ahora te pregunto yo: ¿no te has planteado tú que la razón de ocultarse sea simplemente porque quiere mantener su anonimato? ¿Por qué no habría de ser una chica normal y corriente?

—Claro, y por eso se va a un prostíbulo a tirarse a un tío que no conoce de nada sin importarles si está bien o no. Chico, déjame decirte que los hombres no somos los únicos que tenemos ojos en la cara; a ellas también les van los tíos guapos, y si la muchacha es hermosa, ten por seguro que no se iría a un puticlub en busca de alguien que le dé candela.

—Bueno, déjame decirte que no estoy del todo de acuerdo con tu teoría. Sin ir más lejos, tómate a mí de ejemplo. No digo que sea guapo, pero tampoco soy un espantajo. Soy un tío de lo más normal a quien le han hecho un regalo y punto. Y por lo que me contó, parece ser que a ella le sucedió algo por el estilo. No saques conclusiones así porque así.

—Pues yo te digo que es un bicho raro... —insistió convencido.

—No, no creo que sea eso. Fíjate, ahora que lo pienso, más bien creo que se trate de una mujer casada o con pareja. Eso sería lo más lógico.

—¿Una insatisfecha?

—Pudiera ser.

—Y quieres repetir con ella...

—Ya te he dicho que me gusta...

—Eso y que seguramente la chupa como los ángeles... —aventuró buscando una razón lógica.

—Vaya tela, tío. Cuando te pones en plan borrico no se puede hablar contigo.

—¿Por qué? ¿No te la chupó bien?

Sergio bufó, molesto.

—Como comprenderás, no te voy a decir nada de lo que hicimos en la intimidad.

—Tampoco es que haya que ser un lince para adivinarlo.

—De verdad, hay veces que no sé por qué te cuento estas cosas.

—Yo sí lo sé: porque soy tu tío favorito, e inexplicablemente, tu mejor amigo. Y aunque quizás no te gusten mis formas y mi manera de expresarme en ciertos temas, sabes que te quiero con locura y que me preocupo por ti como si fueras mi propio hijo. Y como no he tenido ninguno, te ha tocado a ti desempeñar ese papel.

Y eso, tuvo que admitir Sergio para sí, era verdad. No le faltaban amigos de su edad, pero el grado de confianza, camaradería y compañerismo que tenía con su tío, a pesar de ser más de treinta años mayor que él, no lo tenía con nadie.

—Ya fuera bromas, Sergio —le dijo poniéndose serio y acercándose lo suficiente para pasarle la mano sobre el hombro—. Eres aún un chico muy joven; yo diría que casi un imberbe al que le queda mucho por vivir... No te encapriches de alguien que a buen seguro no merece la pena.

—Sí, un imberbe con un hijo de seis años en el mundo.

—Erais los dos unos chiquillos y metisteis la pata. No serás ni el primero ni el último que tenga un niño antes de lo que debería, pero eso no quita que tengas que volver a tropezarte de nuevo en la misma piedra.

—No tengo intención de volver a ser padre a corto plazo, si te refieres a eso... —le aclaró con evidente ironía.

—Sabes muy bien a lo que me refiero, chaval. Ten cuidado con quien juegas, no vaya a ser que si te acercas demasiado al fuego, termines quemándote.

Sergio miró a su tío y meditó sus palabras. Aunque no quisiera reconocerlo, sabía que llevaba parte de razón. Y no, no era tan tonto como para enamorarse de alguien que iba a aliviar tensiones a los Viernes de Pecado, aunque la atracción que había sentido con Débora había sido muy fuerte desde el primer momento.

Una vez superados los temores y los recelos iniciales por el tipo de lugar en el que se hallaban, se había sentido en verdad muy cómodo durante todo el tiempo que había pasado con ella. Y no era menos cierto que sus ganas de volver a verla eran tan reales como las muchas veces que había pensado en aquel cuerpo, diminuto y voluptuoso, durante los dos últimos días.

No obstante, sería absurdo e incluso ridículo, ilusionarse con alguien que sólo tenía para él medio rostro, aunque la mitad oculta no fuera en absoluto difícil de imaginar.

—No te preocupes por mí —le tranquilizó Sergio—. Sé lo que hago y hasta donde puedo llegar con esta situación.

—Eso espero, chaval... Por cierto, ¿cómo vas a hacer entonces con Nico? Se supone que el siguiente fin de semana te toca quedarte con el crío.

Sergio se sintió agradecido de que el rumbo de la conversación pasara a un terreno menos farragoso.

—Sí, tengo que hablar con mi madre a ver si se puede venir a mi casa para quedarse con él unas horas. Seguramente mi hijo preferiría irse a dormir al piso de sus abuelos, pero entonces no lo vería al despertarse. Supongo que a mi madre no le importará quedarse esa noche en la mía.

—Y si no, ya sabes que puedes contar conmigo. Si tu madre no puede, avísame, ¿vale? Tengo ganas de jugar un rato con el enano ese. Es el único niño al que estoy dispuesto a aguantar —le aseguró guiñándole un ojo, como si su sobrino no supiera que tenía auténtica devoción por el pequeño.

—Gracias, tío. Lo hablo con ella y en cuanto sepa el qué, te digo algo.

Capítulo 9

El Sillón del Amor

Fue una semana rara. A medida que transcurrían los días, a los dos le parecía cada vez más irracional haber pasado por aquella experiencia tan particular. Sergio había rememorado varias veces la conversación mantenida con su tío a principios de semana. Era consciente de que tenía razón, y sin embargo, a medida que se acercaba el viernes, iba contando las horas para volver a estar con Débora. No debía ilusionarse con algo que de antemano, no tenía futuro. Se repetía una y otra vez que sus encuentros no iban a pasar más allá de lo que eran: escauceos en un lugar sórdido bajo la fachada del anonimato. Y aún así, se había descubierto imaginando por las noches, tumbado en la cama, cómo hubiera sido conocerla en una situación menos atípica.

¿Se hubieran fijado el uno en el otro?

Quizás se hubieran visto antes, o se hubieran cruzado en algún lugar de la ciudad, y aún así, no hubieran reparado ninguno de los dos en la presencia del otro.

O al contrario: Quizás se hubieran mirado; quizás se hubieran gustado; hubieran entablado una conversación banal, una cualquiera que podía dar lugar a otro encuentro... a un acercamiento entre dos desconocidos que se sienten atraídos mutuamente... Todo era posible, aunque no sabría jamás si aquella posibilidad podría haberse dado alguna vez. Eran tantas las incógnitas que sabía que no tenían respuestas, que su mente inquieta se empeñaba en fantasear con una realidad paralela.

En cuanto a Alana, de la alegría inicial fue pasando paulatinamente al sendero de las dudas, sobre todo después de su conversación con Vero. Y aunque no podía engañarse a sí misma respecto a los matices diferentes que había encontrado entre Alex y Sergio, su mente y su corazón se rebelaban una y otra vez ante la posibilidad de que ambos no fueran la misma persona. Una zozobra interior la atenazaba al pensar que aquella posibilidad pudiera ser cierta, por lo que se pasó la segunda parte de la semana intentando convencerse de que no había motivo para tanta inseguridad.

Aunque sólo lo consiguió a medias.

Sabía que aquella duda podía ser relativamente fácil de resolver. Él le había propuesto mostrarse sin máscaras y sólo necesitaba su aprobación para cruzar esa línea invisible que separaba el anonimato de la notoriedad. Sus inquietudes desaparecerían por arte de magia cuando viera su rostro tal y como ella sabía que era. Pero no podía pedirle a Sergio que se descubriera sin que ella correspondiera igualmente al gesto. Seguramente, él no lo aceptaría.

¿O sí?

¿Y si Alex estuviera dispuesto a ese juego de medias verdades?

En su único encuentro no había mostrado reparo en descubrir su identidad. Igual podía aceptar lo que ella le proponía, si se lo razonaba de manera convincente.

Esas y otras cuestiones similares fueron las que mantuvieron a Alana especialmente caotizada durante el transcurso de la semana. Sin embargo, sus dudas no fueron lo suficiente poderosas como para impedirle acudir a la cita que tenía programada.

En esta ocasión, fue ella la que llegó primero. Cuando entró en el salón, no

tardó ni medio minuto en darse cuenta de que su compañero de juegos no estaba. Y aunque en un primer momento sintió un poco de agobio al pensar que quizás podía no presentarse, trató de mantener la calma convenciéndose a sí misma de que lo más probable es que se trataría de un simple retraso.

Tomó aire y se alisó el vestido que había elegido para aquella noche. Esta vez había decidido que iría con un vestuario más apropiado. Y aunque le hubiera encantado decantarse por alguno de los trajes ajustados que tenía de cuando era más joven, tuvo que conformarse con otro modelo de corte imperio que le llegaba a la mitad del muslo, de tirantes finos y escote de pico cruzado en el pecho. No es que fuera un super-modelazo, pero la falda suelta le disimulaba los kilos que según ella le sobraban, y además le hacía parecer atractiva. Sólo repitió los taconazos rojos que tanto le habían gustado a su Zorro.

Se acercó a la barra del bar y pidió una Coca-Cola. Con el vaso en la mano, se giró en redondo para estar pendiente de la llegada de Alex. Tan atenta estaba a la puerta del salón, que no se dio cuenta de que un hombre se acercaba a ella con la intención de entrarle.

—Hola, gatita —le dijo haciendo alusión a su máscara de Catwoman.

Alana lo observó y a punto estuvo de echarse a reír. El desconocido llevaba el antifaz de Batman, y aunque el hombre no tenía mala planta, se le veía ridículo con aquellos dos cuernecillos negros plantados sobre la cabeza.

—Batman... —fue lo único que atinó a contestar.

—¿Te apetece ronronear un rato conmigo en un privado?

Ea, así sin más... Menuda entrada.

—Lo siento. Estoy esperando a alguien. No estoy interesada.

Si él era directo para pedirle que lo acompañara, ella también lo sería para despacharlo.

—¿Y cómo sabes que no soy yo el hombre que esperas? —le preguntó

haciéndose el interesante mientras levantaba la mano para acariciarle el hombro con el índice.

—Porque el hombre al que espera soy yo —contestó la voz de Sergio a la espalda de la chica.

Ella se giró de inmediato y no pudo evitar que una sonrisa tonta apareciera en su rostro.

—Venga, Zorro, lárgate de aquí —le increpó Batman temiendo que su posible conquista se le esfumara de entre las manos—. Yo la he visto antes, así que la gatita se viene conmigo.

—¿Sí? ¿Cómo estás tan seguro?

—Porque mis armas de guerra son más potentes que las tuyas. No se va a quedar con una espadita de nada, pudiendo tener un cañón potente—aseveró llevándose las manos al paquete.

Alana elevó los ojos al techo. ¿Por qué los hombres podían resultar a veces tan básicos?

Sergio rodeó la cintura de Débora posesivamente, pegándola a su costado. Por unos instantes, sus miradas quedaron enganchadas, y todas las dudas, todas las inseguridades que la habían consumido en los último cinco días desaparecieron como por arte de magia.

—Lárgate, Batman —le dijo la propia Alana sin molestarse en mirarlo siquiera, prendada todavía en los ojos de Sergio—. No me gustan tus cuernos.

—Bah, ni a mí las zorras... —contestó despectivamente al saberse rechazado.

Alana detectó el cambio en los ojos de su chico: de una mirada dulce, a otra tremendamente amenazadora. Era evidente que no le había gustado el comentario del murciélago.

—Eh, mucho cuidado con lo que dices...

—¿Por qué? ¿Acaso buscas pelea? Ninguna zorra lo merece...

Sergio dio un paso al frente, pero la mano de Débora sobre su pecho lo detuvo de inmediato. Volvió a mirarla y no encontró ningún signo de que estuviera molesta o enfadada. Muy al contrario, le pareció que se reía de la situación.

—¿Nos vamos de aquí? No merece la pena perder el tiempo con una rata voladora.

El buen humor regresó a los ojos de Sergio, encantado de reencontrarse con su Catwoman particular. Aquello fue suficiente para dar el tema por zanjado. Cogiéndola de la mano, se abrió camino por el salón dejando a Batman con dos palmos de narices.

Cuando llegaron al pasillo, Sergio empezó a contar las puertas a medida que pasaba por ellas. Al llegar a una en concreto, la abrió con decisión y entró en ella.

Nada más cerrar, enganchó otra vez a Débora por la cintura para acercarla a su cuerpo y besarla como había deseado hacer desde el instante en que la vio apoyada en la barra.

La necesidad parecía mutua, pues ambos comenzaron a devorarse la boca con ansiedad, enzarzándose en una lucha de lenguas como si se trataran de una pareja de enamorados que hacía tiempo que no se veían.

Las manos de Sergio volaron por debajo del corto ruedo del vestido de Alana y se aferraron con fuerza a las nalgas bien torneadas. Sin miramiento, frotó sus caderas contra las de ella para que apreciara la necesidad que despertaba en su cuerpo simplemente con tocarla.

Alana entrelazó los brazos a su cuello y, de un salto, rodeó con sus piernas la cintura de Sergio. Esa posición facilitó el camino de sus dedos que reptaron hasta perderse en el interior de las bragas de Débora en su afán de buscar y

encontrar el premio que escondían.

—Demonios, Débora, me moría por estar contigo... —dijo antes de que sus labios se pasearan por el cuello y la clavícula de la joven, dejando un reguero de fuego a su paso.

Ella no pudo contestar. Las expertas caricias en su interior estaban causando estragos a sus sentidos. ¿Cómo podía crear aquella magia con sólo dos dedos?

Sergio la llevó en volandas hasta un sillón colocado en el centro de la habitación en el que no había reparado hasta entonces, y que parecía una especie de S tumbada, con patas y sin respaldo.

Sin dificultad, como si ella fuera un peso pluma, pasó una pierna sobre los cojines de color rojo hasta quedar sentado a horcajadas en él, con Alana encima. En ningún momento detuvo el ritmo de sus dedos, que entraban y salían de la cálida cavidad de la joven de manera rítmica, a la vez que su pulgar se centraba en el clítoris hinchado de Débora. Incontrolados espasmos de placer la recorrían incesantemente mientras se aferraba a sus hombros. Sergio se entretuvo en su cuerpo hasta conseguir llevarla a la cima del placer momentos antes de que cayera rendida sobre sus manos.

Sergio le había arrancado el primer orgasmo sin haberla desnudado siquiera. Las dos horas que tenían por delante se prometían insuperables.

—Me has pillado a traición, Sergio —susurró Alana cuando recuperó el aliento.

—Supongo que podrás perdonarme, ¿no? —le preguntó con humor.

Una sonrisa lánguida y traviesa apareció en los labios de Alana.

—Quedas total y completamente disculpado...

—Lo imaginaba —bromeó él.

—Sin embargo, no me has dejado opción...

—¿A qué? —alzó una ceja inquisidora—. ¿A rechazarme?

—No, a compartirlo contigo.

La besó en la cabeza apoyada sobre su hombro, acunándola como a una niña pequeña.

—No te preocupes, ya me lo cobraré —Le acarició la melena corta, y se la recolocó sobre la espalda—. He pensado mucho en ti estos días.

—Yo también... —reconoció. Sergio sonrió al escucharla—. Pero debo confesarte que durante unos minutos temí que no aparecieras. Cuando llegué y no te vi...

—Pensaste que te había dejado tirada.

—Sí...

—Aunque te dije que vendría...

—Sí. Pero había imaginado que te encontraría en el salón cuando llegara.

—Nunca hubiera faltado a mi palabra. Aprenderás a conocerme y sabrás que eso no ocurrirá. Sólo un motivo justificado me obligaría a faltar a mi palabra y aún así, buscaría la manera de avisarte.

—No tendrías cómo...

Eso era cierto. Pero guardaba la esperanza de que a partir de esa noche eso pudiera quedar solucionado.

—Además, hazte a la idea de que no te vas a librar tan fácilmente de mí, gatita...

Alana frunció el ceño.

—No me llames así. El prepotente de abajo lo hizo y no me gustó.

—Pero es que tú no eres su gatita; eres la mía. No ronroneas para él, sino

para mí. Sólo para mí, y tengo que admitir que me encanta cuando lo haces. Cuando te agarras a mi espalda, cuando me clavas las uñas, cuando me muerdes el hombro para no gritar... todo en ti me gusta —concluyó entre susurros que colmaron a Alana de satisfacción.

Le tomó el rostro con delicadeza y le besó en la boca con ternura. Iba a ser muy difícil despedirse de su Zorro si le decía cosas así; y, sin embargo sabía que aquella particular relación estaba a punto de terminar. Incluso posiblemente, aquella noche fuera la última que se encontraran. De todas formas, los recuerdos que atesoraría serían tan maravillosos que no iba a ser fácil encontrar a alguien que ocupara el lugar que Sergio se había ganado en pocos días.

Porque una cosa era que le gustara, como hasta ese momento y otra que aquel amor idealizado se convirtiera en un sentimiento más profundo. Sabía que era prematuro llamar a amor a lo que sentía, y aun así estaba en camino de convertirse en algo demasiado peligroso para ella. Las circunstancias de Alex eran y seguirían siendo las mismas: era un hombre casado, con una vida aparentemente cómoda.

Por eso, se había prometido a sí misma que la única intención que perseguía al saltarse sus principios a la torera no pasaban por destrozar ningún matrimonio, sino de atesorar aquellos recuerdos y disfrutar de ellos en soledad.

«Hipócrita. Eres una hipócrita. Si fueras una buena persona no estarías aquí ahora con él», le gritó su conciencia dándole una bofetada sin manos.

Se echó hacia atrás y lo miró a los ojos. Tenía una mirada penetrante, de esas que se quedan clavadas en el alma.

Si no tenía cuidado, aquella locura iba a terminar causándole demasiado daño. Alex no exponía nada más allá que pasar un buen rato con una

desconocida, pero ella estaba empezando a abrir su corazón más de la cuenta. Y eso era un error...

Con un suspiro de resignación, trató de incorporarse.

—¿Qué pasa? —le preguntó Sergio al notar de inmediato su cambio en su actitud.

—Nada —respondió desviando la mirada.

—¿Nada? —preguntó preocupado, deslizando las manos por los brazos de la joven— ¿Acaso te ha molestado mi retraso?

—Olvídalo, Sergio. En serio que no me ocurre nada. Son cosas mías.

—Pues mientras estemos aquí, quiero que sean cosas nuestras. Compártelo conmigo, por favor.

Lo volvió a mirar. Parecía sincero y preocupado, aunque ella sabía que su interés no era... no podía ser real.

Sergio la cogió de la mano antes de que se apartara más de él.

—Me retrasé porque quise preguntar si había una habitación como ésta para que pudiéramos disfrutarla juntos sin límite de tiempo.

Aquel comentario llamó la atención de Alana.

—¿Cómo ésta? —Alana le miró sin entender— ¿Y qué tiene de especial? Es igual que la de la semana pasada...

—No, no lo es —satisfecho por haber captado su interés, continuó—. Pregunté a la mujer de la entrada si tenían un sillón *tantra* en alguna de las habitaciones, para que lo reservara exclusivamente para nosotros.

—¿Un qué?

Sergio sonrió.

—Ni siquiera te has dado cuenta de donde estamos sentados ni de que la cama es más pequeña, o de que está arrinconada en el cuarto.

Alana observó la habitación detenidamente, fijándose en los detalles que él acababa de señalar.

Sergio volvió a tirar de su mano suavemente para que se sentara otra vez en su regazo.

—¿No sabes lo que es un sillón *tantra*? —preguntó con voz ronca.

—No —reforzó su negación con la cabeza.

—¿No has oído hablar del sillón del amor?

—¿Debería?

—Está bien. En ese caso, déjame que te de una lección práctica de lo qué es y cómo se usa —sus ojos se oscurecieron de pura lujuria—. Creo que te gustará.

Y lo hizo... demostrándole con maestría algunas de las ventajas que ofrecía aquel mueble tan particular.

Capítulo 10

Alboroto en la Oficina

—Ostras la que se ha liado en Urbanismo...

Alana levantó la vista de su ordenador para fijar los ojos en Celia, una de las compañeras de oficina, que le hablaba desde el marco de la puerta de su despacho.

—¿Qué ha pasado?

—¿No te has enterado? Tienes allí a Vero, ¿y no te has enterado de nada? Si es la comidilla del día. La noticia está volando por los pasillos de todo el Ayuntamiento.

Por un momento, Alana se quedó petrificada.

«Tierra, trágame. Todo el mundo debe saber lo nuestro», pensó atenazada. «¿Cómo voy a poder mirar a la cara ahora a mis compañeros? ¡Todos se van a burlar de mí!».

—Por lo visto, a Alex le han puesto un ojo a la virulé —continuó sin percatarse de su azoramiento—, y han tenido que llamar a seguridad para separar a los dos tíos que se han liado a puñetazo limpio en la oficina.

Espera, espera... ¿De qué estaba hablando aquella loca? ¿Quién había golpeado a Alex?

—Pero, ¿qué es lo que ha pasado? —Era mejor no sacar conclusiones precipitadas...

—Que el marido de María Jesús se ha enterado del rollo de su mujer con

Alex. Y en vez de liársela parda a ella, ha venido directamente a ajustar cuentas con él.

¿Qué? ¿Cómo? ¿Qué Alex estaba enrollado con quién?

—Celia, si me sueltas la información a trompicones, no me voy a enterar de nada. ¿Quieres contármelo todo desde el principio?

«Vía libre», pensó su compañera satisfecha.

Sin reparo alguno, y deseando ser ella por primera vez quien soltara la bomba de los cotilleos inter-administrativos que circulaban por el Ayuntamiento, se coló al despacho de la técnico para sentarse sobre la esquina del escritorio dispuesta a soltar todo cuanto sabía.

—Supongo que al menos sí estarás al tanto de lo de Alex con María Jesús, ¿no? Ya sabes, la que trabaja en Secretaría...

Los ojos de Alana se abrieron como platos. ¿Cómo que lo de Alex y la de Secretaría?

¡Venga esa jarra de agua fría para su cuerpo serrano!

—No... —contestó con un susurro. La saliva se le quedó pegada a la garganta dificultándole que la voz le saliera del cuerpo.

—¿Cómo no vas a saber que están liados desde hace por lo menos cinco meses, si es *vox pópuli* desde que empezaron a verse? ¡Si los pillaron magreándose sobre la fotocopidora de Secretaría!

—¡¿Qué?!

—Como lo oyes, corazón. Desde luego, debes ser la única que no lo sepa, porque todo el mundo estaba al tanto, aunque claro, tampoco es plan de que se ande pregonando abiertamente por los pasillos. Pero teniendo en cuenta que desayunas todos los días con Vero, que es su compañera, pensaba que lo sabrías. Además, y esto te lo digo en confianza, todos los del servicio

sabemos que a ti Alex te hace tilín.

Alana se quería morir. Vaya mierda de comienzo de semana.

—Alex sólo es un compañero más. No sé de dónde sacas eso...

—Sí, sí, claro —desechó la fútil excusa sin darle mayor credibilidad—. En fin, eso ahora no tiene importancia. O bueno, la tendrá para ti, pero ya sabes que no me gusta meterme en los asuntos de nadie.

¿De nadie? ¿En serio? Entonces, ¿qué demonios hacía allí sentada con una sonrisa de oreja a oreja dispuesta a despellejar a quien se le pusiera por delante? ¿Y encima estaba al tanto de sus sentimientos por Alex? Dios mío, aquello era para morirse, porque significaría que con toda probabilidad lo sabría todo el puñetero Ayuntamiento, incluyendo al propio Alex.

—Bueno, sigo que me desvío —continuó Celia relamiéndose por la jugosa información que traía entre manos—. Al final ha pasado lo que tenía que pasar... Nadie puede mantener una relación así sin que tarde o temprano salga a la luz. De cómo se ha enterado el marido de María Jesús, no tengo ni idea. Pero parece ser que hace una hora se presentó en Urbanismo buscando a Alex hecho una furia —tomó aire y siguió hablando—. Por lo que me han contado, preguntó por él y cuando lo tuvo delante, sin mediar palabra, le propinó un puñetazo que lo tiró al suelo —abrió los ojos desmesuradamente fingiendo consternación—. Imagínate la conmoción del momento... Pero vamos, que el otro no se quedó atrás. Se levantó y se liaron a mamporros como si estuvieran peleándose en plena calle. De inmediato llamaron al guardia de seguridad de la puerta, pero mientras llegaba y no, se dieron fuerte y flojo, ya sabes. Mientras uno le reclamaba que por su culpa su mujer le había puesto los cuernos, el otro se revolvía y le decía de todo menos bonito. ¡Madre lo que se ha formado en un momento!

—¿Y qué ha pasado al final? —la cara de Alana era un poema. Demasiada

información que procesar en tan poco tiempo.

—Bueno, lo que era previsible. El *segurata* lo ha inmovilizado, y se ha llamado a la policía para que intercediera. Creo que se lo han llevado en un coche, aunque un agente está también hablando con Alex, supongo que para que interponga la denuncia correspondiente. Si lo ha hecho o no, eso ya no lo sé... Pero si quieres, en cuanto me entere de algo más, te cuento, ¿vale?

—Vale... —contestó como si fuera una autómatas, con la mirada perdida en el blanco de la pantalla del ordenador sin ver las letras que tenía por delante.

—Te dejo entonces a ver si me entero de algo más. Si te enteras tú, ya sabes...

Y sin más, se marchó como un huracán, sin darse cuenta de que tras su paso, los ánimos de Alana había quedado desolados.

Sólo consiguió sacarla de su estupor el pitido insistente del *WhatsApp* de su móvil cinco minutos después.

«Reunión de emergencia».

El mensaje lo mandaba Vero y se repetía al menos siete u ocho veces. ¿Acaso pensaba mandar el mismo mensaje cada cinco segundos hasta que ella contestase?

«Reunión de emergencia». La aparición de una nueva línea en la pantalla dejaba a las claras que así era.

«Voy. En otra cafetería. Nos vemos en el Baluarte en quince minutos», contestó al fin, sabiendo de antemano cuál era el motivo de aquella *Reunión de Emergencia*.

Con una incipiente ira creciendo en su interior, solo cogió el dinero necesario para el desayuno y se marchó con cara de muy pocos amigos.

¿Cinco meses liado con María Jesús?

¿Y a pesar de todo, se presenta con todos sus santos cojones en el Viernes de Pecado como si nada?

¿No tenía suficiente con su mujer y con su amante como para tener que ir a buscar carnaza con una desconocida?

¿Y por qué demonios Vero nunca le había puesto al tanto de aquella relación? Era imposible que ella no supiera, siendo como era la mayor chafardera sobre la faz de la tierra, que Alex estaba con otra cuando además, se trataba de un secreto a voces.

Ya bastante malo era saberse un segundo plato. Pero el tercero...

¿Acaso a Vero no le importaban los sentimientos de su amiga?

Esas y muchas otras cuestiones le martilleaban incesantemente la cabeza cuando llegó a la cafetería. Estaba bastante más apartada que la mayoría de los bares que rodeaban el edificio principal del Ayuntamiento, pero por lo menos allí podrían hablar sin cruzarse con ningún otro compañero.

Aunque a esas alturas iba hecha una furia, la cara de Vero le dejó claro que estaba tan consternada como lo había estado ella hacía unos instantes, lo que en cierto modo ayudó a atemperar su genio.

De un golpe seco, retiró la silla de la mesa donde aguardaba su amiga para espetarle al tiempo que se sentaba:

—¿Por qué no me lo dijiste? ¿Cómo me has podido ocultar que Alex estaba liado con la de secretaria?

—Alana, yo... no lo sabía. Me enteré hace apenas unos días y te veía tan contenta, tan ilusionada con el chico que conociste, que no encontré el momento oportuno para decírtelo.

—Perdona, pero me cuesta mucho creer que no te hayas enterado del lío hasta hace tan poco. ¡Trabajas con él! ¡Hasta le espías el teléfono! Y lo que es peor, era algo que sabía medio Ayuntamiento.

—Ahora lo sé, pero te juro que yo no estaba al tanto —se llevó el puño al pecho—. Alana, es la verdad. Nunca ha hablado del asunto en la oficina con nadie, y a mí sólo empezaron a llegarme los rumores a finales de la semana pasada.

Alana se llevó las manos a la cabeza, sin saber cómo terminaría todo aquello.

—Créeme, no lo sabía —insistió Vero por tercera vez.

—Madre mía... ¿Y sabes lo peor de todo esto? ¿Sabes quién ha venido a contarme la movida?: Celia. La muy imbécil debe estar la mar de satisfecha de haber sido ella quien me haya contado la noticia, porque además se ha quedado muy pancha diciéndome que sabe que estoy colada por Alex — dijo frotándose la cara—. Me quiero morir...

Vero le tomó las manos para apartárselas del rostro.

—No digas eso.

—Vero, no sólo Alex va a ser la comidilla del Ayuntamiento por lo que ha pasado. Temo que, de paso, esto también me lleve a mí por delante.

—No digas tonterías, Alana. Aquí los palos le van a caer todos a él, literalmente hablando. Te había citado para ser yo quien te lo contara, pero hasta que no se han tranquilizado un poco las aguas en la oficina, no me he podido escapar.

—Pues ya ves; en esta ocasión se te han adelantado.

—Cielo, lo siento mucho... Sé lo importante que era Alex para ti, a pesar de sus circunstancias.

Con un movimiento brusco, retiró sus manos de entre las de Vero, que aún las sostenía con firmeza.

—No quiero volver a saber más de este imbécil en lo que me resta de vida. ¿Cómo he podido hacerme ilusiones con él? —se preguntó más para sí

misma que para Vero.

—Todos tenemos derecho a soñar, y no hay que estar ciega para ver que Alex da para fantasear y mucho, así que no te culpes... Siempre supiste que era un imposible para ti —trató de consolarla.

«Sí, pero eso era antes de haber compartido con él dos viernes mágicos; de hacerme creer que, a pesar de nuestro subterfugio, yo era alguien especial para él».

—Además, está Sergio, ¿no? No te ciegues pensando en Alex cuando tienes al otro seguramente comiendo de tu mano.

Si trataba de animarla con aquello, sólo conseguiría el efecto contrario. Y desde luego, no podía volver a hablarle de Sergio. Nunca más.

—Lo de Sergio no funcionó —se limitó a contestar para evitar que volviera a preguntarle por él.

—Oh, vaya. Lo siento. Se te veía tan ilusionada... ¿Qué pasó? —Vero buscaba distraer la atención de lo que estaba pasando.

—Déjalo. No quiero hablar de eso tampoco. Está tan muerto y enterrado como lo está Alex a partir de hoy mismo.

—Sabes que conmigo puedes hablar cuando quieras. Seré una cotilla, pero lo tuyo es distinto. Jamás me atrevería a fallarte y faltar a tu confianza.

—Lo sé —y era cierto—, pero no quiero hablar más de hombres; ni de uno ni del otro. Con lo que llevo encima hoy, ten por seguro que les he cogido una tirria impresionante.

—Ya verás cómo dentro de un tiempo todo esto pasará. Estoy segura de que tarde o temprano llegará tu príncipe azul.

—Pues que pase mucho tiempo, porque ahora mismo se me pone por delante y le hago tragar su espada hasta la empuñadura. A ver si se rebana el esófago

por el camino...

Vero sonrió con tristeza. No le gustaba ver a su amiga así. Ya era mala suerte que ahora que parecía que por fin pasaba de Alex por el tal Sergio, el futurible príncipe hubiera terminado convirtiéndose en una rana más del charco.

—¿Quieres tomarte algo? ¿Una tila, quizás?

Alana suspiró.

—No, no me apetece nada ahora mismo, la verdad —miró a su amiga y vio conmisericordia en sus ojos—. No te preocupes, Vero. Ya se me pasará.

Porque se le pasaría, pero mientras tanto, sería falso afirmar que se encontraba bien.

¿Cómo había sido tan tonta? Había que ser muy gilipollas para hacerse ilusiones con alguien que acudía a un prostíbulo para tener sexo con una desconocida. Y ella había resultado ser esa gilipollas integral al obviar lo que significaba aquellos encuentros y fantasear con que podría haber algo más entre los dos.

Y para colmo, el próximo viernes habían vuelto a quedar...

«Va a ir Perico el de los Palotes, porque esta que está aquí no va a volver a rebajarse hasta semejante punto».

Ya había hecho el ridículo no una, sino dos veces.

No habría una tercera.

Capítulo 11

El Último Viernes

Sin embargo, aquel viernes se vistió y se arregló con más esmero que las dos semanas anteriores. Eligió ropa ceñida que hacía mucho tiempo que no usaba y que había recuperado de los rincones ocultos de su armario tras comprobar que en los últimos días había perdido casi cuatro kilos. La verdad era que apenas había probado bocado durante la semana, manteniéndose a base de alimentos tan variados como la tristeza, la rabia y la decepción.

Incluso aquella misma tarde, se acercó a una tienda de lencería cercana a su casa para comprarse un conjunto de encaje negro y rojo con el que sentirse sexy y atrevida. Eso sí, se prometió a sí misma que en esta ocasión Alex no tendría posibilidad de verlo, y mucho menos, de catarlo. Sólo lo había comprado para sentirse segura y ganar en confianza... nada más.

Aún no tenía muy claro cómo actuaría, si es que Alex se presentaba a la cita, que esa era otra cuestión. Con toda seguridad, su queridísima y amantísima esposa ya estaría al tanto de la movida de su marido en la oficina, porque cosas así no sucedían sin más, para quedar enterradas en el silencio.

El trámite con la gerente del burdel fue rápido. Al fin y al cabo, era la tercera vez que iba en tres semanas...

«No vas a caer en la tentación», se repetía Alana una y otra vez en silencio.

«No sucumbas. Sólo estás aquí para decirle que no quieres volver a verlo

nunca más. Que no estás interesada en tener ni un solo encuentro más con un ser tan falso y rastrero como él...»

Bueno, eso no se lo podía decir. Le estaría dando a entender que conocía su identidad y sus circunstancias. Debía mantener el anonimato y la discreción hasta el último momento.

Sólo le diría que ya no le interesaba. Y seguramente, a Alex le importaría un soberano pimiento. Se buscaría a otra incauta, a otra imbécil tan hambrienta de carne como él y se daría el gusto. Al fin y al cabo estaba segura de que no le faltarían candidatas para ocupar su lugar. Pero al menos, deseaba darse el gusto de espetarle en la cara que con ella no habría ni una posibilidad más...

Y si eso era lo único que quería, ¿qué demonios hacía allí? Con su simple ausencia también le podía dejar claro que no quería continuar con aquellos encuentros. Y sin embargo...

Quería ser ella misma la que diera por finalizada aquella relación absurda. Ya iba siendo hora de retomar las riendas de su insípida vida y hacer algo más productivo con ella que trabajar de lunes a viernes y soñar con noches locas, apasionadas, divertidas, excitantes con un hombre enmascarado que le robaba el aire y el espíritu cada vez que su boca se derretía sobre su piel y que...

«Mierda, no pienses en eso. A partir de ahora vas a ser una mujer de verdad y vas a salir ahí fuera a comerte el mundo. No necesitas de escauceos escondiéndote tras una máscara con ningún patán, cabrón, mentiroso como Alex. A partir de hoy, vas a ser feliz siendo tú misma, y si por el camino te encuentras a alguien que merezca la pena, vas a ir a por él... Y si no, a la mierda con todos. Es hora de que por fin empieces a valorarte como mujer».

Más convencida después de su último soliloquio interno, se dirigió con paso firme al salón de siempre. Sólo tardó unos segundos en habituar sus retinas a la penumbra del lugar. A diferencia de las dos ocasiones anteriores, la sala

estaba más concurrida de lo habitual, teniendo en cuenta la hora que era.

No hubo necesidad de buscar a Sergio. Apenas había dado unos pasos oteando a los presentes cuando unos brazos morenos le rodearon la cintura. El olor de su cuerpo, ese que fácilmente había aprendido a reconocer en las distancias cortas, la envolvió como una suave caricia.

—Te he echado de menos, gatita —la voz ronca susurrando en su oído le produjo un cosquilleo que le recorrió la columna vertebral. Sintió sus labios posarse con ternura sobre su cuello, intensificando así las sensaciones. Sin poder evitarlo, ladeó la cabeza lo suficiente para hacérselo más accesible.

«Dios, esto va a ser más difícil que lo creía», reconoció. Muy a su pesar, su simple contacto, su voz, despertaba emociones demasiado intensas en su interior.

—Vámonos de aquí antes de que ocupen nuestra habitación —le sugirió Sergio sin perder el tiempo—. No me gustaría que hicieran uso de nuestro sillón antes que nosotros.

Con esfuerzo, Alana se giró en redondo para poder enfrentarse a él. Sus ojos se posaron en aquellos otros que incluso rodeados de aquella penumbra, parecían acariciarla con infinita ternura y divertida picardía.

—No, hoy no —aseguró con firmeza.

De inmediato, la sorpresa cambió la expresión del hombre.

—¿Pasa algo?

Alana levantó la cabeza con toda la dignidad que le fue posible.

—Sólo he venido a decirte que no pienso acostarme contigo nunca más. — Clara y directa, para que no cupiesen dudas.

Sergio rebuscó en su mirada algo que pudiera explicar aquel cambio de actitud, pero sólo atinó a adivinar que su enfado parecía real. Sin añadir nada,

la cogió de la mano y emprendió el rumbo hacia la zona de los reservados.

—¿No has escuchado lo que te acabo de decir? —le increpó molesta mientras trataba, sin éxito, de soltar su mano de la tenaza en que se habían convertido los dedos de él.

Sergio se detuvo en seco. Ahora sí, su semblante era serio.

—Te he oído perfectamente. Y no te preocupes, no es mi intención forzarte a nada. Sólo pretendo que hablemos en privado con serenidad. Como has podido comprobar, esta noche hay más gente de lo habitual.

Quizás fuera por el tono utilizado, ni brusco ni enfadado, que Alana consideró que su petición sonaba razonable. Y no es que tuviera la intención de perder demasiado tiempo despachándolo, pero si quería decirle lo que pensaba de él, era mejor hacerlo en un lugar donde pudiera escucharla bien. Y además, no debía olvidar que todas las habitaciones tenían el famoso botón del pánico por si alguna situación se desmadraba más de la cuenta.

—¿Prometes que no intentarás nada? —cuestionó Alana altiva.

Aquella pregunta sí que le molestó. Más bien, le ofendió, pero aún así mantuvo la calma.

—Nada que tú no quieras. Te lo prometo.

—Está bien.

Sergio no le soltó la mano hasta que estuvieron rodeados de la privacidad de su habitación, la que habían compartido apenas siete días atrás. Inevitablemente, los ojos de Alana volaron hacia el sillón que tantos momentos de placer les había proporcionado en las dos horas escasas que lo habían utilizado.

La voz de Sergio la devolvió a mundo real; se giró para comprobar que la enfrentaba con los brazos en jarra.

—¿Se puede saber qué ha cambiado en una semana para que no quieras saber nada más de mí? ¿He hecho o dicho algo que te haya ofendido o molestado de alguna manera?

Los ojos de Alana se endurecieron bajo su máscara gatuna. ¡Qué harta empezaba a estar de aquel trozo de cuero negro! Menos mal que aquella sería la última vez que se lo pondría. A partir de entonces, no querría saber nada ni de Catwoman ni de Zorros, ni de la madre que parió a los superhéroes.

Su mente parecía ansiosa por gritarle: «Cabrón, acostarte conmigo a pesar de estar ya liado con otra desde hace meses. Porque ya bastante duro era saber que tenía que compartirme con *la oficial*, tirando por tierra todos mis principios... Pero ser la tercera en discordia, o quién sabe si más, por ahí sí que no paso».

Sin embargo, su respuesta se limitó a un lacónico:

—No te quiero ver más.

—¿Por qué? Si me dices que es porque no te gusta, no te apetece o simplemente te has cansado de mí, lo respetaré y me aguantaré porque no me queda otra. Pero intuyo que hay algo más que no me estás contando, aunque Dios es testigo de que no tengo idea de qué.

—¿El qué? —Avanzó el cuerpo hacia él, retándole— ¿Te parece poco que estoy manteniendo relaciones sexuales con un completo desconocido?

Sergio bufó audiblemente.

—Vamos, Débora... Sabías las condiciones de los encuentros desde que viniste la primera vez. Y sabes que te propuse terminar con esta mascarada la primera noche que estuvimos juntos, pero fuiste tú quién se negó y quién prefirió que nos mantuviéramos ocultos.

—A ver, Sergio. Esto es una casa de putas. No quiero verme con un tío que viene a follarse a la primera tonta que se le pone por delante.

—Sí, esto es un prostíbulo, pero que vengamos a los Viernes de Pecado no significa ni que tú seas una puta, ni yo un cabrón...

—Haré como si eso último no lo hubiera oído—contesto apretando los dientes con rabia.

—Muy bien... Entonces, dejando de lado el hecho de que tú y yo hemos venido aquí voluntariamente, sabiendo a conciencia a lo que nos enfrentábamos, ¿qué ha cambiado desde el otro viernes, cuando nos separamos satisfechos, felices y con ganas de volver a vernos, para que ahora quieras terminar esto tan drásticamente?

Alana alzó orgullosamente el mentón.

—He cambiado yo. Me he dado cuenta del tipo de hombre que eres y he llegado a la conclusión de que no mereces la pena ni tan siquiera para tener sexo ocasional. Así que no quiero volver a saber nunca más de ti. —Qué bien se sintió después de decir aquello, sonando tan segura de sí misma.

Sergio ladeó la cabeza y empezó a acercársele lentamente.

—¿El tipo de hombre que soy? ¿Acaso me conoces de algo?

La luz de emergencia empezó a encenderse en la cabeza de Alana. Y aunque la prudencia le advertía que tuviera cuidado con su respuesta, sus sentimientos heridos no tuvieron tanta cordura.

—Eres del tipo de hombre que se tira a todo lo que se le pone por delante, sin importarte si estás casado o si tienes una amante con la que te ves a escondidas desde hace meses. Y como por lo visto eso no es suficiente para ti, necesitas meterte en mi cama los viernes, que seguramente será el día que no pillas bocado. Hasta ahora, claro...

Sus palabras sonaban enrabiadas. No quería haber dicho todo aquello, porque evidentemente demostraban que sí lo conocía más allá de los muros de aquel recinto. Pero una vez hubo empezado, no pudo detener el amargor

que la estaba consumiendo desde hacía cinco días. Y desde luego no había ayudado que durante toda la semana no se hablara de otra cosa en la oficina que de los escarceos amorosos entre el responsable de Urbanismo y la chica de secretaría, como si no hubiera nada más interesante en el mundo. Todas las noticias, todos los comentarios, todos los cotilleos que llegaban hasta ella, se le clavaban en el pecho como cuchillos afilados.

—¿De qué estás hablando, Débora? —le preguntó impávido.

—¿Acaso miento?

Sergio estaba estupefacto.

—No tengo ni la menor idea de dónde has sacado todo eso. Ignoro si te has inventado ese melodrama por algún motivo en especial o si es que crees que soy una persona a la que conoces de algo o... —Sergio se detuvo y la miró con los ojos entrecerrados—. Es eso, ¿verdad? Me conoces o crees conocerme. Por eso te empeñas en esconder tu identidad con tanto ahínco.

—¡No! —Peligro, peligro. Cada vez estaba más cerca de la verdad y no se podía permitir que la descubriera bajo ningún concepto.

—Débora, yo no te conozco de nada. Tu antifaz no es tan grande como para que me oculte tu identidad, en el caso de que te conociera.

—¡Yo sí que no te conozco de nada! —exclamó con vehemencia tratando de sonar convincente—. Jamás haría esto con alguien que conociera, ¿me oyes? —estaban los bastante cerca el uno del otro como para que Alana pudiera golpearle el pecho con el dedo—. ¿Me oyes? ¡Jamás!

Sergio le cogió el dedo y tiró de ella hasta pegarla a su pecho. Con el otro brazo la rodeó para mantenerla en aquella posición.

—¿Acaso no has gozado conmigo? —le preguntó de repente, cambiando de registro y dejándola por un momento descolocada.

¿Gozar? Madre del Amor Hermoso. Jamás en su vida había experimentado

sensaciones como las que él le había proporcionado. En apenas dos ratos había descubierto todas las zonas erógenas de su cuerpo; zonas que ni siquiera ella sabía que tenía. Nunca se había sentido tan deseada como en las dos noches que habían pasado juntos, y eso era algo que no podía negarse a sí misma. Aunque jamás, en su vida, lo reconociera ante Alex.

Alana lo miró a los ojos y vio la misma necesidad que había encontrado anteriormente. Estaban demasiado cerca, y ella sabía que corría el peligro de que si alguno de los dos rompía el espacio que los separaban, volvería a rendirse a él. Sergio, por su parte, la tanteaba en silencio, aguardando su capitulación.

¿Tan bien había llegado a conocerla que sabía que con un sólo beso ya no habría marcha atrás? Y qué demonios, ¿a quién quería engañar con aquella actitud estúpida y altanera?

«Tonta, tonta, tonta», le gritaba su conciencia. «Has venido hasta aquí no porque quieras escupirle tu rabia, sino porque quieres darte un último gustazo antes de vuestra separación definitiva. Así que no hagas más la gilipollas y aprovéchalo. No volverás a tener otra oportunidad».

Alana no alcanzó contestar sus propias preguntas. Sin darse cuenta, ya había llegado a un acuerdo con su *Pepito Grillo* particular. Se daría el gusto. Sí. Una última vez. Nunca más.

Terminó de dar el paso que los separaba para unir sus bocas en un beso duro, tenso, rabioso. En él enterraba toda la rabia, el dolor, el desengaño y la frustración que la carcomían por haberse creado, a pesar de su propósito de no hacerlo, unas ilusiones que sabía que no llevaban a ningún sitio. Su futuro con Alex eran tan negro como las máscaras que ambos llevaban. Imposible.

Sostuvo la cara de Sergio con sus pequeñas manos mientras su lengua se abría paso en el interior de su boca, dando comienzo a una lucha de

voluntades. Sergio notó su necesidad de dominar esta vez, de llevar la batuta en aquella batalla en que se había convertido su encuentro.

La dejó hacer. Si esa era la manera que precisaba para aliviar su frustración, él no opondría resistencia. Ya le llegaría su momento de desquitarse.

Presa de la excitación, Alana lo fue empujando con su cuerpo hacia el sillón curvo. Mientras avanzaba por la habitación, sus manos volaron hasta la botonera del vaquero de su amante. Estaba tan deseosa de tocarle que a sus dedos exaltados les costó desabrocharla. Con idéntica ansia arrugó la camisa hasta que sus manos alcanzaron la piel de su pecho. Le clavó suavemente las uñas en las tetillas para luego acariciar el escaso vello que cruzaba sus pectorales. Necesitaba expulsar todos sus demonios. Sentía la necesidad de arañar, morder, desgarrar... mostrar con sus actos el fuego que la carcomía.

Aquel cambio de actitud empezaba a volver loco a Sergio. Deslizó las manos por el menudo cuerpo de Alana, desde la estrecha cintura hasta las generosas caderas donde las detuvo un instante antes de posarlas en la curvatura de sus nalgas y atraerla más a él para que sintiera la fuerza de su erección.

Sin embargo, Alana lo apartó de un empujón como si aquel contacto íntimo la quemara.

—¡No! Esta noche, mando yo —dijo apartándole las manos de su cuerpo.

Le empujó otra vez obligándole a sentarse en medio del sillón, con una pierna a cada lado del mullido cojín. Luego, con las palmas de las manos en su pecho, lo acompañó hasta dejarlo reclinado sobre una de las eses del sofá. Se retiró un par de pasos para recrearse en aquella visión, decidida a grabarla a fuego en su retina.

Era un hombre muy atractivo, a pesar de que la máscara del Zorro le tapara la mayor parte de la cara. De todas maneras no le hacía falta ver lo que ocultaba el paño negro para reconocer la perfección de su rostro. Y aún así, tirado

sobre aquel sofá, con los brazos doblados sobre la cabeza, sus piernas enfundadas en aquel vaquero oscuro, una estirada, la otra doblada en ángulo recto, la camisa arrugada apenas unos centímetros sobre su cintura... le pareció la imagen más sensual que hubiera visto en su vida.

Alex siempre le había gustado, no sólo porque tuviera un buen cuerpo, sino porque su rostro perfecto parecía el de un antiguo dios griego perfectamente cincelado. No había sido difícil fantasear con todo lo que podría hacer con él y que su imaginación calenturienta hubiera creado imágenes muy vívidas de su cuerpo desnudo. Había llegado a idealizarlo, pero esta semana aquel ídolo había terminado mostrado su verdadera cara, provocando que su ensoñación hubiera quedado reducida a barro. Él solo era una polla caliente más que pensaba que lo mejor de sí mismo estaba escondido debajo de su bragueta.

Instintivamente, su mirada se dirigió a aquel punto en concreto. Aún oculta por la botonera semiabierta y por la tela de su bóxer burdeos, podía apreciarse lo hinchada y bien dispuesta que estaba; bajo su detallado escrutinio pareció crecer todavía más.

Los ojos de Alana buscaron los de Sergio que, con una sonrisa ladeada, no pudo contener el comentario socarrón:

—¿Qué esperabas, preciosa? Si sigues mirándome así, con esos ojos de gata en celo, vas a conseguir que me corra sin haberme puesto la mano encima. No permitas que haga el mayor ridículo de mi vida y ven a mi lado de una vez...

No hizo falta que se lo repitiera dos veces. Lenta y sensualmente recorrió el espacio que los separaban. Muy despacio, recreándose, fue desabrochando uno a uno los botones de la camisa de Sergio hasta abrirla por completo. Agachó la cabeza, sacó la lengua y comenzó a lamer uno de los pezones antes de mordisquearlo con fuerza consiguiendo arrancarle un gemido de

placer.

Fue alternando los dientes con la suavidad de su lengua, que rodeaba juguetona la pequeña aureola, para terminar succionando el diminuto botón, rígido gracias a sus caricias.

Con determinación, su mano derecha fue bajando sin ninguna sutileza por el centro de su estómago, jugueteando con el escaso pelo que lo cubría hasta que sus dedos tropezaron con el elástico oscuro de sus calzoncillos. Deslizó los dedos dentro de ellos con firmeza y hurgó en su interior en busca de su robusto objetivo. Con igual seguridad, lo tomó en su puño con fuerza y empezó a jugar con el glande ya húmedo. Las sensaciones de placer recorrían el cuerpo de Sergio como un relámpago. Presa del frenesí, intentó abrazarla, agarrarla, acercarla más a él, pero ella se lo impedía una y otra vez, dejándole claro que no quería que la tocara.

Definitivamente era ella quien llevaba el control esa noche, así que la dejó hacer. La pequeña mano seguía torturándolo con firmeza, poniendo en jaque su debilitada fortaleza. Al final iba a resultar que sí terminaría haciendo el ridículo si no era capaz de controlarse en el primer asalto.

La respiración jadeante de Sergio, y los gemidos que escapaban de su garganta cada vez que sus dedos subían y bajaban a lo largo de su pene, iban encendiendo a Alana cada vez más. Retiró su mano, húmeda por la excitación de Sergio, y se deshizo de la ropa para dejar a la vista su miembro y los pesados testículos. Sintiendo poderosa, se incorporó y pasó una pierna sobre el ancho del sofá, sentándose a horcajadas sobre las caderas de Sergio.

Desde su posición, Sergio batalló contra su vestido, tomándolo por el bajo de la falda para subírselo. Pero de nuevo, ella se lo impidió. Alana se limitó a alzar las nalgas ligeramente para retirar a un lado su ropa interior. Buscó su rigidez con la mano y sin titubeos la guió hasta su anhelante entrada. Su

interior le esperaba hambriento, atrapándole entre sus paredes para fundirlos en un solo cuerpo.

Alana comenzó a moverse. Primero lánguidamente, para pasar en segundos a cimbrarse sobre Sergio de manera rápida y acompasada, buscando un desahogo rápido al creciente deseo que la recorría desde que fuera consciente del poder que sus caricias ejercían sobre él.

El orgasmo no tardó en llegar, liberándolos a ambos de la tensión que se había acumulado entre ellos en tan pocos minutos.

Alana se reclinó hacia atrás, sobre las piernas de Sergio, para recuperar el aliento y aquietar su corazón. Durante unos minutos, ninguno fue capaz de pronunciar palabra. Cuando sintió que de nuevo las fuerzas lo acompañaban, Sergio se incorporó del sinuoso y mullido sofá y se abrazó a la mujer que desde hacía veinte días ocupaba su pensamiento mientras el pulso de ella volvía a la normalidad. La instó a levantarse de sobre sus caderas para poder incorporarse por completo.

Una vez en pie, se inclinó para tomarla en sus brazos y la llevó hasta la cama sin usar. Con mucha ternura, la dejó sobre el colchón y entonces sí, se aprovechó de la lasitud de Alana para desnudarla por completo, no sin antes recrearse en la ropa interior de encaje que le hacía parecer a sus ojos una diosa sensual y erótica.

Sin perder un instante, Sergio se desvistió bajo la mirada perezosa de su chica, que observaba sus movimientos con atención. Se tumbó a su lado y tiró de ella hasta acomodarla sobre su pecho. Con los dedos, le recorrió el contorno del rostro hasta dejarlos reposar bajo el mentón; lo alzó para obligarla a que lo mirara a los ojos.

¿Sabría ella la cantidad de sensaciones que le despertaba en su interior? Era una locura, una completa locura. Siempre había sido consciente de lo que

significaban los Viernes de pecado: encuentros entre desconocidos que sólo buscan placer bajo el anonimato de una máscara. Y sin embargo, aquella mujer de ojos oscuros que el azar había puesto en su camino la primera noche que pisó ese lugar le inspiraba ternura, cariño, ansias de protección... cosas que hacía muchísimo tiempo que no había sentido por nadie.

No conseguía entender por qué aquella gatita había decidido, inesperadamente, sacar las uñas para terminar con la atípica relación que los unía. Pero quizás por esa misma atipicidad, sus sentimientos se habían visto comprometidos más allá de lo que hubiera buscado o esperado.

Sonrió a Débora con la devoción que le inspiraba. Incluyó la cabeza buscando sus labios y le dio un beso lleno de dulzura. Muy diferente a los que habían compartido al empezar la noche.

Lentamente, fue girando hasta colocarse parcialmente sobre ella. Se separó unos centímetros y volvió a mirarla a los ojos, tratando de grabar a fuego cada mínimo detalle de aquel rostro oculto.

—No sé qué te habrá pasado para que me hayas follado como lo has hecho — le besó suavemente la punta de su nariz—. Has tenido tu turno y lo he respetado. Ahora es el mío y para que no te quepa ninguna duda, te digo que yo no te voy a follar; yo te voy a hacer el amor.

Capítulo 12

¿De Verdad?

Bajó la cabeza y la besó con suavidad, tratando de evitar que ella pudiera negarse. Débora le había dejado claro que aquél sería su último encuentro, y Sergio iba a valerse de todas las armas a su alcance para lograr que se abriera a él no sólo en cuerpo, sino también en alma. Conseguiría encauzar lo que había empezado como una noche funesta.

Porque no quería que aquello terminase. No definitivamente. Quería que ella se sintiera cómoda y confiada y que le contara qué le estaba pasando. Y si al final verdaderamente existían obstáculos que le impedían continuar con aquella aventura, lo hablarían con sinceridad y lo afrontaran juntos.

La mimó, la besó y la trató como una preciada joya. Sin prisas, aprovechando cada instante de la tregua que le había concedido. Sus delicadas y sensuales caricias se estaban convirtiendo en pura delicia a la que Alana no era capaz de negarse. Y sin poder resistirse, se sometió a sus deseos, doblegando sus férreas defensas.

Porque si el encuentro anterior había servido para liberar parte de la ira y la rabia que había acumulado durante toda la semana, éste le hacía sentir la mujer más adorada, idolatrada e incluso querida del universo entero.

Sergio recorrió con sus manos, con sus dedos, con su boca, con su lengua, cada rincón y cada pliegue de su cuerpo. Cuando sintió su aliento en el centro de su ser, creyó morir de placer. Y cuando el cuerpo de Sergio la invadió supo que nunca volvería a sentir con nadie lo que estaba sintiendo con él.

Fue el encuentro más dulce e íntimo que habían compartido hasta entonces. Se amaron con intensidad, descubriendo y redescubriendo cada recodo, cada zona sensible de la piel. Un verdadero tesoro que guardar entre sus recuerdos por el resto de su vida.

Durante aquellos minutos, no hubo nada ni nadie que se interpusiera entre los dos; ninguna duda, ningún reproche. La ternura que Sergio imprimía a cada caricia, a cada envite, a cada choque de sus caderas, los fundía en un solo cuerpo, en un solo ser, llevándolos a un nirvana al que sólo ellos tenían acceso. A pesar de lo sucedido anteriormente, su extraña relación necesitaba un culmen apoteósico, y Sergio se lo estaba brindando, sin guardarse nada, entregándose por completo.

Pero todo lo que tiene un inicio, tiene un final. Uno glorioso, dulce y especial; pero final en cualquier caso.

Alana respiró hondo y se recreó en el peso que caía inerte sobre ella, apenas sostenido por los codos a ambos lados de su cabeza. Le gustaba sentir el calor de Sergio a lo largo de su cuerpo. Era fácil de acariciar, de besar, de recorrer.

—¿Vas a contarme qué te pasa? —le preguntó este con cariño, mientras le acariciaba la frente con los dedos.

Alana cerró los ojos. No quería que viera en ellos su fragilidad, porque por más que protestara o aireara su enfado, aquel hombre, con la dulzura que desprendía cuando estaban juntos, se estaba convirtiendo en su debilidad. Que hubiera vuelto a flaquear, era muestra de ello.

—Tengo que irme... —afirmó convencida, aunque no hizo amago de levantarse.

—Quédate conmigo un poco más. Aún nos queda un rato antes de tener que abandonar la habitación.

—No me apetece. —Negó con la cabeza para enfatizar su rechazo—.

Preferiría vestirme...

Sergio volvió a unir sus frentes, haciendo que sus labios quedaran a escasos centímetros de su boca. No comprendía qué estaba sucediendo entre ellos. Después de lo que acababan de compartir, pensaba que las aguas podrían volver a su cauce, pero todo parecía estar como al principio.

—Si tienes algún problema conmigo, hablemoslo. Estoy seguro de que podremos solucionarlo.

Ella no contestó, encerrándose en sí misma temerosa de que si abría la caja de Pandora, todo acabara saltando por los aires. Le estaba costando mucho mantener la lengua quieta, pero si hablaba más de la cuenta, se descubriría la verdad. Alex sabía que ella era Alana, no la entregada Débora que suspiraba por todas y cada una de sus caricias.

—¿Qué es lo que te tiene tan disgustada? —volvió a insistir.

—¿Realmente me lo preguntas?

—Si es por vernos de esta manera, ya sabes que estoy deseando terminar con estos encuentros furtivos y salir como una pareja normal —se detuvo unos instantes antes de continuar. Necesitaba encontrar las palabras adecuadas para poner fin a aquel continuo desplante, así que se lanzó a la piscina sin flotador, consciente de que podría estar jugándose su futuro con ella al todo o nada—. Débora, me gustas mucho... Y creo que yo a ti también. Aunque parezca absurdo, estoy empezando a sentir algo fuerte por ti, algo que jamás hubiera podido imaginar, habida cuenta de la manera en que nos hemos conocido, pero que no tengo por qué negar ni ocultar. ¿Por qué seguir con esta mascarada absurda? ¿Por qué no nos damos una oportunidad de verdad?

Débora suspiró cansinamente... *¿De verdad?*

—¿No puedes entender que no deseo continuar con esto? —preguntó a su vez, consciente de que las palabras de él no podían ser “*de verdad*”.

Sergio se sintió dolido por su falta de empatía. Aquella no era ni de lejos, la respuesta que le hubiera gustado oír.

—¿Estás casada? ¿Es por eso? —aventuró sin saber ya qué decir.

—¡No! —los ojos de Alana se volvieron duros al mirarlo—. No soy precisamente yo la que está casada...

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Acaso crees que yo sí?

—Déjeme en paz, Sergio —replicó mientras lo empujaba lo suficiente para liberarse de su peso.

Sacó los pies de la cama y le dio la espalda para empezar a buscar su ropa que había quedado esparcida por el suelo junto a la de él.

Sergio la siguió. Se acercó a ella por detrás, rodeándole con sus brazos, mientras pegaba su boca a su oído.

—Si es eso lo que te inquietas, no tienes de qué preocuparte. Al contrario de lo que supongo que hace la mayoría de la gente que viene aquí, yo no he mentado sobre mi identidad. Déjame que te hable de mí para que veas que no soy ningún salido que sólo busca un simple polvo sin consecuencias: Mi nombre, ya lo conoces. Soy un hombre corriente, trabajo como profesor, aunque también fui guía de excursiones de montaña en una tienda, me gustan los animales, la naturaleza, la música, el cine, los niños, que por cierto, no te he dicho que tengo...

«Mentiras, mentiras y más mentiras», pensó Alana cada vez más furiosa mientras se zafaba de mala manera de su abrazo, convencida de que no había ni un trazo de verdad en todo lo que relataba.

—¿Por qué me cuentas todo eso? ¿Tan difícil es de entender que no quiero saber nada más de ti? Me da igual cómo digas que te llamas, cuál sea tu supuesto trabajo o tus dichosas aficiones —le espetó deteniendo de inmediato las palabras del hombre. Se separó de él unos pasos como si su simple

cercanía le quemara la piel—. No quiero volver a hablar contigo en lo que me queda de vida, ¿te queda claro?

Siguió vistiéndose, deseosa de salir cuanto antes de allí. Había que ser muy cabrón para mentirle de una manera tan descarada y quedarse tan pancho.

Aquella frialdad, después de lo que acababan de compartir, le estrujó el alma a Sergio. Poco se podía hacer ya para enmendar la situación. Se agachó y, sin decir nada, recogió sus pantalones para ponérselos. Le siguieron las zapatillas deportivas y por último, la camisa.

Pero, aun sintiéndose dolido, quería conocer los motivos que la habían llevado a mostrarse esquiva e incluso antipática la mayor parte de la noche, cuando, hasta ese día, no había mostrado un carácter similar. Con él siempre se había sido dulce, afable y entregada.

En cambio, en esa ocasión, una vez terminados los estertores de la pasión, Débora se había colocado un caparazón de espinas bien puntiagudas para evitar que él se acercara.

Una vez vestidos, Sergio hizo un nuevo intento por aclarar las cosas, consciente de que, si no lo remediaba, aquella despedida iba a resultar definitiva e irreversible.

—Ya está. Me voy... —dijo ella.

Se acercó hasta ella y con suavidad le acarició el brazo.

—¿Nos vamos a separar así, sin más? ¿De un manera tan fría?

—¿Y qué es lo que quieres?

—¿No podíamos quedar al menos como amigos?

Alana bufó.

—No lo estarás diciendo en serio...

—Si esto es un adiós, me gustaría que fuera de otra forma.

Alana lo miró seria. En su rostro no quedaba ni una pequeña muestra de la pasión compartida de unos instantes atrás.

—Créeme, esta noche te he entregado mucho más de lo que estaba dispuesta a darte, porque ahora más que nunca soy consciente de que sólo mereces mi desprecio.

Sergio detuvo su movimiento en seco. Otra vez la rabia se destilaba de sus palabras, como si brotara de algún agravio que él le hubiera causado. Si se le acusaba de algo, era justo que al menos supiera de qué.

—No sé qué he podido hacer o decir para que me hables de esta manera. No creo merecerlo y me entristece que me digas algo así.

—No me hables de tristeza, Alex. Yo tengo más motivos que tú para estarlo.

El nombre brotó de sus labios sin poder evitarlo. De inmediato, se dio cuenta de su error, pero ya estaba dicho. Y en los ojos de él pudo leer la sorpresa por haberlo llamado por un nombre que no era el suyo.

—¿Alex? —la voz de Sergio ya no era tan dulce como antes.

—Sergio... Joder, ¿qué más da un nombre? Me he equivocado y ya está. Llevo todo el día demasiado nerviosa —Las excusas se precipitaron sin poder remediarlo, tratando de aparentar que fuera una simple casualidad haberlo mentado por su verdadero nombre.

Él se mostró indeciso, como si no estuviera seguro del siguiente paso que debía dar. Algo en su interior le decía que aquel nombre no había sido un simple error y, rememorando su conversación del principio, que era muy probable que ahí radicara el motivo real de su comportamiento. No pudo evitar que una punzada de celos lo atravesara durante unos instantes.

—Ha sido un placer haberte conocido, Débora —dijo en tono neutro—. Me hubiera gustado que lo nuestro hubiera sido diferente, no te lo voy a negar, pero no tengo más remedio que aceptar tu decisión.

Alana suspiró aliviada. Después de todo, su metedura de pata no parecía que fuera a ir a mayores.

—Esto no puede continuar y ambos lo sabemos. Que cada cual siga su camino y se olvide de los Viernes de Pecado...

—¿Olvidarlo? ¿Crees realmente que tanto tú como yo podríamos hacerlo?

—Yo sí —mintió descaradamente—. Además, no tiene sentido prolongar algo que no tiene futuro.

—¿Por qué no habría de tenerlo? Es cierto que nuestra manera de conocernos ha sido un tanto peculiar, pero si hubieras tenido voluntad, se hubiera podido reconducir hacia una relación normal.

—Sabes que eso es imposible... Tus circunst... —Alana calló en seco. ¿Qué le pasaba aquella noche que no era capaz de mantener la boca cerrada sin correr el riesgo de meter la pata hasta el fondo?

—¿Mis qué?

—Nada. Olvídalo.

Sergio la miró extrañado, receloso.

—Está bien. Supongo entonces que ha llegado el momento de despedirse. ¿Cómo lo hacemos? ¿Con un simple adiós? ¿Nos damos la mano? ¿O simplemente nos abrazamos y nos damos un beso? Creo que por lo que hemos compartido, esto último sería lo más adecuado, ¿no crees?

A pesar de toda la rabia que la corroía, Alana sintió en aquel instante que no podía separarse de él de un modo frío y distante. Y no porque él no lo mereciera. Sino más bien por ella misma. Una última concesión que se otorgaría antes de volver a su anodina rutina de cada día. Se limitó a asentir dando su consentimiento.

Sergio se acercó a ella, y con una sonrisa triste alzó las manos para acariciarle

la cara. Pudo sentir como los dedos de su amante le recorrían el rostro con una suave caricia.

A Sergio le gustaba surcar con las yemas el contorno de su mandíbula, de sus labios, las aletas de nariz y las mejillas hasta el límite del antifaz. Era un recorrido que Alana conocía muy bien y del que disfrutaba por la dulzura que siempre le impregnaba.

Tocó el borde de la máscara, jugando unos instantes con el cuero que remataba la parte inferior. Y sin previo aviso, sin esperarlo, Sergio tiró hacia atrás de la tela con un movimiento brusco haciendo que los ojos de ella se abrieran horrorizados. Los iris de ambos se cruzaron durante apenas un par de segundos, el tiempo en que tardó Alana en reaccionar ante el abuso al que había sido sometida.

—¿Qué has hecho? —gritó con estruendo al tiempo que se llevaba las manos al rostro para ocultarlo de la escrutadora mirada de Sergio.

—Débora, mírame.

—¿Qué has hecho? ¿Qué has hecho? —repetía una y otra vez.

—Por favor... Sólo quiero hablar contigo cara a cara. Ya está bien de escondernos...

—¡Maldito seas, estas no eran las reglas!

—Me dan igual las reglas. Ya te he visto, así que no tienes que ocultarte más de mí. Quita las manos de la cara.

Sergio trató de apartárselas para que lo mirase, pero ella se resistió con fuerza. Alana no podía afrontar de nuevo la mirada de Alex clavándose en la suya.

¿Cómo reaccionaría? ¿Se reiría de ella? Seguro que sí. Aquello no debería haber pasado nunca. Había quebrantado la condición principal de sus encuentros: el anonimato, y aquello la enfureció mucho más que el haber

descubierto que Alex mantenía otra relación extramatrimonial con una compañera de trabajo. ¿¡Con qué derecho se arrogaba semejante facultad!?

—¡No tenías derecho! —se volvió de golpe dándole la espalda. Quería salir de allí cuanto antes. Sin embargo, Sergio la tomó del brazo deteniendo su previsible trayectoria—. Si hubiera querido que me vieras me hubiera descubierto antes.

—Débora, lo siento. Ha sido un impulso...

Mentira. No lo sentía en absoluto. Quería verla sin máscaras, aunque para ello tuviera que cogerla a traición.

Trató de agarrarla por el brazo desde atrás, pero ella se deshizo de sus dedos.

—¡No me toques! —gritó furiosa—. No vuelvas a ponerme un dedo encima en tu puñetera vida...

Sergio la rodeó hasta ponerse frente a ella. Con un gesto furioso, se arrancó su propia máscara quedando tan expuesto como lo estaba ella.

Volvió a sujetarle de las manos y presionó lo suficiente hasta que Alana se vio obligada a mirarlo a la cara.

El desconcierto se reflejó en su rostro de inmediato, espetándole sin poder evitarlo:

—¿Y quién coño eres tú?!

Capítulo 13

¿Quién coño eres tú?

«¿Quién coño eres tú?»

Aquellas palabras se habían quedado incrustadas en el corazón de Sergio como un clavo ardiente.

Alana sabía que no debía haber hecho esa pregunta. Le quemó en los labios nada más pronunciarla, pero había sido incapaz de contenerse y retenerla en su interior.

—Evidentemente, no la persona que esperabas —le contestó frío y cortante—. Y desde luego, no soy Alex —le dijo furioso.

El nombre del otro tipo le estaba quemando las entrañas desde que lo escuchara, confirmando el presentimiento de que Débora creía conocer al hombre que había estado con ella durante tres semanas.

No le había pasado por alto el desconcierto en sus ojos cuando por fin había visto su rostro. Le había dolido en el alma ver su expresión de asombro, incredulidad, y hasta quizás, de pavor. Porque, a pesar de haberse repetido una y otra vez, y de haberle asegurado a su tío por activa y por pasiva que no tenía intención de ilusionarse con aquella desconocida con la que compartía un rato de sexo, la realidad estaba muy lejos de aquella afirmación.

Porque las horas que pasaba pensando en ella durante la semana, eran ya muchas más que las que no lo hacía; porque se le escapaba una sonrisa tonta cada vez que, con la mirada perdida, fantaseaba sobre cómo sería la primera

vez que se encontraran cara a cara; porque si bien era cierto que todavía no podía afirmar que estuviera enamorado de su mujer misteriosa, sí estaba empezando a sentir algo por ella que lo tenía completamente descolocado.

«No te encapriches de nadie de la Sala Pecado», le había aconsejado sabiamente su tío. Y él, que era un necio redomado, había hecho precisamente eso.

Sin embargo, había bastado ver su cara de horror para que la ilusión que se había formado en las tres últimas semanas se le cayera al suelo y se hiciera mil pedazos.

Alana no podía apartar los ojos de su rostro, incapaz de pronunciar ni una palabra.

¿Cómo había podido equivocarse de aquella manera? ¿Cómo no se había dado cuenta de que, si bien había ciertos rasgos como la altura y la forma de la mandíbula que eran similares a la de Alex, el resto no tenía nada que ver?

Cerró los ojos con pesar. Claro que se había dado cuenta, pero como una estúpida mentecata había preferido correr un tupido velo y desoír las señales de alarma que sus sentidos le habían lanzado desde la primera noche.

Era más delgado; más bronceado; el color de los ojos no eran los mismos... Lo había tenido todo delante y no lo había querido ver. Había buscado todas las excusas que había necesitado para tapar lo que su instinto le advertía a gritos.

Y él se había dado cuenta; la expresión de desengaño que veía en el rostro de Sergio la estaba matando por dentro. No hacía falta ser un lince para detectar que estaba furioso. O al menos esa era la fachada que quería mostrar. Porque, a pesar de haber sustituido la máscara del zorro que acababa de quitarse por la de ira, en su mirada podía adivinarse algo más. La decepción que leía en ella era indescriptible. Y por primera vez desde que comenzara aquella

locura, se sintió rastrera por haberse engañado a sí misma y haberle mentado a él de aquella manera.

Sin embargo, sus labios permanecían sellados. No sabía qué decir. Negar lo evidente sería un insulto a su inteligencia, y no se lo merecía. Ofrecerle una excusa le parecía ridículo; una explicación, improcedente. Pero sentía que debía decir algo para romper aquel incómodo silencio que se había impuesto entre ellos como una muralla infranqueable.

No hubo ocasión. Sin dejar de mirarla a los ojos, Sergio anduvo los pocos pasos que lo separaba de la puerta, para abrirla y desaparecer tras ella sin decir nada más.

Una vez a solas, Alana se derrumbó. Cerró los ojos y se llevó las manos a la cara sintiéndose una persona odiosa sin entender por qué. Al fin y al cabo los Viernes de Pecado no eran más que la excusa para mantener encuentros sexuales entre desconocidos que deseaban sexo sin complicaciones. Sin embargo, para ella no había sido así. Y sabía que para Sergio, tampoco. Porque desde el primer momento se había creado entre ellos una conexión especial que los había llevado a repetir hasta en tres ocasiones.

No. No había repetido con él porque estuviera convencida de que fuera Alex. No. Había repetido porque el hombre enmascarado le había hecho sentirse como ningún otro hombre en su vida. Que creyera que se trataba de Alex sólo había supuesto un aliciente mayor. Se había sentido hermosa, deseada y valorada como nunca jamás lo había sido.

¿Hubiera repetido de saber que no era la persona que ella creía? Posiblemente no, aunque tampoco era capaz de afirmarlo con rotundidad.

Tardó un rato en recomponerse lo suficiente como para abandonar el local. Al fin y al cabo habían terminado antes de tiempo y disponía de al menos una hora de margen para abandonar el reservado, así que aprovechó para meterse

en el baño y darse una ducha que limpiara su cuerpo y su mente. Al salir, tuvo la sensación de que ya no era la misma persona. Sergio había pasado sobre ella como un huracán y mucho se temía que su recuerdo iba a dejar una huella indeleble en su espíritu. Desconocía todavía si para bien o para mal, pero si de algo estaba segura era de que aquella experiencia no la olvidaría en su vida.

Dejó el antifaz de gata en su sitio y salió por la puerta lateral que daba directamente al parking, evitando pasar por la entrada principal, donde se congregaban los demás enmascarados que, en aquella noche casi veraniega, habían salido a tomar el aire o a fumarse un cigarro. Lo último que deseaba era cruzarse con alguien con demasiadas ganas de juerga...

Buscó su coche, aparcado en un solar aledaño al local, sin ser consciente del par de ojos que, desde la oscuridad, la seguían en su triste deambular. Buscó las llaves de su Kia Sportage y se encerró en su interior, sin hacer aún amago de arrancar y salir de allí pitando, a pesar de que lo estaba deseando. No se encontraba con ánimo para volver a la soledad de su casa. Necesitaba desahogarse con alguien y sacar de dentro toda la angustia que la venía acompañando desde la última hora, porque si se lo guardaba para sí misma, acabaría atragantándose.

Buscó en la guantera del coche el móvil que había dejado guardado al llegar. Abrió la aplicación de WhatsApp y pulsó en uno de los primeros contactos que aparecían en la pantalla.

«Sé que es tarde. ¿Estás?»

«Sí. Dime»

«¿Por dónde andas?»

«En casa, aburrida. Santi se ha ido hace un rato. Esta noche tiene guardia»

«¿Te importa si voy a verte?»

«Claro que no. Te hago la ola si vienes. Lo de esta noche en la tele es una mierda... Λ »»

«Voy para allá»

«¿Pasa algo?»

«Acabo de descubrir que soy una soberana gilipollas»

«??????»

«Ahora te cuento. Esta noche necesito a mi amiga más que nunca»

«Aquí te espero. Rebuscaré en el minibar a ver que encuentro. Me da la impresión de que necesitas un copazo».

«¿Uno? Mejor prepara la botella entera... O mejor, saca todo lo que tengas guardado que esta noche te fundo las reservas. Ya te las repondré»

«Ok. Aquí te espero»

Cuando Vero dejó el teléfono sobre el sofá, lo hizo con el ceño completamente fruncido. Que Alana estuviera dispuesta a beberse hasta el agua de los floreros significaba que debía encontrarse con un problema muy gordo. No pudo más que preocuparse por lo que se suponía le podía estar pasando a su mejor amiga.

Los veinte minutos que tardó Alana en llegar, puso a Vero de los nervios. Esta vivía en una coqueta casa unifamiliar situada en una de las muchas urbanizaciones del extrarradio, a la que se había mudado apenas unos meses atrás con su novio, Santi. Cuando sonó el telefonillo de la entrada, no pudo evitar pegar un bote a pesar de estar esperándolo. Ver a su amiga atravesar el sendero que dividía el jardín en dos como alma en pena, le reafirmó que el asunto sí era tan grave como le había dado a entender en su corta conversación de móvil.

Cuando la recién llegada alcanzó el portón donde la aguardaba, le pasó la

mano por los hombros y la condujo hasta el salón, como si ella no supiera ya cual era el camino.

—Madre mía, traes cara de entierro. ¿Qué te ha pasado?

—Soy una imbécil, una necia, una estúpida —contestó con un hilo de voz.

—Seguro que no es para tanto, chiquilla. Cuéntale a tu Ángel de la Guarda que te ha pasado, que aquí la tienes dispuesta a escucharte, a ayudarte y sobre todo, a levantarte el ánimo, que falta te hace. Seguro que no es tan grave...

—dijo tratando de animarla.

—Sí que lo es...

—A ver, ¿qué te parece si primero voy a buscarte algo que te ayude a relajarte un poco y me cuentas con tranquilidad qué te tiene hecha una piltrafa...?

—Busca lo más fuerte que tengas —sugirió Alana.

—¿Seguro? Mira que tú no estás acostumbrada...

—Seguro. A ver si me hundo en un pozo bien profundo y no vuelvo a sacar la cabeza nunca más.

Vero elevó los ojos al techo al oírla hablar así. Cuando Alana quería, podía ser muy melodramática.

—¿JB con cola?

—¿Tienes vodka?

—Sí...

—Pues entonces, eso.

—¿Te lo rebajo con Sprite? —le preguntó sorprendida.

—No, sin aditivos. Mejor a palo seco.

La amiga levantó la ceja, pero fue a servirle lo que le había pedido. Cuando

lo tuvo en la mano, Alana se lo tomó de un sorbo.

—Eh, eh... Despacio...

—¿Me pones otro? —dijo poniéndole el vaso delante. Vero lo cogió y lo depositó vacío sobre la mesa baja de cristal que tenían delante del sofá, donde estaban sentadas.

—No hasta que me cuentes qué te pasa. Me estás empezando a preocupar...

—le dijo más seria.

Alana se llevó las manos a la cara.

—Dios, he metido la pata hasta el corvejón...

—Seguro que no será para tanto... —repitió de nuevo.

—¡Me he acostado con un desconocido! —exclamó sin quitarse aún las manos de su rostro.

Vero parpadeó incrédula.

—¿Eso es lo que te tiene así?

Su amiga levantó la mirada, donde se reflejaba que su pesar era verdadero, para clavarla en los ojos de Vero.

—Es que no lo entiendes... Creía que me estaba acostando con Alex.

Definitivamente, aquello sí dejó completamente descolocada a la chica.

—¿Cómo? ¿Qué? A ver... Explícate que ahora sí que no entiendo nada.

—¿Te acuerdas cuando te hablé de Sergio?

—Sí, claro. Pero como no me volviste a contar nada más de él, pensé que al final aquello había quedado en nada.

—¡Es que yo creía que Sergio era Alex! O no... Ya no estoy tan segura... No estoy segura de nada.

Volvió a hundir su rostro en las manos, como si con aquello hubiera ofrecido

una explicación comprensible. Y lo cierto era que Vero no entendía absolutamente nada.

—Alana, cielo. Como no me cuentes desde el principio todo este barullo que me acabas de soltar, no voy a ser capaz de ayudarte. Lo que dices es un sin sentido para mí.

Su amiga la volvió a mirar.

—¿Recuerdas el bono que me regalaste para el Viernes ese de Pecado?

Los ojos de Vero se abrieron de par en par. De repente, empezó a sospechar cuál podía ser el grave problema de su amiga.

—Claro —contestó. —Pero me dijiste que no llegaste a utilizarlo, ¿o sí?

Alana se limitó a asentir con la cabeza.

—¡Fuiste al Viernes de Pecado y no me lo contaste! —exclamó más sorprendida que molesta por el engaño. De nuevo, recibió un asentimiento como respuesta—. ¿Por qué no me lo dijiste?

—Me dio vergüenza, lo reconozco. Me resultaba tan sórdido...

—Pero, pero... ¿y qué pasó? Ya te dije que Alex no fue... ¿Acaso...? —la pregunta sin formular daba a entender a la perfección lo que sugería implícitamente—. Y si Alex no fue, ¿con quién...?

Vero volvió a abrir los ojos desmesuradamente antes de exclamar: —¡Con Sergio!

—Es que pensé que Sergio era Alex. Estaba enmascarado, con un pañuelo como el del Zorro, pero le vi la planta y te juro por lo más sagrado que pensé que era Alex...

—Hostia, qué fuerte... Y te lo tiraste... —No era una pregunta, sino una afirmación.

—Sí.

—¿Cómo no te diste cuenta? —Vero estaba alucinando.

—No lo sé... A la entrada del local te piden un nombre ficticio para que lo uses, para mantener el anonimato. Y si yo dije que me llamaba Débora, pues pensé que Alex había dado el de Sergio. Y cuando lo vi de pie... Vero, estaba convencida de que era él, así que me acerqué y en nada estábamos los dos en un privado. Con lo que me gustaba, estaba segura que lo identificaría a pesar de su disfraz, pero me equivoqué. Dios, qué metedura de pata...

—Joder, esto es lo más increíble que has hecho en tu vida. Y encima fuiste tú quién te acercaste a él —dijo sin poder salir de su asombro.

—Sí. Cuando llegué había poca gente, pero me comentaron que había un tío con buena planta al que otras chicas le estaba echando el ojo. Di por seguro que se trataba de él así que tomé la iniciativa antes de que alguien se me adelantara...

—Pero, ¿cómo no te diste cuenta una vez que os quedasteis a solas?

—Ay, yo que sé... Me obcequé con que era él y simplemente me dejé llevar.

—Hostia, hostia, hostia... Claro, te quedarías muerta cuando te dije que mi *compi* no había ido al final al sitio aquel.

—Bueno, me dejaste un poco fuera de juego, es verdad... Pero yo también te dije que no había ido y te mentí, porque sabía que no pararías de interrogarme hasta que te lo hubiera contado todo. Pensé que era posible que a él le sucediera lo mismo, porque te juro que lo que compartimos en ese cuarto fue increíble.

—Bueno, consuélate pensando que echaste el polvo de tu vida. Eso que te llevas al cuerpo. Además, de eso hace ya casi un mes, ¿por qué estás así?

—Es que eso no es todo. Aún falta lo peor...

—¿Hay más?

—Cuando terminamos, Sergio me pidió que repitiéramos.

—¿Otra vez?

—Bueno, en realidad, dos veces.

—A ver, entonces, ¿cuántas veces te has acostado de él?

—Si contamos las noches que hemos quedado, han sido tres contando la de hoy. Si contamos las veces que lo hemos hecho... Uff, muchas.

Vero se mordía el labio nerviosa. No sabía si decantarse por la alegría, la sorpresa, la diversión, la incredulidad... Su cara en aquellos instantes debía ser para enmarcar.

—¿Tantas?

—Vero, es que no te imaginas como me ponía. Ese hombre es puro fuego. Y la segunda vez probamos un sillón, que Madre del Amor Hermoso... Fue maravilloso.

—No sé si quiero que me cuentes muchos detalles. Sólo de imaginarlo me estoy poniendo cardíaca y Santi no llega hasta mañana. Y si tantas veces dices que lo habéis hecho, ¿cómo no te diste cuenta? Por más careta que lleves, conoces a Alex desde hace años. No me puedo creer que realmente te confundieras tanto. Se supone que, salvo la cara, estaríais en pelotas, ¿no?

—Claro —contestó ruborizándose—, pero yo sólo conocía a Alex de cuello para arriba. Obviamente lo demás no podía adivinarlo. Y Sergio estaba tan rematadamente bueno... Y yo creía que era Alex —repitió por enésima vez—, y además, me trataba..., y me hacía sentir...

—Vamos, que te pasabas *chorreando* todo el tiempo que estabas con él.

—Dicho a lo basto, sí —admitió roja ya como un tomate.

—Espera que voy a buscar un trago para mí; creo que lo necesito. ¿Te traigo otro?

Alana asintió.

Cuando regresaba del bar con los dos vasos más llenos de lo normal, Vero aún negaba con la cabeza sin poder asimilar lo que acababa de oír.

—Alana, no es por meterte caña, pero es que me cuesta tanto creer que no te dieras cuenta. Joder, ¿tanto se parecían?

—Bueno, reconozco que había cosas que no terminaban de cuadrarme. Sergio era más delgado, el pelo era diferente, los ojos...

—Coño, si al final vas a tener que reconocer que no tenían nada que ver el uno con el otro y todo...

—Tampoco es eso. Es cierto que encontraba sutiles diferencias, pero mi cabeza siempre ideaba una excusa que las justificara: que si la luz del sitio, que si la ropa del trabajo es más formal que la que llevaba por las noches... Ya sabes, ese tipo de cosas.

—Vamos, que te lo pasabas tan bien tirándote al tal Sergio que por cojones quisiste ver que era Alex cuando no era así.

—No lo sé. Ya no estoy segura de si de verdad creía lo que yo quería, o si por el contrario me limitaba a engañarme a mí misma para disfrutar de lo que él me hacía sentir —negó con la cabeza cada vez más insegura de lo que realmente había pasado en su interior—. Además, hoy fui con la intención de terminar con aquello. De verdad. Después de enterarme que Alex estaba liado con María Jesús, fui sólo para decirle que lo despreciaba y que no quería volver a saber nada de él. Y al final, terminó por convencerme para que fuéramos a un privado a hablar, ya que no entendía por qué quería terminar de una forma tan brusca con él. Y con razón...

—¿Y os peleasteis?

Alana miró para otro lado y se encogió de hombros.

—Te lo tiraste —dedujo por el gesto—. Tía, ibas cabreada y al final te lo

tiraste...

—Pero sólo dos veces. Y la última fue... —reconoció poniendo los ojos en blanco.

—Ah, vale, sólo dos veces. Entonces tiene disculpa. Si hubiera sido una sola...

—Vero, por favor, no te mofes de mí.

—Bueno, pero al final, ¿cómo descubriste que Sergio no era Alex? Porque está claro que eso es lo que te tiene así.

—Madre mía, si le hubieras visto la cara... El nombre de Alex se me escapó sin querer, aunque traté de justificarme con la primera tontería que se me ocurrió; y cuando nos fuimos a despedir, él me quitó la máscara. Yo me quería morir, porque pensaba «ya está, me va a reconocer», pero él también se quitó la suya... Y entonces, a mí no se me ocurrió otra cosa que preguntarle que quién coño era.

—Ostras, ¿y qué te dijo?

—Me contestó que evidentemente no era la persona que yo esperaba. Si le hubieras visto la cara... Había tanta decepción en sus ojos. Me quería morir allí mismo. Por mí, por ser tan imbécil, y por Sergio, porque me he quedado con la sensación de haber jugado con él. Y sí, ya sé que a ese sitio se va para lo que se va. Pero no te miento cuando te digo que entre nosotros había química. Por eso repetíamos. Por eso, él me había pedido que nos siguiéramos viendo como una pareja normal, fuera de aquel antro.

—Es decir, que no sabes si estás peor por ti o por él.

—Claro que lo sé: es por mí, por haber sido tan gilipollas como para no haberlo visto a tiempo. Pero...

—También lo sientes por él.

—Se fue mirándome de una manera... No nos despedimos precisamente del mejor modo posible.

—¿Acaso quieres pedirle perdón?

—¡No! No quiero volver a verlo más en los días que me quedan de vida. ¿Te imaginas cómo sería volver a encontrármelo? Dios, no podría mirarle a la cara.

Vero meditó unos instantes, recopilando y reordenando toda la información de la que disponía.

—Mira, sé que ahora te sientes un poco jodida, y no lo digo en el sentido literal, sino en el figurado. Pero quédate con lo bueno de todo esto.

—¿Lo hay?

—Por supuesto. Piensa que durante tres semanas te has estado tirando a un tío que, por lo visto, está cañón, en todos los aspectos de la palabra. Que te hayas acostado con él, no te compromete a nada, pues las dos conocemos la particularidad de los Viernes de Pecado, así que ni él te puede reclamar nada a ti, ni tú a él. Quédate con la experiencia de lo que ese hombre te ha hecho sentir. Estoy segura que cuando encuentres a un tío de verdad que merezca la pena, olvidarás al tal Sergio. Al fin y al cabo, un clavo saca a otro clavo, y mientras encuentras al martillo adecuado, que te quiten lo bailado. Además, en esta ciudad viven casi ochenta mil personas. ¿Qué posibilidades hay de que te lo encuentres? No sabes su nombre real, no sabes nada de él...

—Dice que se llama Sergio.

—Sí, eso lo sé.

—No, me refiero a que según él, se llama Sergio de verdad. Y que trabajaba como profesor o guía en la sierra o algo así y no sé qué más. Lo detuve cuando empezó a contarme cosas de sí mismo pensando que todo eran puras mentiras.

—En cualquier caso, es y seguirá siendo un desconocido para ti. Uno al que te has tirado, es cierto, pero como si lo hubieras hecho con cualquier hombre que hubieras conocido en una noche de copas. Y ya está. No te calientes más el coco.

—No estoy tan segura. Me siento tan mal con todo esto... Mal conmigo misma; mal por él...

Vero entrecerró los ojos y la miró de una manera extraña.

—¿Estás segura que no quieres volver a verlo más?

Alana contestó con rapidez:

—Segurísima. Antes preferiría que me cayera un rayo encima y me fulminase.

Capítulo 14

La Mancha de la Mora...

La semana estaba siendo horrible. El mal humor se había adueñado de Sergio y, salvo la tarde del martes que había podido pasarla con Nico, no había encontrado nada que mitigara esa sensación desagradable que lo acompañara desde el último fin de semana.

Un desasosiego que tenía nombre de mujer: Débora.

El timbre del WhatsApp de su móvil vino a distraerlo momentáneamente de los negros nubarrones que seguían firmemente afianzados sobre su cabeza.

«Quieres coger el teléfono de una puñetera vez, sobrino!»

Su tío Sergio. Tenía cuatro llamadas perdidas suyas. Dos de aquella misma tarde y otras dos de la anterior. Pero no le apetecía hablar con nadie. Sabía que no era una buena compañía cuando sus demonios le rondaban, y no quería terminar pagando con otros la frustración y el mal humor que lo atormentaban.

«Es urgente», rezaba el siguiente mensaje.

A la vista de estas últimas palabras, a Sergio no le quedó más remedio que contestar. Si su tío decía que era urgente, es que de verdad lo era. Esperaba que al menos no se tratara de nada grave, porque no estaba precisamente para recibir malas noticias.

«Te llamo», fue su corta respuesta, antes de buscar el número en la agenda.

—¿Se puede saber dónde te metes? —le preguntó nada más descolgar.

—He estado ocupado.

—¿Y no has tenido ni un momento para llamarme?

—¿Qué es lo que pasa, tío? ¿Cuál es la urgencia? —contestó con cansancio, omitiendo por completo el último reproche.

—Necesitaría que te pasaras hoy por la tienda, hijo. Tengo que salir y no encuentro a nadie que me supla durante un par de horas.

Sergio suspiró. ¿Para eso lo llamaba?

—Pues ciérrala y ya está. Por una tarde que te ausentes no va a pasar nada.

—No me gusta dejar esto cerrado, ya lo sabes. —El chasquido de su lengua sonó nítido a través el auricular—. Y nunca has tenido inconveniente en suplirme.

—Ya, pero hoy no me pillas en un buen momento, tío. Te aseguro que sería un pésimo dependiente...

—Ni hoy, ni por lo visto ayer, y con ese tono que gastas, dudo mucho que mañana. ¿Se puede saber qué te pasa, muchacho?

—Nada —fue su escueta respuesta.

—Nada. Por eso tienes la voz más fúnebre que la de un enterrador. Anda, vente esta tarde y hablamos un rato.

—De verdad, tío. No me apetece. La semana que viene me paso sin falta.

—Pero yo no te necesito la semana que viene, sino esta tarde. ¿Qué trabajo te cuesta complacerme?

La verdad era que ninguno. No tenía nada que hacer más que rumiar su coraje, su rabia y su decepción.

—Está bien, tío. ¿A qué hora necesitas que esté ahí?

—A las seis como muy tarde, pero mejor si llegas a las cinco cuando abra. Así podremos charlar un poco, a ver si soy capaz de animarte un poco que

falta te hace.

—No sé si podré ir a esa hora... —se excusó tratando de evitar así el más que seguro interrogatorio.

—Claro que puedes. Y más te vale que espables si no quieres que te coja por una oreja y te pegue dos sopapos para que veas como se quita la tontería a la antigua usanza.

Su tío, tan diplomático como siempre...

—Mira que eres pesado... Está bien, estaré allí cuando abras, ¿te parece?

—Eso está mejor. Nos vemos entonces en un rato.

Al colgar, miró el reloj de la pantalla de su móvil. Teniendo en cuenta que acababa de salir del colegio, todavía disponía de tres horas para: llegar a casa, preparar algo de comer, descansar quince o veinte minutos e ir a la tienda. Tiempo suficiente si no acababa durmiéndose en los laureles.

—Bueno, por fin... Dichosos los ojos que te ven... —le saludó su tío con retintín al verlo entrar—. Pensaba que ya no vendrías.

Sergio miró el reloj antes de contestar.

—Pero si sólo son las cinco y media.

—Te dije que vinieras a las cinco.

—No tío, dijiste que las seis era tu hora límite, así que he llegado con tiempo de sobra. No me toques más los cojones, hombre —contestó serio y de una manera completamente fuera de lugar.

—Uf, ¿así venimos? —dijo haciendo alusión a la cara de pocos amigos y a la mirada fría que su sobrino acababa de dirigirle—. Estás peor de lo que creía...

—Ya te he dicho antes que no me pasa nada. Sólo tengo un mal día.

—Una mala semana diría yo, porque no hay quien hable contigo desde el fin de semana en el que ibas a quedar con la chica esa que... —La mirada que Sergio le dirigió parecía indicarle que no debía continuar por ahí—. Espera. ¿Tu cara de gato mojado no tendrá nada que ver con la cita que tenías prevista para el pasado viernes, verdad?

Sergio apretó los dientes hasta tensar la mandíbula. La semana anterior, cuando le había dicho a su tío que había vuelto a quedar con Débora, éste había insistido en que tuviera mucho cuidado con esas citas repetidas. A lo que él le había contestado, muy seguro de sí mismo, que no había nada que temer. Que sólo se trataban de encuentros divertidos con una chica con la que se sentía especialmente a gusto.

En eso no le había mentido.

Lo que se había guardado, a pesar de sus consejos, era que sus sentimientos estaban empezando a verse comprometidos. No demasiado, que tampoco era cuestión de exagerar. Pero sería absurdo no reconocer ante sí mismo que cada vez se sentía más enganchado a Débora.

—Por supuesto que no... —se apresuró a contestar.

—Muy rápida ha sido esa respuesta —replicó con la sabiduría de un zorro que se las conocía todas—. Anda. Siéntate con este viejo y dime que te ha pasado. Te juro que no te diré eso de “ya te lo advertí”...

Sergio arqueó una ceja.

—Sí, claro. Justo lo que acabas de hacer...

—Bueno, pues no lo diré más. Desahógate conmigo como has hecho siempre. Cuéntame que te ha pasado con esa chica.

Sergio se acercó a su lado y se sentó en una silla alta que había tras el mostrador.

—Ha pasado lo que tenía que pasar: se terminó. Y sí, admito que he sido un

tonto, lo sé.

—¿Acaso ella escogió a otro? ¿Es eso? ¿Se cansó de meterte en su cama?

—Más o menos —apretó los labios en una mueca instintiva—. Me dejó claro que no era conmigo con quien quería estar... Parece ser que se equivocó al elegirme —desvió su mirada hacia las uñas de su mano derecha como si fueran de sumo interés.

—¿Cómo que se equivocó? —le preguntó extrañado—. Si se supone que allí sois todos unos desconocidos.

—Y se ve que eso he sido para ella: un completo desconocido. Ay, tío, si hubieras visto su cara cuándo me quité la máscara.

—¿Te la quitaste? ¿Por qué? —exclamó sorprendido.

Sergio suspiró.

—Porque me cansé de tanto fingimiento. —Alzó la mirada y clavó sus ojos en el otro.

—¿Pero si eso es lo mejor que tienen esos viernes: el no saber con quién te acuestas!

—Ya lo sé. Pero yo sí quería que ella lo supiera, y quería saber también con quien lo hacía yo. —Una risa amarga salió de sus labios—. Iluso de mí, pensaba que si nos mostráramos tal y como somos realmente, podíamos empezar algo de verdad, fuera de aquel sórdido local.

—¿Ella se quitó también la careta?

—Se la quité yo... —reconoció con pesar bajando el tono de su voz.

Su tío empezó a negar con la cabeza, como si comprendiera el motivo de que ella hubiera decidido terminar con la relación.

—Sergio... Hijo, sabes cuáles eran las condiciones de vuestras citas. Si ella quería seguir viéndose contigo allí, era por algo.

—Lo sé, lo sé. Pero nada más llegar me dijo que no quería volver a estar conmigo nunca más, sin darme ninguna explicación.

—No tenía por qué dártelas... —puntualizó el mayor.

—Ya... Pero al final conseguí convencerla para llevarla a un privado para que hablásemos; quería solucionar de alguna manera lo que le estaba pasando, porque no me cabía duda de que algo debía haberle sucedido durante la semana. Había algo extraño en su manera de hablar.

—¿A hablar? ¿A un privado? Sí, claro...

—Allí no nos interrumpiría nadie...

—Y te acostaste con ella... —comentó, dando por sentado que así había sido.

—¿Cómo lo sabes?

El hombre bufó.

—Tengo una bolita de cristal, no te fastidia... —Se detuvo unos instantes antes de continuar—. No la forzarías, ¿verdad?

Sergio se sorprendió de que su tío pudiera acusarlo de algo así.

—¡No! Tío, por favor, tú me conoces. Fue algo de mutuo acuerdo... Totalmente consentido y querido por los dos.

—¿Entonces?

—Entonces hice lo que no debía —suspiró antes de seguir—: le abría mi alma. Le dije que me gustaba mucho. Que quería que siguiéramos viéndonos fuera de allí, sin máscaras. Le pregunté que si había posibilidad de que empezáramos desde cero, como una pareja normal. —Ante la mirada reprobatoria del hombre, Sergio sólo pudo elevar las manos tratando de que comprendiera su situación—. Sé que estuvo mal, sobre todo porque venía sospechando desde la primera vez que podía ser una mujer con pareja, pero me pilló en un momento de debilidad, después de haber compartido algo

bonito.

—¿Y te dijo que no le interesaba?

Sergio desvió la mirada, cabizbajo.

—Entonces fue cuando le quité el antifaz. Sin preguntárselo, sin su consentimiento. La pobre se echó las manos a la cara asustada. En un primer momento pensé que era por timidez, por temor a que no la encontrara atractiva. Me quité la mía para que viera que estábamos igual, que no debía temer nada de mí. Y cuando vio mi rostro...

—Se asustó de lo feo que eras... —comentó intentando impregnar un toque de humor a la situación.

—Más bien se asustó de no encontrar al hombre que creía que había detrás. Ella iba allí para reunirse con alguien. Supongo que un tal Alex, porque su nombre se le había escapado un rato antes para reprocharme cosas que supuestamente había hecho.

—¿Y quién ese Alex?

—No lo sé. Quizás una pareja anterior a la que intenta reconquistar; o alguien de quien está enamorada... Ni idea. La verdad es que ahora mismo tampoco me importa mucho.

—Si de veras no te importara, no estarías así, hijo.

Definitivamente, aquel hombre lo conocía demasiado bien.

—Vale, sí. Reconozco que estoy algo jodido. Pero por el hecho de que ella nunca jugara limpio. ¿No lo entiendes? Iba allí creyendo que se encontraría con otra persona...

—Y tu ego está dolido.

—No es el ego...

—¿Entonces?

—Ponte en mi lugar...

—Si lo hiciera, sólo sabría que estaría mal si ella significara algo importante para mí, pero quiero creer que ese no es tu caso.

Silencio.

—Sergio, hijo, no puedes...

—Sí, ya lo sé. Recuerdo que me dijiste que no debía encapricharme con nadie de allí, pero ¿qué hago? Reconozco que lo he hecho y no me siento orgulloso por ello—admitió al fin.

—Espero que sólo sea eso, un mero capricho.

—No estoy enamorado de ella, si es lo que tanto interés tienes en saber.

—Pero te gusta mucho —adivinó sin demasiada dificultad—. De lo contrario, no estarías tan alicaído...

A Sergio no le apetecía tener que poner sobre la mesa cuáles eran sus verdaderos sentimientos. Llevaba toda la semana tratando de no ahondar demasiado en ellos, y no estaba preparado para que su tío sacara a flote lo que ni él mismo quería ver.

—¿Tú no tenías que irte, viejo?

El hombre miró el reloj. Eran cerca de las seis y ciertamente debía marcharse ya para llegar a tiempo a donde tenía que ir.

—Salvado por la campana, ¿no?

Sergio no pudo contener una sonrisa torcida. Efectivamente, el reloj le estaba salvando de una situación que no quería afrontar en aquellos instantes.

—Todavía no me has dicho dónde vas —comentó cambiado completamente de tema.

—Al médico, hijo —le contestó de pasada mientras cogía la cartera de un cajón, debajo del mostrador.

Sergio frunció el ceño con preocupación.

—¿Por qué? ¿Acaso te ocurre algo?

—Ah, nada. Sólo una revisión rutinaria. De vez en cuando, toca pasar por chapa y pintura, ya lo sabes —desechó la pregunta con un gesto de la mano.

—¿No sería mejor que te acompañase? No le va a pasar nada a la tienda si una tarde se queda cerrada.

—Que no, que no... Además, sólo voy a recoger los resultados de una analítica y listo. En una hora espero estar de vuelta, Sergio.

—Está bien, pero luego me cuentas qué te ha dicho. Tú no vas nunca al médico si no es por una buena razón.

—¿Te parece poco que tu madre lleva dándome la tabarra con que debo cuidarme desde hace años?

—¿Y desde cuándo le has hecho caso a lo que dice mi madre?

—Bah, supongo que alguna vez tendré que dar mi brazo a torcer, aunque sea por callarle la boca durante el próximo lustro.

—Sí, que te lo crees tú...

—Bueno, volviendo a lo de antes —dijo con el propósito de retomar el asunto que había quedado en el aire—. ¿Quieres mi consejo?: Vuelve el próximo viernes y acuéstate con otra. Si realmente no te importa, el capricho se te pasará pronto. Dice que la mancha de la mora, con otra mora se quita... Y no me pongas esa cara, que te lo estoy diciendo muy en serio. Al menos, piénsalo, ¿vale? Y ahora me voy, que a este paso voy a llegar tarde.

Y con ese consejo tan particular, tan propio de su tío que nunca había consentido en amarrarse a nadie, dejó a Sergio solo al cargo del establecimiento.

Sí, para volver estaba él en esos momentos. Se sentía tan ridículo por haberse

encaprichado de Débora que se le habían quitado las ganas de repetir. Ni con otra, ni con nadie, al menos de momento. Estaba claro que era un auténtico fracasado en asuntos de mujeres. Sin lugar a dudas, los niños se le daba mejor. Eran menos complicados, más simples y sobre todo, más diáfanos. Así que, se centraría en su trabajo, y sobre todo y como siempre, en su mayor prioridad: su hijo.

No quería volver a saber nada de una mujer en su vida... o bueno, al menos en una buena temporada... Que tampoco era cuestión de volverse un extremista.

Justo en ese momento, una morena despampanante entró en el local atrayendo de inmediato su atención. Inevitablemente, los ojos de Sergio volaron hacia la chica, recorriendo su menuda pero atractiva figura de un rápido vistazo.

Capítulo 15

Un Regalo para Santi

¿Quitar la mora con otra mora? No. No tenía el cuerpo para samba, precisamente. Y aunque la joven que acababa de entrar era muy guapa, eran otras curvas mucho más redondeadas la que lo tenía sin ganas de buscar un recambio que la supliera.

—Buenas tardes —lo saludó cordialmente la muchacha.

Sergio se incorporó de su taburete y, mostrando su mejor sonrisa de vendedor, se acercó a ella.

—Buenas tardes, ¿en qué puedo ayudarte?

La muchacha no se cortó un pelo en estudiarlo detenidamente, mirándolo de pies a cabeza con lentitud, hasta el punto de hacerlo sentir un poco incómodo.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó sin ambages.

—Sergio.

La sonrisa que apareció en el rostro de la chica fue espectacular. De nuevo, percibió que lo recorría con la mirada de arriba a abajo, como si lo estuviera radiografiando.

—¿Puedo ayudarte en algo? —le volvió a preguntar. Aquel escrutinio detallado y sin ninguna sutileza le empezaba a resultar embarazoso. Ya podía cortarse un poco la chavala...—. ¿Buscabas algún material, o quizás contratar un servicio, o directamente busco un escáner de cuerpo?

Aquel último comentario provocó que los ojos de la chica terminaran su

recorrido y se clavaran en los de él con atención. Cuando se percató de que Sergio levantaba la ceja interrogante, se dio cuenta de que se estaba pasando un poco.

—Oh, lo siento. Es que al verte me has recordado a alguien, a un compañero de trabajo. —Le sonrió a modo de disculpas—. Te das un aire a él. Perdóname, por favor. Por cierto, yo soy Vero —se auto-presentó llevándose la mano al pecho.

—Mucho gusto, Vero. —contestó cortésmente—. ¿Venías por algo en concreto? ¿Necesitas ayuda?

—No. Quiero decir, sí... Esto... Esta es una tienda de cosas de naturaleza... ¿De dónde se había escapado aquella loca?

—¿No lo dirás por las tiendas de campaña que están en el suelo? ¿O por los sacos de dormir de los estantes? ¿O quizás por las bombonas de camping-gas?

—¿Qué? Ah, sí, claro. Disculpa, por favor. Es que hoy tengo un día raro.

Volvió a guardar silencio, recorrió la tienda con la mirada, para terminar de volverla a clavar en el cuerpo de Sergio.

—¿Y bien? —le preguntó éste cada vez más incómodo.

Aquella chica le estaba poniendo un poco de los nervios. No estaba en su mejor momento para tener que aguantar rarezas de nadie.

—Esto... déjame pensar —Vero volvió a mirar a su alrededor tratando de localizar algo que justificara su presencia allí. De repente, una idea se le cruzó por la cabeza haciéndola sonreír de nuevo—. ¿Organizáis excursiones? Mi chico lleva mucho tiempo queriendo hacer una escapada a la sierra, pero entre una cosa y otra no se decide.

«Pobre Santi. Si supiera que lo estoy metiendo en este lío sin comerlo ni

beberlo», pensó Vero de inmediato.

—Bueno, aparte de tienda, también ofrecemos servicios de turismo ambiental para grupos. Si quieres te puedo dar un catálogo con el listado de actividades que ofrecemos. —Se acercó a la mesa y tomó uno de los trípticos que estaban sobre el mostrador—. Como ves, puedes encontrar desde senderos, rutas a caballo, en kayaks, en bicicleta... Hay varias opciones, no sé si alguna encaja en el tipo que tú buscas.

—¿Sólo lo organizáis para grupos? Es decir, ¿no tenéis nada a modo individual?

—Bueno, ten en cuenta que los recorridos se hacen con guía. Resulta más rentable si se trata de un grupo. Pero también se podría organizar privadas, claro.

—Ya. ¿Y tú serías el guía? —preguntó esperanzada.

—No, ya no me dedico a eso. Cuando se organiza una salida, a veces me apunto, pero ya no soy el responsable del grupo.

—Pero, ¿había posibilidad de que fueras tú y no otro quien acompañara a mi chico?

—¿Yo? —preguntó extrañado.

—Eh, supongo que te chocará un poco mi petición, teniendo en cuenta que no me conoces de nada. En fin, ¿quién soy yo para pedirle a un guapo desconocido que ayude a su novio, verdad? —su perorata sonaba particularmente nerviosa—. Pero de verdad, Santi es un tío fantástico, y lo quiero mucho, y haría de todo por mí aunque él ni siquiera lo sepa... Creo que os caeríais muy bien. Y él está algo falto de amigos... —por favor, que trola más gorda acababa de soltar— y, y... y ya no se me ocurre nada para convencerte de que vayas con él.

Cuando terminó de parlotear, Sergio estaba estupefacto. No sabía muy bien

qué quería esa chica. Porque si en verdad su novio necesitaba buscar amigos, lo lógico sería que lo hiciera justamente de la manera habitual: es decir, con un grupo, y no individualmente.

—Perdona por la pregunta directa, pero, ¿no me estarás tirando los tejos, no? Vero se sorprendió ante la pregunta. No era esa la impresión que quería darle, pero claro, teniendo en cuenta cómo lo había mirado al entrar y el estúpido discurso que le acababa de soltar, tampoco era de extrañar que él hubiera sacado aquella conclusión.

—No, no, para nada —contestó sonrojándose levemente—. Lamento si he dado esa impresión. Además, te acabo de hablar de mi chico. Lo que estoy buscando es para él; se trataría de un regalo que quiero hacerle.

Sergio asintió, dando la explicación por buena.

—No, por favor, discúlpame tú a mí. No quería hacerte sentir incómoda —aunque eso fuera justamente lo que le había provocado ella a él.

—Entonces, ¿qué me dices? Si contrato por ejemplo... —miró rápidamente el folleto que tenía delante hasta elegir uno completamente al azar. Las escapadas al monte no eran su fuerte y no tenía intención de participar en ella a no ser estrictamente necesario—... esta: Subida al Picacho, ¿lo acompañarías tú?

—La verdad es que no me pillas en un buen momento. Pero hay muy buenos guías, y seguro que tu novio se sentirá cómodo con alguno de ellos. Puedo decírselo a Jose, que un chaval muy agradable.

—¿Te ocurre algo?

—¿Cómo?

—Dices que no te encuentras bien.

«¿Y qué le importaba a aquella sonada lo que le pasara?»

—Problemas personales... —contestó saliendo del paso.

—¿Alguna chica, quizás?

«Pero bueno, ¿de qué va esta?»

—Son... cuestiones personales. No suelo hablar de ellas con desconocidos.

—Ay, por favor, qué bruta soy. —Vero se había dado cuenta de su error, pero estaba visto que la lengua iba más rápida que su mente—. Tengo la malísima costumbre de soltar lo que me viene a la cabeza sin pensar si puedo molestar a alguien —se disculpó sinceramente.

—Mira, en otra ocasión quizás te hubiera dicho que sí, pero no tengo ánimos para andar conociendo a nadie. Perdona que te lo diga, pero eres un poco rara, aunque una rara divertida, lo reconozco. Seguro que con Jose le irá muy bien...

—¿Puedo preguntarte qué edad tiene el tal Jose? —fue la primera pregunta que se le ocurrió en busca de un argumento que refutara al supuesto amable guía.

—Exactamente no lo sé. Creo que sobre los treinta y cinco o por ahí, pero está en muy buena forma y lleva en esto muchos años. Habrá hecho el recorrido cientos de veces. Y además, es un buen conversador.

—Verás, y que conste que no es por despreciar a tu compañero, pero mi Santi puede tener más o menos tu edad, o eso creo... ¿Treinta?

—Veintisiete.

—Ahh, eres perfecto... —comentó pensando en Alana—. Quiero decir, que seguro que congeniaríais estupendamente.

—De veintisiete a treinta y cinco no dista mucho, la verdad. No veo que la diferencia de edad sea un problema. Pero bueno, si tan importante es para ti, quizás más adelante me apunte. Igual me vendría bien hacer una escapada.

Dile que se pase un día y así lo conozco en persona. La verdad es que has conseguido picarme la curiosidad.

«Bien, bien, vamos ganando terreno, Vero. Eres una máquina...». Sin embargo, no podía decirle eso a Santi que el pobre no sabía nada del lío en el que lo estaba metiendo. Además, la conocía demasiado bien y no le sería difícil adivinar que tramaba algo si le decía, así por las buenas, que fuera a ver al tal Sergio sin conocerlo de nada.

—Y, ¿para cuándo podrías? Es que... Verás, Sergio, me gustaría que lo comprendieras. Como ya te he dicho, a mi novio le cuesta hacer amigos — Madre de Dios, si Santi la oyera...—. Y sé que él no va a dar el paso de venir hasta aquí a hablar contigo por las buenas porque el pobre es muy tímido. — Me va a matar, me va a matar...—. Por eso, sé que de su propia iniciativa no va a salir. Yo sólo le estoy dando un empujoncito para que espabile y se abra a la gente. Y qué mejor que con algo que le gusta. Creo que si le regalo una escapada al *Picachu* ese de la foto será una opción que él aceptará. De verdad, me da muchísimo apuro contarte todo esto y pedirte que le hagas un favor a alguien a quien no conoces de nada, pero te lo agradecería enormemente.

Sí, ya se veía el apuro que le daba, pensó Sergio.

Menudo panoli debía ser el novio de aquella chica, que al igual que muy guapa, era evidente que también era muy manipuladora. No sabía incluso si sentir un poco de pena por el tal Santi.

—Por supuesto, te abonaré el tiempo que le dediques...

—*Picachu* es el pokémon. El monte se llama Picacho, con o. Y en definitiva, lo que me estás diciendo es que quieres pagarme por fingir una amistad con tu novio.

—No, no. Así dicho, suena realmente mal. Sólo quiero que vayas con él a

andar al sitio este —dijo señalando el catálogo.

—Mira, la verdad es que tu petición es la más extraña con la que me he encontrado en mucho tiempo. Ya te he dicho que ahora mismo no estoy en situación de irme con nadie, pero la próxima vez que me apetezca escaparme un rato aunque sea a una ruta corta, no tendría inconveniente en quedar con tu chico. No me cabe duda que el pobre necesitará desconectar un poco de... — iba a decir «de ti», pero le pareció que resultaría demasiado impertinente—, de su rutina. Pero no te puedo dar una fecha para eso ni asegurarte un destino concreto.

—¡Eres un encanto, Sergio! —Alana aún no lo sabía, pero había hecho una elección excelente. Cuanto más hablaba con aquel chaval, mejor le caía. Y ella no solía tener mal ojo a la hora de juzgar a las personas...

—Por curiosidad, ¿puedo hacerte una pregunta? —le dijo Sergio de repente.

—Claro.

—¿Cuánto tiempo llevas con tu novio?

—Tres años, ¿por qué? —preguntó extrañada.

Aquel chaval debía tener el cielo ganado... Y desde luego, tampoco era extraño que no tuviera muchos amigos. Compartir salidas con aquella novia que tenía podía resultar agotador y estresante. Apenas llevaba diez minutos allí y ya lo tenía mareado con su cotorreo incesante.

—No, por nada —se limitó a contestar.

—¿Te animas entonces?

—Supongo que igual más adelante... —Sergio sabía que se arrepentiría...

—¡Para cuando te venga bien! —Contestó con alegría. Que no le dijera que no, ya era más que un logro—. Bueno, Santi trabaja en el hospital, de enfermero, y tiene sus guardias y eso. Pero este fin de semana lo tiene libre

entero. ¿Cómo te viene a ti?

«Menos mal que acababa de decirle que sin fecha...»

—Este fin de semana no puedo. Tengo a mi hijo conmigo.

—¿¡Tienes un hijo!?! —Vero no quiso sonar estridente, pero la noticia la pilló por sorpresa. Y aquella, medio pregunta, medio exclamación, no pasó desapercibida para Sergio.

—Sí, ¿algún problema?

—No, no... claro. Es que, como pareces tan jovencito, no me imaginaba que estuvieras casado...

—Y no lo estoy —el ceño de Sergio se estaba frunciendo por momentos.

—¿Pareja estable entonces?

—Vero... Ese era tu nombre, ¿no? ¿Me lo parece a mí o estás intentando husmear en mi vida privada?

—Uy, lo siento... Ya te he dicho que tengo la lengua muy larga. Perdona por meterme donde no me llaman...

Sergio estaba empezando a arrepentirse de no haberse negado a aquella locura. Pero últimamente su vida se estaba convirtiendo en una majadería total. Enamorándose de una extraña, quedando con un desconocido que tenía una novia como una cabra...

Bueno, lo primero había que matizarlo. Mejor, sintiéndose profunda y perdidamente atraído por una completa extraña que prefería acostarse con otro...

Después de todo, quizás no le viniera mal un poco de chifladura en su vida. Al pobre del tal Santi le vendría bien despegarse un rato de su extravagante novia. Y a él, bueno, evadirse en la sierra siempre había sido una válvula de escape cuando se encontraba agobiado. Pensó que, con toda probabilidad, el

pobre novio de la tal Vero necesitaba urgentemente compartir un rato normal con alguien normal y alejarse de la loca que tenía delante.

—La siguiente en cambio la tengo, en principio, disponible...

—¡Perfecto! Tengo que comprobar el cuadrante de Santi, pero si no tiene guardia, te llamo y confirmamos, ¿te parece?

—Está bien —suspiro intuyendo que se iba a arrepentir de la decisión tomada.

—¿Me das tu teléfono entonces? —sugirió ella al descuido.

Sergio la miró, no muy convencido. A ver si no iba a tener que cambiar de número al final por habérselo dado a una perturbada.

Sin embargo, se dio media vuelta para dirigirse al mostrador de cristal y anotar en un papel el número de su móvil.

Vero lo tomó con una sonrisa de oreja a oreja pintada en la cara. No podía creerse que todo lo hubiera terminado saliendo tan bien...

Ahora sólo era cuestión de esperar y rezar para no haberse equivocado de Sergio, tal y como le había sucedido a Alana.

Capítulo 16

De Excursión por la Sierra

Dos semanas más tarde, a las ocho de la mañana, Sergio aguardaba a la puerta del local de su tío la llegada del tal Santi. Apenas diez días atrás, Vero le había llamado para confirmarle que su novio tenía libre aquel sábado. Y pensando que definitivamente una buena ruta conseguiría arrancar a Débora de sus pensamientos durante unas horas, hasta se encontró con ganas de conocer al famoso novio *apocado* que tanta *necesidad* tenía de hacer nuevos amigos.

Y para su sorpresa, se encontró con un hombre bastante resuelto que se acercó a él con una pequeña mochila en la espalda de cuyo extremo sobresalía el puño de un bastón.

—Hola, ¿eres Sergio? —lo saludó con afabilidad.

—Supongo que tú debes ser Santi... —dedujo estrechándole la mano.

—Así es.

Sergio lo estudió unos instantes. No se lo había imaginado así... Bueno, la verdad es que no lo había imaginado de ninguna manera. Quizás, como una persona tímida, retraída, que le costaba hablar, mirar de frente,... Vamos, que había tirado de todos los tópicos de las personas hurañas que salían en las películas.

Sin embargo, con un simple vistazo y únicamente cruzando un par de palabras, intuyó que Santi no tenía nada que ver con la persona acobardada

que él esperaba encontrar. Más bien, parecía animado y amigable, impresión que con toda probabilidad tendría ocasión de verificar durante las horas que pasarían juntos.

—¿Estás listo? —le preguntó finalmente.

—Por supuesto. Hacía siglos que no hacía una escapada de estas. A mi novia no le gustan demasiado; cree que todos los bichos del mundo acabarán metiéndose dentro de su ropa.

Sergio no pudo evitar sonreír imaginándose a la chica haciendo aspavientos cada vez que se le acercara una mosca.

—¿Conoces la ruta que vamos a hacer?

—Sí, por supuesto. Pero como te digo, hace tanto que no salgo que cualquier ruta me vale. Además, Vero estaba muy ilusionada con este regalo, así que no se lo voy a despreciar.

—La verdad es que tu novia tenía mucho interés en que te gustara la salida. Me alegro de que el regalo haya resultado de tu agrado.

«La gente normal regala escapadas de turismo; la gente *anormal* regala bonos para los Viernes de Pecado... Ya me podrían haber regalado algo más *corriente* para poder ahorrarme estas dos semanas de mierda que llevo», pensó sin poder evitarlo.

—Sí. Es una mujer estupenda... —comentó con orgullo sin percatarse del rayo de tristeza que por un momento nubló la mirada de Sergio.

—Espero que no te moleste si te digo esto, pero me pareció un tanto alocada. Santi sonrió.

—A veces, Vero puede resultar un poco desconcertante porque va por todas partes como un elefante en una cacharrería, pero te aseguro que es una mujer muy dulce y noble. Sus ocasionales salidas de tono sólo la hacen más

adorable de lo que parece y sobre todo, es alguien que no tiene ni una gota de maldad en todo su cuerpo.

Sin lugar a dudas, Santi estaba muy colado por su chica. Sólo había que ver el brillo de sus ojos cuando pronunciaba su nombre. Definitivamente, el amor era muy ciego... Y si no, que se lo dijeran a él.

«Mierda... ¿No ibas a olvidarte de Débora por unas horas?», le reprochó su yo interior. «Además, recuerda que tú no estás enamorado. Sólo te gustaba acostarte con ella y punto.»

«Cállate, conciencia... No sigas por ahí que acabarás metiendo la pata» —se contestó a sí mismo acallando una posible discusión entre su corazón y su razón.

—¿Tienes que coger algo más o nos vamos? —terminó preguntando Sergio para dar por concluida la deriva de sus pensamientos.

—Por mí, cuando quieras. Creo que en la mochila llevo todo lo que necesito.

—Perfecto. Como tienes experiencia previa, confiaré en tu criterio. Mientras lleves suficiente líquido, algo de azúcar y una gorra para el sol, me doy por satisfecho. Yo me encargo de llevar el móvil, un pequeño botiquín y crema protectora por si acaso. Si conoces la subida, ya sabes que la ruta no es nada del otro mundo.

—Y la comida, que no se nos olvide.

—Eso, que no falte, por supuesto.

—Bien, ¿cómo vamos? ¿Cada uno en nuestro coche?

—No, hombre. El transporte está incluido en la excursión. Lo único es que, como somos dos, y si te apetece, podemos coger mi moto en vez de la furgoneta de mi tío. Lo dejo a tu elección.

—Sin duda, prefiero la moto —contestó con una sonrisa radiante—. Yo

también tengo una pero a Vero le da miedo subirse a ella. Así que sólo la saco para ir a trabajar, si el tiempo acompaña, y cuando quedo con la gente del club de moteros al que pertenezco.

«¿Realmente este hombre tiene problemas para hacer amigos?»

—Pues nada. Pongámonos en marcha antes de que el sol se ponga a apretar.

Aquella misma tarde, Vero esperaba ansiosa la llegada de Santi en el chalet que compartían. Llevaba dos horas mirando el reloj, esperando que su novio entrara de una vez por la puerta.

No tenía ni idea de cuánto tiempo solían durar aquellas excursiones, pero cuando dieron las siete y media de la tarde, ya empezaba a preocuparse de no tener noticias suyas. Cuando al fin escuchó el ruido de llaves abriendo la puerta de casa, dio un salto del sofá para ir hasta él.

—Bueno, ya iba siendo hora de que aparecieras. Me tenías preocupada.

Santi elevó las cejas, sorprendido por aquel recibimiento. Al pasar por su lado, la tomó por la cintura y le dejó un beso tierno en los labios, acompañado de una sonrisa.

—Vengo muerto... —fue su simple contestación—. No imaginaba que estuviera en tan mala forma física. Tengo que volver al gimnasio cuanto antes...

—¿Por qué? ¿Cuántas veces habéis subido al *Pichachu* ese?

—¿Cómo que cuántas? —preguntó divertido—. ¿Qué te crees, que hemos estado subiendo y bajando todo el día?

—Por la hora en que llegas, al menos debes haber hecho el recorrido tres veces —contestó, moviendo delante de sus ojos tal número de dedos.

—Si no son ni las ocho de la tarde...

—Ya, pero en el folleto ponía que apenas era un trayecto de poco más de tres kilómetros. Desde las ocho de la mañana que te fuiste, te ha dado tiempo de hacer el camino no tres, sino siete veces.

—Claro, eso sin contar con la hora de camino desde aquí hasta Alcalá de los Gazules, de que paramos a desayunar, que la ruta la hemos hecho en plan tranquilo, que hemos comido en la cima, que nos hemos quedado un buen rato allí arriba charlando, que teníamos que bajar, que nos hemos parado a merendar por el camino, la otra hora de la ruta de vuelta...

—Vale, vale, ya lo he captado.

—Para una vez que consigo escaparme a la sierra, déjame que me recree a gusto, mujer. Además, te recuerdo que ha sido un regalo tuyo. Qué menos que haberlo disfrutado a tope.

—Ya, pero no te hubiera costado nada una llamadita para decir que todo iba bien.

—De acuerdo, eso sí lo puedo aceptar, aunque para mi descargo alegaré que la cobertura allí no es demasiado buena. No obstante, lo tendré en cuenta para la próxima vez, ¿de acuerdo?

—¿La próxima vez? —la ceja derecha de Vero se arqueó por arte de magia.

—Sí, Sergio y yo hemos pasado un día fantástico. Hemos acordado repetir otro día, con una ruta nueva, o cualquier otra actividad.

La sonrisa que había mantenido oculta durante gran parte del día, asomó feliz e ilusionada a los labios de Vero.

—¿Y qué tal Sergio? ¿Qué te ha parecido?

—La verdad es que es un chico muy agradable. Creo que hemos conectado muy bien y es un buen compañero de ruta. Al menos él no se está quejando

de que hay bichos por todas partes... —comentó haciendo alusión a la única vez que había conseguido convencer a su novia de que fuera con él, dos años atrás.

—Ya estamos... Sabes que el monte no es santo de mi devoción. Prefiero la ciudad y sus comodidades.

—Ya, ya lo sé...

—Además, que a mí no me guste no significa que tú tengas que renunciar a estas excursiones... ocasionalmente, claro.

—Claro... Pero preferiría compartirlas contigo, no te lo voy a negar.

—Bueno, pues parece que por fin acabas de hacer un nuevo amigo con quien compartir esta afición.

—Es posible.

—¿Y cuándo volveréis a quedar?

La ceja de Santi volvió a arquearse en un signo interrogante.

—¿Qué manía te ha dado a ti ahora porque me vaya de excursión?

—Ninguna. Es que sé que te encanta...

—Me encanta lo mismo que hace tres años cuando nos conocimos. Pero hasta ahora nunca habías mostrado tanto interés en que fuera.

—Que yo sepa, tampoco te lo he impedido.

—Ya, ya...

Impedírselo, era verdad que no se lo había hecho; pero ponerle trabas y excusas...

—¿Entonces?

—Entonces, ¿qué?

—¿Cuándo habéis vuelto a quedar?

Santi supo en aquel instante que allí había gato encerrado. Tomó a Vero de la mano y se dejó caer en el sofá con ella. Estiró las piernas y acomodó a su chica entre ellas, abrazándola por detrás.

—¿Me vas a decir qué es lo que te traes entre manos?

—¿Quién, yo? —intentó hacerse la sorprendida, girando la cabeza y clavando sus abiertos ojos negros en las pupilas de él.

—Vero, que nos conocemos...

—Ya estás imaginando cosas... —le contestó volviendo la cabeza para que él no pudiera ahondar en su mirada.

—Vero...

—¡Vero nada! Te he hecho un regalo con toda la ilusión del mundo, pensando que lo disfrutarías y ya está. No hay ningún interés detrás de eso.

«¿Y entonces, por qué se enfadaba?», pensó Santi. «Aquí se está cociendo algo... vaya que sí.» Y si no lo averiguaba en aquel instante, era cuestión de tiempo de que saliera a la luz. La paciencia era una virtud que él podía llegar a cultivar muy bien; en cambio, no se podía afirmar lo mismo respecto a Vero.

—En tal caso, puedo asegurarte que he disfrutado muchísimo de tu regalo.

—¿Y?

—Y no hemos quedado en nada en concreto. Quizás nos animemos a hacer una ruta en piraguas por el embalse de Guadalcacín, porque salir a andar con este tiempo puede resultar muy penoso. Hoy casi nos fundimos de calor.

—Ostras, ¿en piragua? ¡Qué chulo! —exclamó encantada—. Mira, a esa igual me apunto.

Santi rió por lo bajo. Vero no daba puntada sin hilo, y ahí olía a chamusquina que apestaba.

—¿Apuntarte, tú? ¿Y dónde dejas los bichos? —le preguntó conteniendo la risa.

—Bueno, es un recorrido por agua, no por la montaña.

—¿Montaña? —volvió a reír el joven—. Ni que acabara de subir el Everest, mujer. El Picacho sólo tiene 900 metros de cota.

—Demasiado para mí... Pero en un pantano, supongo que podríamos nadar un poco además de remar.

—Sí, se podría. Al menos en este, sí.

—Ves, esa idea me gusta más. Definitivamente, creo que me apuntaría.

—Se lo podría comentar a Sergio. Me dijo que podíamos pillar la piragua para dos, pero supongo que también las habrá individuales.

Una sonrisa traicionera volvió a asomar a los labios de Vero. Por fortuna, Santi no podía verla desde su posición. Guardó silencio unos segundos antes de sugerir una nueva posibilidad.

—Podría decírselo a Alana a ver si le apetece. De esa manera seríamos cuatro y no habría problemas con las piraguas.

Vero tampoco pudo ver desde su posición que por tercera vez en escasos minutos, la ceja derecha de Santi se arqueaba considerablemente.

—¿Alana?

—Bueno, ella es más de campo que yo, aunque tampoco sea algo que la mate de gusto. Pero si le pido que se apunte para poder formar el grupo, igual se anima.

—Es posible...

—¡Ay, me encanta la idea! Vamos a hacerlo, Santi...

—Puedo llamar la semana que viene a Sergio y sugerírselo, a ver qué opina. O bien, hacerlo nosotros tres directamente; ya sabes, Alana, tú y yo...

—¡No, no! Mejor los cuatro —se apresuró a replicar—. Además, ella está un poco baja de ánimo. Pienso que le sentará bien distraerse un poco.

—¿Por qué? ¿Qué le pasa? —se interesó con sinceridad. Aunque Alana era más amiga de Vero que suya, era una buena chavala a la que apreciaba de verdad.

—Ha tenido problemas con un chico.

—No sabía que estuviera saliendo con alguien. No me habías contado nada.

—Bueno, es que no ha durado mucho y todo es muy reciente.

—En tal caso, lo superará pronto. Si no han tenido tiempo para conocerse mucho, es de esperar que pueda superar el bache más fácilmente.

—Eso espero, aunque tengo entendido que ha sido una relación muy intensa a pesar de que haya durado poco. No sé mucho más al respecto, la verdad. Ya sabes que ella es muy discreta para sus cosas y yo tampoco he querido ahondar más en la herida.

—Ya. Vaya, pues lo lamento por ella. Es una mujer muy linda y ya va siendo hora de que tenga un poco de suerte. La verdad es que desde que la conozco, no la he visto con ninguna pareja, y mira que la chica lo vale.

—Ay, yo tampoco lo entiendo, Santi... —Salvo por el hecho de que había perdido el tiempo como una tonta fantaseando con un tío que no valía ni un pimiento como persona—. Y esto... ¿sabes si Sergio tiene pareja?

«Ay, Vero, que mucho me huelo yo que te ha dado por sacar tus armas de celestina».

—No lo sé. No se lo he preguntado, la verdad. ¿Quieres acaso que lo haga?
Vero se giró.

—¿No resultaría muy descarado?

—¿Me lo parece a mí, o estás intentando emparejar a Sergio con Alana?

—Bueno, acabas de decir que es un chico muy agradable... Así que, quién sabe...

—Ay, Vero, no tienes arreglo... —le dijo sin poder contener más tiempo la risa.

—¿Por qué? ¿Qué he hecho yo ahora?

—Nada, bonita. Nada.

Capítulo 17

No Tienes Ovarios...

—Chica, se acabó el velatorio...

Vero se había presentado en casa de Alana aquel domingo a las nueve de la mañana dispuesta a sacarla de la cama por las buenas o por las malas. Estaba claro que se había propuesto, bien echar la puerta abajo a base de timbrazos, bien provocar que los vecinos terminasen llamando a la policía por alboroto público. Así que a la bella durmiente no le quedó más remedio que levantarse e ir a abrirle antes de que la segunda opción se terminase convirtiéndose en la primera.

—¿Dónde está el fuego? —preguntó al abrirle la puerta a su amiga

Sin esperar a que la invitara a entrar, Vero se coló en el piso y se encaminó directa al dormitorio de su *anfitriona*.

—¿Dónde guardas el bikini?

Alana la siguió a su cuarto como un zombi, todavía presa del sueño que tan inoportunamente le habían roto.

—¿Se puede saber qué quieres tan temprano? Debe ser como mucho las seis de la mañana...

—Sólo te has equivocado por tres horas, guapa. Son las nueve y ya va siendo hora de que muevas el culo.

—¿Para qué? Si no tengo intención de ir a ningún lado...

Vero la miró con los brazos en jarra. Días atrás le había avisado de que tenía planes para aquel domingo, pero era evidente que lo había olvidado. Aunque

también era cierto que no le había ofrecido muchas explicaciones ni detalles al respecto. De haberlo hecho, se habría negado en rotundo y había preferido contar con el factor sorpresa para evitar que Alana se echara atrás.

—Ya hablamos de esto el otro día, así que olvídate de quedarte encerrada otro domingo más. Hoy te vienes conmigo.

—¿A dónde? —le preguntó sin poder evitar que se le escapara un sonoro bostezo.

—Nos vamos a la playa. Hace un día perfecto.

—¿A la playa a las siete de la mañana? ¿Acaso piensas barrer la arena? Vero, por favor, si hasta las gaviotas deben estar *sobando* todavía. Además, ayer me costó mucho dormirme y necesito recuperar sueño para mañana, o no daré pie con bola en el trabajo.

—Ya te he dicho que son las nueve, así que no vamos a barrer nada. Además, ¿para qué te acuestas tan tarde si te dije que íbamos a salir?

Alana apretó los dientes.

—No me acosté tarde... Tenía insomnio.

Vero sonrió.

—No te preocupes. Esta noche, dormirás —vaticinó convencida—. Te lo garantizo —puntualizó al estilo *Terminator*.

Como respuesta, Alana desechó sus palabras con un gesto de desdén y se dirigió de nuevo a la cama donde se dejó caer boca bajo como si fuera un saco de patatas.

—No tengo ganas de playa. Quizás otro día —alegó antes de cerrar los ojos de nuevo.

Vero se acercó a ella por detrás y tomándole de un pie que sobresalía del colchón, jaló con fuerza hasta hacerla resbalar por las sábanas.

—¡Eh, qué me vas a tirar...! —protestó abriendo los ojos de repente mientras se agarraba a la tela de algodón.

—Bah, no seas exagerada. Sólo quiero que te despiertes de una vez.

—Te has levantado hoy pesadita, ¿no? —le dijo dejando escapar una mueca de fastidio.

—Más bien, llena de energía. Santi nos está esperando, así que espabila, ponte el bikini y ropa cómoda.

Alana apoyó la frente sobre el colchón, convencida de que su inesperada visita no iba a dejarla tranquila hasta salirse con la suya.

—¿Has dejado abajo esperando a tu novio? —Con movimientos lentos, se fue desperezando poco a poco—. Está bien, *jartible*^{ll}, tú ganas. Pero dile que suba, mujer. Yo no puedo vestirme y salir pitando en cinco minutos como si tal cosa. Necesitaría al menos darme una ducha y tomarme un café bien cargado para poder quitarme la *empanada* que tengo encima.

—Santi no está abajo. Nos está esperando directamente en la playa donde hemos quedado todos. Así que no podemos demorar.

—¿Todos? ¿Habéis quedado con más gente acaso? Si sabes que no tengo ganas de ver a nadie...

Vero estuvo a punto de darse una bofetada por bocazas.

—¿Con quién vamos a quedar, mujer? Me refiero a que allí hemos quedado con Santi —se justificó saliendo del paso.

—Ah, vale... —Alana dio la excusa por buena. Estaba todavía demasiado dormida como para ponerse a hacer cavilaciones.

—Venga —la apuró su amiga—. Ve vistiéndote mientras caliento leche en el microondas. Tienes café soluble, ¿verdad? Es más rápido que preparar ahora una cafetera. La ducha la vas a tener que dejar para después, que vamos tarde.

A Alana no le quedó más remedio que obedecer. Y apenas quince minutos más tarde, las dos muchachas estaban subiéndose en el coche de Vero con destino al punto de encuentro.

—No entiendo qué prisas te han entrado para venir a la playa tan temprano. Hace un levante de mil demonios; nos vamos a hartar de tragar arena. Además, con este viento no va a haber Cristo que ponga una sombrilla, y yo no aguanto mucho tiempo al sol —comentó Alana nada más bajar del coche.

—¿Y quién te ha dicho que nos vamos a quedar aquí? Este sólo es el sitio dónde hemos quedado —contestó Vero mientras buscaba con la mirada la silueta de su chico. Al verlo, sonrió y le hizo una señal con la mano para hacerse notar.

—Entonces, ¿para qué has hecho que me ponga el bikini?

Vero apretó los dientes. Había llegado el momento de decirle la verdad.

—Bueno, la verdad es que antes no te lo he dicho todo, y es posible que haya olvidado mencionar un pequeño detalle —comentó de pasada sin atreverse a mirarla siquiera.

—¿Qué detalle? —Preguntó frunciendo el ceño. No se fiaba ni un pelo de Vero y mucho menos después de formar tanto alboroto para salir tan temprano de casa.

—Lo cierto es que sí hemos quedado con alguien.

—¿Con quién? Vero, ya te he dicho que no me apetece estar con nadie... Contigo y con Santi pasa, pero no tengo ganas de...

—Sí, sí, ya lo sé —la interrumpió con condescendencia—. Pero esto no ha sido cosa mía, sino de él. Sabía que estabas un poquito baja de ánimo y nos ha organizado una actividad para ver si te animabas.

Aquella afirmación provocó que Alana se parase en seco y mirase la espalda de Vero que se había separado de ella un par de pasos.

—¿Y qué sabe Santi de mi *estado de ánimo*? No le habrás contado nada, ¿verdad? — Ya se sentía bastante avergonzada de que Vero estuviera al tanto de lo ocurrido, y por todos los Santos del Universo, rogaba que su amiga no se hubiera atrevido a contarle a su pareja el motivo de su decaimiento.

—No, no, claro que no. O al menos, no le he contado nada de tus salidas de los viernes, si te refieres a eso. —Alana suspiró aliviada—. Sólo le he dicho que habías tenido una desilusión con un chico, y como sabe cuánto me importas, ha organizado esto para que te despejes un rato.

Bueno, eso podía parecer más o menos razonable. Y una vez allí, ya no tenía caso echarse atrás. Volvió a caminar hasta ponerse a la altura de su amiga, emprendiendo de nuevo juntas la marcha.

—Está bien... No le voy a hacer ese feo a Santi después de haberse tomado la molestia. Pero al menos podrías contarme qué es lo que ha organizado. Te traes un misterio...

—No te sabría decir, la verdad... —mintió descaradamente—. Sólo me ha pedido que hoy temprano nos reuniéramos todos aquí.

Alana resopló con resignación.

—Bueno... Trataré de poner buena cara y sobrellevar el día lo mejor que pueda. Igual Santi tiene razón y es posible que me venga bien hacer algo distinto. ¿Tú sabes con quién hemos quedado?

Vero volvió a encogerse de hombros.

—Con un amigo suyo. No sé mucho más... —contestó encogiéndose de hombros.

—¿No estará Santi tratando de buscarme una pareja ni nada de eso, verdad?

—Aquello ya sería lo último; el colmo de los tomates.

—No creo, mujer... Ya lo conoces. Él no se mete en esas cosas.

Alana asintió. La verdad es que el novio de su amiga era un tío muy majo que, en verdad, no gustaba meterse en la vida de nadie. Era un hombre de trato muy agradable y le parecía todo un detalle que hubiera tenido esa consideración con ella por el simple hecho de ser la mejor amiga de su chica.

—Es verdad, qué tontería acabo de decir...

—Intenta mostrarte receptiva, ¿vale?

—¿A qué?

—No sé... A lo que haya organizado para nosotras.

Alana entornó los ojos. ¿Eran imaginaciones suyas o parecía que su amiga se estaba mostrando más nerviosa, e incluso esquiva, de lo habitual?

—Muy pocas cosas sabes tú para lo cotilla que eres... —le contestó frunciendo los labios.

A medida que se fueron acercando, vieron que efectivamente Santi estaba acompañado por otro chico, alto y moreno. Cuando se aproximaron lo suficiente, los ojos de Alana se fueron entrecerrando, cada vez más perpleja al ver a quién tenía a pocos metros de distancia.

—No puede ser...

Santi se acercó para saludarlas, besando en los labios a su novia, y en la mejilla a Alana. Sin embargo, los ojos de ésta no miraban al enfermero, sino al hombre que permanecía detrás de él.

—No puede ser... —repitió totalmente incrédula—. ¡¿Tú?!

—¿Débora?

—No puede ser —volvió a decir por tercera vez, con la estupefacción pintada en el rostro.

Santi miró a uno y después a otro.

—¿Os conocíais? —preguntó, extrañado por la reacción de Alana.

Esta se volvió hacia su amiga y la señaló con un dedo acusador.

—¡Tú lo sabías! —Exclamó enfadada—. Y no te atrevas a decirme que no...

Vero parpadeó tratando de parecer la mujer más sorprendida del mundo.

—¿Qué es lo que sabía? —preguntó de modo inocente.

—¿Cómo has dado con él? ¿Cómo has conseguido traerlo aquí?

—No sé de lo que hablas, Alana. Esto es cosa de Santi, a mí no me mires.

—¿Cómo? Pero si fuiste tú quien... —el aludido, que no entendía qué estaba pasando allí, comenzó a justificarse.

—¡Cállate! —exclamó su novia.

—¿Qué haces aquí, Débora? —preguntó Sergio también sorprendido, sin poder apartar los ojos de aquella inesperada visita.

—¿Débora? —Acotó Santi—. Me parece que te estás equivocando de chica, amigo. Ella es Alana, la amiga de la que te hablé...

¿Le había hablado a Sergio de ella? ¡Y qué demonios podría haberle dicho! Le vino a la mente el comentario de Vero sobre lo que Santi sabía de su supuesto estado anímico. Y sólo de imaginar que él pudiera estar al tanto de su *desengaño amoroso*, hizo que sus mejillas se pusieran como la grana. Aquello iba de mal en peor.

—¿Alana? ¿Ese es tu verdadero nombre? Vaya, como para adivinarlo... —comentó Sergio con una sonrisa ladeada y sin apartar los ojos de ella.

—¡Esto no me puede estar pasando a mí! Y tú... —se dirigió otra vez a Vero—, ya hablaremos mañana de esto. Yo, me largo.

Negando con la cabeza, dio dos pasos hacia atrás, volviéndose con la intención de marcharse lo antes posible y dejando al trío plantado. No había llegado a dar ni una docena de pasos, cuando una mano la cogió por el brazo haciendo que se detuviera en seco.

—¿Vuelves a huir de mí, *Alana*? —el nombre sonó con retintín

En la mirada de Sergio ya no se atisbaba la amabilidad ni la sorpresa que había creído percibir unos segundos antes. ¿Acaso seguía enfadado? ¿Con qué derecho?

—Yo no huyo de ti.

—¿Ah, no? Sé bien que cuando una situación te incomoda, te gusta solucionarlo dando media vuelta... ¿O acaso ya no recuerdas cómo fue nuestro último encuentro?

—Te recuerdo que no fui yo quien salió *huyendo* la última vez —le contestó elevando el mentón con orgullo.

—No, es verdad; al menos pude darme el gusto de ser yo quien saliera primero de aquella habitación. Tanta falsedad me asfixiaba. Por cierto, ¿qué tal te va con Alex? Ya me ha contado Santi que la *amiga* de su novia estaba sufriendo de mal de amores. ¿Acaso tu príncipe ha terminado saliéndote rana?

Sus peores temores se estaban convirtiendo en realidad a pasos agigantados.

—¡Y a ti qué te importa! —la mirada de Alana se endureció de inmediato. No estaba dispuesta a contarle nada que perteneciera a su vida privada.

—La verdad es que nada —mintió. El tal Alex había sido el causante de que ella no quisiera, no ya volver a acostarse con él, sino ni siquiera darle la más mínima oportunidad. Algo que lo hacía sentir enfadado, y profundamente celoso.

Para colmo, llevaba varios días escuchando hablar a su amigo Santi (si es que realmente podía llamarlo así) de que tenía una conocida que lo estaba pasando mal por culpa de un desengaño amoroso y que quería hacer algo para ayudarla a distraerse un rato. Y como un imbécil, ingenuo e idiota al que le gusta salvar *almas que sufren por amor*, empatizó de inmediato con aquella

desconocida a causa de lo que él mismo estaba pasando. Así que le pareció una buena idea organizar aquella salida para los cuatro.

¿Cómo iba a imaginar que se trataría de ella? Vamos, ni en el mejor, ni tampoco en el peor de sus sueños, hubiera adivinado que la *doliente* acabara siendo su Catwoman...

—A ver, *Débora* —usó su nombre ficticio a sabiendas—, me importa realmente un pimiento si al final te saliste o no con el caprichito de tu queridísimo Alex, pero sé que Santi parecía realmente interesado en sacarte de tu supuesta depresión, así que no...

—¡Yo no tengo depresión! —lo interrumpió molesta.

—Me alegro por ti. Pero ya que el pobre se ha molestado en que quedemos los cuatro para intentar distraerte de tus *grandes* pesares, no te voy a permitir que le hagas el feo de dejarlo tirado sin al menos darle una explicación. Ten al menos la valentía de decirle por qué sales huyendo otra vez.

—¡Qué no estoy huyendo! —repitió casi gritando.

—¿Ah, no? ¿Cómo lo llamarías tú entonces?

Alana bufó indignada, mirándolo con los ojos entrecerrados.

—No te creas el ombligo del mundo, Sergio. Si crees que me voy por tu culpa, estás muy equivocado —aseveró con más firmeza que convicción.

—Vaya, si te acuerdas de mi nombre y todo, *Alana*.

—¿Qué te pasa? ¿Tienes algún problema con mi nombre acaso?

Los ojos de Sergio se entrecerraron.

—Te lo repito: me importa un bledo si eres *Débora*, *Alana*, *Zorra* o *Gata*. Sólo quiero que vuelvas ahí y les des una explicación convincente a tus amigos para justificar tu desplante. Y no por mí, que me la trae al paio, sino por ellos.

—Y qué quieres que le diga, ¿Qué me voy porque no quiero estar cerca de ti?

—Me da igual que le digas eso, como si les cuentas que hemos follado como animales con una careta puesta, o que, simplemente, no te atreves a pasar un rato conmigo a cara descubierta.

—¿Piensas que te tengo miedo acaso? No me hagas reír...

—¿Sabes lo que pasa? Que no tienes suficientes ovarios para quedarte con nosotros...

—¡Qué no tengo ovarios...! —exclamó tirando de su brazo para soltarse. Hasta ese momento no se había percatado de que aún la tenía agarrada—. ¡Qué no tengo ovarios! A ver si tienes tú los huevos que te hacen falta para intentar aparentar que esto no es más que una excursión cualquiera; y ojo, mucho cuidadito con lo que dices delante de mis amigos, o te los arranco.

—Chicos, ¿va todo bien?

La voz de Santi impidió a Sergio contestar a aquel desafío.

—Perfecto —contestó Alana con frialdad—. Por mí nos podemos marchar cuando queráis. Y cuanto antes mejor, que el tiempo vuela. A ver qué tan *buena compañía* resultas ser... *Zorro*.

Y sin más, pasó por al lado de los dos hombres que se quedaron mirando el uno al otro sin saber qué responder.

Santi se encogió de hombros ante el cambio de actitud de su amiga y se dio la vuelta para unirse a las dos chicas que aguardaban en silencio. Mientras Sergio los observaba alejarse, una sonrisa traviesa empezó a asomar a sus labios.

Al darse cuenta de la mueca, recompuso el gesto y marchó a reunirse con el resto del grupo.

Capítulo 18

Un día en el embalse

El trayecto hasta el embalse de Guadalcacín, en el Tajo del Águila, se realizó en un tenso silencio. Miradas como puñales volaban de ida y vuelta desde el espejo retrovisor del coche que los llevaba, tanto entre Sergio y Alana, como entre esta última y su *amiga* Vero... que ya la cogería, ya... El único que se salvaba de la quema, y que no llegaba a entender del todo el por qué de tanta tirantez, era el bueno de Santi, que por un par de veces trató de comenzar una conversación sobre la actividad que iban a realizar, sin obtener mucho entusiasmo en el resto.

Cuando llegaron a su destino, los cuatro estaban ansiosos por escapar de aquel cubil y respirar aire fresco; el del interior del coche se había vuelto demasiado denso durante el trayecto.

Sergio se acercó a la recepción del complejo y, una vez hubo gestionado un par de detalles, se dirigieron todos juntos hasta el embarcadero. Saludó amablemente a un trabajador de las instalaciones al que evidentemente debía conocer de ocasiones anteriores, y tras recibir las instrucciones oportunas, tomó los chalecos salvavidas que fue repartiendo a cada uno de los integrantes del grupo.

—A ver, chicos. Como veis, las piraguas son para dos. Santi y Vero iréis en una, y la otra será para Alana y para mí. Idos poniendo los chalecos y...

—¿Tú y yo, juntos? —lo interrumpió esta última.

Sergio se volvió hacia ella y alzó una ceja antes de responder.

—Sí, así las dos canoas van compensadas. ¿Algún problema?

—Preferiría subir con Vero. Tengo cosas que hablar con ella —contestó cruzándose de brazos delante del pecho.

—Pues lo que tengáis que decirnos tendrá que esperar hasta más tarde. Ahora quien está al mando soy yo, y yo dispongo las parejas. Si no te gusta, te sientas en el coche y esperas las tres horas que está previsto que dure la excursión. El recorrido es de aproximadamente ocho kilómetros, y tengo planeado parar en una playa que hay en un recodo del embalse para darnos un baño. Así que tú decides qué quieres hacer. Si tienes miedo al agua, sólo tienes que decirlo.

—No le tengo miedo al agua...

—Entonces, ¿a qué? No creo que me temas a mí, ¿verdad?

La estaba pinchando a propósito y ella lo sabía. Si no fuera porque había público, le hubiera gustado decirle un par de cosas para ponerlo en su sitio, pero ya encontraría el momento para hacerlo. O mejor no. Mejor se mantendría callada y no volvería a cruzar una palabra con él en todo lo que durase aquella tortura de excursión.

Alana no dijo nada más. Escuchó atentamente las instrucciones que Sergio iba dando sobre la mejor manera de remar, cómo sentarse en las pequeñas embarcaciones, así como las nociones más básicas de salvamento, en caso de caída de alguno de ellos al agua.

Cuando todos estuvieron preparados, las chicas ocuparon la proa y los hombres, la popa, empujando lo suficiente las piraguas para separarlas del embarcadero, dando así comienzo a la travesía.

Igual que ocurrió durante el trayecto en coche, el silencio se volvió a imponer entre ellos; no parecían muy propensos a relajar el ambiente enrarecido que

se había creado. Desde su posición, Sergio no podía apartar los ojos de la espalda recta de su compañera de embarcación. Jamás hubiera imaginado que fuera ella la cuarta integrante del grupo. Le parecía demasiada casualidad que precisamente *ella* hubiera reaparecido en su vida así, de repente, pero dudaba mucho que aquel *reencuentro* fuera cosa de Débora. Su enfado no era fingido, y dudaba mucho que Santi se prestara a un juego así. No es que lo conociera mucho, pero desde la primera salida que hicieran al Picacho varias semanas atrás, habían quedado un par de veces para tomarse algo y charlar, y desde luego no le había parecido que fuera un alcahuete ni nada que se le pareciera. Por cómo se había desarrollado la mañana, era más que probable que fuera Vero la verdadera artífice de su encuentro con Débora.

No, con Débora, no. Con Alana.

Había intentado no pensar en ella durante las semanas transcurridas, aunque sin demasiado éxito. Tratar de pasar página había sido la causa de que llamara a Santi, o mejor dicho a Vero, la primera vez. No se sentía con ánimo para salir solo de ruta, porque sabía que los recuerdos le impedirían gozar de la naturaleza y que se pasaría todo el camino rumiando su mala suerte. En cambio, si contaba con un compañero, siempre le sería más fácil distraerse hablando de cualquier cosa. Y en verdad, Santi había resultado un tío bastante enrollado y un buen conversador. Su primera impresión es que no entendía qué problema podía tener aquel hombre para que, según su novia, le costara hacer amigos. Nada en su manera de comportarse hacía parecer que se tratase de una persona tímida o retraída, sino más bien todo lo contrario.

Teniendo en cuenta sus propias circunstancias, y lo bien que le había sentado aquella primera escapada, había llegado a la conclusión de que necesitaba más que nunca reunirse con gente que fuera precisamente como Santi. Así que lo que había comenzado como una simple excursión privada, en poco tiempo se había convertido en una incipiente y sincera amistad.

—¿Puedo preguntarte por qué estás enfadada conmigo? —le preguntó a Alana, no muy convencido de que le fuera a contestar.

Cuando pensaba que no obtendría respuesta, la voz de la joven llegó nítida a sus oídos.

—Está claro que esto ha sido una sorpresa para los dos. No voy a culparte de este infortunado encuentro, porque tengo muy claro que ha sido tan inesperado para ti como para mí.

—Así es. Pero no es eso lo que te he preguntado.

—Nunca creí que volvería a verte... —Tampoco tenía nada que ver con la cuestión, pero el comentario salió solo.

—La ciudad es grande pero no tanto. Era probable que algún día pudiéramos volver a coincidir...

—Sí, pero no tan pronto; no cuando los recuerdos están todavía tan...

El tono de su voz fue bajando a medida que completaba la frase, hasta quedar callada por completo.

—¿Tan frescos?

—Así es —reconoció finalmente.

Aquel comentario lo reconfortó. Al menos no era el único que no había podido borrar de la memoria lo sucedido entre ellos.

—Bueno, no sé si debo alegrarme de que no te hayas olvidado de mí.

—¿Crees que podría olvidar lo que pasó? —bufó con ironía.

—Espero que no. Yo al menos, no tengo intención de hacerlo... A pesar de nuestra amarga despedida, me quedo con todo lo que vivimos antes. No me puedes negar que lo nuestro fue sexo del bueno. De lo contrario, no hubiéramos repetido... Aunque claro, si hubieras sabido que yo no era tu *adorado Alex* —el puñetero nombre todavía le quemaba la sangre—, lo más

probable es que no te hubiera vuelto a ver después de aquella primera vez, ¿verdad?

Alana apretó los dientes.

—¿Te importaría bajar la voz? No quiero que Vero y Santi nos oigan... — miró hacia la barca que navegaba a escasa distancia y cuyos ocupantes parecían inmersos en su propia conversación, sin prestar demasiada atención a la suya.

—No te preocupes por ellos. No creo que nos oigan. Y volviendo a lo de antes...

—No quiero volver a lo de antes. Quiero que te calles y que no me hagas recordar el pasado.

—¿Tanto te avergüenza?

Alana se giró como un resorte.

—Sí, maldita sea. No es algo de lo que me sienta orgullosa...

—¿Estarías más orgullosa si hubiera sido *Alex*?

—Y otra vez con lo mismo. ¿Quieres dejar a Alex fuera de esto?

—Es decir, que me estás reconociendo que sí...

—No estoy reconociendo nada —lo acalló tajante—. No quiero hablar del asunto y punto. Quiero hacer como si jamás hubiera pasado, como si tú y yo nunca nos hubiéramos visto antes.

Se giró de nuevo hacia delante y empezó a darle a la pala con fuerza, como si pudiera ahogar la frustración con la que luchaba desde hacía semanas.

Sergio la dejó tranquila durante un rato. Aquel último comentario le había dolido más de lo que hubiera querido reconocer. Le estaba dejando claro que él no había sido nada importante para ella. Sólo un error de identidad que, según sus propias palabras, la tenía avergonzada.

Hacerse ilusiones con ella era justamente eso: de iluso.

Era evidente que debía pasar página de verdad.

Y estaba en ello, o al menos era lo que intentaba hacer hasta que esa misma mañana ella volviera a entrar en su vida. Sabía que ese paso sería tan fugaz como sus encuentros anteriores, aunque mucho menos placentero. Ahora más que nunca estaba convencido de que, una vez que dieran por finalizada la excursión, no volverían a encontrarse nunca más, salvo que fuera por pura coincidencia. Y aún suponiendo que aquello ocurriera, probablemente ella miraría para otro lado, como si no lo conociera de nada, como si nunca hubiera compartido ni un minuto de su tiempo con él.

Cuando el día finalizara, Débora, o Alana, saldría de su vida de manera definitiva.

Capítulo 19

Divina Providencia

En la otra piragua, y en voz baja, sus amigos conversaban tratando de mantener cierto grado de privacidad. De vez en cuando, Sergio desviaba la mirada hacia ellos, pero por más que intentó agudizar el oído, fue incapaz de pillar onda de lo que decían.

—¿Tú sabías que Alana y Sergio se conocían? —le preguntó Santi a su novia.

—Bueno, no...

—¿Seguro?

Como respuesta, obtuvo un simple encogimiento de hombros.

—Dime que tú no tienes nada que ver en este repentino encuentro.

Vero se giró lo suficiente sobre la barca para poder mirar un instante a su chico.

—¿Yo? —preguntó con fingida inocencia, volviéndose de inmediato a su posición para que él no pudiera indagar en su mirada.

—Sí, tú. Te conozco mejor que tu madre, y algo me dice que este repentino interés para que yo recupere mi antigua afición por la naturaleza no es casual. ¿No me habrás utilizado para juntar a estos dos, no?

—¿Cómo puedes pensar algo así? —trató de sonar ofendida, pero no se atrevió a girarse de nuevo al contestar, provocando que Santi estuviera cada vez más convencido de que allí la casualidad imperaba por su ausencia.

—No me mientas, Vero...

Ella trató de pensar con rapidez.

—A ver... Sabía que Alana se había visto un par de veces con un chico llamado Sergio. ¿Pero cuántos hombres habrá en la ciudad con el mismo nombre? Que justamente se tratara de *este* Sergio... Bueno, más bien lo llamaría providencia...

—Sí, claro: Divina Providencia...

—No sé si divina o no, pero el destino es así de caprichoso. Además, ¿no te parece que hacen muy buena pareja?

Santi bufó. Definitivamente allí nada tenía que ver ni el destino ni la casualidad. Eso había sido totalmente premeditado.

—¿Buena pareja? Si parece que estuvieran a punto de lanzarse cuchillos el uno al otro. Menudo viajecito en coche más incómodo.

—Bueno, ahora parecen bien avenidos...

Dos pares de ojos se fijaron sin disimulo en la pareja que continuaba remando en silencio en la otra piragua. Sergio, que los estudiaba intentando captar algo de lo que estaban hablando, se sintió descubierto y giró la cabeza al frente como un resorte.

—¿Qué pasó entre ellos? —quiso saber Santi.

—No lo sé.

—Venga ya, Vero, a otro perro con ese hueso. Sois lo bastante amigas como para que ella te hubiera contado algo. Y tú, demasiado metomentodo como para dejar de meter las narices en el asunto.

—De verdad, a veces me sorprende la opinión que tienes de mí... —de nuevo, trató de parecer ofendida.

—Alana me cae bien, ya lo sabes. Y Sergio es un buen tío. No me gustaría

tener problemas con ninguno de los dos a causa de tus tejemanejes.

Vero volvió a meditar su respuesta, a sabiendas de que con ella terminaría de confirmar la intuición de su chico.

—Quizás esos dos sólo necesiten hablar un poco. ¿Por qué no facilitarles la tarea?

—Así que me confirmas que tú has tenido que ver en el asunto.

—A ver, no como tú crees. Ya te he dicho que Alana me habló de un tal Sergio, pero nunca llegué a conocerlo en persona. Según tengo entendido, sólo se vieron dos o tres veces y la cosa no funcionó.

—¿Y por qué no funcionó?

—Pero mira que te has levantado preguntón hoy. Después eres tú el que me llamas cotilla a mí...

Santi volvió a resoplar, consciente de que le estaba dando largas.

—Pues si lo que necesitaban eran hablar, mucho me temo que tu plan no está dando resultado. Esa barca es una tumba.

—Démosle tiempo. La excursión no ha hecho más que empezar.

Sergio perdió interés en la conversación ajena al sentirse descubierto. Volvió a fijar los ojos en la espalda recta que se movía de izquierda a derecha mientras remaba acompasadamente. Si su intención era *normalizar* la situación con Alana dentro de lo razonable, sería mejor que buscara cualquier tema de conversación lo más neutro posible.

—Te veo algo diferente desde la última vez, más delgada quizás...

El cuerpo de la chica se envaró.

—¿Me estás diciendo que antes estaba gorda?

«Bravo, Sergio, te has lucido. Acabas de tocar un tema tabú para el noventa y

siete por ciento de las mujeres».

—En absoluto. Siempre me gustaron tus curvas; y tú deberías saberlo mejor que nadie. Pero no por eso voy a dejar de admitir que te veo muy bien.

«Mierda, mierda. Me tengo que ceñir a un tema neutro. Deja de remover lo que pasó que la vas a cagar...»

Por fortuna, el joven no pudo percibir desde su lugar el ligero rubor que tiñó las mejillas de Alana.

—Sólo he perdido cuatro o cinco kilos. Tampoco es que se note tanto.

—Yo sí lo noto.

Claro, él, que conocía hasta las zonas más recónditas de su cuerpo...

De nuevo, silencio.

—Nunca imaginé que te dedicaras a organizar excursiones. —Ahora fue ella quien se decidió a hablar, sorprendiéndolo gratamente.

—Y no lo hago. Mis salidas las realizo más bien por afición. —Calló unos segundos antes de continuar, buscando de alguna manera continuar la conversación.

—¿A qué te dedicas entonces?

Sergio sonrió.

—Ya te lo dije: Soy profesor de primaria. De infantil, para ser más exacto.

—¿En serio? —Alana se volvió y a Sergio le pareció intuir una sonrisa natural—. Pues tampoco te imaginaba como maestro, la verdad —se encogió de hombros y volvió la vista al frente.

—¿Puedo preguntar qué es lo que te imaginabas?

«¿Modelo de calzoncillos? ¿Empotrador oficial? ¿Follador de primera? », Dios mío, qué barbaridades se le estaban ocurriendo... Un rubor más intenso tiñó de repente sus mejillas. Dio de nuevo las gracias en silencio porque él no

podiera verlo desde su asiento.

«Desvíate de esos pensamientos, Alana... Ese no es el camino correcto. Tengamos el día en paz».

—No lo sé. Pero entre una cosa y otra, te pega más lo de las excursiones.

No volvieron a hablar durante un buen rato. Como estaba previsto, se detuvieron más tarde en un recodo del embalse donde pudieron dejar las piraguas sin problemas mientras se daban un chapuzón. A pesar de estar en plena sierra, el inicio del verano suavizaba la temperaturas lo bastante como para dejar pasar aquella opción.

Alana tuvo que reconocer que, una vez superada la tensión del principio, estaba pasando un día agradable. El bello entorno que los rodeaba había contribuido, y mucho, a calmar sus miedos iniciales cuando se dio de bruces con Sergio. Lo primero que había pensado era que su *secreto* iba a acabar estallando por los aires. Sin embargo, no había vuelto a sacar el tema en público, y era evidente que trataba de comportarse como si se tratara de una simple reunión de amigos sin más.

El agua estaba condenadamente fría, pero a todos le sentó bien el chapuzón. Poco a poco se fue imponiendo entre ellos una conversación cordial, sobre temas intrascendentes como el tiempo, el cine o lo que tenían previsto hacer en las próximas vacaciones de verano.

Después de media hora larga en el agua, a Vero empezaron a castañetearle los dientes y decidió que ya era hora de salir a secarse. Le apetecía remolonear un rato al sol antes de comenzar el camino de regreso. Todos estuvieron de acuerdo en secundarla, pero cuando enfilaban sus pasos de vuelta hacia la orilla, Sergio tomó la mano de Alana bajo el agua haciendo que se detuviera y lo mirara a los ojos.

—¿Podrías quedarte un momento conmigo? —le preguntó con voz serena.

A pesar de que con el transcurrir de los minutos había conseguido relajarse en su compañía, aquellas simples palabras hicieron que los nervios volvieran a invadirla.

—Es que yo también tengo frío —fue su cobarde respuesta.

—Será sólo un momento. No pienso retenerte demasiado tiempo.

Alana volvió la cabeza para ver como Santi y Vero salían en esos instantes del agua, dejándolos solos. Cuando Sergio estuvo seguro de que nadie podría oírlo, volvió a dirigirse a ella.

—Quería pedirte perdón por lo de la última noche. Soy consciente de que no tenía derecho a quitarte la máscara sin tu consentimiento.

—Sergio, no quiero recordar lo que pasó...

—Lo sé. Pero es una espina que tengo clavada desde entonces y necesito sacármela de alguna manera.

Alana suspiró.

—Sergio, aquello fue un error. No quiero que pienses que...

—¿Por qué fue un error? ¿Porque yo no era él? —Se arrepintió de decir aquello enseguida, pero por más que lo intentaba no lograba controlarse. Se había creado una exigua tregua entre ambos y sabía que con aquella pregunta podía dinamitar el frágil puente que a duras penas comenzaba a sustentarse sobre débiles pilares—. Perdón...

Alana volvió a suspirar. Quedaba claro que hasta que no lo aclararan, el asunto de Alex iba a seguir saliendo una y otra vez, y lo que menos deseaba era que aquello ocurriera con Vero y Santi delante.

—Mira, si te sirve para dejar el asunto en paz, lo de Alex no tenía futuro. Nunca lo tuvo. Me he dado cuenta de que Alex tampoco era una buena opción. Ya puestos, y mirando a toro pasado, casi me alegro de haber

cometido aquel error y que fueras tú y no él porque... bueno, son cuestiones que no vienen al caso. —Mierda. ¿Por qué había dicho eso? Sonrojada por sus palabras, miró hacia la orilla antes de volver a hablarle con decisión—. Me gustaría pedirte un favor relacionado con todo esto, Sergio.

—El que quieras —contestó aguantando la sonrisa que estaba a punto de escapársele al oír sus últimas palabras.

—No le digas nunca a Santi de qué me conoces.

La petición lo sorprendió.

—¿Me crees capaz de contarle algo así a alguien que sólo he visto un par de veces?

—No te conozco, Sergio. A los tíos os gusta pegaros el moco de que os habéis acostado con esta o con la otra, y nuestras circunstancias son... bueno, supongo que jugosas para cualquier conversación entre *machotes*. Ya me entiendes...

—¿Doy por sentado que tú no le has dicho nada a Vero?

—Bueno... Ella fue la que me regaló la primera visita. Algo sabe, aunque no le he dado mucho detalle. Ya te dicho que me avergüenza todo aquello.

—No deberías, Alana. Ambos somos adultos; lo pasamos bien. No hay nada de vergonzoso en eso.

—De verdad, Sergio. Me incomoda hablar de lo que pasó.

—Está bien. Si lo que te preocupas es que me vaya de la lengua, te doy mi palabra de que no diré nada.

Alana asintió, confiada en que él le estaba diciendo la verdad. Pero aún tenía una duda que la inquietaba.

—Esto... ¿Le has contado a alguien lo que pasó? —volvió a preguntarle.

Parecía un tema que para ella era importante. Podía mentirle, pero prefirió no

hacerlo.

—Al igual que tú, sólo lo sabe la persona que me regaló el pase. Pero es un hombre en quien confío plenamente y sé que nunca contará nada al respecto.

Alana asintió más tranquila. Poco más quedaba por decirse entre ambos.

—Creo que deberíamos volver ya. Me gustaría secarme antes de que subamos de nuevo a la piragua.

—¿Podríamos al menos ser amigos? —le preguntó cuando ella ya enfilaba el camino hacia la orilla.

Alana se detuvo y meditó su respuesta.

—Creo que no me sentiría cómoda siéndolo, la verdad. Lo mejor que podemos hacer es pasar página y olvidarnos, tanto del encuentro de hoy, como sobre todo, de los anteriores.

Sergio asintió. La tregua parecía mantenerse y habían sido capaces de volver a hablar de lo que habían pasado sin que surgieran recriminaciones por ninguna de las dos partes. Definitivamente, y aunque ella no lo viera así, para él aquello sí era un nuevo comienzo.

Capítulo 20

Alana me va a matar

Alana fue a buscar a Vero a su oficina a primera hora del lunes, y ésta, nada más verla, supo que estaba enfadada. Levantó las manos como si quisiera evitar el chaparrón que estaba a punto de caerle encima, convencida también de que a su pesar, no se podría escapar.

—¿Cómo demonios encontraste a Sergio? ¿Cómo diantre se te ocurre volver a ponerlo en mi camino? ¿Tienes idea de que casi me muero cuando lo vi? Vero, por Dios, esto ha sido demasiado incluso para ti.

—No me digas nada... Yo no sabía que Sergio, era *ese Sergio*...

—¡Y un jamón! —Exclamó al tiempo que golpeaba con su puño sobre el escritorio de *su amiga*—. Venga, Vero... No sé cómo demonios te las habrás arreglado para dar con él, pero me juego el cuello a que detrás de todo esto está tu mano maquiavélica.

—Eh, eh... te estás pasando un poquito. Tampoco es para exagerar tanto, digo yo...

Empezó a pasearse nerviosamente delante de la mesa de Vero, sin percatarse de que con su actitud estaba llamando la atención de medio Departamento de Urbanismo. Miradas curiosas empezaban a concentrarse con disimulo sobre las dos mujeres que, con su forma de actuar, estaban llamando la atención de otros compañeros de trabajo.

Además, después del bochornoso espectáculo que había presenciado semanas

atrás entre Alex y el marido de María Jesús, parecía que los cotillas del departamento estaban ávidos de nuevos chismes.

—Bueno, al final no fue tan malo, ¿no? —trató de excusarse Vero como si así quedara todo solucionado.

—¡Qué no fue tan malo! —los ojos de Alana estaban a punto de salirse de las órbitas—. No sé cómo no me dio algo cuando me lo encontré en la playa...

—Sin embargo la impresión que me causasteis cuando os quedasteis solos en el agua no me pareció tan horrible como pretendes hacerme creer.

En aquel momento, Alana no sabía si tomarla de los hombros y sacudirla a ver si espabilaba, o simplemente, o simplemente... Bien, no sabía qué hacer con ella, pero el asunto no podía quedarse así, banalizándose como si nada hubiera sucedido.

—¿Cómo lo encontraste? ¿Cómo diste con él? —volvió a preguntar, tratando de calmarse.

—Fue Santi quien organizó la excursión.

—No te estoy preguntando eso.

—Yo no sabía nada —mintió enfatizando las palabras para resultar más creíble—. Sergio es un conocido de Santi...

—¿Desde cuándo se conocen?

—No lo sé...

—¡Vero!

—Sólo sé que han salido juntos un par de veces y poco más.

—¿Y tú no has tenido nada que ver en esas salidas? —se cruzó de brazos y la miró grave—. No me lo creo.

La *acusada* se levantó de su asiento y se llevó las manos a la cintura. Algún

día le diría la verdad, por supuesto, pero cuando las aguas bajaran más tranquilas. No esperaba encontrarla tan molesta cuando parecía que al final la situación entre Sergio y ella había quedado medianamente reconducida.

—¿Qué quieres que te diga? Ya te he dicho que no podía adivinar que ese Sergio fuera tú Sergio —volvió a agarrarse a la misma excusa que ya hubiera utilizado antes. Al fin y al cabo, era una verdad, o mentira según se viera, a medias, porque tampoco tenía la certeza absoluta.

—Otra vez... Que no es mi Sergio, maldita sea.

—Porque tú no quieres... En la piragua no te quitaba el ojo de encima. Tú no podías verlo porque estabas sentada delante, dándole la espalda; pero desde la mía, cada vez que os miraba lo pillaba observándote con una carita...

—¿Y qué cara querías que tuviera el pobre? Lo estaría pasando tan mal como yo...

—No me lo pareció, no...

Bien. Aquella era una vía muerta, así que Alana buscó un camino alternativo en busca de la verdad.

—Bueno, si no te importa, voy a llamarle.

Alana sacó el móvil del bolsillo de su vaquero y empezó a trastear por el listado de contactos. Los ojos de Vero se abrieron por sorpresa, mientras una sonrisa satisfecha asomaba en su cara.

—¿A Sergio?

—A Santi.

La incipiente sonrisa desapareció de un plumazo.

—¿A Santi? ¿Para qué?

—Quiero preguntarle cómo y desde cuándo conoce a Sergio.

«Peligro, peligro...»—, la mente de Vero marchaba a mil por hora.

—¿Y eso qué importa?

—Está claro que de ti no voy a averiguar la verdad. Espero que él me la confiese antes de que tú interfieras y le des instrucciones sobre lo que me tiene que decir. Si es cierto que se conocen de antes, no tendrá problemas en contármelo, ¿no crees?

«Piensa algo, maldita sea, que te va a pillar...»

—¿De verdad crees que yo haría tal cosa?

Alana no contestó. Se limitó a arquear una ceja mientras seguía buscando en su lista de contactos el número de Santi.

—Él está ahora trabajando. No se le puede molestar. Seguramente tenga el teléfono apagado o en silencio.

—Entonces le dejaré un mensaje y le pediré que en cuanto tenga oportunidad, me devuelva la llamada. Le diré que es urgente. Estoy segura de que, en cuanto encuentre un hueco libre para mirar el teléfono...

Vero se levantó dio rápidamente la vuelta a la mesa y se acercó hasta Alana para arrebatarse el teléfono de las manos.

—¡Me parece una actitud muy infantil de tu parte, Alana!

—¿De verdad?

—Además, tú no tienes por qué andar llamando a mi novio para nada...

—Bueno, Santi es también amigo mío —dijo encogiéndose de hombros y restando importancia a la protesta de su amiga—. Además, no tienes por qué ponerte así; ni que fuera a tirarle los tejos... Sólo le voy a preguntar algo muy simple.

Vero dejó el móvil de su amiga sobre su escritorio y la enfrentó cruzándose de brazos.

—¿No te parece un poco absurdo todo el circo que estás montando por

Sergio? Si no te importara, no estarías así.

—Y no me importa. De hecho, no quiero volver a verlo en los días que me queda de vida. Eso ya deberías saberlo.

—Sí, claro, eso lo he escuchado antes, aunque me juego el cuello a que lo dices con la boquita pequeña. A pesar de tanto aspaviento y tanta pretendida ofensa, no recuerdo que al final estuvieras tan mal con él como quieres aparentar. Más bien, todo lo contrario...

—Vete a la mierda, Vero. Sólo le estaba pidiendo que no le contara a Santi de qué me conocía, suponiendo que tú no te hayas ido ya de la lengua...

—No, a la mierda te vas tú —replicó, ahora sí, ofendida—. Estás montando un pollo por una tontería. ¿Qué quieres saber? ¿Si fui yo quien buscó a Sergio? Pues sí, lo hice, ¿y qué?

—No tenías derecho. Ya bastante has hecho...

—¿Qué es lo que he hecho, guapa? Sólo te regalé un pase para los Viernes de Pecado. Yo no te puse un puñal en el pecho, ni para que fueras allí, ni para que te acostaras con nadie. No fue mi culpa que Alex te fallara. No fue mi culpa que te acostaras con Sergio creyendo que era él.

Nada más decirlo, se arrepintió de inmediato de cada una de sus palabras. Y mucho más cuando vio que la cara de su amiga empalidecía por momentos. Hasta ese momento no se dio cuenta del silencio que se había creado alrededor de ambas. Vero giró la cabeza y varios pares de ojos voltearon repentinamente al tiempo que manos ociosas buscaban sobre los escritorios cercanos cualquier papel que pudieran remover.

Lo peor fue cuando Alana siguió la mirada de *su amiga* y se encontró con los ojos de Alex que la observaba como nunca antes lo había hecho. Estaba rojo como un tomate y la mandíbula, si no le llegaba a los tobillos, iba de camino.

Lo sabía. Pudo leerlo en su mirada y en su expresión. No sabía cuánto había

podido oír de la conversación, pero estaba claro que al menos sí había escuchado la última parte.

Con lágrimas pugnando por salir, y con un nudo en la garganta que le ahogaba hasta dejarla casi sin respiración, bajó la cabeza y huyó del departamento sin mirar a nadie.

—Alana —susurró Vero mientras la veía marcharse. Ahora sí se sentía realmente mal por lo que había hecho. Mucho se temía que el altercado pudiera poner fin a su amistad de años.

Sin pensarlo, intentó salir tras ella, pero al pasar por el lado de Alex, éste la detuvo cogiéndola por el brazo.

—Déjala ahora, Vero —le dijo en voz baja para que sólo ella le oyera.

—Pero...

—Dale tiempo.

La muchacha se mordía el labio inferior con nerviosismo. ¿Cómo había podido desmadrarse la conversación hasta tal punto?

—Debe odiarme, Alex. No puedo dejar que se vaya así.

—Ya hablarás con ella más adelante, cuando se tranquilice. Ahora sólo empeorarías las cosas —aseguró con prudencia—. Créeme, sé demasiado de discusiones y cuando la situación se tensa mucho, es mejor alejarse un poco para que todo se calme. Sois amigas desde hace tiempo, seguro que lo solucionaréis...

Vero miró hacia la puerta por donde se había marchado Alana, completamente abatida.

—Yo no estoy tan segura...

—No seas tonta. Hablando todo se puede arreglar, pero déjale un poco de espacio ahora. Lo necesita.

La chica volvió la cara hacia su compañero y comprobó que aún seguía sonrojado, aunque algo menos que antes.

—Lo has oído todo, ¿verdad?

—Sólo la última parte, pero creo que ha sido suficiente. Anda, ven a mi despacho y hablemos allí. Aquí hay demasiados oídos pendientes de lo que pasa.

Tiró de ella para acercarla a su oficina y cerró la puerta a su espalda.

—Alana me va a matar... —se lamentó sin poder contenerse.

—¿Me lo vas a contar?

—¿El qué...?

Alex dio la vuelta a su escritorio cuando Vero se hubo sentado, y ocupó su silla.

—¿Hace falta que lo preguntes?

—Alex, no voy a contarte nada. Ya bastante tengo como para que encima pretendas que te hable de un asunto que no me atañe a mí, sino a Alana.

—Al fin y al cabo, mucho me temo que también soy parte implicada, ¿no? —Mostró una sonrisa ladeada y un brillo travieso pareció asomar a sus ojos. Como no obtenía respuesta, formuló la siguiente pregunta que tenía retenida en la cabeza desde hacía varios minutos—. ¿Cómo supiste de mi *regalo*? —le preguntó sin disimular su ávida curiosidad.

Con movimientos lentos, Vero se levantó de su asiento, enfrentando a su compañero con gesto serio.

—Discúlpame, pero tengo trabajo pendiente que revisar.

—¿No vas a contarme nada? ¿De verdad Alana hizo eso... por mí?

Vero lo miró unos segundos. No sabía cómo tomarse ese repentino interés por lo que acababa de pasar, pero lo que sí tenía claro era que no iba a seguir

fallándole aún más a su amiga contando cosas que eran muy íntimas.

Alex estaba como un queso, de eso no había duda. Como tampoco la había de que ahora, menos que nunca, lo quería para su amiga. A pesar de sus buenos consejos y de su aparente buena intención, ese brillo que veía en su mirada le hacía chirriar los dientes, aunque no sabía por qué. Por un momento, tuvo la sensación de ver a un lobo acechando a una posible presa.

—Mira Alex, quien quiera saber, que se compre un libro.

Y sin más, dio media vuelta y salió por la puerta lo más dignamente que pudo.

Alex se quedó pensativo, moviendo levemente la cabeza adelante y atrás, como si rumiara la escasa información de la que disponía.

Era verdad que nunca se había parado a *ver* de verdad a Alana. Para él, sólo era una trabajadora más, la amiga de una compañera de departamento. En alguna ocasión, le había llegado un rumor de que la chica parecía sentirse atraída por él, pero por aquel entonces, no le dio la mayor importancia y el chisme cayó en el olvido, al menos por su parte. Aquella breve conversación que había captado, lo había vuelto a sacar a la luz sin pretenderlo.

¿De verdad Alana había ido a la Sala Pecado esperando encontrarlo? ¿De verdad se había acostado con alguien, creyendo que era él? ¿De verdad...?

Tenía que averiguarlo, así tuviera que acercarse a ella para conocer de primera mano la verdad. Nunca, nadie, ninguna mujer, se había atrevido a hacer algo tan osado por él, y eso la hacía ver a la sosita del Departamento de Juventud y Deportes desde una nueva perspectiva que nunca hubiera imaginado.

Capítulo 21

Vas de culo conmigo...

Vero le dio tiempo a Alana para que se tranquilizara. Y también a sí misma para pensar cómo afrontar la incómoda situación provocada a causa de su metedura de pata. Esperó un par de horas para llamarla a la oficina, sin obtener respuesta. En el móvil no podía localizarla porque se lo había dejado olvidado sobre su escritorio. Así que cuando llegó la hora del desayuno, fue directamente a la cafetería esperando que su amiga hiciera acto de presencia, aunque sin suerte. Cuando regresó a su puesto, Vero iba con el ánimo por los suelos. Alana debía estar muy enfadada con ella para que ni siquiera hubiera aparecido. Quince minutos antes de que terminase la jornada y con el pretexto de acercarle el teléfono, fue a buscarla directamente a su puesto. Necesitaba urgentemente pedirle disculpas por su lenguaraz deslíz.

Sin embargo, uno de los compañeros de su amiga le informó que ésta había llegado aquella mañana muy alterada y, sin dar más explicaciones, les había informado de que necesitaba tomarse unos días libres. Llegados a ese punto, Vero decidió que se acercaría hasta la casa de Alana donde gozarían de la privacidad necesaria para hablar de lo sucedido.

Mandó un WhatsApp a Santi para avisarle de que no le esperara para almorzar, explicándole brevemente que había tenido un malentendido con Alana y que necesitaba solucionarlo cuanto antes.

«¿Por culpa de la excursión de este finde?», le preguntó este.

«Luego te cuento», fue su escueta respuesta.

Una nueva decepción la embargó al llegar a su destino y comprobar que no había nadie en casa. Eso, o que directamente no había querido abrirle la puerta. En cualquier caso, lo cierto era que varias horas después del incidente, seguía sin poder localizarla de ninguna manera.

«¿Dónde te has metido, Alana?», se preguntó cada vez más inquieta.

Sopesó unos segundos en llamar a Sergio y preguntarle si sabía algo de ella, pero le resultó una idea tan absurda que la descartó de inmediato. Para empezar, Alana no tenía ni idea de cómo localizarle, y en segundo lugar, con toda probabilidad sería la última persona a la que acudiría para contarle sus problemas.

Sin saber dónde más acudir, decidió marcharse a su propio hogar con la idea de localizarla más adelante. Tarde o temprano, tendría que aparecer. Por fortuna, sabía que Alana no era una persona especialmente rencorosa y que los mosqueos no solían durarle demasiado tiempo, así que quiso animarse pensando que quizás el tiempo jugase a su favor. O al menos, rogaba para que en esta ocasión así fuera.

Al llegar, alicaída y cabizbaja, Santi se sorprendió de verla aparecer tan temprano.

—¿No habéis podido solucionar vuestros asuntos? —le preguntó este sin ahondar en la cuestión de fondo.

Vero soltó el bolso en la primera silla que encontró a su paso y se dejó caer con pesadez sobre el sofá, llevándose las manos a la cara.

—No he podido encontrarla, Santi. No sé qué hacer con ella...

—Bueno, no será tan difícil. Sabes dónde trabaja y dónde vive.

—Ya, pero no está ni en un sitio ni en otro. Esta mañana se fue del trabajo sin dar explicaciones, y cuando me he acercado a su piso, no había nadie.

—¿No se te ha ocurrido llamarla al móvil? —apuntó la solución más obvia.

—Imposible. Lo tengo yo...

—¿Y qué haces tú con el móvil de Alana?

—Ay, Santi. Se lo dejó en mi mesa cuando esta mañana salió corriendo de la oficina. Ostras, metí la pata hasta el corvejón... No me va a querer hablar en los días que me restan de vida.

—No será para tanto, mujer... —Se sentó a su lado y le pasó el brazo por los hombros, pegándola a su costado para consolarla.

—Esta vez sí que lo es...

—¿Por qué no me cuentas qué ha pasado? —trató de indagar con afán de ayudar.

¿Contárselo? Si Alana se enteraba de que alguien más estaba al tanto de sus particulares *viernes*, no se lo perdonaría jamás. Bueno, suponiendo que volviera a hablar con ella alguna vez, porque visto lo visto, tenía serias dudas al respecto.

—No puedo, Santi. Y no es porque no confíe en tu discreción, sino porque es un asunto muy personal de Alana y no estoy autorizada a hablar de ello.

Santi asintió en silencio. Debía ser algo muy serio para que ni siquiera Vero se atreviera a contárselo a él, con quien solía hablarlo todo.

—Por supuesto, lo respeto. Pero entonces no puedo ayudarte, cielo; y no me gusta que estés así... No recuerdo haberte visto nunca tan triste y preocupada en todo el tiempo que llevamos juntos —afirmó preocupado.

—No puedes ayudarme, amor. Esto es algo que tengo que solucionar personalmente, sin inmiscuir a nadie más.

—Está bien. Sólo te preguntaré si esta situación tiene algo que ver con Sergio y nuestra salida del otro día.

Vero meditó su respuesta.

—Sí y no. Sergio sólo es un problema colateral, pero la cuestión está más relacionada con un compañero de trabajo —negó con la cabeza sin saber bien hasta dónde podía contar—. Mejor no me preguntes más, Santi. Déjame que antes lo arregle con ella, ¿vale?

—Como quieras —apretó su brazo para hacerle sentir que, si lo necesitaba, podía contar con su apoyo incondicional—, pero si las aguas bajan revueltas, sólo puedo decirte que les de tiempo para que vuelva a su cauce. El tiempo todo lo soluciona, así que no te preocupes tanto.

—Ojalá lleves razón, Santi. Ojalá.

Al día siguiente, nada más llegar, Alex fue a buscar a Vero a su mesa y le pidió que lo acompañara a tomarse un café en un bar cercano. Ésta aceptó recelosa, pero le pudo más la curiosidad que la prudencia. Aunque bueno, tampoco había que ser demasiado inteligente para adivinar por dónde iban a ir los tiros.

—¿Cómo está Alana? —le preguntó Alex, una vez servidos.

La joven se llevó la mano a la frente. No había pasado una buena noche y su rostro delataba la tensión de las últimas horas.

—No sé nada de ella desde que ayer se fue de aquí. Uno de sus compañeros me dijo que se había cogido unos días libres, pero hasta ahora no he podido localizarla por ninguna parte.

—Vaya, espero que se encuentre bien...

—Yo lo que espero es que, por lo menos, acepte hablar conmigo, aunque entenderé si no quiere volver a hacerlo nunca más.

—Venga, mujer. Os conocéis desde hace años y Alana no tiene pinta de ser rencorosa. Seguro que lo conseguís arreglar.

—Eso espero —afirmó encogiéndose de hombros, aunque no muy convencida—. Pero bueno, ¿de qué querías hablar conmigo? ¿Por qué me has traído aquí?

Alex la miró sorprendido.

—Pues para esto... para preguntarte por tu amiga. —Se removió incómodo en su asiento—. Verás, llevo desde ayer dándole vueltas a la cabeza, recordando una y otra vez vuestra conversación —carraspeó un instante y miró a su alrededor para comprobar que no hubiera nadie cerca, antes de bajar la voz para formularle la pregunta que todavía le seguía quemando en los labios—. ¿De verdad ella fue allí por mí?

Vero parpadeó varias veces antes de contestar.

—¿En serio me preguntas eso?

—Muy en serio. Necesito que me lo cuentes todo, por favor. —su gesto evidenciaba que no estaba bromeando; muy al contrario, su interés parecía verdadero.

—Mira, Alex —dijo negando con la cabeza—, ya te lo dije ayer y te lo vuelvo a repetir hoy: no voy a contarte nada referente a ese tema. Y sabiendo que me encuentro reacia a hacerlo, me parece muy poco apropiado que me vuelvas a preguntar sobre ello.

—¿Por qué? Tú y yo nos conocemos desde hace mucho tiempo, y creo que nos tenemos cierto grado de confianza. Entiendo que no me lo hubieras contado si yo me hubiera mantenido al margen de lo sucedido. Pero una vez que, por suerte o por desgracia, me he enterado, no veo por qué razón no podrías hablarme de ello. Es que lo pienso y... y no me lo creo —se llevó ambas manos a la boca para cubrísela unos segundos—. Por Dios... ¡Estamos hablando de Alana!; la persona más discreta, tímida y reservada que he conocido en mi vida. Debo ser alguien muy importante para ella para que

se haya atrevido a dar un paso semejante. Y esto me ha hecho recapacitar... y, no sé, creo que estoy empezando a verla con unos ojos muy diferentes a cómo venía haciéndolo hasta ahora.

Vero abrió los ojos sorprendida, sin poder creer lo que estaba escuchando.

—Desde luego Alex, hay que tener los cojones muy gordos para venir con tu santa cara a decirme todo esto —le espetó sin miramiento, y completamente estupefacta.

—¿Por qué? —ahora el sorprendido era él.

—¿Y encima me lo preguntas? Tengo a mi amiga hecha polvo por mi culpa, por haber permitido que un secreto que es suyo, y solo suyo, se me haya escapado en un arranque de rabia contigo presente. —Se llevó las manos al pecho para enfatizar sus palabras—. Siento que le he fallado a alguien a quien quiero como si fuera una hermana y aún no sé siquiera si voy a poder arreglarlo de alguna manera. ¿Y encima tienes la desfachatez de pedirme que te cuente detalles? —Negó de nuevo con la cabeza—. Lo tuyo es muy fuerte...

Alex tomó el vaso caliente con el café aún humeante al que todavía no había dado un sorbo, y lo apartó a un lado de la mesa como si el cristal fuera un estorbo en su conversación.

—Vero, te entiendo... Pero entiéndeme tú a mí. —Se inclinó hacia delante para enfatizar sus palabras—. ¿Qué harías si un hombre te dice que es capaz de ocultarse bajo una máscara sólo para buscarte y tener una noche de sexo contigo, aún a sabiendas de que tienes pareja? ¿No pensarías que está perdidamente enamorado de ti y que quizás merezca que le des una oportunidad?

—A mí me viene un tío así y lo primero que le digo es que es un salido y lo siguiente que hago es cruzarle la cara de un guantazo.

—Vale, vale, quizás no lo haya enfocado correctamente. Al fin y al cabo lo ves desde un punto de vista femenino y no como un hombre...

—¡Pero qué demonios me estás contando! —Vero se mordió el labio inferior, no sabía bien si con ganas de reír o de llorar—. Esta conversación me parece demasiado ridícula para que esté sucediendo.

—Sólo te pregunto —siguió omitiendo el último comentario—: ¿no te sentirías profundamente halagada si un hombre te demostrara, como lo ha hecho tu amiga conmigo, que está perdidamente enamorado de ti?

—¿Acaso estás dando por hecho que Alana lo está?

Alex bufó como si la respuesta fuera más que evidente.

—Es obvio que sí. Una mujer no haría tal cosa si fuera de otra manera.

—Perdóname —replicó molesta—, pero déjame decirte que no sabes una mierda de cómo somos las mujeres.

—No te enfades conmigo, Vero. Comprendo que quieras proteger a tu amiga, pero lo que quiero decirte, lo que necesito que entiendas, es que yo sí me siento profundamente halagado e incluso emocionado. Ni siquiera mi mujer sería capaz de hacer semejante cosa por mí, estoy seguro.

Vero empezaba a sentirse cada vez más incómoda con la situación y con los derroteros que estaba tomando la conversación. Así que decidió que lo mejor sería levantarse y darla por concluida.

—Mira, Alex: Si pretendes que te cuente cosas sobre Alana, vas de culo conmigo. Si lo que buscas es que te de golpecitos en la espalda y que te felicite, vas de culo conmigo. Si lo que quieres es que te haga de *corre, ve y dile* con mi amiga, vas de culo conmigo. Así que, si tan feliz y tan halagado te sientes, o si quieres hablar algo con Alana, te vas directamente a ella y lo hablas con quien debes. A mí, no me vuelvas a preguntar por el maldito Viernes de Pecado, porque, mi querido amigo... vas de culo conmigo.

Y sin más, dejó su consumición intacta sobre la mesa, dio media vuelta y se marchó de regreso a su oficina.

Capítulo 22

De vuelta al trabajo

—Hola.

Alana dio un respingo en su asiento. Se encontraba sola en la cafetería del Ayuntamiento con un café por delante, girando su cucharilla como una automática, vuelta tras vuelta, con la mirada ausente.

Levantó la cabeza y se encontró con los ojos marrones de Alex que la miraban sonrientes. De inmediato, notó que un profundo sonrojo teñía sus mejillas. No se sentía con ánimo para enfrentarlo, y mucho menos si, como temía, se había acercado a ella con la simple intención de burlarse.

Frunciendo los labios en un gesto duro, y aún a costa de ganarse el apelativo de mal educada (entre otros muchos que prefería no conocer), volvió la mirada a su taza humeante y se abstuvo de contestar al saludo.

—Vas a terminar por marear al pobre café —volvió a insistir Alex con humor mientras apoyaba el codo sobre la barra del bar.

Alana apretó la mandíbula. ¿Es que no iba a dejarla en paz? ¿No podía hacer como cuando no era más que alguien invisible para él?

—Ese es problema mío y de mi desayuno. A ti no te importa —le contestó de la manera más seca y antipática que pudo.

De repente, la mano del hombre se posó sobre los dedos que sujetaban la cucharilla, deteniendo el incesante ruido del metal sobre la porcelana blanca.

—¿Estás enfadada conmigo por algo? —el tono de su voz varió

considerablemente, volviéndose neutro y haciéndose audible sólo a los oídos de ella.

Alana lo volvió a mirar y esta vez pudo apreciar que su gesto era natural. Intentó buscar en su rostro alguna evidencia del motivo que había llevado a ponerle la mano encima por primera vez en años, aunque fuera de un modo tan inocente. Pero no fue capaz de adivinar nada. Tampoco encontró la burla que pensaba que hallaría, por lo que de repente sintió que no tenía ni idea de cómo actuar en su presencia.

—¿Qué quieres, Alex? —preguntó finalmente con menos acritud, pero manteniendo aún la guardia en alto.

—Sólo tomarme un café contigo. Al fin y al cabo, somos compañeros, ¿no?

Alana resopló. Sin ninguna sutileza, apartó los dedos de la mano que aún la sujetaba, dándose cuenta en aquel instante de que ningún cosquilleo le había recorrido el brazo.

—A ver... Apenas hemos cruzado más palabras que un triste buenos días o buenas tardes en estos años. ¿A qué viene este repentino interés en querer hablar conmigo?

Alex se encogió de hombros.

—¿No puedo simplemente desear tomar un café con una compañera con la que me he encontrado por casualidad en la cafetería del lugar donde trabajo?

Alana miró a su alrededor. El local no era demasiado grande, y tampoco estaba demasiado lleno en aquel momento. De hecho, había elegido una hora poco habitual con la intención de cruzarse con el menor número de gente posible. Desde que llegara aquella mañana al trabajo, una semana después de su espantada, temía que algún rumor flotara a su paso, pero hasta entonces, no había percibido nada anormal. Al menos de momento.

—Me parece contar unas nueve o diez personas en la cafetería. Con todos

ellos te he visto charlar en multitud de ocasiones. Con todos, excepto conmigo. ¿Por qué ahora?

Alex trató de volver a coger la mano que un momento antes había estado tocando y que había quedado a escasos centímetros de la suya. Sin embargo, al notar el movimiento, Alana la retiró antes de que él pudiera asirla.

—¿Necesitas preguntarlo acaso? —le preguntó con voz sensual.

Alana se giró en su taburete para enfrentarlo, avergonzada, pero sin temor.

—¿Vienes a burlarte de mí? —la pregunta fue clara y directa. Si Alex venía con la intención de soltarle alguna chanza, mejor que lo hiciera cuanto antes y la dejara tranquila de una vez.

Sin embargo, la mirada de éste reflejó su sorpresa.

—¿Eso piensas?

Ella asintió como respuesta.

—Entiendo... —Ahora le tocó a él el turno de avergonzarse, bajando los ojos unos instantes antes de proseguir—. No es mi intención hacer tal cosa, Alana. Sólo quería hablar contigo.

—No creo que tengamos nada de lo que hablar, la verdad —respondió encogiéndose de hombros.

Alex tomó el primer asiento vacío que encontró y lo arrimó al de ella. Volvió la cabeza para asegurarse que no hubiera alguien lo bastante cerca para oírles, y cuando estuvo seguro de su relativa privacidad, inclinó la cabeza hacia la chica, aproximándose cuanto pudo.

—En estos días no he podido dejar de pensar en lo que ocurrió la semana pasada —le dijo en voz baja—. Reconozco que desde que te fuiste, he venido varias veces a la *Casa Grande* con cualquier excusa, sólo con la intención de encontrarte.

—Pues ya te habrás dado cuenta de que ha sido en vano. Me había pedido unos días libres.

—Sí, eso lo sé. Pero cuando le pregunté a Vero por ti, me dijo que no sabía cuándo volverías, así que venía de vez en cuando por si acaso hubieras regresado ya.

—¿Le has preguntado a Vero por mí? —preguntó con incredulidad.

—Sí, y déjame decirte que está muy preocupada. La pobre se ha pasado toda la semana con la cara desencajada. Por favor, habla con ella. Se siente fatal después de... bueno, ya sabes...

Alana sintió una punzada de remordimiento. A pesar de que la había maldecido y había renegado de ella hasta en hebreo durante los dos primeros días tras el encontronazo, poco a poco había conseguido atemperar su ánimo y su enfado. Pero no había vuelto a hablar con ella para tranquilizarla. Prácticamente había desaparecido durante una semana, y no la había llamado ni una sólo vez.

Esos días de lejanía sin teléfono había terminado siendo algo parecido a una bendición, y se había terminado alegrando de haberse dejado el móvil olvidado en la mesa de Vero (no dudaba de que su amiga lo habría recuperado en su momento). Siguiendo un impulso, había alquilado un apartamento rural en la localidad de Benalup-Casas Viejas, donde se había dedicado a dar largos paseos por el pueblo, contagiándose de la tranquilidad que se respiraba por sus calles. Estar a solas con la única compañía de sus propias cavilaciones le había ayudado a desconectar y a pensar con frialdad en todos los acontecimientos sucedidos durante las últimas semanas. Y no ya sólo con respecto a Alex, sino que, sin quererlo ni buscarlo, Sergio también había formado parte de aquella diatriba mental en la que había estado inmersa. Aquel *Zorro* había estado mucho más presente en su cabeza de lo

que hubiera imaginado y en multitud de ocasiones, se había descubierto pensando en él de muchas formas diferentes.

Sin embargo, una cosa era asumir y aceptar las consecuencias derivadas de sus actos, y otra muy distinta, enfrentarse a ellas cara a cara.

—Más tarde hablaré con Vero. Necesito recuperar mi móvil.

—Espero que la busques para algo más que eso. De verdad, le tengo mucho cariño a Vero y no me gusta verla tan triste. Se siente fatal por haberte fallado. O al menos, eso es lo que ella dice. Sabe que es la culpable de que me haya enterado de tus... llamémosle *salidas de los viernes*.

Alana aspiró audiblemente.

—Espero que no hayáis estado hablando de *eso* durante mi ausencia.

Alex negó con la cabeza.

—No, pero porque ella no ha querido. Admito que he intentado sonsacarle información, pero se ha mostrado como una tumba respecto a cualquier cuestión que te afectase a ti. Y ten por seguro que se ha encargado de dejarme muy claro que no piensa hablar del asunto conmigo de ninguna de las maneras.

Aquello la tranquilizó. Al menos, la aliviaba saber que la lealtad de su amiga seguía estando con ella. Aunque le costó unos días asumirlo, había llegado a la conclusión de que un desliz podía sucederle a cualquiera. Al fin y al cabo, a ella misma le pasó cuando reveló el nombre de Alex delante de Sergio aquella noche que...

Los recuerdos volvieron a asaltarle la mente, por lo que volvió a esforzarse (por enésima vez) en apartarlos de su cabeza. Sin embargo, no pudo controlar que un nuevo rubor le cubriera las mejillas.

—Luego la llamaré... —dijo tratando de salir del paso.

—De todas maneras, no es de Vero de quien quiero hablar, sino de nosotros... —Alex alargó su mano hasta dejarla caer sobre la rodilla de Alana.

Las cejas de ésta se arquearon hasta el infinito como por arte de magia.

—¿Nosotros? —preguntó, cada vez más asombrada. ¿A qué se refería con «nosotros»? ¿Desde cuándo había un «nosotros»?

Alex carraspeó.

—No podríamos ir a hablar a algún sitio más íntimo —los dedos de él se abrieron en abanico, subiendo por su muslo. Instintivamente, Alana movió las piernas hasta conseguir romper el contacto.

—¿Íntimo? —si las cejas se le seguían subiendo, acabarían llegándole a la coronilla.

—Aquí hay demasiada gente. No creo que quieras hablar de esto en un lugar tan poco apropiado como una cafetería, rodeados de compañeros de trabajo.

A medida que iba hablando, Alex se iba aproximando a su rostro cada vez más, obligando a Alana a recular hacia atrás. Por un momento, se sintió como un animal de presa asediada por un lobo hambriento, y la sensación le resultó desagradable.

Sin poder ni querer evitarlo, imágenes de cómo podrían haber sido los escarceos entre Alex y María Jesús, asaltaron su mente sin compasión. Esas supuestas escenas la habían ayudado, y mucho, para colocar a Alex en el sitio que merecía estar durante su semana de aislamiento. ¿Acaso creía que ella sería la siguiente en pasar por la piedra? ¿O se creía tan seguro, después de saber lo que había hecho, que a poco que sacara a relucir sus supuestos encantos ya la tendría comiendo en su mano?

—No quiero hablar ni aquí ni en ninguna parte. ¿No puedes olvidarlo sin más? —contestó recelosa.

—¿Tú podrías olvidarlo acaso?

Alana negó con la cabeza, no tanto como respuesta a su pregunta, sino por lo extraño de la situación, incrédula de que algo así le pudiera estar sucediendo a ella.

Alargó la mano y cogió el bolso que había dejado caer sobre el respaldo de su asiento. Lo abrió y buscó en la cartera una moneda para pagar el café que aún seguía intacto sobre el mostrador.

—Tengo que irme. En esta semana que he estado fuera se me ha acumulado demasiado trabajo y tengo que sacarlo adelante cuanto antes.

Se puso de pie, esperando que Alex se quedara allí y la dejara en paz.

—No te has tomado el café —apuntó como si ella no se hubiera dado cuenta.

—No estaba a mi gusto —se excusó, aunque ambos eran conscientes de que ni siquiera había llegado a probarlo.

Dejó el dinero sobre el oscuro mostrador y se dio la vuelta para marcharse de allí.

Sin embargo, al contrario de lo que pensaba y deseaba, el hombre salió tras ella y la siguió por el pasillo.

—Alana, por favor, ¿no podemos hablar? —volvió a pedirle mientras ajustaba sus zancadas al paso acelerado de ella.

—Alex, por favor, dejemos el asunto así. ¿Tan difícil te resulta entender que no quiero hablar de ello?

—Pero yo necesito hacerlo. Hace una semana que no consigo sacarte de mis pensamientos, ni de día ni de noche.

Si aquella frase la hubiera oído apenas dos meses antes, Alana estaría languideciendo como una boba allí mismo. Sin embargo, un escalofrío, y no precisamente de placer, le recorrió la columna vertebral.

—Pues no entiendo por qué. No pinto nada en ellos —le espetó con sincera frialdad.

—Jamás nadie ha hecho por mi algo tan especial como lo que hiciste tú.

Y venga otra vez con lo mismo...

—Yo no hice nada...

Por favor, ¿por qué no podía dejar en paz el puñetero tema? Le había dicho claramente que no tenía ni el más mínimo interés en hablar del asunto, y él venga erre que erre. Ya bastante bochorno sentía consigo misma como para tener que tratar la cuestión directamente con el causante de su desasosiego.

No. El causante de su ansiedad no era Alex, sino Sergio.

No. Mierda. La única culpable de todo era ella por ser una soberana y condenada estúpida.

«¿Por qué diantres no he nacido lesbiana?», se lamentó en silencio.

Subió la escalera que llevaba a su oficina saltando sobre los escalones de dos en dos. Quería encerrarse en su despacho y librarse de la presencia de Alex cuanto antes, pero parecía que él no se quería enterar de que prácticamente le estaba huyendo a carrera limpia.

—¿Te parece que no es nada irme a buscar a un Viernes de Pecado? —le preguntó sin molestarse en comprobar si había alguien cerca.

—Aquello fue un completo error. Todos tenemos derecho a cometerlos.

Alana miraba al frente. A pocos metros veía ya las puertas que daban acceso al Departamento de Juventud y Deportes. Por fin. A esas alturas, lo único que quería era llegar a su *santuario* y que nadie volviera a molestarla más. Nunca más.

—Entiendo que te equivocaste de persona —se apresuró en aclararle—, pero no te lo tengo en cuenta. Para mí ya es importante que fueras a un sitio así

sólo por mí...

La joven apretó aún más los dientes, si es que aquello era posible, y aceleró de nuevo el paso, deseosa de librarse de una vez de aquel hombre que le resultaba cada vez más incordiante.

Agarró el picaporte como si se tratase de la mismísima Puerta de la Salvación, entrando en ella como un obús. Al instante, se quedó petrificada lo que provocó que Alex acabara chocando contra su espalda. Aprovechando la oportunidad, éste le pasó la mano por la cintura, rodeándola de manera posesiva y poco apropiada para el lugar en el que se encontraban.

Alana pestañeó varias veces, tratando de dar crédito a la situación. Sin duda, algún tuerto debía haberla mirado de muy mala manera.

Delante de la puerta de su despacho estaba Sergio, cómodamente sentado.

Capítulo 23

Demostración de Testosterona

—Otra vez no... Esto no me puede estar pasando a mí...

Por delante, Sergio.

Por detrás, Alex.

Aquello se estaba convirtiendo en una auténtica pesadilla.

—Hola, Alana, por fin estás de vuelta —la saludó su compañero José Antonio desde una mesa cercana—. No habías hecho más que marcharte cuando vino este señor preguntando por ti —comentó señalando a Sergio.

En el rostro de él se podía leer también el asombro por encontrarla allí. Si era genuino, o no, Alana no supo adivinarlo.

—¿Alana? ¿Qué haces aquí? —Una sonrisa empezó a asomar a sus labios, hasta que sus ojos se centraron en el hombre que tenía detrás de ella y que la sujetaba por la cintura con tanta familiaridad. Al darse cuenta de dónde se posaba su mirada, Alana cogió la mano que la rodeaba y la apartó de su cuerpo como si le quemara.

Se acercó hasta él y lo enfrentó con los brazos puestos en jarra.

—No puedo creer que Vero te haya dicho dónde trabajo...

—¿Vero?

—¿Estás aquí por su culpa, no?

—No sé nada de ella desde el día de las piraguas.

—Oh, no me lo creo. —Alana bufó con fuerza, aunque sonaba sincero—. Esto ya es demasiado.

Harta de cómo se estaba desarrollando su regreso al trabajo, pasó por el lado de Sergio y se encerró en su despacho de un portazo. Se dejó caer contra la puerta como si pudiera bloquearla con su cuerpo. Toda la paz que había llegado a encontrar durante su semana de vacaciones, se había ido al garete en cuestión de quince minutos.

Mierda. Había dejado a esos dos juntos en la otra sala. Sólo faltaban que encima se presentasen y hasta se acabaran haciendo amigos. Que con la suerte que tenía...

Lanzó su bolso de cualquier manera sobre su mesa y salió rauda de vuelta a la sala principal del departamento. En aquel momento, José Antonio estaba saludando a Alex.

—¿Otra vez por aquí, Alex? —le decía con camaradería—. ¿Qué mosca te ha picado para que últimamente te dejes caer tanto por Deportes?

—Nada. Tengo que tratar un asunto privado con Alana... —contestó restando importancia a su presencia allí, nada habitual hasta entonces—. Pero veo que ya hay alguien esperándola, así que si no te importa, avísame cuando termine y vuelvo enseguida.

Los ojos de la chica volaron hacia Sergio, que parecía escudriñar con detenimiento al hombre que tenía enfrente.

«Por favor, Dios mío, que no se de cuenta, que no se de cuenta...»

—Vale, no te preocupes, yo te aviso en cuanto se quede libre. ¿Vas a quedarte un rato más por aquí o te llamo a Urbanismo cuando acabe? —le decía *el otro tonto*. ¿Acaso ella le había dado permiso para concretar una reunión en su nombre?

Antes de que acordaran nada sin preguntarle, se encargó directamente de

dejar zanjado el asunto.

—Hoy no puedo atenderte —comentó dirigiéndose a Alex, pero omitiendo su nombre delante de Sergio—. Ya te he dicho que tengo demasiado trabajo atrasado.

—¿Mañana entonces?

—También tendré mucho trabajo.

Una sonrisa ladeada se pintó en su rostro casi perfecto.

—Deberías saber que puedo resultar muy insistente, preciosa... —dijo con voz insinuante, como si no hubiera nadie más delante.

«¿Preciosa? Yo a este tío lo mato...»

—Ya hablaremos, ¿vale? —respondió deseando que se largara de allí. Le estaba quemando la sangre ver a los dos hombres juntos bajo el mismo techo, aunque sólo hubiera sido fruto de la casualidad. Porque estaba claro que se había convertido en una mujer gafada y que los hados se habían posicionado en su contra por un motivo que no alcanzaba a comprender.

Miró a Sergio de refilón y sus temores se acrecentaron. Observaba a Alex detenidamente. Parecía estar evaluando que, a simple vista, entre ese hombre y él existía un ligero parecido. Altura, similar; color de pelo, también; complexión... Bueno, ahí no se parecían tanto, pero debía admitir que de noche, todos los gatos son pardos...

—Me ha parecido oír que te llamas Alex, ¿verdad? —preguntó mordaz consiguiendo congelarle la sangre a Alana.

El aludido lo miró con curiosidad, pero poco más.

—Sí, ¿por qué? ¿Nos conocemos?

Sergio desvió la vista hacia ella y la pilló observándolo con el miedo reflejado en su rostro. Si había tenido algunas dudas sobre la posible

identidad de aquel hombre, todas desaparecieron al ver su expresión.

—Sólo de oídas —fue su escueta contestación.

—¿Ah, sí? Vaya, ¿y quién te ha hablado de mí? ¿Es posible que tengamos un amigo en común?

—Más bien una amiga, diría yo —contestó con frialdad.

—¿Quién?

Sergio no contestó. La alegría que sintió al enterarse de que era precisamente a ella la persona que venía visitar, fue dando paso poco a poco a un regusto amargo que le deformó el rictus en una mueca helada y desagradable.

—Es él, ¿verdad? —le preguntó sin importarle quien estuviera delante de ellos ni que el tal José Antonio no comprendiera nada de lo que estaba pasando.

—¡No! —exclamó con vehemencia.

—Entonces, puedo preguntárselo directamente... —le amenazó, lanzando un órdago que no pensaba cumplir.

Alana se mordió los labios nerviosa, esperando que todo estallara de un momento a otro y sin saber muy bien cómo reaccionar.

—Vete a la mierda, Sergio —le espetó sintiéndose acorralada—. No tienes derecho. Y fuera de mi oficina. Nadie te ha invitado aquí.

Él se giró hacia ella y se olvidó por completo del público.

—Para empezar, yo no tenía ni idea de que fuera tú oficina. Es más, ni siquiera sabía que trabajabas aquí. Pero creo que esa es una cuestión que ahora pasa a un segundo plano, ¿no crees?

Alana apretó los puños irritada.

—Este es mi lugar de trabajo. Lo que haga en mi vida privada no le importa ni a ti, ni a ellos, ni a nadie —le dijo mientras iba señalando a cada uno con el

dedo—. No tienes derecho a inmiscuirte.

En esos instantes, Alex se acercó también con el gesto serio. No iba a permitir que aquel desconocido importunase a Alana delante de sus narices.

—Oiga, señor. No tengo ni idea si nos conocemos o no de algo. Pero lo que no pienso tolerar es que moleste a mi compañera de ninguna manera. Mi amiga le acaba de pedir que abandone su oficina, así que, o lo hace por las buenas, o me verá obligado a llamar a seguridad para que lo desaloje.

Sergio miró a los ojos a Alex, que llegaban a la altura de los suyos propios. La ira empezaba a crecer en su interior y el destinatario era el inesperado rival al que por fin podía poner rostro.

—Mira, *guaperas* —le espetó escupiendo las palabras—, lo que pasa entre Alana y yo no es problema tuyo. Es un asunto muy privado.

—En tal caso, lo solucionáis fuera de estas oficinas, si es que a ella le apetece. O de lo contrario, llamaré...

—Sí, a seguridad. Ya te he oído antes. —A pesar de que era un hombre tranquilo por naturaleza, le era difícil mantener encerrada la furia que se estaba apoderando de él—. Qué pasa, ¿tienes problemas para echarme tú mismo?

Alana se llevó las manos a la cabeza. Lo único que le faltaba era que aquellos dos se pusieran gallitos.

—¡Ya está bien! —exclamó exaltada intentando dar por terminada aquella tontería—. ¡Largo de aquí o seré yo misma quien os eche a los dos a patadas! Me estáis amargando la vida, malditos seáis.

Sergio y Alex se midieron con una mirada silenciosa, pero cargada de veneno.

—Yo no me voy hasta que este hombre se largue. Me preocupa tu integridad —afirmó Alex sin ceder ni un centímetro en su posición.

Sergio entrecerró los ojos.

—No temas, que ella sabe muy bien lo mucho que me gusta cuidar su *integridad*.

¿Pero qué mierda les pasaba a los hombres? ¿Acaso cuando se reunían más de dos en una misma habitación necesitaban hacer una demostración de testosterona pura?

Temerosa de que el asunto pasara a mayores, se situó en medio de ambos y los separó poniendo una mano sobre el pecho de cada uno haciendo aumentar la distancia que los separaba.

—¡He dicho que se acabó, coño! —gritó para hacerse oír—. Alex, te largas de aquí a la de ya. Te he dicho que no hay nada de lo que tengamos que hablar y punto pelota. Y en cuanto a ti, Sergio, más te vale que te marches por dónde has venido, que tampoco tengo nada que hablar contigo. Ni siquiera sé qué demonios pintas aquí.

—No me voy hasta que se vaya él —contestó Alex, empecinado.

—Y yo hasta que trate las cuestiones que me han traído aquí —dijo cruzándose de brazos—, me da igual si es contigo o con cualquier otro responsable. No he pedido media mañana libre en el trabajo para irme con las manos vacías.

Alana se volvió hacia el primero:

—Alex, si quieres que hable contigo, está bien, pero sólo con la condición de que te marches ahora. No necesito que ni tú ni nadie me proteja, ¿lo entiendes?

—Y mucho menos de mí —apuntilló Sergio.

—Además —continuó haciendo caso omiso al último comentario—, no creo que te convenga buscarte más problemas después de lo que pasó con el marido de tú ya sabes quién.

Aquel comentario pareció calar al fin en la dura mollera de Alex, que guardó silencio sabiendo que su compañera llevaba razón.

—Y en cuanto a ti —dijo volviéndose al otro afectado—, si querías reunirme conmigo, más te hubiera valido que hubieras llamado antes para concertar una cita. Esta mañana me resulta imposible atenderte.

Y a pesar de mostrarse tajante, ninguno de los hombres movió ni un solo músculo para variar su posición. La paciencia de Alana empezaba a agotarse por momentos.

—¡Qué os larguéis de una puñeterísima vez, joder! —exclamó harta ya de la situación.

Por fin, Alex pareció reaccionar, y sin apartar los ojos de Sergio, fue reculando hacia atrás en dirección a la puerta.

—De acuerdo. Pero sólo porque tú me lo pides. De todas maneras me quedaré cerca, y si tienes algún problema, no dudes en llamarme, ¿de acuerdo?

—No tendré ninguno —contestó convencida.

—Y no olvides que tenemos esa conversación pendiente... Me has dado tu palabra.

—Alex, por Dios, vete ya.

Por fin, este accedió y terminó marchándose. Alana se volvió entonces hacia Sergio cuya mirada gélida consiguió congelarle el alma. Aún así, cuadró los hombros y elevó el mentón.

—Ahora te toca a ti.

—No tenía ni idea de que era contigo con quien había venido hablar. Quiero que lo sepas. De lo contrario, igual me lo hubiera pensado antes de venir —mintió sintiéndose dolido por lo que acababa de pasar.

—A estas alturas, eso es algo que me da igual. Si querías tratar un asunto profesional, debiste molestarte en llamar para coger cita.

—Lo hice —alegó en su defensa—. Llamé la semana pasada pero me dijeron que la responsable estaba ausente unos días. Cuando volví a preguntar esta mañana, tu compañero me dijo que habías vuelto y que no era necesario concertar una hora para hablar contigo, que siempre atendías a las personas que preguntaban por ti.

Alana volvió la cabeza buscando a su compañero, que parecía haberse encogido ante la mirada acusadora de su jefa.

—Lo siento, Alana. No imaginé que estuvieras tan ocupada, y tú nunca le dices que no a nadie... —intentó justificarse ante su superiora.

La joven suspiró con cansancio. Aquellos minutos habían resultado demasiado agotadores para ella. Y lo que decía José Antonio era cierto. No solía tener mucho público, así que cuando alguien se presentaba en su oficina, no tenía ningún inconveniente en atenderlo sobre la marcha.

—¿Y qué era lo que querías? —preguntó volviendo a girarse hacia Sergio. Lo mejor sería atenderlo con prontitud y despedirlo lo antes posible para que aquella situación no se volviera a repetir.

—Creo que finalmente te haré caso y mejor vengo otro día.

—Eres tú el que acabas de decir que has pedido unas horas para poder acercarte hasta aquí. No quiero que malgastes tu tiempo por mi culpa.

—Me las arreglaré, no te preocupes. La próxima vez le diré a la persona a quien realmente le interesa este asunto que venga a hablar contigo personalmente. A mí, desde luego, ha dejado de interesarme por completo.

—En tal caso, ahí tienes la puerta.

Capítulo 24

La Mujer del Secreto Oscuro

—Estoy aquí.

Con esas dos únicas palabras, Alana informó por teléfono a Vero de su regreso.

—Alana, me tenías muerta de preocupación —le soltó nada más oír su voz, olvidándose de que su primera intención era la de disculparse—. ¿Dónde te habías metido?

—Tuve que irme. Necesitaba poner distancia de todo lo que ha pasado —admitió con un suspiro de cansancio.

—¿Podemos vernos? Tenemos que hablar... por favor. —Miró su reloj y comprobó que apenas faltaban quince minutos para la hora de sus desayunos —. ¿No vemos en la cafetería de siempre?

—No, no puedo...

—Alana, por favor, que no ha sido para tanto —la interrumpió con voz desesperada—. Tenemos que solucionar esto.

—Calla un momento, Vero... Te decía que no puedo porque ya he desayunado en el bar de aquí. O bueno, lo he intentado al menos, porque al final el café se ha quedado intacto sobre la barra. Me he encontrado mucho trabajo atrasado y necesito ponerme al día, pero quería que al menos supieras que ya estoy de vuelta.

—¿Estás muy enfadada conmigo? —se aventuró a preguntar temerosa de su

contestación.

—No te negaré que lo he estado, pero estos días fuera me han sentado bien. Me encuentro más tranquila —reconoció.

—No sabes cuánto me alegra oírte decir eso —no era difícil adivinar el alivio en su voz.

—Aunque bueno, mi tranquilidad se ha ido a tomar viento fresco en cuestión de un suspiro. Hoy está siendo una mañana complicada.

—¿Por qué?

—Luego te lo cuento. No quiero hablarlo en la oficina.

Vero suspiró tranquila al sentir que había recuperado a su amiga casi sin hacer nada. No obstante, seguía debiéndole una disculpa. Su conciencia así se lo exigía.

—¿Podemos vernos entonces?

—Sí. Sé que te gusta cuidar la línea, pero yo necesito pegarme hoy un atracón de comida insana. ¿Almorzamos en el McDonalds?

—Ha debido pasar algo gordo para que quieras comer allí.

Alana bufó.

—Sólo te diré que he estado a punto de ponerme a cavar un agujero en el suelo de mi despacho, meterme dentro y no salir en siete meses...

—Pero, ¿qué ha pasado?

—Luego te cuento, Vero. Aquí, no. Además, necesito preguntarte algo. Ya por hoy he tenido demasiados sobresaltos y no me apetece dar más que hablar. Creo que he cubierto el cupo para el resto de mi vida.

—Me parece bien. ¿Vienes en coche o andando?

—Andando.

—Entonces te recojo a las tres en la esquina de la plaza, ¿te parece?

—Por mí, perfecto.

Varias horas más tarde, Vero se presentó puntual a su cita. Recogió a su amiga y juntas marcharon hacia el centro comercial. Nadie que las viera imaginaría que habían estado distanciadas unos días, porque el trato entre ellas parecía ser el de siempre. Pero Vero estaba deseando sentarse con la comida por delante para poder hablar con tranquilidad de aquello que tenía pendiente.

—¿Me odias? —fue su primera pregunta, una vez servidas.

Alana arqueó una ceja sin poder contener una sonrisa.

—A pesar de lo que crees, resulta muy difícil odiarte. No te negaré que durante dos días te dije de todo menos bonita. Pero luego, llegué a la conclusión de que lo que pasó no fue más que un desliz imprudente. Y la prudencia no es precisamente una de tus mayores virtudes.

—Alana, te juro por lo más sagrado que si me hubiera dado cuenta de que teníamos a Alex a medio metro de distancia, jamás hubiera dicho en voz alta lo tuyo —se llevó las manos al pecho para enfatizar sus palabras.

—Lo sé —dijo afirmando con la cabeza—. No tienes maldad para eso. Pero reconozco que la situación me superó. Por eso decidí irme unos días fuera; necesitaba recapacitar y tomar oxígeno.

—¿Me perdonas entonces?

—No hay nada que perdonar. Fue mala suerte y punto. Además, parte de la culpa la tengo yo. —Bufó con ironía—. ¿Quién me mandaría a mí meterme en un prostíbulo a buscar a Alex? Pensándolo con frialdad, es cuanto menos grotesco. De las locuras siempre te has ocupado tú, no yo... —Se encogió de hombros y le dedicó una sonrisa sincera—. Supongo que al pasar tanto

tiempo juntas, algo se me debe haber pegado de ti.

—Sabes bien que pienso que la vida sería muy aburrida si de vez en cuando no cometiéramos alguna que otra travesura.

—Y no te falta razón, pero creo que en esta ocasión sobrepasé mis límites...

—No estoy de acuerdo; no tienes motivos para arrepentirte de nada, Alana. Eres una mujer adulta y libre, y lo que te has llevado al cuerpo, no te lo quita nadie. Pero aparte de eso, debes saber que me has hecho pasar una semana horrible. No hubiera estado de más que me hubieras llamado algún día, aunque sólo hubiera sido para decirme que estabas bien.

—Tú, tan exagerada como siempre...

—Sí, exagerada... Que te diga Santi si miento. — Vero suspiró por enésima vez al comprobar que su amiga no parecía guardarle ningún rencor—. Bueno, al menos tendrás una anécdota única que contar el día de mañana a tus nietos.

—Sí, que te lo crees tú —exclamó abriendo los ojos—. Este secreto se va a venir conmigo a la tumba, y confío que a la tuya, también.

—Por supuesto, y en nuestro epitafio rezará algo así como: “*Se fueron para el otro lado unidas por un secreto inconfesable*” —contestó con voz solemne. De inmediato, ambas mujeres se echaron a reír.

—Eres una payasa, Vero. Si es un secreto, es un secreto. No voy a poner que tenía uno en mi lápida.

—¿Tú te imaginas la cantidad de gente que se morirá de curiosidad por saber de qué se trataba? Igual, hasta te conviertes en leyenda: «*La Mujer del Secreto Oscuro*».

—Bueno, aparte de nosotras, los únicos que podrían revelarlo serían Sergio, y ahora también Alex. Así que esperemos que ninguno se vaya de la lengua y que se pueda mantener el misterio por siempre jamás... Que por cierto, y

dicho sea de paso, vaya tela he tenido con los dos esta mañana...

—¿Cómo que con los dos? —preguntó extrañada—. ¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—Que tengo un cenizo encima horroroso, hija mía...

Alana le contó con detalle todo lo sucedido, desde la extraña conversación con Alex en la cafetería, hasta el enfrentamiento de *gallitos* que se había producido entre los dos en su oficina.

Vero la miraba estupefacta, ávida de información.

—Joder, Alana, qué bueno... ¡Tienes a dos pedazos de *tiarrones* colgados de tus faldas! —parecía realmente encantada con el relato— ¡Ya iba siendo hora que te cambiara la suerte, que vales mucho para que estés tan desaprovechada!

—¿Pero qué voy a tener yo a nadie colgando de ningún sitio? —preguntó elevando las manos al cielo, sorprendida por el comentario de su amiga.

—Venga, que ya sé que eres modesta, pero no me puedes negar lo evidente: como diría mi abuela, *blanco y en botella*, guapa...

—Que no, que no...

—¿Cómo que no? Si a Alex le faltó tiempo para pillarme por banda para preguntarme por ti. Se le veía realmente interesado.

Alana rió.

—¿Entonces es cierto que lo hizo? El mismo me lo reconoció esta mañana, pero no sabía si creérmelo.

—Pues créetelo, pero te juro que por mi boca no salió ni medio chisme.

—Supongo que el asunto le habrá despertado el morbo —admitió encogiéndose de hombros—, porque si no, no me lo explico.

—A ver... que tiene morbo, lo tiene; eso no te lo voy a negar. Pero si fueras

un *cayo malayo*, Alex no estaría tan interesado en saber ahora de ti. Así que, ¿qué vas a hacer ahora?

—¿Con Alex? —Vero asintió—. Absolutamente nada, ¿qué quieres que haga?

—Siempre te ha gustado mucho, eso no es nada nuevo. Y si fuiste al Viernes de Pecado fue porque de verdad te querías dar el gusto con él. Ahora se puede decir que lo tienes a punto de caramelo, si es que todavía te interesa...

Alana negó con la cabeza.

—No, ya no... El mito se me cayó al suelo el día que me enteré de que estaba liado con María Jesús. Incluso hoy, no sé... lo he visto con unos ojos muy diferentes a como lo hacía antes. Y cuando me ha tocado, hasta a mí me ha extrañado no sentir absolutamente nada.

—¿Te ha tocado? ¿Dónde?

—En ningún lugar interesante, morbosa. —Con una patata en la boca, Vero le hizo señas con la mano para que le explicara con más detalle ese último punto—. Cuando llegue a mi oficina y me encontré a Sergio de sopetón, me quedé petrificada en el sitio. Entonces Alex aprovechó para agarrarme por la cintura con más entusiasmo del necesario. Y aquí entre nosotras —bajó la voz y se acercó un poco más a su amiga—, me parece que Alex estaba *palote*.

—¿De verdad? —Vero estuvo a punto de espurrar el trago de refresco que acababa de meterse en la boca—. ¿Y entonces...?

—Entonces nada... —Alana se echó de nuevo hacia atrás, resoplando al recordar el momento—. En ese instante te juro que sólo podía ver a Sergio delante de mis narices. Ni siquiera me di cuenta que me tenía sujeta hasta que me percaté de que el otro lo miraba con cara de pocos amigos.

Una risita traviesa escapó de los labios de Vero.

—Así que Sergio, ¿no? —comentó con picardía.

—No... Vero no..., que te veo venir.

—¡Yo no he dicho nada!

—Ni falta que hace.

—Vale, vale —concedió dispuesta a mantener la paz entre ellas—. ¿Y qué vas a hacer ahora? Me refiero respecto a los dos.

—¿Qué quieres que haga? Nada. Ya te he dicho que no quiero ni un solo sobresalto más en mi vida, o al menos durante una buena temporada.

Vero afirmó con la cabeza, escudriñando con interés el gesto de Alana.

—¿Puedo hacerte una pregunta sin que te molestes? —¿No era que quería mantener la paz? ¿Por qué le duraban tan poco sus buenos propósitos?

—Dispara, y ya veré si te contesto —concedió con un suspiro.

—Si tuvieras que elegir entre Sergio y Alex, ¿por quién te decantarías? Y antes de que me digas que por ninguno, imagínate que son los dos últimos hombres que quedan sobre la tierra. ¿Qué pasaría?

—¿Qué se extinguiría la raza humana?

Vero rió.

—¿En serio? Piénsalo bien: Alex te gusta mucho; pero con Sergio, según tú misma has reconocido, la química fue intensa. Y donde hubo fuego...

—Te recuerdo que creía que Sergio era Alex.

—Entonces te quedarías con Alex —sentenció.

—No, yo no he dicho eso —la contradijo—. Es cierto que me sentía muy atraída por Alex, pero también sabes que no estaba enamorada de él. Siempre he tenido claro que estaba casado y que era un hombre vetado para mí.

La ceja de Vero se arqueó no muy convencida de la última afirmación de su amiga.

—A ver cómo te lo explico... —continuó meditando un momento la mejor manera de hacerle entender a Vero lo que quería decir—: Es como cuando miras una estatua griega, te gusta, te atrae, y por alguna razón, sueñas con tenerla en el salón de tu casa para poder disfrutar de su belleza. Pero ya está, no hay más. Nunca aspiré realmente a tener nada con él...

—Sí, pero a la estatua no te la tirarías. Por muy adonis desnudo que fuera, las pollas de las estatuas son pequeñas y miran para el suelo.

—¡Pero mira qué eres burra!

—¿Por qué? ¿Acaso has visto una estatua empalmada?

Alana cogió la bebida de su amiga y le quitó la tapa.

—¿Pero tú que te has metido en la Coca-Cola, niña? —preguntó riéndose.

—A ver, es que me haces unas comparaciones muy raras... —contestó recuperando su bebida.

—Sí, ahora resulta que la rara soy yo.

—De acuerdo. Está claro que con Alex no te quedas. ¿Y qué me dices de Sergio?

Ahora sí, Alana no supo que contestar. Se limitó a decir algo que era verdad:

—No le conozco de nada, Vero.

—Bueno... de nada, de nada tampoco diría yo...

—Aparte de lo que tú ya sabes, claro.

—Ya veo —afirmó con la cabeza—. ¿Y no te gustaría conocerlo? Santi ha quedado dos o tres veces con él y dice que es un buen tipo. Y a mí también me causó muy buena impresión cuando tuve la ocasión de tratarlo.

—Esa es otra... —la acusó con una patata en la mano—. Todavía no me has dicho cómo conseguiste dar con él, porque estoy convencida de que tuviste algo que ver, ¿verdad?

—Sí, es cierto —reconoció sin ambages—. Fui yo quien lo buscó.

—¿Por qué? —de repente, el tono de chanza pasó a un segundo plano, tomando la conversación un cariz más serio.

—No lo sé. Ya me conoces y sabes que a veces me dejó llevar por mis arrebatos. En aquel momento, pensé que podía ser una buena idea que os volvierais a poner a tiro, sin las tonterías de las máscaras y sin que el club estuviera de por medio.

—Yo no creo que fuera tan buena idea —negó con la cabeza.

—¿De verdad lo piensas? ¿Sergio no te pone ni siquiera un poquito?

Alana volvió a meditar la respuesta. Sergio la ponía muchísimo... Quizás no destilara la seguridad y la confianza que mostraba Alex en sus ademanes, pero lejos de parecerle desagradable, para Alana aquella naturalidad suya era un punto a su favor. Eso sin contar lo mucho que la había hecho sentir como mujer. Porque sabía cómo hacerla parecer la Venus más hermosa del mundo, aunque estuviera bien lejos de serlo. Porque con el transcurrir de los días, había pensado mucho más en Sergio que en Alex, quien prácticamente había quedado relegado a un rincón remoto de su memoria. Pero tampoco podía obviar que la situación que los había unido había sido un tanto particular.

Fuera de aquel ambiente, había conocido tres versiones distintas del Zorro que poco a poco se había ido apoderando de sus pensamientos: la apasionada, la formal y la enfadada. Y no sabía cuál de ellas reflejaba realmente su verdadero carácter.

—Mira, no te voy a negar que Sergio me gusta bastante —reconoció finalmente, aunque sin desvelar hasta que punto había ido creciendo su interés por él en los últimos días—. Si no hubiera sido así, no me habría acostado con él, aunque también es cierto que por aquel entonces desconocía su verdadera identidad...

—Pero ahora sí la conoces, y aún así, te sigue gustando.

Cierto. Porque muchas veces había cerrado los ojos y había pensado en él. No en Alex. Sino en Sergio, con su rostro perfectamente definido.

—Sí. No. Es posible. No lo sé, Vero —resopló hecha un lío—. Admito que el sexo con él fue increíble, pero yo necesito algo más en un hombre que un buen paquete.

—¿Y ese algo no podría tenerlo Sergio?

Alana bajó la mirada para fijarla en la hamburguesa que aún permanecía sin tocar sobre la bandeja.

—Sabes, a veces pienso que si no hubiera pasado lo de los *Viernes* y Sergio hubiera entrado en mi vida en circunstancias diferentes, seguramente me habría fijado en él como hombre. Pero creo que la manera en que nos conocimos siempre nos quedará marcada a los dos. Y no para bien. Ya sabes que nuestra separación no fue lo que se dice amistosa. Yo, porque le revelé sin querer que él no era quien yo creía, y él... Bueno, supongo que su ego se sintió dolido al pensar que yo buscaba a un hombre distinto.

—Pero eso ya quedó atrás. Por el contrario, a mí me pareció que el día de la excursión hubo buen rollo entre vosotros.

—Te referirás a después de que volaran los puñales en el coche, ¿no?

—Eso sí —reconoció recordando la incomodidad de la primera parte del viaje—. No sé lo que os dijisteis en la piragua, pero cuando nos bañamos más tarde, se notaba que el ambiente ya era más calmo entre vosotros. Pensaba que habías acabado disfrutando de la salida.

—Y lo hice —admitió—. Digamos que mantuvimos una charla con la que sellar una especie de tregua. Pero no creo que él y yo tengamos posibilidad de ir más allá. O al menos, no donde tú pretendes.

—Es una pena, la verdad. Me gustaba para ti.

—Bueno, no te preocupes. Pensemos que algún día llegará otro que va a ser incluso mejor que éste —dio un golpe en la rodilla de Vero para romper la seriedad del momento.

—Eso espero, pero tienes que reconocer que Sergio ha puesto el listón muy alto...

—Vale, eso puedo reconocerlo. Pero a ti, sólo a ti.

—Y todavía no me has dicho qué pintaba Sergio en tu oficina esta mañana. ¿Cómo se enteró que tú trabajabas allí? ¿Para qué te fue a buscar?

Alana rió.

—Es curioso. Yo pensé que habías sido tú quien le había dicho dónde podía encontrarme.

—¿Yo? Pero si no he vuelto a hablar con él. Lo que ya no sé es si Santi ha podido contarle algo, pero a mí no me ha dicho nada al respecto.

—Ya, ya, te creo. Me dijo que había ido por un tema profesional, y que no sabía que era yo la persona que debía atenderlo. Supongo que me precipité en mis conclusiones.

—¿Y qué tema era ese?

—Pues no lo sé... Después de la demostración de testosterona, se fue y no me dijo a qué había venido. Que ya se encargaría de mandar a alguien para tratar conmigo.

Vero la miró sorprendida.

—¿Vas a decirme que no lo atendiste?

—No.

—Pero estaba ahí por un asunto de trabajo... —repitió como si aquello no hubiera quedado ya claro.

—Sí, eso me dijo.

Vero hizo una mueca de disgusto.

—Mira, no quiero meterme donde no me llaman... ¡Qué demonios! En este caso, sí que me voy a meter: No me parece correcto que no lo atendieras. Una cosa es tu vida personal, y otra tu trabajo. Eres la responsable de un departamento, su cabeza visible. Y además, una funcionaria pública. Debiste escucharlo.

—Sí, lo sé. Pero me dejé llevar por el momento. No soy de piedra, chica.

—En tal caso, creo que deberías llamarlo, disculparte con él y concertar una cita profesional como Dios manda. —Vero se felicitó en silencio. Era una celestina fantástica y no iba a permitir que el asunto quedara así sin más.

—¿Disculparme, yo?

—Lo echaste de allí.

—Él se fue porque quiso —trató de excusarse.

—Se fue porque permitiste que un asunto personal se impusiera sobre un asunto laboral.

—Vale, admito que mi proceder no fue el más correcto, pero ¿qué quieres que le haga ahora?

—Ya te lo he dicho: llamarle, disculparte y hablar tranquilamente de lo que él necesitaba de ti.

—No tengo cómo localizarle.

Vero resopló con fuerza.

—Tú no, pero yo sí, y eso lo sabes de sobra.

—Venga, Vero, no me lées...

—Yo no lío a nadie —elevó las palmas de las manos con total inocencia—. Sólo digo que tengo su teléfono y que sé dónde podrías localizarlo si quisieras. Y ya está...

—Anda, anda, que se te ve venir a leguas. Cómete la hamburguesa y cállate la boca, no vaya a ser que termines convenciéndome de algo de lo que después me arrepienta.

Capítulo 25

Organizando el viaje

Sergio llegó al local de su tío evidentemente molesto. Se había tomado su tiempo en ir a informarle de la inutilidad de su desplazamiento. Sabía que si iba a verle nada más salir del Ayuntamiento, con toda probabilidad notaría que algo gordo le había pasado. No en vano, era la persona que mejor conocía su carácter y era capaz de adivinar sus estados de humor de un simple vistazo. Así que prefirió dejar para la tarde la visita en la que le comunicaría que no había conseguido absolutamente nada.

Le había fastidiado bastante haber perdido la mañana en balde, pero lo que de verdad lo tenía reconcomido por dentro era el encontronazo que había tenido con Débora y su precioso Alex. Por fin podía ponerle rostro a su *competidor*, y de verdad, no llegó a comprender cómo lo había podido confundir con él.

Es cierto que la altura y el color de pelo podían ser parecidos, pero él no conseguía dar con ninguna otra semejanza que pudiera llegar al punto de confundirlos.

¡Y cómo la tenía abrazada!

Vamos, entre esos dos había algo, seguro. Al final, su *Deborita* se había dado el capricho y se había acabado llevando al huerto al famoso Alex...

—Parece que la reunión no ha marchado demasiado bien —comentó su tío al ver como su sobrino tiraba de mala manera los papeles sobre el mostrador. Mirarlo a los ojos sólo sirvió para confirmar sus sospechas.

—No ha habido reunión —se limitó a contestar con sequedad.

—¿Acaso no te habían dicho que la mujer esa con la que tenías que hablar había vuelto ya de vacaciones?

—Sí, pero estaba muy ocupada para poder atenderme —dijo con voz de falsete, imitando la de ella.

El hombre mayor, elevó las cejas con resignación.

—Vaya, pues lamento que hayas perdido la mañana para nada.

—La próxima vez, vas tú. Yo no me voy a meter en este tema nunca más.

—Bueno, hijo, no te preocupes, que no es para tanto. Me hubiera gustado que te encargaras tú, que de estas cuestiones te enteras mejor que yo. Pero cuando vuelva de mi viaje, llamaré al Ayuntamiento y trataré de concertar una cita de antemano con esa señora. No voy a pedirte que te cojas otra mañana libre para esto. Ya me encargaré cuando tenga tiempo —trató de tranquilizarlo el hombre.

Sin embargo, la mirada sombría y perdida que se reflejaba en los ojos de Sergio evidenciaba que había un trasfondo en su enfado.

—Porque es eso lo te tiene así de cabreado, ¿no hijo?

Sergio suspiró resignado y se sentó en uno de los taburetes detrás del mostrador.

—Por supuesto —se limitó a decir sin más explicaciones—. ¿Por qué si no estaría así?

Su tío se encogió de hombros.

—No sé, dímelo tú...

—Me cuesta mucho pedirme una mañana libre —eso no era falso—. Tengo que cuadrar con el compañero de apoyo para que supla mi ausencia con los niños, y no me agrada tener que dejarlos... Me cabrea tanta burocracia inútil.

Los ayuntamientos deberían ser y estar más abiertos a la ciudadanía — explicó tratando de resultar convincente.

La ceja alzada de su tío dejó a las claras que no estaba teniendo demasiado éxito, pero el hombre prefirió no meter más el dedo en la llaga. Había silencios que era mejor respetar.

—Ya... Bueno, ya te lo he dicho: no te preocupes por eso ahora. Mi interés en el asunto es bastante relativo. Y aún no sé cómo has conseguido convencerme para meterme en este lío.

Sergio fue consciente de que su tío no había creído ni media palabra de la explicación que acababa de darle. Pero agradecía que no tratara de sonsacarle el motivo que lo tenía en parte cabreado, en parte, decaído.

—Bueno, ¿y cómo llevas el viaje? —le preguntó intentado desviar el tema.

La cara del hombre mayor se iluminó de inmediato.

—Cuento las horas para poder irme de una vez.

Una sonrisa sincera iluminó el rostro del joven. La primera en todo el día.

—¿Está bien si salimos a las tres y media para Madrid? El vuelo no sale hasta las doce de la noche; tendremos tiempo suficiente para llegar sin necesidad de tener que pasarnos horas esperando en el aeropuerto.

—Hijo, no necesitas cruzarte medio mapa para llevarme al aeropuerto. Puedo coger el autobús en la estación y en siete u ocho horas estoy en la capital.

—No, no, no... —negó en rotundo—. Te he dicho mil veces que a mí no me importa llevarte. Me gusta conducir y la carretera es buena. Conmigo, seguro que no te aburrirás durante el viaje, y dudo mucho que puedas decir lo mismo si tomas el autobús. Te queda por delante un vuelo demasiado largo en el que poco más podrás hacer que estar sentado. Si vamos en el coche, al menos podremos parar a estirar las piernas todas las veces que quieras.

—Pero va a ser una paliza para ti, hijo —le rebatió por enésima vez—. No puedes salir del colegio y del tirón venirme a recoger para llevarme a Madrid. Tendrás que hacer el camino de regreso después sobre la marcha, porque al día siguiente tienes clase de nuevo. ¿Cuándo vas a descansar?

—Ya lo haré cuando muera, tío.

—Vete al diablo, muchacho. No menciones la muerte cuando tienes que coger el coche durante tantas horas. Lo que pretendes es una locura.

—Con mi edad, tus locuras fueron aún peores, así que no eres la persona más apropiada para darme lecciones.

—Cierto, pero no me metía en un viaje de...

—Tío, vale ya —lo cortó en seco—. He dicho que te llevo y punto. Si salimos a esa hora y mantenemos un buen ritmo en la carretera, estaré de vuelta a tiempo para ir a trabajar al día siguiente. E incluso, con un poco de suerte, me dará tiempo de darme una cabezada. Y si no, no pasa nada. Después de las clases me voy a casa y me echo a dormir hasta el día siguiente.

Su tío negó con la cabeza. No le parecía bien los planes que el joven había trazado, pero al igual que él, Sergio era muy obstinado cuando se le metía algo entre ceja y ceja.

—Está bien. Pero prométeme que si durante el camino de vuelta te entra sueño, te paras en el primer pueblo que encuentres y alquilas una habitación para descansar unas horas. Si al día siguiente no llegas a tiempo al colegio, seguro que hay alguien que te pueda suplir. No quiero ni locuras ni tonterías en la carretera...

—Sí, te lo prometo. ¿Más tranquilo así?

—Bueno, no del todo, pero algo es algo.

En aquel momento, una vibración en el bolsillo de su pantalón, acompañada

de un breve y apagado pitido, avisó a Sergio de que acababa de recibir un mensaje de Whatsapp en el móvil.

—Disculpa un momento —se excusó para atender el aviso.

—Ah, los jóvenes os pasáis todo el santo día enganchados a los móviles como tontos —acotó al ver que dejaba su conversación a medias.

—No todos somos tan ermitaños como tú. Debes ser la única persona de la ciudad que se niega a tener uno. No estaría de más que te lo llevaras a tu viaje, así podremos tenerte localizado.

—Bah, ¿y por qué piensas que quiero estar localizable? Si me voy a recorrer medio mundo no es precisamente para que tu madre me esté controlando a cada momento, preguntándome dónde estoy o qué es lo que hago. No lo permitía de joven, mucho menos lo voy a hacer ahora que soy viejo.

—Yo no hablo de mi madre, sino de mí. Me gustaría saber que has llegado bien. Y si tuvieras cualquier inconveniente, al menos que tengas una manera rápida de ponerte en contacto con nosotros.

—Para eso ya están los teléfonos normales. Si necesitara algo, ya me encargaría yo de buscarme las habichuelas. El mundo no empieza ni se acaba en un aparatejo de esos.

—Es verdad, todavía existen las señales de humo, ¿no? —dijo Sergio con humor.

—Efectivamente.

—Pues mucho me temo que voy a tener complicado verlas si tú estás en Australia y yo en España. El mensaje podría llegar un poco desvirtuado.

—Anda, déjate de sandeces y atiende el chisme ese —comentó señalando el móvil que tenía su sobrino en la mano y que no dejaba de sonar.

Al hacerlo, fue inevitable que el corazón le diera un vuelco cuando pulsó

sobre el número desconocido que le aparecía en pantalla.

«Buenas tardes, Sergio. Soy Alana. Espero que no te moleste que Vero me haya dado tu teléfono»

«Creo que te debo una disculpa por lo de esta mañana. Debí haberte atendido y no haberte echado de la oficina de la manera en que lo hice. Me dejé llevar por mi carácter, sin tener en consideración que venías a tratar una cuestión relacionada con mi trabajo»

«Si te parece bien, podría verte el próximo miércoles en mi despacho. Trataré de ayudarte en lo que sea que necesites»

El mensaje era bastante aséptico; correcto quizás fuera la palabra más apropiada. Pero que, después de lo que había pasado, Alana se molestara en escribirle unas palabras para disculparse, lo pilló completamente desprevenido.

Parte del enojo que lo llevaba acompañando durante las últimas horas pareció diluirse como un azucarillo en leche. Parecía que de nuevo surgía una posibilidad de enterrar el hacha de guerra entre ambos.

Tuvo que reconocer que su propio comportamiento había dejado mucho que desear. Alana no era nada suyo para poder hacerle recriminación de ningún tipo. Y si ella por fin se había salido con el capricho de llevarse a Alex a la cama (en definitiva, eso era lo que siempre había deseado), poco o nada podía decir al respecto. Sus sentimientos, entre los cuales se incluían unos celos que nunca antes había sentido por nadie, eran problema suyo, y sólo suyo.

«Gracias por escribirme. Por supuesto que no me molesta que Vero te haya dado el número».

«Este miércoles me va a ser imposible. Salgo de viaje» —continuó—. «¿Podría ser la próxima semana?» —sugirió ante la posibilidad de que al final estuviera demasiado cansado para volver y tuviera que quedarse a

dormir en cualquier sitio. Además, el viernes tenía reunión de profesores, por lo que ese día le sería completamente imposible ir.

«Sin problema. ¿Te viene bien el lunes a primera hora?»

«Mejor a media mañana. Aprovecharé la hora del recreo de los niños para acercarme un momento. De 11:45 a 12:15»

«OK. Lo único que te pido es que si por cualquier cosa no pudieras venir, me avises. Para no quedarme esperando»

«No te preocupes. Salvo que me muera de un infarto, allí estaré» —escribió tratando de poner un toque de humor.

«Perfecto. Nos vemos el lunes»

«Bye»

«Bye»

Cuando Sergio se guardó el móvil en el bolsillo, su rostro había cambiado completamente de expresión.

—Vaya, parece que te hubieran dado una buena noticia. Vuelves a sonreír...

—le hizo notar su tío, como si él mismo no se hubiera dado cuenta.

—Sí. Era una amiga.

—¿Una amiga? Ya veo...

Sergio chasqueó la lengua.

—No es lo que piensas, tío.

—Yo no pienso nada...

—Seguro que no... —Se miraron con complicidad. No hacía falta palabras entre ellos para saber lo que pensaban uno y otro—. Quizás cuando vuelvas del viaje te hable de ella, ¿de acuerdo?

—Cuando quieras, sobrino. Cuando quieras.

—Ah, y pensádomelo mejor, me llevo de nuevo la carpeta con los papeles. La próxima semana volveré a pasarme por el Ayuntamiento, a ver si hay suerte...

Capítulo 26

Cerrado por Defunción

Más le valía a Sergio tener una buena excusa. Mira que había intentado normalizar la situación; volver a comenzar manteniendo al menos un trato profesional y correcto con él. Pero no...

Llevaba una hora y media esperándole en su oficina y seguía sin dignarse a hacer acto de presencia. Y aún peor, ni siquiera le había mandado un triste mensaje cancelando o avisando que no acudiría a la cita. Y por supuesto, el que ella le mandó hacía media hora preguntando si iba a tener el detalle de aparecer en algún momento del día, había quedado sin leer, y por tanto, sin respuesta.

Era lo único que le había pedido, y no le había hecho ni puñetero caso.

Su enfado nada tenía que ver con que aquella mañana se hubiera arreglado un poco más de lo habitual. Ni de que se hubiera maquillado a conciencia, ni de que hubiera pasado más de una hora delante del ropero eligiendo la ropa que mejor le sentara. Por supuesto, nada de eso tenía que ver con él... Simplemente, se había levantado de buen humor y se había acicalado según su estado de ánimo. Nada más.

Pero el buen humor se había ido diluyendo en tanto constataba, con el correr de los minutos, que aquel a quien esperaba le había dado un soberano plantón, haciéndola sentir como la mujer más estúpida y crédula sobre la faz de la tierra. Crédula, sí. Porque seguramente no había ninguna cuestión de trabajo de la que tuvieran que hablar. Con toda probabilidad su presencia allí

había sido una invención para ir a verla y ridiculizarla delante de sus compañeros. Bueno, quizás no tanto... que ya empezaba a divagar como siempre. Pero de lo que sí estaba convencida, era de que le estaba devolviendo la *bofetada* que ella le diera una semana atrás cuando lo expulsó de su despacho sin consideración alguna. Era eso, seguro.

Así que, al terminar la jornada de trabajo, podía afirmarse sin caer en la exageración, que Alana era una de las mujeres más enfadadas del Ayuntamiento. De la ciudad. Del país. Del puñetero planeta, joder...

Había despotricado como una condenada al menos una docena de veces. Le había dicho de todo menos bonito, y estaba dispuesta a repetírselo a él mismo en cuanto tuviera ocasión de echárselo a la cara.

O no. Porque aquel plantón sólo le estaba valiendo para confirmarle que no deseaba volver a verlo nunca más. Ni siquiera por un supuesto asunto de trabajo. Si después de todo, tenía la desfachatez de aparecer con la misma excusa, se lo largaría a otro compañero para que lo atendiera. Porque ella desde luego no pensaba hacerlo.

Pero pasaron los días, y siguió sin tener ninguna noticia de Sergio, lo que no contribuía precisamente a que su enojo disminuyera. Sin embargo, llegó un momento en que empezó a extrañarle que los mensajes que le mandara el lunes siguieran, varios días después, sin ser leídos (o al menos, las famosas marquitas del WhatsApp seguían sin volverse del color azul, como sí lo estaban las líneas de su conversación previa).

Sin pensarlo en demasía, no fuera a ser que se arrepintiera en el último momento, el jueves había tomado la decisión de no quedarse por más tiempo con esa rabia que la consumía por dentro. Si lo hacía, estaba segura que acabaría reventando como una rata verde.

Tenía la dirección de la tienda de Sergio gracias a Vero. Esa dirección situada

junto a la playa a la que había jurado que no iría ni loca, como también había asegurado que jamás de los jamases utilizaría el número de teléfono que su amiga le había dado (por si acaso) durante su comida en el McDonalds de la semana anterior.

«¡Menuda fortaleza la tuya! », se reprochó en silencio mientras se dirigía aquella tarde a la dirección que ya sabía de memoria de tantas veces que la había consultado.

Desde aquella conversación con Vero, había pensado muchas veces en qué habría pasado si hubiera conocido a Sergio en circunstancias distintas. Por la noche al acostarse, el sueño parecía mostrarse cada vez más esquivo mientras su mente empezaba a fantasear con ese posible pasado alternativo. Había llegado a la conclusión de que podrían haberse llevado bien si las condiciones hubieran sido diferentes. La atracción que habían sentido había sido real, y en los encuentros posteriores, aunque ya no tan agradables como los primeros, seguía teniendo la sensación de que esa conexión seguía existiendo entre ambos, aunque ninguno hubiera querido hablar de ello. Había descubierto que cuando se mostraba relajado, podía resultar un chico simpático, atento, divertido y encantador. Y sí, también lo suficientemente atractivo como para haber ido desplazando poco a poco a Alex de entre sus supuestas prioridades. Porque aunque jamás, jamás, jamás lo admitiese ante nadie (y mucho menos ante él), sus fantasías sexuales ya no tenían la cara de su compañero de trabajo, sino la de un hombre con sonrisa pícara y ojos risueños. Porque ya no hacía falta que llevara máscara para fantasear con quien, con su simple recuerdo, conseguía despertar todos sus instintos de mujer. Porque sin habérselo permitido, se había colado en sus sueños de manera irremediable. Y sobre todo, porque cabía el riesgo de que, si seguían viéndose aunque sólo fuera como amigos, acabara sucumbiendo a los encantos de aquella sonrisa que, a su gusto, parecía perfecta.

En definitiva, que Sergio le gustaba más que el chocolate caliente en una fría tarde de invierno.

Y más le valía ir cambiando el rumbo de aquellos pensamientos antes de que al final, cuando se lo echara a la cara, terminara tirándose a su boca, en vez de a la yugular.

Había tratado de convencerse a sí misma de que lo más juicioso era permanecer lo más alejada posible de él. Y sin embargo, allí estaba ella, sintiéndose como la mayor gilipollas del mundo por no tener una explicación sensata para hacer lo que juró y perjuró que no haría: Ir a buscarlo.

Estacionó su coche en una de las plazas de aparcamiento de la zona. En el corto trayecto que distaba hasta el pequeño negocio, se fue repitiendo una y otra vez los motivos que la habían llevado hasta allí. Necesitaba volver a estar lo suficientemente enfadada para que, ni siquiera su sonrisa y la dulzura de su voz, pudiera suavizar su enfado. Si se calentaba lo suficiente, sería capaz de soltarle todas las *bondades* que durante los últimos días había ido *atesorando* para él.

Sin embargo, todos sus propósitos se detuvieron en seco al llegar al local y darse de bruces con un cartel donde rezaba la frase “Cerrado por Defunción”. Todos los malos pensamientos, toda la mala leche que llevaba, desaparecieron de un plumazo, dando paso a la preocupación mientras un repentino escalofrío le atravesaba la espalda.

Cerrado por defunción.

Defunción, ¿de quién?

¿Por qué Sergio no le cogía el teléfono?

De repente, la frase que escribiera en el WhatsApp una semana antes, le vino a la cabeza: «*Salvo que me muera de un infarto, allí estaré*».

Se giró y volvió la vista al mar.

Madre de Dios, ¿qué demonios estaba pensando? Su negatividad, heredada de su madre, estaba apoderándose de ella sin control. Respiró hondo, reprochándose la deriva que, en cuestión de segundos, habían tomado sus pensamientos. Si Vero estuviera allí, le daría una buena colleja (merecida, sin duda), por sus *visiones* catastróficas. Siempre le pasaba igual. Era como cuando el teléfono sonaba a media noche; le era más fácil imaginar que había ocurrido una desgracia en la familia, a pensar que simplemente alguien se hubiera podido equivocar de número.

Así que trató de serenarse y controlar su predisposición a suponer lo peor. Sin embargo, se arrepintió de todas las malas palabras que le había dedicado durante la semana. El pobre chaval seguramente había perdido a alguien cercano... Y ella, mientras tanto, pensando que la había dejado plantada.

Pero demonios, si era así, ¿qué trabajo le costaba haberla avisado del algún modo? Ella lo hubiera comprendido e incluso, si hubiera sido preciso, lo hubiera acompañado. Bueno, tanto no... tampoco había que pasarse con las buenas intenciones. Pero en definitiva, lo habría disculpado desde un primer momento. Alana chasqueó la lengua. Igual estaba tan hecho polvo que ni siquiera había reparado en su cita. Podía resultar, cuanto menos, comprensible.

Sin saber muy bien qué hacer, sacó el móvil del bolsillo de su pantalón y, aunque intuía cuál sería el resultado, volvió a llamarlo esperando una respuesta que no obtuvo.

«Mierda, Sergio, coge el teléfono... No me hagas esto».

Con un ánimo muy diferente al que llegó, se dirigió a la cafetería más cercana que encontró abierta. Se sentó en una de las muchas mesas vacías perfectamente ordenadas sobre la acera y esperó, con la mirada perdida en el horizonte, a ser atendida.

Un camarero de unos cincuenta años se acercó a su mesa casi de inmediato.

—Buenas tardes, señorita. ¿Qué le pongo? —le preguntó en tono cortés y animado.

Alana miró al hombre que aguardaba su respuesta. ¿Podría saber algo de lo que había pasado en el local de Sergio? Al fin y al cabo, estaba muy cerca de la tienda.

—Buenos días —le contestó con educación—. ¿Puedo preguntarle algo? —El hombre asintió—. ¿Sabe por qué está cerrada la tienda aquella? —preguntó señalando el local donde había estado minutos antes.

—¿La de Sergio? —El rostro del hombre se ensombreció al instante, haciendo que las alarmas volvieran a retumbar con mayor intensidad.

—Sí —Que el hombre conociera a Sergio, era señal inequívoca de que hablaban de la misma persona—. Me he acercado hasta allí y he visto un letrero que pone “Cerrado por defunción”. ¿Sabe qué ha pasado?

El hombre perdió su sonrisa y negó con la cabeza, apesadumbrado.

—Sí, una pena. Sergio falleció la semana pasada de un derrame cerebral, creo. Pobre hombre... Con la de veces que ha desayunado aquí y las buenas risas que nos hemos echado juntos...

El rostro de Alana se descompuso al instante.

—¿Cómo...? —su voz se había convertido en un susurro. Sus ojos, completamente abiertos por la impresión.

—Así es. Su hermana y su sobrino vinieron el otro día a poner el letrero que usted ha visto. El pobre chiquillo está hecho polvo... Adoraba a su tío.

Un nudo se formó en la garganta de la joven.

Sergio muerto... De un derrame... No podía ser cierto. Era demasiado joven.

Se llevó las manos a las sienes, incapaz de digerir la noticia que acababa de

recibir.

—¿Usted lo conocía, señorita?

Alana asintió, incapaz de articular palabra.

—Lo lamento, señorita —le dijo con sinceridad—. Aquí todos lo conocíamos desde hacía años, así que figúrese como estamos: conmocionados. Incluso ha salido una breve reseña en el periódico local haciendo referencia al óbito.

¿Quiere que se lo traiga?

¿Ver en un periódico la noticia del fallecimiento de Sergio? No podía... Y aún así, atinó a asentir en silencio. En cuestión de segundos, se le había formado un nudo en la garganta y sabía que, si abría la boca, acabaría estallando en lágrimas.

—Ahora mismo se lo traigo.

Dos minutos más tarde, el camarero volvió con el diario en una mano y un vaso en la otra.

—Aquí lo tiene —le dijo mientras lo dejaba sobre la mesa—. Me he tomado el atrevimiento de traerle una tila. Creo que la necesita.

De nuevo, Alana se limitó a asentir. Desvió la vista hacia el periódico y lo miró sin ver. Estaba abierto y doblado en una página concreta, y sus ojos volaron inevitablemente al titular de una pequeña noticia que aparecía en la parte inferior de la última columna: *“Un portuense es encontrado muerto en una playa de Melbourne”*

¿Melbourne? ¿Australia? Sergio le había dicho que iba a irse de viaje. Pero, coño, ¿tan lejos?

Con dedos temblorosos, tomó el noticiero y lo arrastró sobre la mesa de plástico blanco. La crónica era muy breve, pero lo suficientemente clara como para que terminara llevándose la mano a la boca para amortiguar el sonido del sollozo que brotaba de su garganta.

“El portuense Sergio A.C. falleció el pasado jueves de un derrame cerebral mientras practicaba surf en una playa de Melbourne. Según nos ha informado familiares y allegados, los restos serán repatriados próximamente, sin que haya sido posible concretar la fecha al cierre de esta edición. Sus cenizas serán esparcidas en la Bahía donde surcará sus olas eternamente”.

Cuando terminó de leer la breve reseña, lágrimas de dolor y tristeza caían incontrolables por sus mejillas. Ya no podía ni ocultar, ni ahogar su llanto.

En apenas un minuto, todos los recuerdos compartidos con Sergio cruzaron por su memoria como una apisonadora. Su primer encuentro en los Viernes de Pecado, el momento en que descubrió su identidad, su reencuentro, sus reproches mutuos... Pero también su risa, su ternura, sus besos, su pasión...

—Vamos, vamos —trató de consolarla el hombre, sorprendido por la explosión de pesar que tenía frente a sus ojos. Todos los de la zona habían sentido el fallecimiento de aquel hombre que siempre tenía una palabra amable, y que, sobre todo, había sabido vivir como había querido. Pero lo de aquella chica era de una tristeza abrumadora—. Si le sirve de consuelo, piense que se ha ido haciendo lo que más le gustaba.

Si aquellas palabras buscaban consolarla, sólo consiguió que volviera a prorrumpir en nuevos sollozos, aún más desgarradores incluso que antes. Realmente, el camarero no sabía qué decir para calmar a aquella chica.

—Tengo... Tengo que irme —consiguió articular con dificultad. No podía permanecer en aquella playa por más tiempo.

—Señorita, ¿ha venido con alguien? —la voz del hombre sonó preocupada.

Ella se limitó a negar con la cabeza mientras se ponía en pie.

—¿Cuánto le debo por la tila? —preguntó al tiempo que rebuscaba alguna moneda en sus bolsillos.

El hombre miró el vaso con la infusión sin tocar que le había llevado un momento antes.

—Nada, corre por cuenta de la casa. ¿Por qué no se la toma antes de irse? —le sugirió.

Alana volvió a negar.

—No puedo quedarme aquí...

—¿Tiene quien la lleve? ¿Desea que llame a un taxi? —ofreció atentamente.

Alana se limitó a golpear con suavidad el hombro de aquel señor que en verdad parecía preocupado por su seguridad. Pero bajando la mirada para que no viera la nueva oleada de lágrimas que se agolpaban en sus ojos, dio media vuelta y se alejó de allí triste y cabizbaja.

Capítulo 27

Te Necesito

—¿Qué te ha pasado, corazón? —Vero abrió sus brazos y Alana se cobijó en ellos con urgencia.

A duras penas había conseguido conducir hasta llegar a casa de su amiga. No sabía otro sitio a donde ir, porque encerrarse en su casa había quedado descartado. Necesitaba a alguien con quien hablar y que la comprendiera, y esa persona era Vero. Por eso, desde el mismo aparcamiento le había mandado un escueto mensaje que rezaba: «Te necesito».

La respuesta fue igual de simple: «Te espero en casa».

—¿Qué ha pasado, Alana? —volvió a preguntarle preocupada.

—Es Sergio... —fue pronunciar su nombre y todas las lágrimas que llevaba reteniendo desde que arrancó el coche, volvieron a inundarle el rostro sin compasión. Con ella sí podía desahogarse a gusto, y sin temor a que le preguntasen por algo que nadie más debía saber.

—¿Qué le ha pasado a Sergio? ¿Te ha hecho algo? ¿Habéis peleado acaso?

—No... Él ha... ha...

De nuevo los sollozos le impidieron continuar.

—¿Ha qué...?

Era imposible que en aquel estado ella pudiera contestarle algo coherente. La llevó al sofá y la obligó a sentarse sin romper el contacto en ningún momento. Debía haber sucedido algo muy grave para que Alana estuviera así,

completamente desmadejada y sin consuelo.

—Vamos, cielo —trató de animarla sin saber muy bien qué debía decir—. No será para tanto. En esta vida todo tiene solución, excepto la muerte.

Vero no podía haber elegido peores palabras. Alana se dobló en dos con un gemido aún más desgarrador. Su amiga estaba empezando a preocuparse de verdad. La tomó de los hombros y la obligó a mirarla a los ojos.

—Alana, o me dices qué te ocurre o me va a dar algo. ¿Qué demonios ha pasado con Sergio? —la zamarreó con muy poca delicadeza, intentando que su amiga saliera del estado de shock en el que parecía encontrarse.

Alana consiguió tomar aire antes de poder hilvanar dos palabras seguidas:

—Ha muerto...

—¿¿Qué?!

—Sergio ha muerto. Ha sufrido un derrame cerebral y ha muerto —se llevó las manos a la cara como si de aquella manera pudiera ocultarse de la terrible realidad—. No me lo puedo creer...

Vero la soltó, estupefacta por la noticia que acababa de recibir.

—No puede ser —logró pronunciar atónita—. ¿Estás segura?

Alana asintió. Volvió a tomar aire y apretó las manos sobre su rostro. Cariacontecida, posó su triste mirada en el regazo.

—El lunes no acudió a la cita. No te lo dije, pero al final le mandé un mensaje para disculparme por lo de la semana pasada y concertar un encuentro para hablar del asunto que había quedado pendiente en la oficina. Me dijo que vendría este lunes, pero no apareció, así que me cabré mucho. Esta tarde aún seguía enfadada por el plantón, así que como no atendía al teléfono, me decidí a ir a la dirección que me diste para cantarle las cuarenta. Y allí... —controló como pudo un nuevo gimoteo—, había un

cartel de *Cerrado por defunción*.

Vero le tomó las manos que descansaban inerte sobre sus piernas, tratando de reconfortarla.

—Cariño, se habrá muerto algún familiar. Creo que el negocio no era suyo, sino de su tío. ¿Cómo puedes pensar que le ha pasado algo a Sergio?

Alana volvió a negar con la cabeza.

—Eso fue lo que pensé yo al principio, pero me acerqué a la cafetería de al lado y el camarero me confirmó que se trataba de Sergio. Incluso me enseñó la noticia que había aparecido en el periódico haciendo alusión a su muerte.

—Otro sollozo más— Lo he leído yo misma, Vero. He visto su nombre en el artículo con mis propios ojos. Decía que había sufrido un derrame cerebral mientras surfeaba en Australia y que su familia va a traer sus restos para que reposen en la Bahía —se detuvo unos instantes antes de continuar—. Dios, esto es horrible...

Vero estaba estupefacta, sin poder asimilar la magnitud del suceso. Volvió a acercarse a ella y la abrazó con fuerza.

—Nena, lo siento mucho... De verdad.

Alana se abrazó a ella buscando su consuelo.

—Y yo... Lo tengo grabado a fuego en mi memoria, con su sonrisa impertérrita. Y lo peor es que nunca le dije lo mucho que me gustaban sus sonrisas. De hecho, nunca le dije nada agradable.

—Ya, mi niña, ya... Estoy segura de que él lo sabía.

—No, no lo sabía, Vero. Nunca le dije nada. Siempre me mostré esquiva por temor a que descubriera que conocía la que yo creía que era su supuesta identidad. Y ahora es tarde...

—No pienses en eso...

—No puedo evitarlo. No puedo dejar de pensar en todos los momentos que compartimos. Sé que no fueron muchos, pero sí lo suficientemente intensos como para quedarse grabados en mi corazón, aunque no lo quisiera reconocer.

Vero la dejó llorar, que soltara toda esa angustia que la ahogaba. La meció en sus brazos ofreciéndole su cariño y su consuelo.

No fue hasta bastante más tarde que ambas mujeres se separaron, al sentir que la puerta del domicilio se abría.

—Hola cielo, ya estoy en casa —se oyó decir a Santi desde la entrada—. Vengo muerto de hambre y...

Al entrar en el salón, se encontró a ambas con gesto serio y cara de circunstancias. De hecho, se dio cuenta que Alana tenía el rostro anegado en lágrimas y los ojos hinchados.

—¿Qué ha pasado? —preguntó igual que hiciera su novia cuando la vio llegar.

Vero le hizo un gesto con la cabeza para que no preguntara más. Su amiga necesitaba tranquilizarse, no volver a pasar por la angustia de contar de nuevo lo sucedido.

—Alana, cariño, ¿por qué no te echas un rato en el cuarto de invitados? Te voy a llevar un vaso de leche y un calmante para que descanses un rato. Y esta noche te vas a quedar con nosotros. No quiero que vuelvas así a tu casa.

Ella sorbió por la nariz y trató de forzar una sonrisa que no llegó a sus ojos.

—No, no te preocupes. Prefiero irme. Atiende a Santi que debe estar cansado después de todo el día en el hospital. Yo estaré bien...

—No, de eso ni hablar —desechó de manera tajante—. No voy a dejarte sola y mucho menos ahora que me necesitas. Por favor, échate un rato y hazme caso. En cuanto descanses te sentirás mejor.

—No, eso es imposible. Lo he perdido, Vero...

—Luego hablaremos de eso. Todo pasará, cielo, y siempre te quedarán los bellos recuerdos. Pero ahora, descansa...

Se levantó del sofá y obligó a su amiga a que hiciera lo mismo. Con firmeza la condujo hasta la habitación que tenía habilitada para las visitas. Alana la siguió como un autómatas. No quería pensar y era más fácil dejarse llevar que discutir sobre si quedarse era la opción que realmente deseaba.

Santi observó perplejo a las dos mujeres mientras desaparecían por el pasillo, preguntándose qué demonios habría ocurrido. Con el ánimo completamente perdido después de la escena que acababa de presenciar, soltó su mochila y se dirigió a la cocina. Esperaría a que Vero apareciera y le contara qué era lo que había sucedido.

Efectivamente, cinco minutos después, la joven hizo acto de presencia y se acercó a su pareja para besarlo con intensidad y darle un fuerte abrazo. Aún se sentía conmocionada por la noticia. No era difícil de imaginar cómo debía sentirse su amiga al descubrir que justamente cuando pierdes a una persona, es cuando te das cuenta de lo importante que era realmente para ti.

Santi frotó los brazos de su chica y dejó un beso reconfortante sobre su cabeza.

—¿Qué ha pasado, Vero? —le preguntó con seriedad.

—Siéntate mientras le preparo a Alana un vaso de leche con miel. No te lo vas a creer...

Acto seguido le contó todo sucedido, según la versión narrada por Alana. La noticia fue tan impactante para Santi como lo había sido para la propia Vero.

—¿Estás segura? Sergio... ¿muerto?

—Así es —asintió con la cabeza—. Por lo visto ha salido hasta en la prensa.

—No me lo puedo creer...

—Ni tú, ni nadie.

—Pero, si hablé con él hace unos días.

—¿Cuándo?

Santi trató de hacer memoria.

—Creo que a principios de la semana pasada, no recuerdo exactamente el día... ¡Y no me dijo nada de que se iba a Australia!

—Bueno, pero a Alana sí le dijo que no podía quedar con ella el miércoles pasado porque se iba de viaje. No le dijo a dónde, pero sí que estaría fuera. Por eso habían quedado para el lunes siguiente.

El hombre seguía incrédulo, perplejo, tratando de encontrarle algún fallo al relato.

—Pero, no tiene sentido, Vero. Nadie se va a Australia, que está en la otra punta del mundo, un miércoles para estar de vuelta el domingo de la misma semana. ¡No habría tiempo material!

Vero meditó sus palabras. Su razonamiento era lógico, pero los hechos eran los que eran.

—Sí, lo que dices tiene sentido. Se pasaría más tiempo en los aeropuertos y en los aviones que de vacaciones... Pero no sé qué decirte. Ella está rotundamente convencida, y dice que un camarero de una cafetería cercana a la tienda se lo ha confirmado.

—Está claro que nadie mentiría en un asunto así, pero aquí hay algo que no me cuadra. Debe haber un equívoco por alguna parte. ¡Joder, Sergio es un chico joven y sano. Un deportista!

—Ya, pero no sería la primera vez que pasa algo así. Es difícil de asimilar que una persona tan llena de vida pueda irse sin más, de un momento a

otro...

—Uf, es que... —no atinaba a articular un pensamiento coherente que explicase la situación, pero su cabeza y su razón se rebelaban a aceptar algo así.

—Lo sé... Te entiendo... Yo estoy igual que tú, intentando asimilar que esto está pasando de verdad.

Santi se echó hacia atrás en el asiento y estiró las piernas.

—Te juro que tengo el cuerpo descompuesto... —le dijo a su novia.

—Imagínate cómo está Alana. Está hecha polvo.

—¿Acaso habían vuelto?

—Bueno, es una historia complicada que no viene al caso —comentó para salir del paso—. Pero Sergio le gustaba, aunque creo que ella no ha sido consciente de cuánto hasta ahora. Suele pasar. No te das cuenta de lo mucho que valoras a una persona hasta que la pierdes.

—Sí, eso es verdad.

—Y supongo que debe estar arrepentida de no haberse dejado llevar por su corazón mientras tuvo ocasión. Ahora es tarde.

—Joder, qué mierda... Sergio era un tío estupendo —se lamentó apesadumbrado.

—Yo no lo conocía mucho, pero sí, tenía pinta de serlo. De verdad que lo siento muchísimo. Y ahora, discúlpame. Voy a llevarle esto a Alana —cogió la taza de leche humeante del microondas—. A ver si consigo que se relaje un poco y se duerma. Lo va a necesitar.

—Claro.

—En cuanto vuelva, preparamos algo para cenar, aunque si te soy sincera, no tengo ni pizca de hambre.

—Ni yo tampoco.

—Voy a quedarme con ella hasta que se tranquilice. Mientras tanto, si quieres, puedes aprovechar para ir duchándote.

—Sí, creo que eso haré.

Una vez se hubo marchado, Santi se quedó un rato allí sentado, pensando que la vida, a veces, era una auténtica mierda. Sin embargo, no podía quitarse la sensación de encima de que había algo en la historia que no terminaba de cuadrarle.

Capítulo 28

El Último Adiós

Al comienzo de la semana siguiente, casi todo seguía igual. Después del mazazo inicial, Alana había decidido centrarse en el trabajo para evadirse de los últimos acontecimientos.

Santi había intentado enterarse de algo más, pero la falta de contactos comunes no ayudaba. Había pasado un par de veces por la tienda por si daba con alguien que pudiera ofrecerle más información, pero siempre la encontraba cerrada a cal y canto y con el mismo cartel con el que se había topado Alana. Lo único que había conseguido averiguar era la fecha en la que las cenizas de Sergio serían vertidas al mar, gracias al mismo camarero con el que había hablado Alana y que, por lo visto, se había encontrado por casualidad con un conocido del difunto. El sepelio tendría lugar en un par de días, cuando estaba previsto que los restos mortales de Sergio llegaran a su tierra tras cumplimentar todos los trámites requeridos para este tipo de casos.

Aquella fue la única información, no corroborada, con la que contaba Alana para poder dar su adiós definitivo a su particular *Zorro*. Un hombre al que apenas había tratado, pero que había dejado en ella una impronta más profunda de lo que jamás hubiera imaginado.

No conocía a ningún familiar de Sergio, seguramente nadie sabía de ella dentro de su círculo de amistades (o al menos, eso era lo que ella esperaba porque sus circunstancias no eran las más apropiadas para ser contadas), así que era consciente de que no era quién para pedir que la dejaran asistir a la

reunión privada del último responso en alta mar. No obstante, había decidido ir al puerto y ofrecerle su particular adiós en silencio, en la distancia, porque necesitaba despedirse de él y decirle las cosas que no había alcanzado a revelar en vida.

Con un suspiro de resignación, se preparó para salir. Los días transcurridos le había servido para aceptar la realidad y empezar a asumirla. Aún sentía una gran tristeza en su interior, pero sabía que debía convivir con ella hasta lograr por sí misma superarla y seguir adelante. Al fin y al cabo, no le quedaba más remedio.

Cogió su bolso y buscó en él las llaves de su coche. Había llegado el momento. Decirle adiós era lo único que podía hacer para aliviar sus propios reproches por no haberse comportado con Sergio como debía haberlo hecho. Tantas veces que él le había pedido normalizar sus encuentros... siempre seguidas de sus rotundas negativas. Aunque para su descargo, se repetía que por aquel entonces no conocía su verdadera identidad.

Al llegar al puerto deportivo, una pequeña multitud estaba congregada en uno de los pantalanes. Todos ataviados con colores oscuros o discretos y con gesto circunspecto. Alana no dudó en que ese era el lugar a donde debía acudir.

A medida que se fue acercando, le llamó la atención la edad de muchos de los asistentes: gente bastante mayor para lo joven que era Sergio, aunque dio por sentado que debía tratarse de familiares.

No le dio tiempo a meditarlo mucho más. En aquel momento, un coche de color oscuro se detuvo delante del pantalán donde aguardaban el resto de los asistentes, a escasos metros de donde ella estaba. De la puerta de conductor se bajó un hombre maduro, cuyos rasgos le resultó fácil de identificar. El parecido con Sergio era asombroso, así que supuso que debía ser su padre. De

la puerta contraria, una mujer de edad similar, de pelo rubio y corta estatura. Seguramente, su madre...

Y de la puerta trasera...

Alana parpadeó varias veces para asegurarse de que sus ojos no la estaban engañando.

Sergio, *su Sergio*, se apeaba llevando en los brazos una urna funeraria. Se le notaba visiblemente emocionado, y la que ella había supuesto que sería su madre, se le acercó para pasarle un brazo por la cintura.

Alana no podía apartar los ojos de él, que ni siquiera llegó a verla, a pesar de encontrarse cerca del grupo. Su atención se centraba en aquel recipiente que abrazaba con fuerza y que cargaba como si fuera un tesoro.

«Sergio A.C.», rezaba la nota del periódico.

¿Podría tratarse de... su padre, quizás? O... ¿su tío?

Mierda, él le había dicho que la tienda era de un tío suyo, pero no llegó a imaginar que pudiera tratarse de él. Una vez que había escuchado, y leído su nombre, había dado por sentado de que se trataba de *su Sergio*. ¿Sería posible que su padre, o su tío, se llamasen igual? ¿Cómo no había reparado en eso?

Aún sintiendo en la distancia el dolor de él (no había más que ver lo afectado que se encontraba), un inmenso alivio la invadió como una corriente arrolladora. No podía dejar de repetirse, una y otra vez, que *su Sergio* estaba vivo.

Dios... Necesitaba acercarse a él y abrazarlo. Necesitaba decirle tantas cosas...

Pero no hubo ocasión. La comitiva fúnebre se subió a un pequeño barco de recreo que aguardaba por ellos, sin que nadie de los presentes volviera la vista hacia donde se encontraba Alana.

Sin embargo, no le importó. Lo esperaría el tiempo que fuera preciso, y entonces... Bueno, no sabía muy bien que haría, pero lo acompañaría y le ofrecería su consuelo, si es que él lo quería.

Lo que sí hizo mientras aguardaba el regreso de la embarcación fue enviarle un mensaje a Vero con un escueto: «*¡Está vivo! Nos equivocamos de persona*».

La respuesta de su amiga no se hizo esperar:

«*¡¿Cómo?!*»

«*No sé. Aún no he podido hablar con él. Luego te cuento*»

Hora y media más tarde, la comitiva hizo su aparición por el puerto. Alana no podía apartar los ojos de Sergio, a quien le pareció ver más entero que un rato antes.

Se acercó a la puerta del embarcadero y aguardó pacientemente hasta que todos desembarcaron, esperando a que él reparara en ella.

Cuando la vio, su gesto cambió diametralmente. Su mirada se dulcificó, y en sus ojos se podía leer la sorpresa por verla allí. A pesar de todo lo sucedido entre ambos, en los últimos días la había tenido muy presente en su pensamiento. En las dos últimas semanas había necesitado muchas veces tener a alguien a su lado a quien abrazar. Y cuando esa necesidad se volvía tan abrumadora que parecía comérselo por dentro, siempre surgía la imagen de Alana invadiendo sus recuerdos sin poder ni querer remediarlo. Tenía la certeza de que él no era importante para ella; que los sentimientos que ella le despertaba no eran correspondidos. Y aun así, la había necesitado desesperadamente. Se hubiera conformado con tenerla cerca aunque solo hubiera sido como amiga.

Y verla en ese momento, esperándolo (porque no dudaba que estuviera allí

por él), hizo que toda la necesidad que acumulaba de ella se transformara en algo diferente: un hambre desesperada por sentirla, tocarla, abrazarla, besarla hasta que de su memoria se borrara el pesar de los últimos días.

Se acercó a Alana y se miraron sin mediar palabra, como si en el silencio que los rodeaba estuviera escrito todo aquello que no se atrevían a pronunciar.

Alana terminó de dar el paso que los separaba, abriendo sus brazos y aferrándose con fuerza a su cuello en un abrazo sentido y verdadero. Sergio inspiró aire audiblemente, estrechándola contra su cuerpo lo más fuerte que pudo.

Sí, la había necesitado. Demasiado... Escondió la cabeza en la curva de su cuello y se dejó llevar por sus sentimientos. Alana le acarició la cabeza, dejando caer, como al descuido, pequeños besos sobre el cabello, revuelto por la brisa marina. Sergio podía sentir cada roce tierno de sus labios sobre su cabeza.

Finalmente, alzó los ojos y se miraron. Alana le sujetó las mejillas y aproximó su rostro al suyo para fundirse en un beso, sencillo, casi fraternal, que, lejos de parecerse a aquellos otros cargados de deseo y pasión, albergaba mucho más sentimiento que los que habían compartido tiempo atrás. Lo había pasado tan mal en los últimos días pensando en lo que pudo ser y no fue, que aquel beso representó la manera de deshacerse de las horas de remordimientos y reproches que habían llegado a asaltarla. Y Sergio no se hizo de rogar. Todo lo contrario. Trató de ahondar en el beso, tal había sido la necesidad que había sentido por ella en las dos últimas semanas.

Pero no tuvo ocasión. Un ligero carraspeo a sus espaldas, que se convirtió en tos fingida al no ser atendido, consiguió devolverlos del idílico mundo que por unos instantes habían creado a su alrededor.

—Sergio, cariño... —la voz de su madre terminó por romper el lazo entre

ambos—, nos vamos ya. ¿Vienes con nosotros?

Sergio desvió la mirada de Alana hacia su madre, sonriéndole con cariño.

—Mamá, déjame presentarte a una amiga: Alana —apoyó la palma de la mano sobre la espalda de ésta, obligándola a dar un paso al frente—. Ella es mi madre, Rosa.

Las dos mujeres se saludaron cortésmente con sendos besos en las mejillas. Cuando se separaron, Sergio aprovechó para coger a Alana de la mano y acercarla a su costado.

—Lamento que nos conozcamos en tan tristes circunstancias, Alana. Espero que podamos coincidir en otro momento más alegre que este.

—Sí... Y déjeme decirle que lamento su pérdida.

—Gracias. —Se volvió de nuevo hacia Sergio—. Hijo, vamos a casa a comer algo. Ya va siendo hora de que vayamos recuperando un poco de normalidad. Y tú deberías hacer lo mismo. Estos días has soportado demasiada presión y debes estar agotado. Por supuesto, tu amiga puede venir con nosotros si le apetece.

—Id vosotros, mamá. Si no os importa, me gustaría quedarme un rato con Alana. Desde que pasó lo del tío no hemos tenido ocasión de hablar.

Aquella última frase vino a confirmarle a la joven la identidad del difunto.

—Como quieras, cariño. Pero deberías marcharte pronto a descansar. Desde que llegaste de Madrid, apenas has pegado ojo.

—No te preocupes, mamá. En un rato iré a casa y te prometo que trataré de dormir un poco.

—Está bien. Nosotros nos vamos entonces —se acercó a su hijo y le dio un beso afectuoso en la mejilla—. Luego hablamos.

—De acuerdo.

—Y Alana —dijo volviéndose hacia esta—: Ha sido un placer conocerte.

—Lo mismo digo, Rosa.

Los dos jóvenes observaron como los padres de Sergio subían al coche y tomaban el camino de salida del puerto. Poco a poco, los demás asistentes al sepelio marinerero también se fueron dispersando hasta dejarlos solos, cogidos de la mano.

—Vámonos. Yo también necesito salir de aquí cuanto antes —le dijo él con voz cansada.

—Claro, lo entiendo.

—¿Traes coche? Vine con mis padres, así que no me he traído la moto...

—Sí, lo tengo aquí cerca. ¿Dónde quieres ir?

—Me da igual. A cualquier sitio, pero que sea lejos de aquí.

—Si quieres, te llevo a tu casa.

Sergio suspiró.

—No, no me apetece. Preferiría pasar un rato tranquilo contigo, la verdad.

—Está bien. Vámonos.

Tiró de su mano y lo llevó hasta donde había dejado aparcado su vehículo. Cuando ocupó su sitio frente al volante, comprobó que Sergio había cerrado los ojos. Unas oscuras ojeras se dibujaban debajo de sus pestañas y en su rostro podía leerse fácilmente el cansancio.

Así que, sin decir nada, actuó por instinto. En apenas quince minutos, entraba por la rampa del garaje de su bloque de pisos. La oscuridad los envolvió y el sonido amortiguado del lugar hizo que Sergio abriera los ojos.

¿Sería posible que se hubiera dormido? Sólo los había cerrado un momento, pero lo cierto es que no recordaba nada del trayecto.

—¿Dónde estamos? —le preguntó al no reconocer el lugar.

—En mi casa. Espero que no te importe. Te habías quedado frito y no se me ocurrió otro lugar donde poder ir.

—No, claro que no. Yo... lo siento; debes pensar que soy un maleducado.

Alana le sonrió con comprensión.

—Lo que pienso es que se te ve agotado, y que tu madre tenía razón cuando dijo que necesitabas descansar.

—No te negaré que lo estoy; han sido días muy duros.

—Anda, sal del coche y acompáñame.

Tomaron el ascensor que los llevó a la tercera planta donde Alana tenía su piso. Ya en el interior, lo condujo por el pasillo hasta llegar a su dormitorio. Sergio se dejó llevar, sorprendido por el cambio en la actitud de Alana.

—¿Qué pretendes, Alana? —de repente, el hecho de tenerla tan cerca después de tanto tiempo y de todo lo vivido esos últimos días evaporó su agotamiento y despertó su deseo por ella.

Ella lo miró e inevitablemente sonrió mientras una de sus cejas se elevaba. En el rostro de Sergio se podía intuir la deriva de sus pensamientos.

—No lo que tú piensas, *Zorro*. —El apelativo le salió con naturalidad, cosa que sorprendió a Sergio, sobre todo por el hecho de que no lo utilizara con connotaciones negativas—. Sólo quiero que duermas un rato. Luego si quieres hablamos, o si lo prefieres, te llevo a tu casa. Hoy seré tu taxi.

Lo obligó a echarse en la cama y le dejó un beso en la mejilla, acompañado de una caricia.

—Espera... —Sergio la cogió de la mano y tiró de ella, haciéndola caer a su lado.

Le rodeó la cintura con el brazo para evitar que se le escapara. Estaba agotado, cierto, pero la necesidad de tenerla cerca era mucho mayor. Alana

no había estado tan atenta y cariñosa con él desde sus primeros encuentros en la Sala Pecado.

—No te vayas aún —le susurró en una caricia—. Quédate conmigo.

—Sergio...

—No temas, no voy a volver a utilizar un pañuelo para enmascararme — comentó con humor—. No te voy a pedir nada más que tu amistad, porque sé que tu corazón nunca me ha pertenecido. Sólo quiero que te quedes junto a mí...

—¿Quieres que vele tu sueño?

—Lo que quiero es despertar y sentirte a mi lado. Asegurarme de que la Alana dulce y atenta con la que me he encontrado siga estando aquí cuando abra los ojos. Confirmar que tu compañía no es una quimera; cerciorarme de que no vas a desaparecer de mi lado.

No pudo evitar que una sonrisa apareciera en su rostro. Alzó la mano y le acarició la mejilla.

—No me iré, no te preocupes —Se tumbó a su lado y dejó caer el brazo sobre la cintura de Sergio. Él, la acomodó en su hombro.

El silencio y la sensación de intimidad empezaron a pasarle rápida factura a Sergio, que aunque luchaba por mantenerse despierto, terminó sucumbiendo al sueño. En cuestión de segundos, estaba profundamente dormido.

Capítulo 29

Borrón y cuenta nueva

Sergio se despertó aturdido, sin reconocer donde se hallaba. Pero al menos, estaba descansado. A medida que le iba venciendo la partida a los vestigios del sueño, fue recordando dónde y con quién estaba. Alzó la cabeza y la giró para encontrar que el otro lado de la cama estaba vacío. Miró a su alrededor. La oscuridad lo dominaba absolutamente todo. Con una sonrisa tonta, se dejó caer de nuevo sobre la almohada con pesadez.

Jamás hubiera imaginado encontrarse a Alana esperándolo en el embarcadero tras derramar las cenizas de su tío en la bahía. Había sido un soplo de aire fresco que le había inundado los pulmones sin esperarlo, después de todo el dolor sufrido en las últimas dos semanas.

No tenía ni idea de qué había podido pasar para que ella hubiera acudido allí, pero le dio gracias a la Divina Providencia por haberla puesto de nuevo en su camino.

Dispuesto a enterarse de cuáles habían sido esos motivos, se levantó de la cama y trató de alisar su arrugada ropa antes de buscar a su anfitriona. La encontró sentada a oscuras en un sofá frente al televisor, con las piernas recogidas. La joven dio un respingo al verlo aparecer por sorpresa en el salón.

—Lo siento, no quería asustarte —se disculpó Sergio por su silenciosa entrada.

—No, no pasa nada. —Lo recibió con una sonrisa cuando él se sentó a su

lado—. ¿Has descansado? ¿Te encuentras mejor?

—Sí... ¿He dormido mucho? La verdad es que he perdido la noción del tiempo. No sé ni qué hora es. —Se rascó la cabeza, alborotándose el cabello de tal manera que le daba un aspecto más infantil.

—Son las once y media de la noche. Llevas bastante rato fuera de juego.

—¿Tan tarde? —se sorprendió echando el cuerpo para atrás y abriendo poderosamente los ojos. Esa era la razón de que todo estuviera tan oscuro. Habían llegado al piso poco después del mediodía, y en ese momento era ya completamente de noche—. Debiste despertarme, mujer. Qué apuro...

—De apuro, nada. Fui yo la que insistió en que te acostaras y descansaras — le contestó encogiéndose de hombros.

—Sí, pero un rato, no todo el día —de verdad se sentía apurado por haber dormido como un lirón—. Igual querías acostarte más temprano y yo estaba ahí, ocupando tu cama.

—Eso es lo de menos. Tengo un sofá muy cómodo en el estudio. Si hubiera querido acostarme, no hubiera habido problema.

—De verdad, lo siento mucho. Es tarde y debes estar cansada. Creo que será mejor que me marche a casa. No quisiera importunarte más.

—No te preocupes, Sergio... —Ahora que por fin estaba despierto, no quería que se fuera tan pronto—. ¿Quieres comer algo? Tengo un trozo de empanada en la nevera. Es de hoy, así que si te apetece, puedo calentarla en el microondas.

Sergio la miró con un gesto sesgado. Alargó la mano y le tomó un mechón de cabello que le pasó por detrás de la oreja.

—¿Por qué te comportas así conmigo, Alana? Aunque esté encantado con este cambio, no consigo entenderte.

—Quizás haya llegado el momento de hacer borrón y cuenta nueva... — sugirió ella mirándole directamente a los ojos.

—¿Por qué? —aquella era una explicación demasiado breve—. Nuestra primera despedida no fue precisamente amistosa; luego, conseguimos suavizar la situación tras nuestra conversación en el pantano. Pero cuando coincidimos en el Ayuntamiento, pensé que todo se había vuelto a ir al garete... —Bajó los ojos algo avergonzado—. Reconozco que no actué bien y que metí la pata.

—Déjalo estar, Sergio...

—No, no puedo. Necesito que sepas que, cuando te vi con el *famoso Alex*, no pude evitar encelarme. Y ya, ya lo sé —levantó la mano antes de que ella pudiera replicar—; lo diré yo antes de que me lo reproches tú: no tenía motivos para hacerlo y mucho menos para ponerme como un gallito con él. Pero no me pude controlar. Lamento haberte puesto en una situación difícil con tu chico, pero ya sabes que te quería para mí...

—Sergio, Alex sólo es un compañero de trabajo...

—Sí, un compañero de trabajo al que... bueno, ya sabemos hasta dónde estás dispuesta a llegar por tenerlo a él. Y no me malinterpretes, no quiero que te sientas incómoda por esto que te estoy diciendo. A lo que vengo a referirme es que, después de nuestro último encontronazo, no puedo llegar a comprender tu cambio de actitud hacia mí.

Alana meditó su respuesta antes de dársela. En pocas palabras, él había dicho mucho, pero ella no tenía la misma soltura a la hora de expresarse; sobre todo cuando no terminaba de tener las ideas claras.

—No te negaré que ando hecha un mar de dudas en lo que a ti respecta. Después de que nos encontráramos en mi oficina, tuve la determinación de no volver a verte nunca más. Incluso si volvías, mi intención era derivarte a otro

compañero para que te atendiera —hizo una pausa antes de proseguir—. Fue Vero quien me hizo cambiar de opinión. Me dio unas razones lo bastante contundentes como para hacerme ver que me estaba equivocando.

—¿Puedo preguntarte qué razones fueron esas?

—Simplemente que, si habías venido por una cuestión profesional, yo debía atenderte como tal, como la responsable del departamento que soy —afirmó encogiéndose de hombros—. No debía anteponer un asunto personal a uno laboral.

Sergio asintió dándole la razón, aunque en su fuero interno hubiera preferido que aquel cambio se debiera a motivos muy distintos.

—Por eso te mandé el mensaje citándote para otro día —continuó ella—. Pero cuando llegó el lunes y vi que no aparecías... Seguramente, de haber sido otra persona, no me lo habría tomado tan a pecho, pero por algún motivo, contigo era diferente. Me cabré mucho, y cuando te llamé y no hubo manera de contactar contigo, pensé que me habías dado plantón... Ya lo sé, suena ridículo —dijo dejando escapar una sonrisa triste—. No era una cita ni nada por el estilo, pero aún así, me sentó muy mal.

—Por entonces, acababa de pasar lo de mi tío, y con las prisas y los nervios, me dejé el móvil. Por eso no te pude avisar —se disculpó—. Incluso tuve que comprarme un teléfono nuevo en Madrid porque no podía quedarme incomunicado durante el viaje. Reconozco que ni caí en que habíamos quedado, y cuando me di cuenta de que no te había dicho nada, ya iba en el avión. Tenía pensado disculparme contigo a la vuelta, pero...

—No, no hace falta que te justifiques —lo interrumpió—. Ahora lo entiendo. Sergio asintió dando así por solucionado el malentendido.

—¿Cómo te enteraste de lo que había pasado?

Alana inhaló aire cerrando los ojos. Aún recordaba su abatimiento cuando

creyó que la persona fallecida era él.

—Bueno, de lo que ha pasado en verdad me he enterado hoy mismo al verte.

—No te entiendo.

—Como tenía un cabreo de mil demonios por tu plantón, una tarde me acerqué a la tienda y me la encontré cerrada. Cuando pregunté en una cafetería cercana, me dijeron que *Sergio* había fallecido. Y yo pensé que ese Sergio eras tú.

—¿Pensaste que el que había muerto era yo? —preguntó abriendo los ojos desmesuradamente.

—Así es —confirmó ella asintiendo con la cabeza.

—Sergio era mi tío. Yo me llamo así por él...

—Sí, ahora lo sé. Pero cuando me dijeron el nombre, di por sentado que eras tú. Además, me dijeron que había fallecido en otro país, y tú me habías dicho que te ibas de viaje, así que lo relacioné rápidamente contigo. Y yo... —¿cómo explicarle la pena que la había embargado?—. Me sentí muy mal, Sergio —fue lo único que atinó a revelar.

—¿Te hubiera dolido si hubiera sido yo? —se aventuró a preguntar tras una breve pausa.

—Sí —reconoció sin titubeos—. Por eso fui hoy al embarcadero —bajó la mirada a sus manos y meneó la cabeza, como si tratara de deshacerse de un mal recuerdo—. Santi averiguó que hoy era el responso en alta mar y yo necesitaba darte mi último adiós.

—¿Por qué? —una tenue luz de esperanza, que ya creía perdida, empezó a abrirse paso en su corazón.

—No lo sé... —o quizás sí, aunque no quisiera reconocerlo todavía—, pero no podía apartar de mi cabeza que la última vez que nos separamos, lo

hicimos enfadados. Me sentí tan mal aquí —dijo señalándose el pecho. Después, mirándole a los ojos añadió—: No soy una mala persona, Sergio. Tengo mis defectos, como todo el mundo, pero no suelo tener problemas con nadie. Y tú...

Dejó la frase sin acabar, sin saber qué más decir.

—Yo no te tengo por mala persona, Alana.

—Pero yo me sentía tan mal por cómo me había comportado contigo...

—Si eso es lo que te preocupaba, quédate tranquila. Como ves, sigo vivo, y no te guardo ningún rencor.

Aunque trató de sonreír, la alegría no llegó a sus ojos.

—Ya, pero no estás bien.

—No, no lo estoy. Mi tío era muy especial para mí. Era como un segundo padre. Mi amigo, mi confidente, mi conciencia, mi consejero... A pesar de que me he tenido que encargar de todo el trámite para conseguir traerlo a casa, todavía no termino de asumirlo.

Una sombra de tristeza nubló los ojos del joven.

—No tienes por qué hablar de ello si no quieres.

—No me siento cómodo contando esto, lo admito. Y con otra persona seguramente no lo haría. Pero contigo es diferente; siento que puedo hacerlo. Supongo que necesito sacar toda esta pena que tengo dentro y que me está ahogando como si tuviera una losa sobre el pecho.

Alana asintió. Le comprendía perfectamente.

—¿Supongo que fuiste tú quien se encargó del papeleo?

Sergio asintió.

—Sí. Cuando nos llamaron del Consulado de España en Melbourne para avisar de lo que había pasado, me marché pitando para Madrid en busca del

primer vuelo que saliera hacia Australia. Y como te dije, me dejé el móvil olvidado. Sólo en llegar, tardé más de veintidós horas, entre escalas y esperas en el aeropuerto. Y una vez allí, había que arreglar todo el papeleo para poder repatriar los restos de mi tío a España. Afortunadamente, su seguro de vida se ha hecho cargo de los gastos, de lo contrario, hubiera sido casi prohibitivo traerlo a casa. No quiero ni pensar que hubiéramos tenido que dejarlo allí... El consulado nos ayudó desde un primer momento con todo lo necesario, pero la mayor parte de las gestiones debíamos hacerlas la familia. —Las palabras fluían como una cascada. Alana lo escuchaba sin intervenir, dejándolo hablar para que se desahogara—. Fue muy duro. El mazazo fue demasiado grande y durante los primeros días no conseguí asumirlo —exhaló compungido—. Aún me cuesta hacerlo. Lograr traerlo a casa, que sus restos reposaran en el lugar donde él siempre quiso, me ha tenido sin sueño, porque a veces la burocracia resultaba lenta y asfixiante. Es difícil comprender la poca empatía que tienen algunos cuando te encuentras en una tierra extraña, tratando de repatriar los restos de una persona que quieres. Es verdad que también he encontrado buena gente que ha tratado de ayudarme, pero han sido pocos. Y ha resultado un proceso agotador.

Alana alargó la mano, y suavemente, le acarició la mejilla.

—Ya puedes descansar, Sergio. Ya lo tenéis en casa...

—Sí, pero ahora queda superar la otra parte del duelo: el día a día. —Una sonrisa ladeada pintó sus labios, aunque su mirada permanecía ausente—. Rara era la tarde que no pasaba un rato por su tienda, y ni un solo día dejábamos de hablar unos minutos por teléfono, aunque sólo fuera para preguntarnos qué tal habíamos pasado el día —Suspiró, perdiéndose en sus recuerdos—. Decía que yo era el hijo que él nunca había tenido. Y aunque quiero muchísimo a mi padre, yo lo sentía como si en verdad lo fuera. Se me ha ido mi mejor amigo.

—Debes quedarte con todos los momentos bonitos que compartisteis —trató de reconfortarlo—. Lo vas a echar mucho de menos, y es lógico habida cuenta de la relación que os unía, pero todo se supera con el tiempo. Poco a poco, Sergio...

—Lo sé, pero ahora... Todavía es difícil de aceptar.

—Es normal... —Se le encogió el corazón al ver la tristeza que reflejaba su mirada—. Me gustaría poder ayudarte en esto. Si necesitas algo de mí... aquí estoy.

Sergio la miró a los ojos con seriedad. Había hecho planes para el fin de semana y por un momento...

—Había pensado... —Se calló. No sabía si atreverse a sugerirle lo que acababa de pensar.

—¿El qué?

—Me vas a tildar de loco...

—¿Por qué? Dime.

—Hasta el próximo lunes no tengo que volver al trabajo. Había pensado escaparme este fin de semana a la sierra. Tengo reservada una cabaña para alejarme de todo unos días, hasta que deba reincorporarme al colegio... Siempre me ha sentado bien escaparme cuando me he sentido muy agobiado, y en esta ocasión lo necesito más que nunca. —Se detuvo un instante antes de continuar—. Me pregunto si te animarías a venir conmigo.

La sorpresa se reflejó en los ojos de Alana, así como un atisbo de nerviosismo.

—No me malinterpretes, por favor. Contigo me resulta fácil hablar. Me siento cómodo a tu lado y creo que tú y Nico sois las únicas personas cuya compañía sería capaz de soportar estos días.

—¿Nico?

—Mi hijo.

—¿Tienes un hijo? —la sorpresa fue aún mayor.

—Sí, uno con seis años.

—¿Seis años! ¿Pero con qué edad lo tuviste, criatura?

—Muy joven —sonrió al decirlo—. Un desliz del que no me arrepiento en absoluto. Él es lo mejor que me ha pasado en mi vida.

—Vaya, no lo sabía...

—Espero que tener un niño no sea un inconveniente para nuestra incipiente amistad...

—No, no, por supuesto —le sonrió con cariño pensando en el término que había utilizado—, ¿por qué habría de hacerlo?

—¿Te vienes entonces?

—Es que... El viernes tengo que trabajar —se excusó débilmente.

—Y Nico tiene clase. No saldríamos hasta la tarde. —Se detuvo un segundo para evaluar el rostro de Alana—. Si lo que temes es que quiera convertir la escapada en un encuentro romántico, te aseguro que puedes estar tranquila. Hace dos semanas que estoy sin ver a mi hijo. Mi intención es disfrutar de él el máximo posible, así que *gozarías* de carabina.

—No sé. Es un poco precipitado. Estaríamos hablando de mañana mismo. No creo que pueda...

—Bueno, tienes doce horas para pensártelo —calló unos segundos y la miró suplicante a los ojos—. ¿Lo harás? ¿Lo pensarás al menos?

—Está bien, lo pensaré...

—Y... otra cosa.

—¿Qué? —preguntó nada segura de cuál podía ser su siguiente petición.

—¿Me podría comer ahora ese trozo de empanada?

Capítulo 30

La Sauceda

Se lo había tomado como un voto de confianza a sí misma. Un intento por descubrir qué era aquello que ocurría en su interior y a lo que, testarudamente, se negaba a poner nombre. Si no quería acabar volviéndose loca, sabía que más pronto que tarde debería aclarar cuáles eran los sentimientos que Sergio despertaba en ella.

En su decisión pesó mucho que Sergio le hubiera asegurado que no se trataría de una escapada romántica. Dos cosas acabaron por convencerla: primero, Sergio no estaría para mucha fiesta después de lo que había pasado, y segundo, su hijo estaría con ellos y no le creía capaz de intentar *nada* con el crío presente. Por otro lado, ella no estaba dispuesta a dar ningún paso del que pudiera arrepentirse más tarde. El niño, sin duda, sería una buena y bienvenida compañía.

Llegaron a La Sauceda, en del Parque Natural de los Alcornocales, pasadas las siete y media de la tarde. El trayecto desde la recepción hasta las cabañas de piedra, apenas era de veinte minutos a pie. Era de agradecer, en aquella fecha, aún hubiera suficiente luz para poder hacer el agradable recorrido andando, aunque por comodidad, decidieron que sus bártulos los llevaran en la furgoneta de la empresa que gestionaba el alquiler de las cabañas.

A Alana se le cayó el alma a los pies cuando llegaron a su destino. Si pensaba que se iba a encontrar con una cabañita de madera, coqueta, recogida y bonita en medio del monte (y por supuesto, con las comodidades básicas de

cualquier hotelito de montaña), se encontró con un chasco muy grande.

Nunca había estado allí, así que, en las horas previas a su viaje, idealizó el lugar en el que se alojarían. Contrariamente a lo que había pensado, las cabañas eran pequeñas, frías y de piedra. Las camas eran unos catres con colchones desnudos que, a simple vista, no parecían ser demasiado cómodos. El único mobiliario extra del que disponían era una mesa rústica con cuatro taburetes de madera. Eso sí, una pequeña chimenea, que seguramente en invierno haría las delicias de sus ocupantes, presidía la estancia central. Por desgracia, como estaban a final de la primavera, por mucho que refrescasen las temperaturas durante la noche, era improbable que se le fuera a dar uso alguno.

La zona de aseo y ducha estaba ubicada en un edificio auxiliar, y era comunitaria para todos los usuarios de las cabañas. Lo mismo sucedía con las barbacoas dispuestas en el claro para quien quisiera utilizarlas. Aunque el entorno era agradable, empezaba a arrepentirse de haberse metido en medio del monte como las cabras sin las comodidades a la que estaba acostumbrada.

—Papá, ¿puedo ir a jugar? —preguntó Nico una vez que hubieron soltado las mochilas sobre uno de los catres.

—Claro. Pero no te alejes del prado, ¿de acuerdo?

El chiquillo, que físicamente se parecía a Sergio, elevó los ojos al cielo, demasiado acostumbrado a aquel tipo de indicaciones.

—Sí, ya lo sé... Dónde me puedas ver, ¿verdad?

—Chico listo.

Con un encogimiento de los hombros, el chaval dio media vuelta y salió disparado por la puerta.

—No parece que te haya hecho mucho tilín la cabaña, Alana —le comentó con humor al leer espanto en su rostro—. ¿No conocías el sitio?

—Sólo de oídas —le confirmó negando con la cabeza—, pero nunca había venido aquí.

—Intuyo que no es lo que esperabas, ¿no?

—Bueno, no exactamente, la verdad. Pero supongo que me acostumbraré. Además, sólo serán dos noches —recordó con resignación, provocándole a Sergio una risita por lo bajo.

—Está mejor de lo que parece. No está tan mal una vez te acostumbras. Además, a estas alturas de la temporada, no suele haber mucha gente, así que si te preocupan los aseos públicos, dudo que tengas que compartirlos con mucha gente.

—La verdad es que me hubiera gustado más tener un baño dentro de la casa —no le hacía ni pizca de gracia pensar que se tuviera que levantar en medio de la noche y tuviera que atravesar medio prado para poder ir a hacer pis.

—Si no quieres ir hasta los aseos, puedes darle la vuelta a la cabaña y hacer lo que tengas que hacer en medio del monte. No te preocupes de que alguien te descubra. Cuando se hace de noche, aquí no se ve tres en un burro.

—Sí, en eso mismo estaba yo pensando —bufó con ironía.

—Si no te sientes cómoda, podemos irnos si quieres.

Que él sugiriese la posibilidad de volver, a pesar de que estaban allí precisamente para reponerse del fallecimiento del su tío, le pareció de agradecer. Y justo por eso, declinó la propuesta.

—No, no pasa nada; seguro que me las apañaré. Pero no traigo ropa de cama, y no me apetece dormir sobre el colchón así, sin más. A saber quién habrá dormido ahí...

—No te preocupes —le contestó con una sonrisa—. Como se me olvidó avisarte, he traído un juego de sábanas para ti. Y si tienes frío por la noche, podemos encender un rato la chimenea. Aquí detrás corre un arroyuelo y en

la orilla siempre hay ramas. Además, en pleno campo, siempre se puede encontrar madera para mantener vivo el fuego...

—Me encanta la chimenea, pero no creo que vaya a hacer falta.

—Bueno, ya veremos. Y si tanto te gusta, podemos venir cuando haga más frío, así la pruebas.

La cara de horror que puso Alana volvió a hacer reír a Sergio.

Al momento, oyeron el motor de un vehículo acercándose. Seguramente se trataba del guarda que les traía sus pertenencias.

Entre los dos, prepararon las camas y sacaron de sus macutos los bocadillos y demás alimentos que habían llevado para el fin de semana.

—Traje un par de bocadillos por si acaso, pero la verdad, pensaba que podríamos comer algo caliente por aquí cerca —comentó Alana enseñándole las escasas provisiones que había guardado en el equipaje.

—No sueles salir mucho a la sierra, ¿verdad?

—No. La última vez no fue hace mucho, pero me hospedé en un alojamiento rural —dijo recordando los días que había pasado recientemente en Benalup—. Así en medio del monte, esta es la primera vez.

—Esta noche te la podrás arreglar con los bocatas. Para mañana, tenía pensado subir al Pico del Aljibe, así que me he traído pan de molde y chacina suficiente para los tres. Si por la noche te apetece cenar caliente en algún sitio, podemos acercarnos hasta Cortes y comer algo allí.

—Pero se nos hará de noche y ya me has dicho que una vez que oscurece, aquí no se ve mucho.

—Bueno, tenemos linternas y aunque no hay luna llena, habrá luz suficiente para poder llegar hasta aquí sin problemas. Ya has visto que el camino es fácil.

—Pero nos podremos perder...

—No —rió Sergio sin poder evitarlo ante sus continuas excusas—, conozco demasiado bien la ruta como para que nos perdamos, no te inquietes.

—No sé, no me convence mucho eso de andar a oscuras.

—Confía en mí.

Y en efecto, estando con él, que parecía moverse en aquel ambiente como pez en el agua, pensó que quizás no todo fuera tan malo o peligroso como suponía.

—Confío en ti —reconoció, sin darse cuenta de que aquellas tres simples palabras eran más importantes para Sergio de lo que ella podía llegar a imaginar.

—Bueno, aquí dentro poco más hay que hacer. Dejaremos la comida que no esté bien precintada en los bolsos, no vaya a ser que mañana nos encontremos esto lleno de hormigas. Y ahora, vayamos a buscar a Nico. Ahora solo nos queda comer, charlar y dormir...

—Me parece bien —contestó ella satisfecha con el plan.

Salieron al exterior y en seguida vieron al pequeño corriendo y buscando bichos por los alrededores. Al oír la llamada de su padre, el niño dejó lo que estaba haciendo y emprendió camino de regreso a la cabaña.

Como la tarde-noche era agradable, decidieron sacar los taburetes y cenar en el porche.

La conversación discurrió sobre temas cotidianos, centrados principalmente en cómo le había ido el colegio a Nico durante las dos últimas semanas o situaciones del día a día del chiquillo. Todo muy normal, muy *familiar*, y a pesar de que Alana era una nueva incorporación al peculiar grupo, se sintió cómoda participando (o mejor dicho, escuchando) la conversación entre padre e hijo.

Al terminar la sencilla cena, el pequeño sugirió la posibilidad de sacar las colchonetas al raso y tumbarse sobre ellas para contemplar las estrellas. Resultaba evidente que aquello era algo frecuente en las escapadas con su padre.

—Nico, las camas ya tienen puestas las sábanas... Tendríamos que deshacerlas y volverlas a hacer de nuevo cuando nos fuéramos a acostar. Dejémoslo para mañana...

—Oh, venga, papi —protestó el chiquillo—. ¿Para qué la haces —dijo refiriéndose a las camas— si siempre nos tumbamos aquí cuando se hace de noche?

—La verdad es que hace una noche muy bonita. Nunca había visto el cielo tan estrellado —intervino Alana que hasta entonces apenas había hablado—. A mí también me apetece contemplar las estrellas.

Sergio la miró con una sonrisa ladeada. Quizás no lo supiera, pero era muy probable que poniéndose del lado de su hijo, se acabara de ganar varios puntos a ojos de éste.

—Está bien. Sacaré un par...

—¿Te ayudo? —se ofreció la joven haciendo amago de levantarse.

—No, no hace falta. Vosotros recoged los restos de la cena y tiradlos en la papelera mientras traigo las colchonetas.

Con las tareas asignadas, cada uno se dispuso a hacer su parte.

De camino a uno de los contenedores, apartado para pasar desapercibido en aquel entorno natural, Nico se dirigió directamente a ella por primera vez.

—Alana, ¿eres la novia de mi papá? —le preguntó con la naturalidad con la que hablaba cualquier niño de su edad.

La chica trastabilló ante la inesperada pregunta.

—¡No! Tu papá y yo sólo somos amigos.

—Humm —el crío pareció meditar su respuesta—. Pues parece que lo fueras.

—¿Por qué lo dices? —esperaba no haber mirado o sonreído más de la cuenta a Sergio. Si un niño lo había advertido, un adulto...

—Porque te mira mucho, y cuando lo hace, sonrío. Creo que le gustas...

¿Sergio sabía que tenía un hijo capaz de psicoanalizarlo mientras analizaba sus gestos? Daba miedo...

—No, no lo creo —ella no se había dado cuenta de esas miradas. La reunión durante la cena había resultado eso: una reunión amistosa entre dos adultos y un niño que contaba sus cosas desde la perspectiva de sus seis años.

—A ver... Conozco a mi padre desde antes que tú —afirmó como si su lógica fuera aplastante—, y sé cuándo algo le gusta y cuándo no. A mi madre no la mira así. Ellos sí son amigos, pero novios, no.

—¿Y te gustaría que lo fueran? —quizás se estaba metiendo dónde no la llamaban, pero fue incapaz de reprimir la pregunta.

—No sé... supongo —dijo encogiéndose de hombros—. Los papás de mis amigos viven juntos, pero los míos siempre han vivido en casas diferentes, así que no sé si me gustaría estar siempre en un mismo sitio. Creo que prefiero ir cambiando de un lado para otro. Así puedo tener dos cuartos distintos. Bueno, tengo dos casas y eso también es guay.

—Claro, claro. Eso también está bien.

—Me gusta ver a mi papá contento. Sé que ha estado triste porque el tío Sergio se ha ido al cielo; mi mamá me lo dijo. Y cuando me vino a buscar después de volver del viaje, lloró cuando me abrazó. Él dice que no, pero yo sé que sí estaba llorando.

—Tu padre quería mucho a su tío —afirmó recordando la conversación en el

salón de su casa—. Ahora vas a tener que estar pendiente de él y darle mucho cariño para que no sienta tanto la falta.

—Yo siempre le doy abrazos a papá. Lo quiero mucho —pareció ofendido ante la insinuación de que no supiera demostrar su afecto.

—No lo dudo. Pero le vendrá bien unos cuantos abrazos más de vez en cuando.

—¿Tú se los darás también?

Vaya tela con el niño y sus preguntitas.

—Si veo que lo necesita, claro que sí. Para eso están los amigos.

Nico pareció conforme con la respuesta.

—Está bien. Le daré más abrazos si con eso consigo que esté más contento.

—Me parece una buena idea.

—Y Alana...

—¿Qué?

—No me hubiera importado que en vez de su amiga hubieras sido su novia. Contigo se ríe y eso me gusta.

Sin añadir nada más, salió corriendo hacia la cabaña. Alana vio como, mientras Sergio se dedicaba a poner las dos colchonetas sobre el frío suelo, Nico se acercaba por detrás y le daba un fuerte abrazo a su padre por la cintura.

Alana sonrió a la distancia. Definitivamente, aquel crío parecía un buen chico.

Capítulo 31

Noche de Confesiones

Sergio había sacado dos de las tres colchonetas al exterior, y las había juntado sobre el suelo. Nico se adueñó de inmediato del centro, mientras que ellos dos se situaron a ambos lados del crío. Los tres, con las manos bajo la cabeza, observaban el cielo de estrellas que los cubría como un preciado manto brillante.

Iban buscando e identificando las constelaciones más fáciles del firmamento: la osa mayor, la osa menor, Perseo, Casiopea... También jugaron a buscar estrellas fugaces, con más empeño que acierto, y disfrutaron con lo que creyeron que podía ser el brillo de la estación espacial orbitando sobre la esfera terrestre.

Y así, transcurrieron las dos primeras horas: hablando de nada en particular y mirando el cielo a la caza y captura de algo que mereciera la pena ver. A pesar de que ya la noche había caído por completo, la temperatura exterior era agradable; solo un poco más fresca que en la ciudad, pero fácilmente soportable con una simple sudadera gruesa.

Un leve ronquido llamó la atención de Sergio y Alana, haciendo que mirasen hacia el centro de la improvisada cama. El pequeño Nico se había quedado dormido entre los cuerpos de ambos. Sus miradas se cruzaron y sonrieron con complicidad.

—Mucho ha tardado en caer... —comentó el padre mientras se levantaba despacio para no despertar a su hijo—. Está acostumbrado a acostarse a eso

de las nueve, y ya deben ser cerca de las doce.

—Además, se habrá levantado temprano para ir al colegio, ¿no?

—Sí. Su madre lo despierta a las siete y media y lo deja en el aula matinal antes de irse a la cafetería donde trabaja. El pobre debe estar muy cansado.

Con cuidado, lo cogió en brazos y lo llevó al interior de la cabaña. Previendo que aquello pudiera ocurrir, la única cama que permanecía vestida era la litera que estaba encima de la que Sergio. Se subió sobre el filo del jergón para auparse, lo dejó caer con cuidado sobre su colchoneta y lo tapó con cuidado. El niño, ni se inmutó.

Alana seguía los movimientos desde la puerta. Se había levantado por si necesitaba ayuda a la hora de acostar al niño, pero no hizo falta.

Con Nico ya en la cama, supuso que también sería hora de que los mayores hicieran lo propio. Se volvió dispuesta a ayudar a Sergio a recoger los colchones que habían quedado tirados en el suelo, aunque la voz del joven a su espalda la detuvo.

—¿Tú también estás cansada? —Alana pareció percibir decepción en su tono.

—La verdad es que no. Pero como Nico se ha acostado, pensaba que...

—¿Por qué no te quedas un rato conmigo? Yo todavía no tengo sueño y hace una noche preciosa.

La joven no pudo estar más de acuerdo. De nuevo, se acostaron el uno junto al otro pero sin rozarse, como si Nico aún estuviera entre los dos.

—Siento que el sitio no haya sido como tú esperabas —se disculpó Sergio, en alusión a la cabaña.

—No importa. —Cruzó las manos bajo la cabeza y suspiró satisfecha—. El espectáculo de una noche así lo compensa con creces. Nunca había visto tantas estrellas juntas...

—Vivimos en una ciudad costera. ¿Nunca has ido a la playa de noche?

Alana se volvió hacia él y enarcó una ceja. Sus miradas volvieron a cruzarse, pero esta vez no se apartaron.

—Claro que sí, pero el cielo no se ve igual que aquí...

Sergio se giró hacia ella y apoyando su cabeza sobre la palma de la mano, la miró divertido.

—¿Y no has probado a pasar una noche al raso junto a Los Toruños^[2]? Allí es imposible que te moleste ninguna luz... Y aunque es cierto que no se ven tantas estrellas como ahora, el cielo de noche también es impresionante.

—Lo cierto es que no. Sé que de vez en cuando se organizan jornadas de astronomía, pero nunca he ido a ninguna...

—Si te lo propusiera, ¿te apuntarías a una conmigo? —le insinuó.

Alana miró al cielo. No le importaría volver a contemplar un firmamento así, sobre todo en su compañía.

—Claro, ¿por qué no?

Sergio se volvió a recostar sobre su espalda, satisfecho por la respuesta. Por un instante pensó en cómo habían cambiado las cosas con Alana en los últimos días. Pareciera que su tío, al marcharse, hubiera decidido echarle una mano desde el *Más Allá*, porque todo había dado un vuelco radical desde que él se había ido.

—Tienes un niño muy lindo —comentó Alana para romper el silencio.

Una sonrisa se escapó de los labios de Sergio.

—No soy la persona más objetiva para opinar al respecto, pero sí... Nico es estupendo. A pesar de lo pequeño que es, lleva muy bien que su padre y su madre vivan separados.

—Bueno, hoy en día es algo más o menos habitual. Lo importante es que el

niño no sufra por ello.

Sergio hizo una mueca con la boca.

—Por fortuna, Andrea y yo nos llevamos bien. Aunque hayamos tenido problemas en el pasado, siempre hemos tenido claro que la felicidad de Nico es nuestra mayor prioridad. Ambos pensamos que las dificultades de los adultos nunca deben repercutir en el bienestar de los niños.

—Así debería ser siempre.

—Pues sí. Cuando nació, los dos éramos demasiado jóvenes y supongo que encontrarnos con una responsabilidad así nos hizo madurar antes de tiempo. Un hijo siempre hace que acabes poniendo los pies en el suelo te guste o no; supongo que es inevitable.

—Bueno, no siempre. Desgraciadamente, no todos los padres piensan igual. Los hay que están para echarles de comer aparte...

—Es cierto... —admitió encogiéndose de hombros, consciente de que ese no era su caso—. De todos modos, lo único que queremos es que Nico sea feliz. Y creo que lo es, aunque su madre y yo no estemos juntos.

Alana asintió, satisfecha.

—¿Sabes que me preguntó tu hijo cuando fuimos a tirar la basura?

—¿El qué?

—Que si yo era tu novia.

Sergio se incorporó de nuevo a medias y se volvió hacia ella.

—¿Y qué le contestaste? —preguntó curioso.

—Que sólo éramos amigos —respondió encogiéndose de hombros.

Sergio sonrió divertido.

—Espero que no te molestase su pregunta. Nico lleva tratando de buscarme novia desde hace dos años —afirmó consciente de cómo se las podía gastar

su hijo—. Su madre tiene pareja y lleva pidiéndole un hermanito con el que poder jugar desde hace tiempo, pero Andrea no está por la labor. Así que como su madre no se lo da, le está buscando novia a papá a ver si tiene más suerte.

—Y ya veo que se conformaría con cualquiera, siempre y cuando consiga lo que quiere —comentó Alana entre risas.

—No, con cualquiera no —contestó Sergio con seguridad—. Él no te habría dicho eso si no tuviera sus motivos.

«Porque contigo se ríe y eso me gusta...», había sido la explicación del pequeño.

—Bueno, quién sabe lo que pasa por la mente de un crío de su edad, ¿verdad? Con aquella frase, Alana quiso dar el tema por zanjado. Sin embargo, Sergio no se volvió a tumbar. Continuó mirándola, meditando si debía preguntarle lo que realmente deseaba saber. Como no se decidía, fue Alana quien terminó por lanzarse.

—¿Por qué no lo sueltas de una vez?

—¿El qué?

—No lo sé. Quieres decirme algo y no terminas de decidirte...

—No me atrevo —afirmó con sinceridad—. Ahora que por fin parece que hemos firmado una tregua en apariencia definitiva, no quisiera volver a cagarla si te pregunto una cosa que no deja de martillearme la cabeza.

—Pues entonces, no lo hagas y así no lo fastidias —replicó soltando un suspiro.

—Ya, pero... es algo que me reconcome. Sé que no debería, pero no lo puedo evitar...

—¿Por qué intuyo que sé de qué se trata? —lo miró sin pestañear y él no

apartó los ojos de ella. La chanza que hasta hacía unos instantes se había dibujado en su rostro había dado paso a una actitud más seria—. Quieres preguntarme por Alex, ¿verdad?

Alana deseó no ser ella quien estuviera cagándola ahora por mencionar a su compañero en una noche tan placentera. Pero no. Su intuición no le había fallado.

—Si no me quieres contar nada, lo respetaré. Pero necesito que me confirmes si estáis juntos. Cuando os vi el otro día, no dudé de que así era; pero también me ha extrañado que, si estás con él, hayas querido venir a pasar con nosotros el fin de semana. No sé qué pensar, lo admito.

—¿Por qué tienes tanto interés en saberlo?

Sergio resopló como si la respuesta no fuera más que evidente.

—¿Necesitas preguntármelo? Él ha sido la persona que siempre se ha interpuesto entre tú y yo. —Hizo una pausa antes de continuar—. Me gustas demasiado y no tengo ningún problema en reconocerlo abiertamente. Por eso quise que nos quitásemos las máscaras y nos mostráramos tal cual somos fuera de aquel lugar, ya lo sabes. Prefiero ir con la verdad por delante, y afrontar los hechos tal como son, aunque no me gusten. Así sé a qué debo atenerme.

Alana lo meditó. Quizás no fuera tanto lo que le estaba pidiendo.

—Si te hablo de Alex, ¿dejaremos el tema de una vez y para siempre?

—Te lo prometo —afirmó con vehemencia, sorprendido de que ella pudiera acceder. Esperaba que volviera a salir por la tangente, no que estuviera dispuesta a hablar de lo que él quería. Porque ante todo, necesitaba saber en que terreno se estaba moviendo antes de dar ningún paso más en la dirección que realmente deseaba.

—Está bien. A ver —trató de ordenar sus pensamientos—... Para empezar,

yo no tengo nada con Alex. Nunca lo he tenido, y ahora tengo claro, que nunca lo tendré —le resumió sacudiéndose las palmas de las manos entre sí, como si con aquella explicación estuviera todo dicho—. Fin de la historia.

—¿Y ya está? —Sergio quería saber más. Mucho más.

—Es un breve resumen de la situación —sus labios se fruncieron en una mueca—, pero sí, se podría decir que eso es todo.

—Pero estás enamorada de él —insistió.

Alana tomó aire antes de contestar.

—No, no lo estoy.

—Lo estuviste entonces.

—No vas a parar hasta que te lo cuente todo, ¿verdad?

—No puedes decirme que vas a hacerlo y después darme una explicación tan pueril. Lo siento, pero necesito saber...

—Venga va... —resopló audiblemente—. Parece que esta noche se va a convertir en la noche de las confesiones... —Alana se incorporó lo suficiente para sentarse con las piernas cruzadas. No le resultaba cómodo hablar de aquellas cuestiones estando acostada junto a él. Se aclaró la garganta antes de continuar—. Como ya habrás supuesto, Alex es un compañero. No trabajo directamente con él, pero Vero sí. —Suspiró y continuó—. No te voy a negar que me parece un hombre muy atractivo; ya le has visto la planta. Pero si soy sincera, no puedo decir que haya estado enamorada de él alguna vez. Para estarlo necesito algo más que cruzármelo ocasionalmente por algún pasillo del Ayuntamiento y saludarlo con un triste *buenos días*.

Sergio asintió.

—Y por eso acudiste a los *Viernes*, para obtener ese *algo más*.

—Aquello fue algo que no planeé —comentó negando con la cabeza—. Vero

se enteró *por casualidad* de que a Alex le habían regalado un pase por su cumpleaños; y ella, creyendo que me hacía un favor, me regaló otro a mí. Mi primera intención fue la de no ir, la verdad. Pero llegó el día, y estaba en una de esas noches tontas en la que de buenas a primeras se te cruzan los cables... Y al final me dije, «¿Por qué no?». Además, sólo sería esa vez. Alex está casado y no tengo intención de romper el matrimonio de nadie, aunque por ahí se diga que hace aguas por todas partes. En fin, allá cada cual con sus historias. Pero —intentó justificarse—, si Alex, que era quien no debía ir, acudía, ¿por qué habría de ser yo la de los remordimientos? Así que, como se suele decir, me lié la manta a la cabeza y me decidí. Lo que sí tenía claro era que si él, o mejor dicho, tú, no hubiera ido, me habría dado la vuelta sin más. No iba con la idea de acostarme con cualquier desconocido...

—Pero al final, eso mismo fue lo que hiciste —su sonrisa lució amarga.

—Ya... pero yo no lo sabía.

—Lo que no alcanzo a comprender es cómo pudiste confundirnos. No creo que nos parezcamos tanto...

Alana movió la cabeza, indecisa.

—Os dais un aire, pero es cierto que ahora que conozco bien los rostros de los dos, ni yo misma me explico cómo me pude equivocar. Reconozco que fue un tremendo error por mi parte y siento haberte metido en este lío sin comerlo ni beberlo.

—Yo, en cambio, no lo siento en absoluto, aunque supongo que en este asunto tenemos puntos de vista muy diferentes. Volviendo a lo de antes: ¿No temiste que Alex pudiera reconocerte?

—¡Por supuesto! —exclamó abriendo los ojos. Aquel siempre había sido su mayor temor—. Pero confiaba en que la máscara protegiera mi identidad.

Sergio bufó.

—Perdona que te lo diga, pero si yo hubiera sido él, te hubiera reconocido de inmediato. La careta que escogiste era demasiado pequeña y apenas ocultaba nada. No habría que ser un lince para reconocerte con facilidad. Si yo pude adivinar, o mejor dicho, intuir, tu rostro, imagínate para alguien que te conociera de verdad.

—¿Tú crees? —preguntó asustada.

—Seguro, créeme. Pero bueno, sigue contando.

—No sé qué más quieres saber...

—¿Por qué aceptaste volver de nuevo?

—No era mi intención hacerlo. Sólo iba a ser esa vez y nada más... —le aseguró encogiéndose de hombros—. Pero después de haber pasado la primera noche contigo, que fue tan... maravillosa, no pude negarme cuando me pediste que volviera a la semana siguiente.

—Ya veo... Al menos trataré de consolarme pensando que te fuiste de allí pensando que habías estado con un buen amante —admitió con cierto grado de tristeza, porque no eran sus besos los que ella había anhelado, sino los de otro.

—Bueno no; el mejor que había tenido nunca. En una sola noche, conseguiste que me enganchara a ti sin remedio.

—Dirás a él.

—Obviamente, no era a él, aunque en aquel momento no lo supiera. —Tomó aire, dispuesta a continuar con el relato—. Al lunes siguiente, Vero vino a mi oficina para decirme que Alex era un *rajado* y que se había enterado, también *por casualidad*, de que su compañero no había hecho uso del regalo que le habían hecho sus amigos; que había cambiado los planes previstos para aquel viernes por una cena romántica con su mujer.

Aquella afirmación sorprendió a Sergio.

—No comprendo entonces: si ya sabías que te habías equivocado de hombre, ¿por qué volviste?

—Porque no me lo creí —contestó con énfasis—. Yo le había dicho a Vero que tampoco había ido; ¿por qué no iba a hacer él lo mismo? Fui tan tonta como para creer que lo que había pasado entre los dos había sido tan bonito y tan especial, que Alex no había querido contarle nada a sus amigos. Por eso volví.

—No fuiste tonta, *Débora*. —Se acercó sutilmente y le tomó la mano—. Fue bonito y también fue especial. Pero sucedió conmigo; no con él. No me gusta que otro se lleve un *mérito* que no le corresponde. Entiendo que aceptaste la tercera vez por la misma razón que la segunda, aunque algo debió pasar para que aquella última vez lo hicieras enfadada.

Alana asintió.

—Cuando empezó la siguiente semana me encontré con una sorpresa desagradable en el trabajo. Por lo visto, Alex estaba liado con otra compañera, y el marido de ésta fue a buscarlo para pelearse con él. Te puedes imaginar el numerito que se montó cuando los dos se enzarzaron... Fue la comidilla del Ayuntamiento durante días.

—Lo imagino. —Acarició con el pulgar el dorso de la mano que aún mantenía sujeta—. Supongo que para ti debió ser un mazazo enterarte de que había alguien más.

Ella asintió recordando aquellos días no tan remotos, pero que parecían perdidos ya en un pasado lejano.

—No te negaré que fue un trago amargo. Me sentía tan... no sé cómo decirte, estafada. Era consciente de que lo de los Viernes no duraría para siempre, pero... ¿Liado con otra? ¿No tenía bastante conmigo? Me enfadé tanto, tanto, que a pesar de que me juré y perjuré que no iría nunca más a la Sala,

necesitaba sacarme de dentro todo el rencor que me estaba reconcomiendo. Quería dejarte allí tirado como sentía que habías hecho tú, o él, conmigo.

—Ahora entiendo tu reacción, aunque en aquel momento conseguiste dejarme completamente descolocado...

—Y volví a caer... —recordó con falsa ironía—. No sé qué demonios me pasaba contigo que me sentía demasiado vulnerable cuando nos quedábamos a solas. Y eso me cabreaba aún más: contigo y conmigo misma —guardó silencio unos instantes para tomar aire—. Cuando esa noche me arrancaste la máscara... creí que me moriría allí mismo. Pensé: «Todo va a explotar ahora mismo. A la mierda mi secreto». Y entonces, te la quitaste tú.

—Ya... Creo que jamás podré olvidar tu expresión cuando me dijiste «¿y quién coño eres tú?». En aquel instante, me hundiste...

—Lo siento. —Y era verdad—. Todo esto nos ha llevado de un malentendido a otro y con nuestro bagaje anterior, veo difícil que alguna vez podamos superar ese desencuentro.

—¿Por qué no? Yo creo que vamos dando pasos en la dirección correcta...

—Siempre estará ahí, Sergio —adujo como si realmente aquella situación fuera, más que una anécdota, un lastre.

Sergio la observó con detenimiento un instante, estudiando la mejor manera de formular la siguiente pregunta.

—¿Y eso, dónde nos deja? —dijo al fin—. ¿Qué crees que puede pasar entre nosotros a partir de ahora?

Ahí estaba la cuestión...

—Supongo que podríamos ser amigos, si no volvemos a tocar este tema nunca más.

Sergio meditó las opciones. Aunque no fuera lo que pretendía, sí era algo a lo

que podía aferrarse.

—Podría ser un comienzo... —aceptó finalmente.

—Sí, podría serlo...

Capítulo 32

Una Reunión Desagradable

El fin de semana transcurrió en perfecta armonía entre Sergio, Alana y el pequeño Nico. A pesar de las incomodidades del alojamiento, la muchacha tuvo que reconocer, ya de vuelta el domingo por la noche, que habían terminado siendo un par de días agradables, reponedores y hasta liberadores. Agradables porque había descubierto que Sergio, en su salsa, podía resultar un hombre absolutamente encantador. En determinados momentos su mente parecía ausentarse del grupo y su gesto se volvía triste y melancólico. Pero Alana había respetado sus silencios y había comprendido que después de su reciente pérdida, todavía le quedaba por sufrir altibajos. No obstante, esos habían sido los menos, seguramente porque quería evitar que Nico, con su singular astucia, pudiera percibir su abatimiento.

Nico había sido otro motivo más para disfrutar de la escapada. El niño era un amor. Sus razonamientos, a veces propios de su edad, a veces demasiado lógicos para los seis años que tenía, les habían provocado más de una risa a los adultos, que habían disfrutado de la vitalidad, la energía y la alegría contagiosa del crío.

Y desde luego, le había servido para recuperarse del susto de haber creído muerto a Sergio de una manera tan repentina. Esa *tregua* que había comenzado días antes en el embarcadero del puerto deportivo, parecía que se consolidaba poco a poco. Porque una vez que hubieron hablado largo y tendido de aquellos Viernes de Pecado, y habiendo decidido no sacar más el

tema en el futuro, parecía que al menos iban a ser capaces de mantener una amistad, si no estrecha, al menos sí cordial.

Se arrebujó feliz entre las sábanas de su, esta sí, comodísima cama, rememorando cómo el fin de semana había culminado con una despedida perfecta:

Tras dejar a Nico con su madre, Sergio llevó a Alana a su casa y se empeñó en llevarle la mochila hasta la misma puerta de su domicilio.

—No hace falta, Sergio; si no pesa nada... Yo puedo con ella —le aseguró Alana, queriendo evitarle la molestia—. Vete ya que es tarde y debes estar cansado.

—No te preocupes, si a mí no me cuesta... La que sí parece cansada eres tú. Si te dejo tirada a tu suerte, no estoy seguro de que puedas llegar hasta la puerta.

—No sólo lo parezco; lo estoy —contestó con una sonrisa sincera—. Pero reconozco que ha merecido la pena.

—¿De verdad?

—Sí. Admito que la escapada ha estado mucho mejor de lo que creí al principio. Eso sí, estoy loca por darme una ducha en condiciones...

Al llegar, Alana rebuscó en el bolsillo exterior de su mochila las llaves del piso. Entraron y le indicó a Sergio dónde podía dejarla. Más tarde se encargaría de deshacerla y guardar o echar al lavado su contenido.

—Bueno, pues ya está. Me voy para que puedas darte esa ducha...

Alana lo acompañó a la puerta para despedirlo.

—Gracias, Sergio. Por todo...

—Gracias a ti por haber venido. Yo también he disfrutado mucho del fin de semana.

La miró a los ojos, y sonrió satisfecho. Lentamente, se fue acercando más y más hasta quedar a escasos centímetros de ella.

—He de confesarte que te he acompañado hasta aquí por un motivo muy particular.

—¿Por qué? —preguntó nerviosa, consciente de sus intenciones.

—Hay algo que llevo deseando hacer desde que te recogí el viernes.

—Sergio...

—Sólo voy a despedirme —le susurró acercándose todavía más—. No te asustes...

La cogió por la cintura y fue bajando lentamente la cabeza hasta posar sus labios sobre los de ella. De haber querido, Alana habría tenido tiempo suficiente para separarse o para apartarlo, pero no hizo ni una cosa ni otra.

Fue un beso breve, gentil, casi amistoso. Pero fue un beso.

Al separarse Sergio se perdió en sus ojos y ella pudo leer un toque de humor en los de él.

—Mejor sin máscaras, ¿verdad?

Alana rió meneando la cabeza. Estaba claro que, a pesar de sus buenos propósitos, el tema de los Viernes de Pecado nunca quedaría enterrado.

—Mucho mejor —admitió.

—¿Te puedo llamar?

—Supongo que sí... Somos amigos, ¿no?

—Claro. Amigos. Buenas noches, Alana.

—Buenas noches, Sergio.

Lo que no esperaba era que el lunes, al levantarse, le doliera todo el cuerpo

por culpa de las agujetas. Sergio le había dicho que la subida al Pico del Aljibe era una ruta bastante suave, pero las consecuencias de la caminata empezaban a pasarle factura en su cuerpo poco ejercitado. Más le valía que empezara a sopesar la posibilidad de apuntarse a un gimnasio o buscarse algún deporte que hacer si no quería que aquellos molestos pinchazos se volvieran a repetir. Y no porque tuviera intención de hacer otras rutas y escapadas con él... para nada. Pero era demasiado joven para estar en una forma física tan lamentable. Sí. Ese era justamente un buen motivo para empezar a moverse un poco.

Cuando llegó a su oficina y encendió el ordenador, le llamo la atención un correo electrónico fechado a última hora de la tarde del viernes que no había llegado a ver cuando se marchó.

«Tenemos una conversación pendiente», rezaba el asunto.

Pinchó sobre la correspondiente línea y empezó a leer el escueto mensaje:

«Llevo esperando dos semanas para hablar contigo. Supongo que tus compañeros deben haberte comentado que me he pasado al menos cinco veces por tu despacho, pero siempre me dicen, o que estás reunida, o que tienen orden de que no se te moleste.

Te agradecería que el lunes sin falta me hicieras un hueco en tu apretada agenda, o de lo contrario, tendré que hacer uso de argumentos más contundentes para convencerte de que debes hablar conmigo.

Alex.»

Leyó y releyó el mensaje al menos en tres ocasiones. Y cuantas más veces lo hacía, más se le fruncía el ceño. El tono en el que estaba redactado le desagradó de inmediato, y una sensación extraña le recorrió la boca del estómago.

Además, ¿a qué se refería con eso de hacer uso de argumentos más

contundentes para convencerla de que por narices tenía que hablar con él?

No era ajena a las continuas visitas que le había hecho en días pasados (no recordaba que fueran cinco, aunque él parecía llevar bien la cuenta). Pero también era cierto que había tenido varias reuniones que atender, sobre todo cuando intentó refugiarse en el trabajo para no pensar en la presunta muerte de Sergio.

Se echó hacia atrás en su silla, sin poder evitar que un gemido de dolor escapara de su garganta al sentir un pinchazo agudo en los muslos. Malditas agujetas...

Miró la pantalla otra vez y decidió que ya era hora de afrontar también ese problema. Aunque no le gustaba cómo sonaba la última frase del correo, era cierto que le había prometido que hablaría con él. Fue lo único que le valió para sacarlo de su oficina el día del dichoso encontronazo con Sergio.

Se acercó al teclado, y dándole al botón de *Responder*, se limitó a escribir: «He estado ocupada. Si quieres, pásate por mi despacho a eso de las doce. ¿Te viene bien?»

Alex debía estar aguardando la respuesta, porque a los veinte segundos recibió la contestación:

«¿No podemos quedar fuera del trabajo? ¿Qué te parecería quedar esta noche para cenar?».

«¿De qué va este ahora?», se preguntó en voz alta: «No, imposible. A las doce en mi despacho.»

No hubo contestación alguna, así que dio por hecho que Alex estaba de acuerdo con la hora y el lugar propuesto. Y si no, eso era lo que había.

Con puntualidad inglesa, y a la hora fijada, Alex golpeaba con los nudillos la puerta de la responsable de Juventud y Deportes para llamar su atención, que

estaba fija como siempre, en montañas de papeles.

Al levantar la vista, Alana no pudo sino reconocer, como había hecho tantas veces, que Alex era un hombre muy guapo. Vestía con buen gusto, con ropa elegante, pero no excesivamente formal. Tenía una sonrisa que podía quitar las penas a la más pintada, unos ojos grises y oscuros que quitaba el hipo, y en general, un rostro armonioso que bien podría aparecer en cualquier anuncio de colonia. Con esa planta, no era de extrañar que atrajera la atención de muchas de sus compañeras de trabajo. Sin embargo, a Alana le pareció que el pequeño *flotador* que asomaba a la altura de su cintura no era nada sexy; y que si sus ojos fueran un pelín más claros, serían más bonitos.

Después de todo, y una vez que había descubierto que no era un hombre tan interesante como había pensado durante años, le pareció que ya no le resultaba tan atractivo como antes.

—Son las doce en punto —le informó él al darse cuenta de que lo miraba con fijeza, pero sin invitarle a entrar.

—Oh, disculpa —se sonrojó levemente, consciente de que la había pillado radiografiándolo—. Pasa, por favor, y siéntate.

Al entrar en la oficina, Alex cerró la puerta a sus espaldas, haciendo que Alana frunciera el ceño. Le había dicho que entrara, no que cerrara. Sin embargo, se abstuvo de hacer ningún comentario y esperó a que tomara asiento frente a ella.

Alana se quitó las gafas que utilizaba para trabajar, y apoyando los codos sobre la mesa en una pose muy *profesional* se dirigió a él.

—Y bien, ¿en qué puedo ayudarte?

Una sonrisa ladeada perfectamente estudiada para seducir, afloró en los labios de Alex.

«Pero mira que es guapo el cabrón... Y lo peor de todo, es que él lo sabe.», le

dijo el demonio instalado sobre su hombro.

—Tenemos una conversación pendiente, Alana.

—Una conversación, ¿sobre qué...?

«Por favor, por favor, que no vuelva a sacar el tema... Ya estoy cansada de todo esto. ¿Hasta cuándo me van a perseguir los dichosos *Viernes?*».

Alex se inclinó hacia delante en su asiento y al igual que ella, se apoyó sobre el escritorio. Alargó la mano hasta coger una de las muñecas de Alana, sin que ésta tuviera tiempo de evitarlo.

—Sobre nosotros...

Con un tirón suave, Alana rompió el contacto.

—No me consta que haya un *nosotros*, Alex. No quiero que te confundas sobre eso —le dijo con educación, pero también con firmeza.

—Aún no, pero estoy seguro de que lo habrá —Se levantó de su asiento y rodeó la mesa. Por instinto, Alana rodó su silla hacia atrás. Alex aprovechó el hueco dejado para sentarse sobre el filo de la mesa—. No dejo de pensar en lo que hiciste por mí —le dijo con un sutil ronroneo—. Tienes que estar muy enamorada para haberte metido en un tugurio así con la sola intención de pasar una única noche conmigo.

La mirada de Alana se tornó fría y dura.

—Te vuelves a confundir, Alex. No estoy enamorada de ti. Quiero que eso te quede bien claro.

—Entonces, tendré que esforzarme para que lo estés después de que compartamos esa noche que tenemos pendiente.

La joven pestañeó un par de veces, mirándolo con estupefacción.

—¿Perdona? —su tono era fiel reflejo de la incredulidad que reflejaba su cara.

Alex volvió a levantarse para acortar la escasa distancia que los separaba. Apoyó de nuevo sus manos sobre las de Alana, que permanecía firmemente agarrada a los brazos del sillón. Se agachó lo suficiente para que los ojos de ambos quedaran a la misma altura.

—No voy a renunciar a mi Viernes de Pecado. Ahora que sé que tú vas a ser mi regalo, no tengo intención de desaprovechar la cita que tenemos pendiente —ese hombre debía tener ensayada la voz sensual que acababa de utilizar; le había salido perfecta.

—¿No crees que yo tengo algo que decir al respecto? Estás dando muchas cosas por sentado, Alex —intentaba parecer calmada, aunque por dentro un torbellino de emociones y nervios parecía querer apoderarse de ella.

—Es lo que tú querías y, ahora, es lo que yo más quiero. He fantaseado mucho contigo en estas dos semanas. Ya va siendo hora que esas fantasías se conviertan en realidad para ambos.

—Definitivamente, estás dando demasiadas cosas por supuesto —repitió de nuevo, esta vez con voz extremadamente seria. La situación estaba empezando a pasar de castaño oscuro y se sentía muy incómoda con su cercanía. Intentó levantarse de su asiento para tomar distancia, pero él se lo impidió—. ¿Podrías soltarme, por favor? Vas a dejarme los brazos señalados de tanto apretar...

Alex pareció darse cuenta entonces de la fuerza con la que, sin querer, la tenía sujeta.

—Perdóname. Pero cuando la pasión me asalta no soy capaz de controlarme. «Vete a la mierda, Alex», estuvo a punto de contestarle. Sin embargo la prudencia se impuso y trató de razonar con él, una vez que pudo levantarse para recuperar una distancia prudencial.

—A ver, creo que aquí hay una confusión importante. Te lo voy a decir una

vez y espero que sea suficiente para que este asunto quede claro entre los dos. Me desagrada muchísimo hablar de esto y apelo a tu sentido común para que nunca más vuelva a salir este tema a relucir. —Aspiró profundamente y lo miró a los ojos—. Alex, que yo fuera a ese dichoso lugar fue un tremendo error por mi parte. Todos podemos pasar por un mal momento, y eso fue justamente lo que a mí me ocurrió. En condiciones normales, jamás... óyeme bien, jamás, hubiera ido allí. Ni por ti, ni por nadie.

—Pero lo hiciste... Y no me digas que por nadie; fue por mí —la cortó él.

—¿Quieres dejarme hablar? Te agradecería que no me interrumpieras... Me interesa que esto te quede muy claro.

—Disculpa.

—Bien. Pues eso: aquel fue un error que cometí y nada más —continuó cada vez más segura—. Pagué las consecuencias y asunto concluido. Quiero que te quede bien claro que no ha quedado ninguna noche pendiente entre tú y yo. Que no existe, ni existirá, ningún *nosotros*, así que te agradecería muchísimo que no utilizaras ese término para referirte a ti y a mí. Y sobre todo, no quiero que vuelvas a molestarme con este tema. Espero que, cuando salgas por esa puerta, este asunto haya quedado aclarado, finiquitado y enterrado para siempre. Y ya está.

Alex pareció masticar cada palabra que escuchaba, como si las estuviera digiriendo una a una.

—No puedo... —dijo simplemente.

—¿Qué es lo que no puedes? —Alana estaba empezando a crisparse.

—No puedo olvidarlo; no puedo dejarlo; no puedo renunciar a tener lo que por derecho es mío.

—¿Pero qué derecho ni hostia?! —espetó exasperada.

Alex se acercó a ella como un animal de presa.

—Quiero mi noche de pecado. Sólo una. Pero la quiero —Se detuvo ante Alana y lentamente le rodeó la cintura en un abrazo insinuante y exigente a la vez—. No voy a renunciar a ella. Me he acostumbrado a imaginarte tanto, te he fantaseado de tantas maneras, que me pongo cachondo con sólo pensar en tu lado perverso.

Bueno, aquello ya era suficiente.

Alana echó la mano hacia atrás y le propinó tal bofetada que debió oírse desde el otro lado de la puerta.

—Vete a la mierda, Alex —esta vez sí que lo dijo en voz alta y con todas las letras—. No vas a tener nada de mí, ¿te enteras? Me importa un *carajo* lo que hayas imaginado o dejado de imaginar. Y si te pones *cachondo* —dijo con retintín—, me da igual que te alivie tu mujer, tu amante, que te hagas una paja tú solito o que se te caiga a pedazos. No te atrevas a acercarte a mí para volver a proponerme nada de índole personal, ni mucho menos, sexual. Y sal ahora mismo de mi despacho. Ya he tenido suficiente por hoy.

Trató de empujarlo con todas sus fuerzas para separarse de él, que aún la mantenía férreamente sujeta, pero fue en vano.

Alex la alzó en volandas y la llevó contra la pared. Introdujo una de las rodillas entre sus piernas buscando un contacto más íntimo.

Alana empezó a asustarse de verdad.

—Quiero mi noche, Alana —en su voz ya no había la calidez ni la sensualidad de antes. Sonaba amenazante.

—No la vas a tener...

—¿Quieres que todo el Ayuntamiento sepa lo que te gusta hacer los viernes por las noches?

Los ojos de la chica se dilataron por miedo a que cumpliera la amenaza.

—No serás capaz...

—Dame mi noche y te dejaré en paz.

Bajó la cabeza y posó sus labios sobre los de ella, en un beso muy diferente al que Sergio le hubiera dado apenas unas horas antes. Alana apretó los labios con fuerza, evitando que la lengua que pugnaba por invadirla tuviera acceso a su boca.

Con un gruñido de frustración, Alex terminó separándose de ella.

—Perdóname —repitió otra vez, sin que se percibiera ni una gota de arrepentimiento en su voz—, pero esta conversación no ha ido como quería.

—Vete de mi despacho y no vuelvas a poner un pie en él en tu vida... — Alana, con el índice extendido señalando la puerta, estaba haciendo ímprobos esfuerzos por contener los temblores que amenazaban con derrumbarla.

—Tienes una semana para pensártelo. De lo contrario, atente a las consecuencias.

Y dejándola como una hoja de papel, Alex se marchó sin volver la vista atrás.

Capítulo 33

Nervios de punta

Alana no dio pie con bola durante el resto de la mañana. La conversación con Alex le había dejado con amargor en la boca y los nervios a flor de piel. Aunque trató de refugiarse en el trabajo, le fue imposible concentrarse en nada. Después de un rato largo, consiguió controlar el temblor de las manos, pero su cuerpo todavía seguía agitado por el desagradable encuentro.

Jamás hubiera imaginado que Alex se comportara de semejante manera. Le había mostrado una faceta de sí mismo que, lejos de parecerle dulce, encantador y hermoso, había puesto de manifiesto a un hombre duro, insensible y avasallador. *«Libreme Dios de las aguas mansas, que de las bravas me libro yo...»*.

No quería ni imaginar que hiciera real su amenaza. Debía tratarse de una bravuconería de un hombre que había sido rechazado. Pero la duda se mantenía instalada con fuerza en su cabeza.

Alex no tenía pruebas para demostrar que ella era una asidua a los Viernes de Pecado. Pero el simple hecho de que la sospecha pudiera salir a la luz, la tenía temblando como un flan.

Al salir, se encerró en su casa y, como le pasaba cada vez que tenía un problema, no pudo pegar bocado en toda la tarde. Los nervios se habían apoderado con fuerza de su estómago, y estaba segura de que si intentaba forzarlo, acabaría vomitando hasta el desayuno del día anterior.

Dio un respingo en el sofá al escuchar el amortiguado sonido del timbre de su casa.

No tenía ganas de ver a nadie, y por un momento, pensó no abrir. Mientras dudaba qué hacer, el pitido de un *WhatsApp* volvió a hacerla saltar de su asiento. Joder con los puñeteros nervios...

Sergio: «*¿Estás en casa? Estoy en la puerta pero no me abres. Igual no te has enterado porque el timbre debe estar hecho para sordos.*»

Alana resopló y miró al techo. Cierto que no tenía ganas de ver a nadie... Pero a él. Un abrazo, sin explicaciones de por medio, le vendría mejor que bien. Es más, lo necesitaba urgentemente.

«*Voy*».

Al abrir, lo vio apoyado, tranquilo, sobre la barandilla del rellano. En aquel momento Alana sintió que su ánimo se escapaba por la escalera, como si se hubiera estado conteniendo durante todo el rato que había pasado encerrada en casa.

No esperó a que él entrara; fue ella quien se acercó a él para abrazarse a su cuello. Sergio no se hizo de rogar. La rodeó por la cintura mientras ella escondía la cabeza en su hombro.

—Ey, ey, ¿qué pasa? —no sabía cómo tomarse aquella muestra repentina de efusividad, pero su instinto le decía que algo malo ocurría.

—Nada —pudo oír apenas en un murmullo.

Sin soltarla, fue andando lentamente hasta entrar en el piso. Cerró la puerta con un pie y la condujo entre sus brazos hasta el salón. Allí, movió el hombro lo suficiente para que Alana se viera obligada a levantar la cabeza. Le tomó la cara entre las manos y la observó con detenimiento.

—Alana, ¿te ha pasado algo?

Ella bajó los ojos para que no pudiera seguir escrutando su mirada.

—Nada —trató de imprimir un tono distendido en su voz, aunque no estaba segura de haberlo logrado—. Sólo que me alegra volver a verte.

Sergio frunció aún más el ceño.

—Iba a prepararme un café —mintió para evitar que él siguiera estudiándola—. ¿Te apetece uno?

Él la soltó. Si no quería contárselo, no insistiría. Era evidente que se encontraba incómoda y no era eso lo que quería provocar en ella.

—Si vas a ponerte uno para ti, me apunto. ¿Te ayudo?

—No, no —descartó con la mano en alto mientras salía disparada hacia la cocina—. Ponte cómodo que ahora vuelvo.

Un minuto más tarde, Sergio oyó el sonido de la loza al caer al suelo. Se levantó de inmediato y fue hasta el origen del ruido.

—Mierda, mierda, joder, los muertos de la puta taza de los cojones...—, renegaba Alana en voz lo suficientemente fuerte como para que él la oyera desde la puerta. Necesitaba despotricar contra algo, y el dichoso recipiente iba a pagar los platos rotos.

Trozos de porcelana hecha añicos aparecían desparramados por el suelo. Se acercó hasta ella y trató de ayudarla.

—¿Estás bien? ¿Te has cortado? —preguntó preocupado.

—No, no. Estoy genial —mintió de forma descarada—. Perfectamente.

—Alana, ¿qué te pasa?

—Nada, de verdad. —Suspiró y cerró los ojos unos instantes. Sería mejor que se calmara—. Es que tengo agujetas y no controlo... —se excusó con lo primero que se le vino a la mente.

—Ya... agujetas en las manos, ¿no? —preguntó en tono de broma, pero

escondiendo detrás una inquietud sincera. Sabía que había una razón de peso para tanto nerviosismo.

—Sólo se me ha resbalado la maldita taza de las manos —contestó furiosa consigo misma por no poder controlar su agitación—. Debía estar mojada aún del lavavajillas.

Sergio la observó, apretó los dientes frustrado por su falta de confianza, pero no insistió más.

—¿Dónde tienes la escoba y el recogedor?

—Ahí, en el patinillo. Pero déjalo —le dijo al ver que se dirigía justamente a dónde le había indicado—, ya me encargo yo de recogerlo. ¿Por qué no vuelves al salón? Enseguida estaré contigo.

Sergio volvió a acercarse, la cogió de los brazos, le dio la vuelta, y la empujó hacia la puerta.

—Mejor te vas tú al salón, y ya me encargo yo de recoger esto y de poner el café.

—Pero no sabes dónde están las cosas —le rebatió mientras él seguía empujándola.

—Ya me las arreglaré. Ahora siéntate y déjame a mí, ¿de acuerdo?

Alana tuvo que claudicar y hacerle caso. Si se encargaba ella, acabaría con el bote de café soluble desparramado por todo el suelo de la cocina, haciendo compañía a su taza preferida que acababa de hacer trizas.

Sergio no tardó demasiado en localizar todo lo necesario y en cuestión de minutos volvió junto a ella con dos tazas humeantes en las manos. Al verlo entrar, Alana trató de forzar una sonrisa que relajara un poco el ambiente. Sin embargo no fue lo suficientemente rápida: Sergio había tenido unos segundos para descubrir su mirada ausente y su gesto retraído.

Aún así, volvió a guardar silencio y se esforzó en aparentar que no se había dado cuenta de su repentino y forzado cambio de actitud. Alargó una de las tazas y se la entregó, para a continuación, sentarse a su lado en el sofá.

—No sé cómo te gusta el café, así que sólo le he puesto una cucharada de azúcar y la mitad de leche. No creo que la cafeína te venga bien en estos momentos.

—Así está bien, gracias —Se limitó a decir sin aludir al último comentario.

Guardaron silencio y ambos se concentraron en sus bebidas calientes. Alana, con las piernas recogidas contra el pecho y el pensamiento a varios kilómetros de distancia. Sabía que debía romper el mutismo antes de que se volviera incómodo, pero no encontraba ningún tema del que le apeteciera hablar especialmente. Aunque pareciera huraña, sólo deseaba mantenerse así, callada, pero con él reconfortándola a su lado.

Sergio terminó su bebida primero. Dejó la taza sobre la mesa baja y esperó paciente a que ella también acabara. Ya sin nada entre las manos, Sergio le tomó una entre las suyas.

—Ven...

Se acomodó sobre la rinconera del sofá y tiró de ella, girándola hasta que la espalda reposó sobre su pecho. La abrazó desde atrás, y Alana se dejó caer agarrotada en su improvisado respaldo. La verdad es que necesitaba estar así, sin que mediaran palabras entre los dos, aunque sabía que sólo era cuestión de tiempo que él la interrogara.

Pero los minutos transcurrían y las preguntas no llegaban, consiguiendo que cada vez se relajara más y más en aquella posición. La dedos de Sergio hormigueaban arriba y abajo por uno de sus brazos, pero seguía callado, bien respetando su necesidad de silencio, bien esperando que fuera ella quien lo rompiera.

Alana suspiró. Si apenas se conocían (aparte de la intimidad compartida), ¿cómo era posible que supiera leer tan bien sus necesidades?, se preguntó en silencio asombrada de que el tiempo transcurriera y él permaneciera impasible ante su silencio. Lo que ignoraba era que el pobre estaba mordiéndose la lengua para evitar que las preguntas que tenía atascadas en la garganta acabaran saliendo al exterior, dando al traste con su decisión de respetar sus tiempos.

Poco a poco, Alana se fue relajando. Cerró los ojos y se acomodó aún más en su inesperado refugio. Con otro suspiro de alivio, tiró de la mano que acariciaba su brazo y la abrazó contra su pecho.

—Gracias...

—¿Por qué? —preguntó Sergio.

—Por no preguntar...

—Si quieres contarme algo, sabes que puedes hacerlo. Pero sólo si tú lo deseas. Si necesitas apoyo, puedes contar conmigo. Sea lo que sea.

—Lo sé. Y eso está haciendo que por fin el día ya no parezca tan desastroso como antes de que llegaras.

De nuevo tuvo que apretar los labios para evitar que se escapara su necesidad de saber qué le estaba pasando. Pero le consolaba pensar que su compañía podía ayudarle a sentirse cómoda y sobrellevar el mal día. Le colocó la corta melena detrás de la oreja e inclinó la cabeza lo suficiente para poder mirarla de perfil. Mantenía los ojos cerrados y una sonrisa plácida en la cara, muy diferente al gesto de congoja que le mostrara cuando llegó.

—¿Qué? —le preguntó Alana sin cambiar de postura.

—¿Qué *qué*?

—Me estás mirando...

—¿Cómo lo sabes? Tienes los ojos cerrados.

—Pero lo noto —Abrió uno de ellos y confirmó que no se había equivocado. Volvió a cerrarlo, y su sonrisa se amplió. Definitivamente, se sentía muy a gusto con él.

—¿Acaso no puedo hacerlo? —preguntó haciendo un mohín con los labios —. ¿Te molesta?

Ella negó rápidamente con la cabeza.

—Me gusta mirarte; no te imaginas cuánto... —le rodeó por la cintura y la pegó más contra sí. Instintivamente, Alana subió la mano y le acarició la mejilla.

—Me alegro que fueras tú... —le dijo seria. Ahora sabía que no quería que hubiera sido Alex el que hubiera compartido aquellas maravillosas noches de pasión. Y menos después de conocer su verdadero interior oculto. El destino a veces manejaba los hilos de la vida de una manera muy curiosa, aunque parecía que en esta ocasión, y contra todo pronóstico, había jugado de manera certera.

Sergio acortó la escasa distancia que los separaba y la besó. No le hizo falta preguntar a qué o quién se refería. Por fin, el fantasma del tal Alex se empezaba a convertir en eso... En un fantasma que desaparecía y se alejaba para dejarles el camino libre a ellos dos: Sergio y Alana... Porque Débora ya había pasado a la historia.

Fue un beso muy diferente al del día anterior. Este fue de verdad: profundo, sentido, intenso. Justamente lo que ella necesitaba para apartar por completo los negros nubarrones que la perseguían desde primera hora de la mañana. Al separarse, un suspiro de alivio brotó de los labios de Alana. Volvió a recostarse sobre el pecho de Sergio sin permitir que él dejara de abrazarla.

—Debes pensar que soy una insensible. No te he preguntado cómo te

encuentras tú; cómo llevas lo de tu tío —comentó con los ojos cerrados.

—Bueno, tengo mis momentos. Hoy he vuelto al colegio y los niños siempre consiguen arrancarme una sonrisa cuando menos me lo espero, aunque es cierto que la tarde ha sido difícil. Tenemos cita con el notario dentro de un par de días para ver cómo quedan las cosas legales de mi tío, y la verdad, no me resulta fácil... A pesar de que van pasado los días, todavía me cuesta creer que no lo tengo conmigo —admitió apesadumbrado—. Aunque reconozco que mi estado de ánimo ha mejorado bastante desde que llegué aquí. Con tu simple presencia, consigues ahuyentar mis demonios —afirmó antes de besarle la punta de la nariz.

Alana sonrió satisfecha.

—Aún no me has dicho para qué has venido.

—Quería saber cómo estabas, simplemente. Ayer se te veía tan cansada...

—Me lo podías haber preguntado por teléfono. No hacía falta que vinieras hasta aquí.

—En efecto, podría... —admitió, dando a entender que prefería estar ahí, con ella—. Además, quería proponerte otra cosa...

Alana se incorporó y lo miró a los ojos picada por la curiosidad.

—¿El qué?

La sonrisa de Sergio se hizo más amplia todavía y Alana pensó que esa sí que era una sonrisa de anuncio.

—¿Alguna vez has surfado?

—¿Qué? —arqueó una ceja en un gesto que a Sergio le pareció precioso—. Ya deberías saber que el ejercicio físico y yo no estamos muy bien avenidos. Tengo tantas agujetas que me duelen hasta las pestañas.

—Bueno, pues eso tiene que cambiar.

—No me digas que vas a empezar a controlar lo que hago o lo que dejo de hacer...

—No, no tengo derecho a hacer tal cosa, estemos o no juntos. Pero como sí somos amigos, me otorgo el derecho de *aconsejarte* lo que creo que es bueno para ti. Así que como ya está haciendo bastante calor, quería saber si te animarías mañana a venir conmigo a la playa y probar un poco.

—¡Pero si no me puedo ni mover! —protestó entre risas—. Voy como las viejas, quejándome a cada paso que doy...

—La mejor manera de superarlo es con más ejercicio. Confía en mí...

—Mi equilibrio es nefasto. Voy a estar todo el tiempo cayéndome...

—Practicaremos antes sobre la arena, no te preocupes.

—Soy muy mala alumna...

—¿Vas a poner pegasa a todo lo que te diga?

—Seguramente.

—¿Entonces no te animas?

—Claro que sí. Dime dónde y a qué hora, y allí estaré.

Capítulo 34

Clase de Surf

A la mañana siguiente, Alana volvió al trabajo con el humor muy mejorado. Sergio no había hecho ningún intento de presionarla para quedarse a pasar la noche con ella, aunque, la verdad, ella tampoco lo había invitado. Pensó en hacerlo, para qué negarlo, pero al final le faltó valor. Además, todavía no tenía claro en que estado se encontraba con él.

No habían hablado de ello y dudaba que fuera a ser necesario hacerlo, porque la despedida, en la puerta de su casa, no había sido precisamente la de dos amigos que se besan cordialmente en las mejillas. Algo estaba comenzando entre los dos, aunque quizás aún fuera pronto para ponerle nombre.

Sin embargo, su ánimo decayó bastante cuando, nada más sentarse, una ordenanza le trajo un sobre cerrado a su atención y sin remitente.

Al tocarlo, se dio cuenta de que había algo blando en el interior. Aquello no era un papel. Lo abrió con curiosidad y al meter la mano, le extrañó tocar un trozo de tela suave. Al sacarlo, se topó con un antifaz de terciopelo rojo con plumas en uno de sus extremos.

¿Qué demonios era aquello?

Volvió a meter la mano en el sobre hasta encontrar un folio plegado en cuatro.

«Quisiera que lo llevaras en nuestro próximo encuentro.

Sólo el antifaz.

No dejo de pensar en nuestro Viernes de Pecado y en ti desnuda con sólo el terciopelo besando tu rostro.

Alex».

Alana lo dejó caer todo al suelo, como si le quemara las manos. Apretó los dientes furiosa y miró la delicada prenda tirada a sus pies.

Aquello no podía continuar así...

Alex estaba dando por sentado muchas cosas, y si algo tenía ella claro, era que de ninguna manera pasaría una noche con semejante cabrón.

Joder. Con lo bien que había empezado la mañana, habían bastado escasos minutos para que todo su buen humor se hubiera ido a la mierda.

Recogió lo que acababa de tirar y volvió a meterlo en el sobre. No era cuestión de que alguien entrara por la puerta y se encontrara con el singular *presente* y su correspondiente nota.

Encendió el ordenador enrabieta, y al igual que el día anterior, un mensaje de Alex aparecía en la primera línea de la bandeja de entrada.

«¿Has recibido mi regalo? Sueño cada noche con verte tumbada en mi cama, desnuda, con las piernas abiertas, lista para recibirme...»

Una bola de asco e indignación subió por su esófago hasta quedar atorada en la garganta.

¿Cómo se atrevía a mandarle un correo así? ¿Ese tío era imbécil o qué le pasaba? El muy gilipollas no había pensado que alguien podía mirar su correo electrónico...

Demonios, había un servicio de informática en el Ayuntamiento. No sabía si los correos mandados desde la propia Corporación debían pasar algún tipo de filtro por ese departamento...

No, eso no —intentó tranquilizarse—. Se supone que los correos estaban

protegidos por el secreto de las comunicaciones; nadie tenía por qué ver tal atrocidad, porque cualquiera que lo leyera podía llegar a la conclusión inequívoca de que entre Alex y ella existía una relación de índole sexual.

Con mano firme, pulsó el botón de *Supr* del teclado. A la mierda el correo y a la mierda Alex. No pensaba contestarle.

Se llevó las manos a la cara, agobiada. Ojalá nada de esto hubiera pasado. Ojalá nunca hubiera puesto los ojos en él. Ojalá se hubiera dado cuenta antes de que era un soberano capullo. Ojalá jamás hubiera oído hablar de los puñeteros Viernes de Pecado. Ojalá, ojalá...

Pero si eso último no hubiera pasado, seguramente jamás hubiera conocido a Sergio.

—¡Coño, es que no puedo conocer a un tío normal y corriente en una maldita cafetería como todo el mundo! —exclamó enfadada y en voz alta sin pararse a pensar en lo que decía.

A los pocos segundos, su compañero José Antonio apareció por la puerta.

—Jefa, ¿estás bien?

Alana se sonrojó de inmediato.

—Sí, sí... no pasa nada. —Abrió el primer cajón de su escritorio y guardó el sobre al fondo—. ¿Terminaste el listado con las solicitudes de subvenciones para este año? —dijo tratando de cambiar completamente de tema.

—Sí, te lo mandé ayer a tu correo. Creía que ya lo habrías visto porque me llegó la confirmación de que lo habías abierto —comentó José Antonio extrañado.

—Ah, sí, sí. Perdona, no me acordaba... —trató de disculparse—. Lo miro y hablamos luego, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Ya a solas, volvió a mirar la pantalla del ordenador que aún permanecía con el correo electrónico abierto. Efectivamente, allí aparecía el dichoso correo de su compañero con el archivo adjunto correspondiente.

«Ayer estaba yo como para ver listados...», se lamentó en silencio.

Aspiró hondo, trató de templar sus nervios y ponerse a trabajar. Tenía muchas cosas pendientes y, como era habitual en ella, mejor sería distraerse con cualquier cosa para no pensar más en Alex y sus pretensiones. Afortunadamente, pasaría la tarde con Sergio, y trataría por todos los medios, de olvidarse del imbécil de Alex al menos por unas horas.

Lo encontró sentado en la arena, con la vista perdida en el horizonte y con el gesto contraído. Vestía un traje de neopreno corto a medio poner; le faltaba embutir los brazos en él y cerrar la cremallera de la espalda.

Estaba tan inmerso en sus pensamientos que no reparó en ella hasta que sintió las manos de la joven sobre los hombros.

—Hola —lo saludó con una sonrisa. Necesitaba pasar un rato agradable y por fin estaba con alguien con quien sabía que todo sería más fácil.

Sergio mudó el gesto para recibirla, aunque no pudo ocultar el brillo en sus ojos. La besó para que ella no ahondara en ellos.

—¿Estás bien? —le preguntó Alana preocupada.

—Ahora sí —forzó una sonrisa—. Es la primera vez que entro en la tienda desde que... bueno, ya sabes. Son demasiados recuerdos...

Alana comprendió. Se abrazó a él, ofreciéndole su consuelo.

—Dentro tenía el traje y están también las tablas... Es algo que tenía que hacer tarde o temprano —explicó abatido.

—Debiste esperarme. Hubiéramos entrado juntos.

—Bueno, ya está hecho. Supongo que la primera vez es la más difícil — volvió a sonreír y esta vez el gesto salió más natural—. ¿Estás lista? ¿O quieres que te deje algún traje de la tienda? Mi tío los tenía de distintas tallas para alquilarlos.

—¿Es necesario? Me he traído el bañador el lugar del bikini porque pensé que sería más cómodo, pero si hace falta, me cambio.

—Falta no hace. A estas alturas del año, el agua no está demasiado fría, y en cuanto te muevas un poco entrarás en calor.

—De todas maneras, te advierto que no creo que pueda hacer gran cosa porque todavía tengo agujetas. Menos que ayer, pero siguen estando ahí.

—Bueno, haremos lo que podamos, ¿vale?

—Si lo prefieres, métete tú en el agua y yo miro desde aquí...

—De eso nada... Esto es para los dos y no voy a dejarte de lado, así que venga, empecemos. Vamos a practicar primero en la arena y luego, si ves que te atreves, entramos en el agua, ¿de acuerdo?

—Lo que tú digas —aceptó encogiéndose de hombros—. Yo no tengo ni idea de por dónde empezar.

Los siguientes treinta minutos lo pasaron calentando, trotando sobre la playa, y sobre todo ensayando la forma de levantarse sobre la tabla. Cuando llegó el momento de practicar en el agua, a Alana le entró pánico, pero Sergio no le permitió echarse atrás.

La siguiente hora la pasaron entre caídas, chapuzones constantes, y sobre todo, muchísimas risas. Risas que ambos necesitaban por igual, cada uno por sus propios motivos.

Fueron precisos un sinfín de intentos hasta que por fin Alana consiguió ponerse en pie sobre la tabla y cogiera una ola en condiciones, sintiéndose eufórica al lograrlo. Cuando volvió a zambullirse de nuevo en el agua, se desentendió de la tabla que tenía atada al tobillo para buscar a Sergio y abrazarse a él, feliz por el triunfo de la constancia.

—¡Lo conseguí! ¡Lo conseguí!

—¿Ves como no era tan difícil? —la animó entre risas—. ¿Ves como sí podías hacerlo?

—¡Esto es genial! No pensé que lo lograría. Ha sido sólo una ola, pero ha sido una pasada...

—¿Y ha merecido la pena? —la cogió por la cintura y la miró a los ojos, feliz de verla tan contenta.

—¡Ya lo creo que sí! —contestó pasándole los brazos por el cuello.

—¿Y no merezco al menos un beso por ser tan buen profesor?

Alana no se hizo de rogar. Le tomó de las mejillas y posó sus labios sobre los de Sergio. De inmediato, él la estrechó más contra su cuerpo y la buscó con la lengua; la de Alana corrió a su encuentro. Las olas del mar los balanceaba el uno contra el otro en un movimiento rítmico y acompasado que no los dejaba indiferentes.

Sin dejar de besarse, Sergio la cogió por las nalgas y la invitó a que le rodeara la cintura con las piernas. Llevaba mucho tiempo deseando tenerla así, con sus cuerpos pegados, por eso le fue imposible contener a su cadera que salió en busca de la de Alana y empezó a frotarse con ella. El agua fría contrastaba con el ardor que despedían sus cuerpos con su contacto. La ropa que los separaba no escondía la necesidad de sus cuerpos buscándose. Era una caricia sensual, sugerente, excitante que transportó a Alana a la gloria al volver a compartir un momento tan íntimo con él.

Con una mano, Sergio fue contorneando la curva de sus nalgas, hasta alcanzar la unión de sus piernas. Fue tan fácil llegar a su centro que lamentó de inmediato haberse puesto aquel traje que lo tenía comprimido. Su deseo se disparaba cada vez que las olas mecían las caderas de Alana contra las suyas, pero el neopreno era una cárcel que le impedía hacer lo que sus cuerpos demandaban. Aun así, no estaba todo perdido. El bañador no fue obstáculo para que un dedo ansioso se introdujera por debajo de la tela, buscando el interior húmedo y cálido del cuerpo de Alana.

La sorpresa al recibir aquella íntima caricia le provocó una sacudida deliciosa que frenó lo que parecía una incipiente protesta para convertirla en un gemido de placer cuando los dedos de Sergio empezaron a jugar con los pliegues de su cueva, haciendo renacer los recuerdos de otras noches pasadas y placenteras.

—Sergio... —gimió en uno de esos vaivenes ondulantes que parecían fieles acompañantes de los dedos del hombre.

—Schiitt. Calla y disfruta...—le pidió al tiempo que sus labios depositaban una lluvia de besos a lo largo de su cuello.

—Pero... pero... estamos en el agua. Hay gente... —protestó débilmente tras conseguir hilvanar un pensamiento coherente entre el bullicio de sus sensaciones.

—No hay nadie cerca, tranquila. Estamos solos. Tú y yo —siguió torturándola con sus labios y sus dedos a la vez— ¿O acaso prefieres que pare?

Sin esperar respuesta, ahondó los dedos hasta el rincón más profundo de su ser, y Alana ya no fue capaz de articular ninguna protesta más. Se abrazó a él con todas sus fuerzas y se dejó seducir por aquella mano hasta que consiguió arrancarle un potente orgasmo que ocultó aferrando su boca al cuello de

Sergio.

Él, satisfecho por haber logrado llevarla al éxtasis, dejó que se recuperara lentamente. Sabía bien que Alana necesitaba unos minutos para recobrar el aliento. Así que la acunó ayudado por las olas hasta que su respiración se volvió acompasada. En aquel momento, teniéndola entre sus brazos, satisfecha, la deseaba más que nunca. O tal vez era algo más que deseo.

Alana, agradecida por el regalo que le había hecho, aferró la cabeza de Sergio y acercó los labios a su oído.

—La próxima vez ni se te ocurra ponerte este maldito traje. Te traes un bañador normal —le avisó como si hubiera podido leerle los pensamientos. La insinuación de lo que hubiera podido pasar de llevar él otra *indumentaria* iba implícita en sus palabras.

La garganta de Sergio quedó seca a causa de la expectación. No había nada que deseara más en aquel instante que hacer realidad lo que recreaba su imaginación. No esperó. La besó con todas sus ansias, y sin más, la cogió de la mano y la instó a salir del agua con rapidez.

—¿Qué pasa? ¿Dónde vamos? —Alana le preguntó sorprendida ante la urgencia de sus pasos, entorpecidos por el agua. Aún le temblaban un poco las piernas y no se sentía con fuerzas para seguir el ritmo que marcaba él.

Una vez en la orilla, Sergio se agachó para quitar las ataduras de las tablas, y la apremió de nuevo para que lo siguiera.

—Pero, ¿qué pasa?

Llegaron a la tienda de su tío y sacó la llave que tenía guardada en un hueco oculto de la pared.

—Deja la tabla ahí mismo, por favor —le rogó cada vez más anhelante.

El local estaba a oscuras, pero Sergio se movía con el conocimiento de alguien que había pasado muchas horas dentro. Cuando llegó a la trastienda,

volvió a tomarla por la cintura y la besó con avidez, robándole la respiración. —¿Qué me pasa, me preguntas? —Consiguió decir entre beso y beso, mientras se peleaba con la cremallera de su traje—. Que me estoy muriendo por tocarte, por quitarme este dichoso traje que me impide sentir tu piel, por tenerte desnuda junto a mí y hacerte el amor como si no hubiera un mañana.

No era el lugar y la forma en que había soñado reencontrarse con ella, pero el tiempo que habían pasado en el agua lo había puesto cardíaco. Y cuando ella le insinuó que de haber llevado otra prenda hubieran compartido algo más que un ardiente sobeteo, supo que ya no había marcha atrás.

Hicieron el amor con prisas, como si la necesidad que tenía el uno sobre el otro fuera el detonante de su impaciencia. Sergio se movía con movimientos bruscos y secos, pero Alana no se quedó atrás y siguió su ritmo, alentándole en cada envite, saliéndole al encuentro con sus caderas cada vez que él se hundía en su cuerpo. Los dos tenían mucha tensión que descargar y aquella era la mejor manera de lograrlo.

Probablemente, fue el orgasmo más brutal de todos los que habían compartido hasta entonces. Y a pesar de llegar demasiado rápido, fue lo suficientemente intenso como para dejarlos a los dos satisfechos, exhaustos y laxos.

Capítulo 35

La gente está fatal

Llegaron al apartamento de Sergio cogidos de la mano. Alana por fin había aceptado el hecho de que entre ellos había nacido una auténtica relación que, aunque no hubiera sido proclamada como tal, era evidente que existía.

Después de lo que había pasado en la trastienda, ni siquiera se les había pasado por la mente separarse. Simplemente decidieron juntos donde pasarían su primera noche como pareja.

—¿Tienes hambre? —le preguntó Sergio nada más entrar, al tiempo que la rodeaba con sus brazos desde atrás. Como si su alimento favorito fuera el cuello de Alana, comenzó a rociarlo de pequeños mordiscos; ella creyó morir de placer con el contacto de su boca.

—No mucha, la verdad —con picardía añadió—: Y mira que con todo lo que nos hemos movido... —arrastró las uñas por los brazos que la sostenían— Prefiero otro tipo de alimento...

—¿Mejor te enseñe mi cuarto? —por la forma en que la dirigía por el pasillo, justamente ese era el destino al que pretendía llegar.

—¿Por qué no mejor una ducha? —sugirió ella como alternativa. Ducharse juntos sería una manera maravillosa de deshacerse de la sal adherida a la piel.

—Humm, no me parece mala idea...

—¿Juntos o por separado? —aquello era una clara invitación y así se lo tomó él.

—¿Hace falta que lo preguntes? —Se agachó para pasarle un brazo por debajo de las rodillas, y cogerla en brazos.

Ella le echó los brazos al cuello y le dejó que la llevara así. Sonrió mientras dejaba reposar su cabeza sobre el hombro de su zorro, pensando que, si bien Sergio era de complexión delgada, tenía fuerza suficiente para cargar con ella. Y aquello, le gustó. Más que eso, le encantó Nunca había recibido ese tipo de mimos por parte de ningún hombre, y era muy agradable que, para variar, le tocara a ella vivir una experiencia así.

—No tengo ninguna muda que ponerme —apuntó desde su escondite entre sus brazos—; sólo el bañador y el vestido de playa.

—No te preocupes —se paró un momento en la puerta del baño y le dio un rápido beso en los labios—. No te va a hacer falta ninguna...

—¿Y si me da frío? —preguntó Alana con humor, enarcando una ceja.

—¿En junio? Lo dudo... De todas maneras, me sacrificaré y me encargaré de que no pierdas calor.

—Cuanta generosidad de tu parte...

—¿A qué si? —bromeó él con un gesto seductor—. Será porque soy todo un caballero.

Las horas transcurrieron en un ambiente de buen humor, pasión y buenas charlas.

Eran cerca de las doce de la noche cuando sus estómagos empezaron a protestar con fuerza. Decidieron asaltar el frigorífico para preparar cualquier cosa que no les entretuviera demasiado tiempo. Al final se decidieron por un sencillo sándwich vegetal, a base de lechuga, tomate y atún.

Mientras Sergio lavaba las hojas verdes, ella se dedicó a cortar en rodajas la

fruta del postre. El sonido de un pitido constante y familiar, atrajo la atención de Alana.

—Qué raro que suene el WhatsApp a estas horas... —comentó a Sergio de pasada—. Espero que no haya pasado nada. Si no te importa, voy a ver.

—Claro. Ve que ya termino yo.

Volvió al salón y rebuscó en el bolsillo exterior de su bolso hasta encontrar su Smartphone. Los mensajes provenían de un número desconocido.

Pulsó sobre este, y al ver que se trataba de archivos de imágenes que en aquel momento estaban pendientes de cargar, pensó que seguramente debía tratarse de un error. Alguien estaba mandado fotos y un video a un teléfono equivocado.

Esperó que la pequeña imagen cargara el circulito verde que aparecía sobre cada una de ellas, y cuando por fin se mostraron nítidas, a punto estuvo de dejar caer el teléfono al suelo.

—¡Qué asco! —exclamó al ver unos atributos masculinos muy bien dotados al aire. Un guarro acababa de mandarle una foto masturbándose, y el video era del mismo tipo pero con imágenes en movimiento.

—¿Pasa algo? —le preguntó Sergio desde la cocina al oír su exclamación.

—La gente, que está fatal...

Empezó a tomarse con humor la pifia de quien hubiera mandado las fotos, hasta que su sonrisa se borró de repente. Estaba a punto de darle a la opción de eliminar cuando la imagen del video subió para mostrar la cara de Alex que parecía mirar a la cámara sonriente y con gesto de estar disfrutando.

Ahora sí, el teléfono fue directo al suelo.

Colorada como un tomate, las manos empezaron a temblarle cuando se agachó para recoger el móvil.

Aquello no podía estar pasándole a ella...

Un nuevo mensaje, esta vez de texto, entró en el instante en que comprobaba que la pantalla no se había roto y que todo funcionaba perfectamente.

«Todo esto está esperando por ti. Vivamos nuestra noche de pecado...»

Joder. Esto era fuerte. Muy fuerte.

—¿Quién era? —Sergio apareció por el salón llevando sendos platos con la cena de los dos.

—Una equivocación —guardó el teléfono en el bolso como si le quemara tenerlo en las manos.

—Esto ya está listo. Sólo falta por traer la bebida.

Alana asintió tratando de recomponer el gesto y mostrar una sonrisa que no alcanzaba sus ojos.

—Para mí, agua.

—Hay una botella metida en la nevera. ¿La traes tú?

—Sí, sí, claro. —Agachó la cabeza y salió disparada para la cocina. Las manos le sudaban y su corazón amenazaba con estallar en el pecho.

Se dejó caer sobre la encimera tratando de recuperar la compostura. Se miró de nuevo las manos que todavía le temblaban nerviosamente.

Tenía que tranquilizarse. No quería que Sergio la viera así. No quería que supiera lo que le estaba pasando con Alex.

Era su problema, y ella sola debía buscar la solución.

Empezó a pasearse por la estrecha cocina, mientras se secaba el repentino sudor que le perlaba la frente.

Hablaría con Alex. No le apetecía en absoluto tener que hacerlo, pero esto estaba llegando demasiado lejos. Debía zanjar el asunto cuanto antes. Sólo quería que la dejara en paz. Debía comprender que la noche que él le

reclamaba no llegaría nunca.

Se acercó al fregadero y dejó correr el agua hasta que salió bien fría. Se mojó la cara y rogó en silencio que su rostro no evidenciara el torbellino de turbación que la recorría, devastando toda la serenidad y la seguridad que había ganado en las últimas horas.

—Alana, ¿vienes? —la voz de Sergio volvió a sonar fuerte. Seguramente se estaba preguntando por qué tardaba tanto en reunirse con él.

—Ya voy... sólo estoy buscando los vasos —argumentó como excusa.

Los pasos de él acercándose volvieron a ponerla nerviosa. Se giró para que al entrar, él solo viera su espalda.

—Están aquí, en el mueble, sobre el fregadero.

Se acercó por detrás, y mientras le acariciaba la espalda, alargó la mano para abrir la puerta de la alacena y tomar los vasos que ella supuestamente estaba buscando.

—Listo.

Alana asintió, pero no fue capaz de elevar la cabeza para mirarlo a los ojos.

Y aquel simple gesto, despertó el recelo de Sergio.

—¿Va todo bien?

Alana inspiró. Debía mostrarse serena. Debía controlar sus nervios. Haciendo de tripas corazón, alzó los ojos y se acercó a él para darle un beso en la mejilla. Así no podría ver el miedo en sus ojos.

—Estoy contigo, así que todo está perfecto. Vamos, tengo hambre.

Se adelantó unos pasos y no esperó a que Sergio la siguiera de vuelta al salón donde esperaba su cena.

Agradeció que la única luz de la estancia proviniera de la televisión que Sergio acababa de encender.

Le costó Dios y ayuda tragarse el bocadillo. El estómago lo tenía cerrado, pero si acababa de decirle a Sergio que estaba hambrienta, no tendría sentido que lo dejara entero sobre el plato.

Al terminar, recogieron todo con rapidez, y Sergio la tomó de la mano con la evidente intención de retomar lo que habían interrumpido apenas media hora antes.

—Sergio, yo creo que ya va siendo hora de que me vaya a casa —lo detuvo Alana, tirando de la mano para separarse de él.

La mueca de disgusto de él fue evidente, a pesar de la penumbra reinante.

—Es tarde. ¿Por qué no te quedas esta noche aquí, conmigo?

—No puedo —dijo negando con la cabeza—. Debo madrugar mañana y no tengo nada de ropa que ponerme para ir a trabajar. Me tendría que levantar al amanecer para ir a casa y cambiarme.

El razonamiento parecía lógico, pero Sergio no le apetecía separarse de ella.

—Pero es tarde. No me gusta que salgas a estas horas. Deja que te acompañe y si quieres, cojo yo mi ropa para mañana y así, nos podemos quedar en tu casa juntos... —sugirió como alternativa.

Sin embargo, y a pesar de que en aquellos momentos lo que Alana más necesitaba era que Sergio la abrazara y la reconfortara, no se veía con fuerzas para fingir durante toda la noche que todo estaba bien. Era cuestión de tiempo que Sergio se diera cuenta de que se encontraba realmente mal, completamente descompuesta por dentro.

—Mejor no... De verdad, estoy cansada. Necesito dormir. Mañana me va a doler todo el cuerpo. Aún no me he repuesto del fin de semana pasado y menudo tute me has metido hoy en el agua...

—Entonces, déjame que masajee tus músculos antes de ver cómo te duermes en mis brazos.

Se acercó a ella y la abrazó. No quería dejarla ir...

—Por favor, Sergio. Vamos a dejarlo para el fin de semana. De verdad que estoy muy cansada y tengo ganas de llegar a casa.

—¿No hay nada que pueda decir o hacer para hacerte cambiar de opinión?

Alana cerró los ojos y dejó caer su cabeza sobre el pecho que la sostenía.

—Por favor...

Con un suspiro de resignación, Sergio pareció darse por vencido. En apenas una semana, su relación con ella había dado un vuelco espectacular e inesperado. Igual todo iba marchando demasiado deprisa, pero en cuanto a ella se refería, había descubierto que tenía muy poca espera.

Aún así, debía respetar el ritmo que ella deseara marcar. Y él estaba dispuesto a ello.

—Está bien. Pero mándame un mensaje cuando llegues a casa. Quiero saber que has llegado bien.

Alana suspiró satisfecha.

—Te lo prometo.

Se despidieron con un beso largo, lento, profundo, lleno de esperanzas y de futuro.

Capítulo 36

Ya no puedo más...

Las siguientes horas fueron una tortura para Alana. Por más que lo intentó, le fue imposible conciliar el sueño. Y cuando por fin su despertador sonó, se dio cuenta de que había pasado toda la noche en vela.

Iba a ser una mañana muy complicada y larga, pero debía ocuparse de la situación que la preocupaba antes de que fuera a más.

Nada más llegar al Ayuntamiento, Alana llamó a Vero y le preguntó si Alex estaba en la oficina. Esta le dijo que tenía una reunión de trabajo fuera de Urbanismo y que no lo esperaban de vuelta hasta mediodía por lo menos.

—¿Me vas a decir qué pasa? —le preguntó Vero, inquieta al escuchar el tono de voz de su amiga.

—Luego. En el desayuno te cuento —dijo abatida—. No quiero hacerlo por teléfono, pero te advierto que es un tema bastante serio.

—¿Está relacionado con Alex? ¿Ha vuelto a decirte algo?

—Vero, por aquí no —le advirtió muy seria—. Te lo contaré, pero en privado. No quiero por nada del mundo que, con la suerte que últimamente arrastro, lo que me está pasando salga a la luz.

—Vale, vale, lo comprendo. En el desayuno me cuentas.

—De acuerdo.

—Si quieres, podemos vernos en la otra cafetería, la que está más alejada.

—Sí, lo prefiero. Cuanta menos gente del trabajo nos crucemos, mejor.

Tengo que contarte esto porque ya no puedo más. Me está quemando por dentro y no tengo a nadie más con quien pueda hablarlo, porque no quiero meter a Sergio en esto.

—¿Sergio? ¿También él tiene algo que ver en lo que te pasa?

—No, en absoluto. Esto sólo me atañe a mí, por eso estoy intentando mantenerlo al margen.

—Creo que tienes más cosas que contarme aparte de lo que sea que te esté pasando con Alex...

—Sí, así es. Sergio y yo hemos decidido darnos una oportunidad, pero no quiero pringarlo en todo este asunto.

—Alana, cielo, me estás alarmando.

—Es para alarmarse, pero mejor te lo explico luego, por favor. Sólo una pregunta más: ¿por casualidad le has dado a Alex mi número de teléfono?

—¿Yo? No —contestó extrañada— Ni él me lo ha pedido, ni yo se lo he dado.

—Pues lo tiene. No sé cómo lo habrá conseguido, pero ayer me mandó unos mensajes... Uff.

—¿Cómo de *uff*?

—No te lo puedo decir. Te dejo y luego nos vemos a la hora de siempre en la cafetería.

Cuando colgó, Vero se quedó más que preocupada. Pero tuvo que esperar las tres horas que faltaban hasta que llegó el momento de coger el bolso y salir al encuentro de su amiga.

Cuando llegó al lugar de reunión, Alana ya la esperaba sentada y con un zumo en la mano. Vero se sentó junto a ella y enseguida le llamó la atención su aspecto demacrado.

—Chica, qué mala cara tienes —le dijo sin tapujos.

—Como que no he pegado ojo en toda la noche...

—Dime qué ha ocurrido para que estés así. ¿Qué es lo que pasa con tu móvil?

—¿Qué me pasa...? Toma, míralo por ti misma, pero ten cuidado, que nadie lo vea.

Alana le pasó el teléfono con la pantalla preparada para que Vero comprobase de dónde provenía el motivo de su agobio.

Los ojos de la chica se fueron abriendo como platos, sorprendida por las primeras imágenes. Pero cuando llegó al video, la barbilla ya le llegaba a la altura de los tobillos.

—Pero esto... —comenzó a decir incrédula.

—Me tiene amargada, Vero...

—No entiendo nada...

Alana le contó desde el principio las pretensiones de Alex, o mejor dicho, desde que fuera a hablar con ella días atrás para reclamarle su particular *Viernes de Pecado*. Lo que achacó a una simple bravuconería, se estaba convirtiendo en un verdadero acoso, y el límite había quedado más que sobrepasado con las imágenes recibidas la noche anterior.

Vero no salía de su asombro. La imagen que Alana le estaba pintando de su compañero, aquel con quien trabajaba codo con codo, nada tenía que ver con el hombre amable, encantador e incluso atento con el que ella estaba acostumbrada a tratar.

—Debe haber un error, un malentendido, por alguna parte, Alana. No me puedo creer todo esto...

—¿Un error? ¿Crees acaso que el tío que se la machaca en el video no es Alex? —le preguntó molesta porque su amiga pudiera dudar de su versión

cuanto la evidencia la tenía delante.

—No, no. Está claro que es él, pero me pinchan ahora y no sangro. Esto es demasiado fuerte...

—Dímelo a mí. Para colmo, las imágenes me llegaron a las tantas de la noche cuando estaba en casa de Sergio.

—¿Y qué hacías tú en casa de Sergio a esas horas?

—Pelando la pava, no te fastidia. Deja ahora el tema de Sergio que esto me tiene con los nervios hechos pedazos.

—Vale, vale, perdona... ¿Qué vas a hacer ahora?

Alana se echó hacia atrás en su asiento y suspiró.

—No me queda más remedio que hablar con él. Por eso te pregunté esta mañana si estaba en la oficina. Esto debe acabar ya.

—Ahí estamos de acuerdo —le confirmó con voz grave—, pero después de esto que te ha mandado, ¿consideras prudente ir a verle?

—No me queda otra. No puedo permitir que vaya a más. A pesar de ser un salido asqueroso, quiero arreglar este problema por las buenas. Le voy a dejar claro que ninguna proposición que me haga me interesa. Ahora estoy con alguien y no voy a permitir que lo estropee.

—¿Quieres que vaya contigo? Ya no me fío de él.

—No, no creo que sea conveniente. Si te cuento todo esto es porque no soporto más esta tensión. Ayer llegué a casa temblando como una hoja y sin saber qué iba a hacer. Durante todas las horas que he pasado despierta, he llegado a la conclusión de que debo solucionar esto directamente con él. De verdad, quiero pensar que se va a mostrar razonable.

—¿Y si no es así?

—Tiene que serlo —Alana se llevó las manos a la cara de sólo imaginar que

no atendiera a razones.

—Si no para, sabes que tendrás que denunciarlo.

—Madre mía, yo no quiero eso —contestó con aprehensión en la voz—. No quiero líos, y si lo denuncio, todo va a salir a la luz: no sólo quedará expuesto él; también yo.

—Bueno, bueno, no adelantemos acontecimientos. Esperemos que, como dices, Alex se muestre razonable. Pero sigue sin agradarme la idea de que te reúnas con él a solas.

Sin embargo, la decisión de Alana era firme. Era cerca de la una de la tarde cuando Vero la avisó de que su jefe había regresado de su reunión.

Se marchó de su departamento con una excusa, dispuesta a terminar de una vez por todas con la situación que la tenía sin sueño.

La sonrisa triunfal de Alex al verla aparecer fue desbordante. Vero le había avisado, siguiendo las indicaciones de su amiga, que esta iría a verle. Y como era previsible, Alex había aceptado de inmediato, encantado y convencido de que Alana acudía para concretar en persona el lugar donde habrían de quedar. Debió sospechar que las cosas no irían como él pretendía cuando Alana entro en su despacho, y sin ningún miramiento hacia los que estaban en la sala adjunta, cerró la puerta a sus espaldas con un fuerte portazo.

Se acercó a la mesa donde Alex la aguardaba sentado, plantó las manos en el borde y lo miró a los ojos de frente.

—Alex, esto tiene que acabar ya —no hacía falta que se anduviera con rodeos. Los dos sabían qué la había llevado hasta allí.

—Estaba perdiendo la esperanza de que acudieras a mí. Veo que los mensajes que ayer te mandé han resultado convincentes.

¿Este tío era idiota o qué le pasaba? ¿No se daba cuenta de que estaba mucho más que molesta precisamente por los dichosos *mensajes*?

Alex se levantó de su silla y rodeó la mesa para ponerse a su lado. Sin mediar palabra, le acarició la espalda y bajó la mano audazmente hasta posarla en su trasero. Alana dio un salto hacia atrás como un resorte. Tenía los ánimos muy caldeaditos, y ese imbécil estaba comprando todas las papeletas donde se rifaba un buen sopapo.

—A ver, so pedazo de capullo. Quiero que esto se termine ya.

Alex se sentó sobre el filo del escritorio y cruzó los brazos delante del pecho. Por la mirada que le dirigió, recorriéndola de arriba abajo como un lobo hambriento, supo que no iba a recibir la respuesta que esperaba.

—¿Vas a darme mi noche?

—No te voy a dar una mierda —contestó furiosa.

Alex chasqueó la lengua.

—Yo de ti, me lo volvería a replantear, cariño.

—¡Yo no soy tu cariño!

—No, eres más que eso. —Por sorpresa, la cogió por la cintura y tiró de ella hasta pegarla a su cuerpo. Alana se dio cuenta enseguida de que estaba empalmado—. Eres una viciosa y yo quiero probarte. Olvídate del capullo con el que te confundiste. Te voy a meter mi polla por todos los agujeros de tu cuerpo.

Alana sintió un asco tremendo. Sin pensárselo siquiera, levantó la rodilla derecha para impactar con fuerza en sus testículos, consiguiendo que la soltara de inmediato mientras se doblaba en dos por el dolor.

—Hija de puta... Zorra... —se quejó audiblemente.

Alana apretó los dientes. No había nada que le apeteciera más que seguir

pateándole los huevos, pero se contuvo. Tomó aire y dio varios pasos hacia atrás en dirección a la puerta.

—Esto se termina aquí y ahora, Alex —dijo con firmeza—. Como vuelvas a molestarme, como vuelvas a acosarme... te juro que te denuncio a la policía.

Salió de la puerta cerrando de nuevo a sus espaldas para que nadie del departamento de Urbanismo pudiera ver el estado en que dejaba a su jefe.

Vero la esperaba fuera con el gesto descompuesto. Al ver que el rostro de Alana era de todo menos sereno, la cogió de la mano y se la llevó al lavabo de señoras, desierto en aquel momento.

—¿Lo habéis podido solucionar? ¿Se va a terminar ya? —preguntó en voz baja, por si acaso.

—Dios, espero que sí...

Se abrazó con fuerza a su amiga y, allí mismo, se derrumbó.

Capítulo 37

Compartir los problemas

Había acordado con Vero que le contaría a Sergio todo lo que le estaba pasando. Aunque había intentado explicarle por segunda vez que prefería mantenerlo apartado del asunto, al final Vero la hizo recapacitar diciéndole que, si estaban juntos, debía compartir con él el problema que tenía. Entendía que quisiera ser ella misma quien buscara la solución, pero no por ello debía excluir a Sergio. Aunque estaba dispuesta a prestarle su hombro cada vez que lo necesitara, Vero sabía que el mayor y mejor apoyo que su amiga podía obtener se encontraba en los brazos de su pareja.

Así que, finalmente, decidió que aquella tarde hablaría con él y le explicaría lo que estaba sucediendo. Sergio tenía previsto ir al notario para empezar con los arreglos de los papeles de su tío, así que, como no tenía hora fija para quedar, habían acordado verse en el piso de Alana cuando terminara con sus gestiones.

No llegó hasta cerca de las diez de la noche, y cuando lo hizo, su cara dejaba ver a las claras que las cosas no habían ido demasiado bien.

—Se te ve cansado, Sergio —le dijo nada más verle.

—Vengo como si me hubieran dado una paliza. Ha sido una tarde difícil.

Se abrazó a ella, y si dos días atrás, había sido Alana quien buscara refugio y apoyo en él, ahora parecía que era él quien precisaba de ese abrazo sincero y reparador.

—Anda, pasa y me cuentas. Ya había perdido la esperanza de que fueras a venir.

—Hemos acabado muy tarde en la notaría. He venido para acá en cuanto he podido.

—Pero si estabas cansado, podíamos haberlo dejado para mañana.

Sergio negó con la cabeza.

—Perdona que suene egoísta, pero no me encontraba con ánimo para encerrarme en mi casa. Y no hay nadie con quien me apetezca estar más que contigo. Espero que no te moleste...

—No me molesta —aseguró mientras con la mano acariciaba la ancha espalda de Sergio—. Sabes que eres bienvenido.

Entró en el salón delante de Alana, que aún se sorprendía de la forma tan natural con la que podía hablar de lo que estaban compartiendo.

—¿Acaso no ha ido bien el tema del testamento?

—No demasiado... A ver, te explico —se mesó el cabello antes de continuar—: Mi tío tenía un amigo que le ayudaba con las gestiones. Cuando se enteró de que se iba a abrir el testamento, insistió en estar presente, y como eran temas de papeleo le dijimos que sí. Durante la reunión, nos han puesto al corriente de cómo se encuentra la verdadera situación de los asuntos de mi tío, y la verdad es que nos hemos llevado todo un chasco impresionante.

—¿Por qué? —Sergio hizo una mueca de disgusto que Alana interpretó de manera errónea—. ¿Te apetece hablar de ello o prefieres relajarte un poco? No quiero que te agobies contándome nada si no lo deseas...

—No. Estoy seguro de que me sentiré mejor si lo comparto contigo.

No pudo evitar una punzada de remordimientos al pensar que, mientras él quería desahogarse con ella, Alana había pretendido hacer todo lo contrario.

—Yo también necesito ponerte al corriente de un problema que tengo, — comentó, decidida a hacer lo correcto—, pero primero tú.

Sergio se dejó caer en el sofá y apoyó su cabeza sobre el respaldo mullido.

—No sé si alguna vez te he llegado a contar que mi tío quería dejarme a mí como heredero de sus bienes. No tenía hijos, y siempre me dijo que todo lo que tenía, el piso de mis abuelos y la tienda, me lo dejaría a mí el día que faltara.

—¿Vas a hacerte cargo de la tienda? —preguntó sorprendida. Sergio tenía su trabajo en el colegio y además, muchas de sus tardes libres se las dedicaba a Nico. Una tienda, fuera del tipo de fuera, requería tiempo y dedicación, aún cuando contratara a alguien que se hiciera cargo.

Sin embargo, el joven negó con la cabeza.

—La situación de mi tío no era nada boyante. Sabíamos que era un hombre desprendido y que le gustaba, en cierta medida, ir al día. Pero no estábamos al corriente de que su situación, económicamente hablando, era realmente mala. Deja numerosas deudas, la mayoría relacionadas con la tienda, pero también con gastos propios —hizo una pausa y cerró fuertemente los ojos antes de continuar—. No sé cómo se pudo embarcar en ese viaje a Australia, que seguramente le había costado un riñón, si sabía que no disponía de fondos suficientes para permitírselo. Tiene deudas con proveedores desde hace años, y parece ser que la mayoría de la mercancía de la tienda la tiene pendiente de pago, porque en los dos últimos años sus ingresos habían bajado considerablemente.

—¿Nunca te dijo que tenía problemas económicos?

—Para nada... —confirmó negando con la cabeza—. Más bien, todo lo contrario. Nos hacía ver que, si bien es cierto que no tenía para grandes lujos, vivía con comodidad, o al menos, como a él le gustaba vivir. Y no dejo de

pensar que, si nos hubiera contado que tenía problemas, la familia hubiera podido ayudarlo, siempre dentro de nuestras posibilidades, claro. No somos muchos, pero estamos unidos y nos cuidamos entre nosotros.

—Seguramente no quiso preocuparos... —trató de mostrarse comprensiva con el desaparecido.

—Es probable... Él era así —afirmó como si con eso estuviera todo dicho.

—¿Y qué vais a hacer entonces?

Sergio se frotó las palmas de las manos sobre los vaqueros nerviosamente.

—No hay muchas opciones. Vamos a intentar liquidar los pocos bienes que tenía para saldar las deudas que ha dejado. Supongo que será suficiente...

—Es lo más sensato, aunque no parece que esa solución sea de tu agrado...

—apuntó al ver el gesto triste en su rostro.

—No te negaré que no me siento bien con lo que vamos a hacer. No es que tuviera un especial interés en quedarme con la tienda. Como te puedes imaginar, hacerme cargo de ella me requeriría un tiempo del que no dispongo. Si por la mañana trabajo en el colegio, por la tarde, en la tienda y muchos días, estoy con Nico, ¿cuándo vivo? Pero ese era el deseo de mi tío, y siento que le estoy fallando al no cumplir con su última voluntad —reconoció apesadumbrado.

Alana se acercó más y tiró de él hasta hacer que se recostara sobre su pecho. Le pasó los brazos por los hombros y lo abrazó desde atrás.

—Tu tío hubiera querido que fueras feliz, y hacerte cargo de la tienda, con todo lo que llevas por delante, hubiera sido demasiado para ti. Además, sería una insensatez por tu parte hacerte cargo de algo que no puedes afrontar.

—Lo sé. Sé que la decisión que hemos tomado es la más acertada, pero no puedo evitar sentirme mal por ello.

Alana le cogió la cara entre las manos para obligarlo a que la mirara a los ojos.

—Te están sucediendo demasiadas cosas en muy poco tiempo. Estás superado por la muerte de tu tío y por el tema del testamento, pero estoy segura de que en unos días te sentirás mucho mejor. Aunque te duela, sabes que esta decisión es la correcta, tanto para ti, como para Nico. Él debe ser tu prioridad y dudo mucho que tu tío se sintiera feliz si dejaras de lado a tu hijo para dedicarle ese tiempo a la tienda.

—Sé que podría poner a un encargado al frente, pero no tengo capacidad económica para permitirme pagar un sueldo a nadie, y más teniendo en cuenta la cantidad de compromisos que ha dejado detrás. Mi sueldo me da lo suficiente para vivir cómodamente, pagar la hipoteca de mi casa y la pensión de Nico. Pero si me hiciera cargo de las deudas, me ahogaría... No llevo tanto tiempo trabajando como para tener suficientes ahorros con lo que afrontar ese sobrecoste.

—No le des más vueltas, Sergio... Has hecho lo que debías.

Sergio suspiró y se cobijó de nuevo entre los brazos de Alana. Todo parecía más llevadero resguardado ahí, con ella.

—Supongo que sí. Sólo necesito tiempo para asumirlo. En fin... Ahora te toca a ti. ¿Qué era eso de lo querías hablarme? ¿Qué es lo que te ha pasado?

Alana miró hacia su regazo y observó la cara de Sergio que, con los ojos cerrados, por fin parecía que empezaba a suavizar el gesto. Alargó la mano y le tomó un mechón que enredó sobre el dedo índice.

—No tiene importancia...

—Pero si tienes un problema, me gustaría que me lo contaras. Ya sabes que quiero ayudarte, sea lo que sea.

La joven frunció los labios, ahora que él no podía verla. Se lo contaría, sí,

pero no en ese momento. Sergio había tenido bastante agobio en un solo día para que ahora Alana le contara sus propios quebraderos de cabeza. Quería convencerse a sí misma de que la situación con Alex estaba en vías de solución (o al menos, eso deseaba fervientemente), así que se lo contaría pero a toro pasado, cuando ya no fuera más que una amarga anécdota del pasado.

—No es nada. Ahora relájate, que falta te hace. Ha sido una tarde demasiado intensa para ti...

—Sí, pero...

—Pero nada. —Empezó a masajearle los hombros y en poco tiempo comenzó a sentir que la tensión acumulada cedía bajo sus dedos—. Como no sabía cuándo llegarías, no he preparado nada de cena. ¿Te apetece que pidamos algo?

—La verdad es que no mucho. —Sergio permanecía con los ojos cerrados—. Preferiría quedarme aquí echado, entre tus brazos. Tu compañía me alimenta más que nada, pero si tienes hambre, te acompaño con lo que quieras.

—Bueno, podemos dejarlo para más tarde. Yo tampoco tengo hambre ahora mismo.

Apenas llevaban diez minutos así, tranquilos, sin hablar especialmente de nada, disfrutando de su compañía, cuando el móvil de Alana la avisó de que acababa de recibir un mensaje.

Miró el aparato que estaba sobre la mesa y temió cogerlo. Esperaba que fuera Vero, quizás para preguntarle si le había contado a Sergio lo de Alex. Pero después de la *desagradable sorpresa* del día anterior, temía que se tratara de un mensaje no deseado. Así que decidió no hacer caso. Ya lo miraría más tarde o cuando fuera.

El sonido de un segundo aviso, hizo que Sergio abriera un ojo.

—¿No vas a mirarlo? —le preguntó con voz somnolienta en alusión al teléfono.

—No. Mi vida no está pegada ni depende de ese chisme; ahora mi atención está puesta en ti. Ya lo miraré más tarde...

La sonrisa en los labios de Sergio dejó claro que la respuesta le había encantado, así que no insistió más.

Sin embargo, el teléfono no quería dejarlos en paz. El ruido incesante de un mensaje detrás de otro empezaba a resultar molesto.

—Voy a quitarle el sonido —anunció Alana disgustada—. Sea quien sea es un pesado.

Cogió el teléfono, y sin poder evitarlo, comprobó quien era su remitente. El gesto se le descompuso al reconocer el mismo número del día anterior.

—¿Me disculpas un momento? —le dijo Alana obligándolo a incorporarse de su regazo.

No quería arriesgarse a que él la viera así, pero no podía evitar que el simple hecho de recibir un nuevo mensaje de Alex le perturbara. Ojalá fuera sólo para confirmarle que la dejaría en paz, que no la molestaría más. Pero algo en su fuero interno le dijo que no iba a ser así.

Sin mirar atrás (esperaba que Sergio se hubiera vuelto a recostar en el sofá y que hubiera cerrado de nuevo los ojos), se fue hacia su dormitorio y cerró la puerta con cuidado. Con manos temblorosas, abrió la temida pantalla de *WhatsApp*.

«Te quedan tres días para darme mi Noche de Pecado»

«O te gustaría ver esta foto corriendo por los correos de todos los compañeros?»

Un montaje donde aparecía su rostro (¿de dónde demonios habría sacado la

foto?) con el cuerpo de una mujer sacada seguramente de una página porno, le hizo subir la bilis a la garganta.

«No te estoy pidiendo tanto, pequeña»

«Sólo una única noche de lujuria»

«Merece la pena pasar por esto a cambio de tan poco? Una noche. Sólo eso.»

«Los dos lo deseamos. No te reprimas»

«Después, si quieres, volveremos a tratarnos como compañeros.»

¿Compañeros? Y una mierda...

Tiró el teléfono sobre el tocador y se aferró al filo con fuerza hasta que los nudillos se le quedaron blancos. Su reflejo se dibujaba en el espejo que tenía delante, y en él se adivinaba, a pesar de la oscuridad, su desesperación. Cerró los ojos y agachó la cabeza, impotente.

¿Cómo había que hablarle a este hombre para que entendiera que no quería nada con él? Había sido clara y rotunda en decirle que no. Y sin embargo, seguía empeñado en lo mismo...

¿Con qué cara dura se atrevía a decirle que ambos lo deseaban?

¿Acaso no creía que fuera capaz de denunciarlo por acoso? ¿Tan seguro estaba de que ella realmente estaba enamorada de él?

Joder, joder, joder...

Tan inmersa estaba en sus cavilaciones, que no se dio cuenta de que Sergio había abierto sigilosamente la puerta de la habitación para acercarse a ella desde atrás.

Capítulo 38

A través del espejo

—¿Estás bien? —le preguntó al descubrirla con la cabeza hundida entre sus hombros.

Alana se sobresaltó con su voz. No quería que la viera así. Se sentía vulnerable, enfadada, asustada... Intentó sobreponerse y aparentar una serenidad que para nada sentía. Como respuesta, se limitó a asentir, no muy segura de que con ese gesto pudiera resultar convincente.

Sergio la rodeo desde atrás por la cintura. Alana cerró los ojos y apoyo la cabeza sobre su pecho. Suspiró al sentir que los labios de él dejaban un suave beso sobre su mejilla. Eso era justamente lo que precisaba en aquellos instantes. Un gesto dulce, cariñoso, tierno, que le demostrara que no todo lo que la rodeaba era sórdido o desagradable.

Levantó la mano y le acarició el mentón, sintiendo en su palma la incipiente barba que apenas se percibía a simple vista.

—¿Estás bien? —se interesó de nuevo, al sentirla especialmente vulnerable.

—Ahora, sí —fue su única respuesta.

Sergio no se separó de ella. Movi6 la cabeza hasta encontrar la curva de su cuello. All6 empez6 a jugar con la vena que lat6a traviesa y apresurada. Alana se lade6 para permitirle un mejor acceso. Sus labios y su lengua estaban ahuyentando a pasos agigantados los fantasmas que se cernían acosadores sobre ella.

Sintió cómo los dedos que rodeaban su cintura, pugnaban por sacar del pantalón la blusa que tenía remetida. Lentamente, Sergio fue desabotonando todos los cierres. Uno a uno, acariciando a su paso su torso con los nudillos en su camino por abrir totalmente la prenda. Ya sin nada que pudiera impedirselo, Sergio ahuecó sus manos y apresó los pechos de la joven entre sus dedos. Cada vez más ansioso, empezó a jugar con los pezones a través de la tela de encaje del sujetador, provocando en Alana una oleada de placer en el bajo vientre.

Sergio abandonó la montaña de sus senos para ir deslizándose lentamente una mano por el vientre suave de la joven hasta alcanzar el botón de su pantalón. Allí, paseó un dedo por debajo de la cinturilla, acariciándole la piel de un lado a otro. Se detuvo justo en el centro para desabrocharle el botón antes de bajarle la cremallera que le estorbaba para seguir su recorrido. Con el camino por fin sin obstáculos, hundió la palma de la mano hasta encontrar el centro palpitante de su ser.

La respiración y el pulso de ambos se aceleraron al unísono. No hubo palabras entre ellos, ni falta que hacían. Alana, presa de un océano de sensaciones, se vio obligada a sostenerse en los brazos de Sergio cuando su caricia se intensificó. Moviéndose las caderas a uno y otro lado para deshacerse de la prenda opresora y dejarle así a Sergio el camino libre para continuar con su maravilloso martirio. Él la ayudó con la otra mano al darse cuenta de que le costaba librarse del vaquero. Cuando la prenda ya no fue un estorbo, recorrió de nuevo su cuerpo para posarse sobre su inhiesto seno.

Alana observaba fascinada cada uno de sus movimientos reflejados en el espejo frente a ellos. Buscó los ojos de Sergio en el cristal y al encontrarlos, sus miradas se cruzaron, intensas, anhelantes. Había una cierta atracción en mirar sus movimientos reflejados en la brillante superficie de vidrio.

Sergio sabía crear magia; sabía dónde tocar para conseguir que se olvidara de

sus caóticos pensamientos. Se sentía protegida entre sus brazos; sólo se sentía segura aferrándose a él como si fuera el faro que guía la barca hacia un lugar seguro. Incapaz de seguir mirando aquella imagen tan seductora, apoyó la cabeza en su hombro y dejó que se adueñara de sus sentidos.

Él también la necesitaba. Su deseo apretándole las nalgas no dejaba margen a la duda. Sergio necesitaba sentir sus manos sobre él tanto como ella se retorció de placer por sus expertos dedos. Alana deseaba recorrer también la piel de Sergio, besarla, lamerla, disfrutar con su olor picante y atrayente pero su zorro la tenía cogida de tal manera que solo podía moverse en busca de su propio goce.

Cuando una avalancha de éxtasis alcanzó hasta el último rincón de su cuerpo, cayó desmadejada sobre el pecho de Sergio. Él la sujetó con fuerza, sosteniéndola mientras sus miembros laxos se recuperaban.

—¿Mejor? —le susurró al oído con dulzura. Alana asintió con la cabeza.

Con un suspiro audible, se giró en sus brazos y apoyó la mejilla en su hombro.

—¿Por qué eres así conmigo? —le preguntó sin mirarle.

—¿Acaso no lo sabes?

La joven negó con la cabeza desde el refugio de su pecho.

—¿De verdad no lo sabes o sólo estás buscando que te lo diga?

La manera de formularle la pregunta despertó su curiosidad. Levantó la cabeza y le miró a los ojos.

Él aprovechó que la tenía de frente para izarla y sentarla en el filo del tocador. Instintivamente, Alana abrió las piernas y rodeó la cintura de Sergio con ellas. Él apoyó sus brazos sobre el mueble, a cada lado del cuerpo de ella, y acercó su rostro hasta que estuvieron separados por escasos centímetros.

—¿Acaso no sabes que me robaste el corazón un viernes? ¿Que, a pesar de haber sentido que me lo habías pisoteado, nunca tuve la fuerza para recuperarlo de tus garras?

—Pero eso no puede ser —replicó Alana con los ojos muy abiertos por la sorpresa—. Nadie entrega algo tanpreciado en un lugar como aquel en el que nos conocimos.

—Así debería ser —encogió un hombro—, pero fui tan torpe, o tan tonto que me dejé cegar por una máscara y permití que los ronroneos de una gata me llegaran al alma. Estabas tan bonita... Me pareciste tan dulce con aquella falda vaquera y aquella blusa floreada, tan fuera de lugar. Las demás chicas que había aquella noche en la Sala iban vestidas en busca de carnaza. —Hizo una pausa y sonrió mientras con la yema de un dedo le acariciaba los labios—. Todas, menos tú. Tú eras diferente. Por eso me atrajiste desde el primer momento. No había que ser muy listo para adivinar que no eras ninguna *loba* —le cogió la cara entre sus manos—. Se te veía tan adorable, tan tímida, tan avergonzada... Y cuando, sin mirar a nadie más, te acercaste a mí, supe que haría todo lo posible para convencerte de que me acompañaras a un reservado —sonrió al recordar aquel momento—. Pero no hizo falta. Tú me escogiste, por los motivos que fuera, pero me elegiste, y a partir de entonces, mi destino quedó sellado.

—Parece una locura...

—Lo sé. Lo es —le rozó la punta de la nariz con la suya—. Recuerdo que mi tío me advirtió sobre el peligro de encapricharme de alguien en la Sala Pecado, pero el consejo llegaba tarde. Tú habías accedido a verte de nuevo conmigo, y con eso yo sólo me estaba poniendo la soga al cuello. Llámame necio si quieres, pero es la realidad —la besó en los labios—. Mi realidad.

Alana aspiró hasta llenar sus pulmones de aire. Le acarició las mejillas y lo

besó con suavidad, con infinita ternura, la misma que sus palabras habían provocado en su interior. Al separarse, la emoción inundaba su mirada.

—Sé que es pronto para decirlo. Quizás sea aventurado. Y me doy cuenta de que apenas conozco nada de ti. Pero jamás pensé que una metedura de pata tan gorda como la que cometí me llevara a recorrer un camino que nunca imaginé y con el que siempre había soñado —reconoció Alana sin temor a decirlo en voz alta.

—¿Te alegras entonces de haberte equivocado?

—No te imaginas hasta qué punto, Sergio. Te lo digo con el corazón en la mano, porque creo que me estoy enamorando de ti.

—¿Sólo lo crees? —la sonrisa de él iluminaba el cuarto mejor que la tenue luz que llegaba desde el pasillo a través de la puerta entreabierta—. En ese caso, te llevo ventaja, gatita. Yo no tengo dudas de que lo estoy desde el mismo momento en que aceptaste perderte conmigo en el lugar más cutre y sórdido que haya estado en mi vida.

—Qué *zorro* eres...

—¿Te gusta que lo sea?

—Me encanta.

Volvieron a besarse, esta vez con intensidad. Fue Alana quien buscó los botones de la ropa de Sergio, imitando lo que poco antes había hecho él con los suyos, y con menos sutileza que la que él había mostrado, fue desprendiendo prenda a prenda del cuerpo del hombre. La de ella, que había quedado a medio quitar, desapareció también como por arte de magia.

Volvió a encerrarlo entre sus piernas. Él preparado desde hacía tiempo; ella dispuesta a recibirlo a pesar de haber quedado saciada apenas unos minutos antes.

Sergio se hundió en su interior de una embestida certera, fundiéndose en su

cuerpo hasta que fueron uno solo. Abrazados, fueron marcando el mismo ritmo, un vals elegante, acompasado, y a la vez envolvente y arrasador. Los dedos de Alana se hundían en la carne del hombre con cada acometida, consiguiendo que su unión fuera lo más intensa y perfecta posible.

Llegaron rápidamente a la cúspide. Juntos. Intensamente. Porque no sólo se habían llegado a tocar los pulsos que movían los espasmos del placer, sino también las teclas que arrancaban melodías al corazón.

Capítulo 39

No estás sola

Sergio estiró las manos sobre el tablero del tocador mientras reponía su aliento y recuperaba el ritmo de sus pulsaciones. Sin pretenderlo, con el movimiento, rozó el filo del móvil de Alana lo suficiente para hacerlo caer al suelo. Lo ignoró. Su respiración errática y la flojedad de sus piernas sumadas a la contemplación de la musa que tenía frente a él, no le permitían prestar atención a algo tan insignificante en ese momento.

Alana le acariciaba el pelo, aún abrazada a su cuello.

—No sé tú, pero yo ahora mismo me comería una vaca entera —bromeó con tono satisfecho—. Puedo buscar algo rápido de preparar, ¿te apetece?

Él asintió.

—Y algo de beber... —añadió— Me tienes seco.

—Bah, no será para tanto —respondió con coquetería. Luego añadió no tan contenta—. Anda, déjame salir. Veré qué tengo por ahí. Podemos cenar aquí, en el cuarto.

—Perfecto —dijo besándole la sien—. ¿Necesitas ayuda en la cocina?

—No hace falta. Encárgate tú de prepararlo todo aquí.

—Perfecto. —Se hizo a un lado y la dejó ponerse en pie—. No tardes, preciosa.

Una vez que se hubo ido, recordó que había dejado caer algo unos momentos antes. Se agachó y palpó a tientas el suelo hasta dar con el teléfono que se

iluminó al recogerlo.

La pantalla del WhatsApp permanecía abierta. La imagen de *Alana* con las piernas abiertas en una posición bastante descriptiva, fue como si le dieran un puñetazo en el estómago. No tenía derecho a cotillear un móvil ajeno, pero la imagen había saltado a sus ojos y una vez que la tuvo delante, no pudo apartar la vista de ella. No era una visión agradable encontrar la foto de su chica de semejante guisa. En la parte superior de la pantalla, buscó el nombre del remitente, pero sólo encontró un número, sin más.

No debía hacerlo... Pero tampoco podía contenerse. Desplazó el dedo por la pantalla buscando el histórico de la conversación. Pero apenas había subido un poco con el índice, cuando el video de Alex masturbándose le golpeó aún más que la imagen anterior.

Dio varios pasos hacia atrás, incrédulo. ¿Alex y Alana se mandaban ese tipo de *archivos*?

Sintió como la bilis le subía por el esófago, y no porque las imágenes fueran escabrosas, más allá del significado que contenían. Sino porque se trataba de la mujer a quien acababa de declararle su amor, y el hombre del que ella *afirmaba* que no sentía nada.

Se sentó en la cama aturdido, con el teléfono en la palma de la mano abierta, pero sin poder mirar de nuevo lo que tenía delante. Rabia, dolor, tristeza... No podía identificar con claridad el tumulto de sensaciones que estaban desparramándose por cada fibra de su ser. Quizás fuera un poco de todas, quizás un mucho de ninguna.

—No es lo que parece. Si has visto una foto con mi cara, no soy yo... Créeme —la voz ahogada de Alana llegó desde la puerta de la habitación. Había vuelto para preguntarle qué quería beber, y cuando vio en su mano la pantalla encendida del teléfono, se le cayó el alma a los pies. Sobre todo

porque la cara de decepción de Sergio era tan evidente y tan intensa que le dolió en lo más hondo de su corazón.

—¿Entonces qué es lo que es? —preguntó con tristeza.

—¿Has leído los mensajes? —Sergio se limitó a negar con la cabeza—. Hazlo entonces. Éste era el problema del que quería hablarte.

Sergio la observó unos instantes, intentando ahondar en su mirada, buscando descubrir algo en ella. Pero sólo encontró decisión y expectación.

Quería que viera por sí mismo el significado de aquellas imágenes, como si con eso pidiera en silencio que confiara en ella.

Desvió sus ojos hacia la pantalla y fue leyendo con rapidez la conversación desde el principio. Al terminar, aspiró hondo y golpeando el colchón con la mano, le pidió que lo acompañara en el filo de la cama.

Si antes no había tenido claro que sentimiento había albergado al descubrir la conversación, ahora no le cabía duda de que la rabia imperaba sobre todos ellos.

—¿Cuándo empezó esto?

—Hace pocos días. Después de que volviéramos de la sierra.

Sergio asintió.

—¿Por qué no me lo contaste? ¿No confiabas en mí?

—No, no era una cuestión de confianza. Sólo intentaba arreglarlo por mí misma. Además, nunca imaginé que la cosa llegara a estos extremos.

Sergio sopesó mucho la siguiente pregunta. Si le daba una respuesta que no fuera de su agrado... bien, no sabía de qué podía ser capaz.

—¿Te ha hecho algo?

Alana suspiró. Agachó la mirada dispuesta a contárselo todo. Era lo que tenía que haber hecho desde un principio, pero no se habían dado las circunstancias

propicias para ello.

—Bueno, no te negaré que me ha estado molestando. La primera vez que me reclamó *su noche*, me amenazó diciendo que si no se la daba, difundiría entre mis compañeros mi *paso* por la noche de los *Viernes*.

Instintivamente, Sergio apretó los puños, pero fue capaz de contener todos los improperios que pugnaban por salir de su boca. Necesitaba saberlo todo. Debía controlarse lo suficiente antes de que la bomba que latía en su interior estallara definitivamente.

—¿Qué más? Y ya sabes a qué tipo de molestia me refiero —apretó los dientes pugnando por no salir corriendo y partirle la boca al indeseable de Alex—. Quiero saber si te ha agredido físicamente.

Un nuevo suspiro salió de sus labios antes de confesarle:

—Me ha besado en contra de mi voluntad. Sólo una vez —volvió a suspirar para reprimir las lágrimas que amenazaban con escapar de sus ojos—. También me mandó un sobre con una máscara y una nota donde me decía que debía llevarla en nuestro encuentro. Ese día, cuando encendí el ordenador, me encontré un mensaje muy... desagradable... Lo borré de inmediato.

—¿Te ha mandado un correo comprometedor a tu trabajo? ¿Con su *IP*? —preguntó extrañado. Ese imbécil debía sentirse muy seguro para mandar un correo así.

—Sí, pero ya te digo que lo eliminé.

—¿También de la papelera de reciclaje?

—Ay, Dios. Eso no lo hice —contestó llevándose las manos a la cara.

—No lo hagas. Déjalo ahí.

—¿Y si alguien lo ve?

—Es bueno tener una prueba de su acoso, y ha sido tremendamente torpe en mandarte un correo desde su puesto de trabajo. Ahora, sigue contándome. ¿Qué más te ha hecho?

Volvió a tomar aire. A pesar de la vergüenza y las ganas de llorar que sentía, pensaba que le costaría mucho más contarle todo aquello a Sergio. Estaba descubriendo que con él no le costaba abrirse y liberarse de toda la presión que llevaba soportando sola los últimos días.

—Luego vinieron los mensajes que has visto. Ni siquiera sé de dónde ha sacado mi número, porque yo, como puedes imaginar, no se lo he dado, y Vero, que trabaja con él, tampoco. Ella es la única que lo sabe todo, aunque sólo desde esta mañana que se lo conté. —Volvió a hacer una pausa para tomar aire antes de continuar—. Hoy fui a verlo a su despacho para decirle que tenía que poner fin a todo esto, que ni en sueños iba a tener la noche que me está reclamando. Volvió a intentar ponerme la mano encima, pero le pateé los huevos —Hizo una mueca de angustia—. Le dije que si me seguía molestando, lo denunciaría. Pero ya ves que no me ha tomado muy en serio. La de la foto no soy yo —dijo negando con la cabeza enfáticamente—, es un montaje. Pero ¿quién lo va a creer si la difunde por ahí? —preguntó agobiada.

—A ese hijo de puta me lo cargo. —Tiró de ella y la abrazó con fuerza. No dudó ni por un instante en la veracidad de su relato—. Ya le tenía ganas antes, pero ahora... Debiste decírmelo...

—De verdad que pensaba que lo podía arreglar yo sola.

—¿No entiendes que no estás sola? Estoy contigo. Siempre. Para todo.

—Pero tú ya tienes suficientes quebraderos de cabeza con lo de tu tío —se cobijó aún más entre sus brazos—. Tenía previsto contártelo esta tarde, pero te vi tan agobiado que no quise preocuparte más.

La tomó de los hombros y la obligó a mirarlo a los ojos. Ya estaba bien de que le rehuyera la mirada, como si fuera la culpable de algo.

—Lo de mi tío no tiene comparación con esto, Alana. Sólo es dinero que, si Dios quiere, se podrá solucionar cuando vendamos el piso que tenía. Esto te afecta a ti, a tu vida. No voy a permitir que ese capullo te acose y mucho menos que te haga daño. Ahora mismo nos vamos a la comisaría a denunciarle.

La joven hizo un gesto de congoja. Una cosa era decirlo y otra muy distinta hacerlo.

—Yo... Sé que le dije que iría a la policía si no paraba, pero me asusta meterme en ese lío.

—¿A qué vas a esperar? ¿A qué siga mandándote mensajes? ¿A que difunda esa foto falsa entre tus compañeros?

Alana se llevó de nuevo las manos a la cara.

—¿No entiendes que esto es muy difícil para mí? Intento hacerme la dura —su voz se quebró—. Sé qué es lo que tengo y lo que debo hacer, pero no es fácil...

—Nadie dice que lo sea, pero no queda más remedio... Eso, o mañana me presento en su trabajo y me lío a puñetazos con él y no paro hasta dejarlo listo de papeles, que es lo que más me apetece en estos momentos.

—¿Para qué? ¿Para que acabes tú en la cárcel en vez de él? La violencia no soluciona nada...

—No, pero a veces le deja a uno la mar de a gusto —reconoció con un bufido—. Pero me contendré si me prometes que lo denunciarás a la policía. Acepto que no sea ahora, pero sí mañana a primera hora.

—¿Y si lo hago y publica mi foto de todas formas en algún sitio?

—¿Y si no aceptas sus condiciones y lo hace igualmente? ¿O es que acaso tienes pensado claudicar? —sus ojos la escrutaron detenidamente—. ¿Quién te dice que después de esa *primera noche* no te pide una segunda o una tercera? ¿Piensas estar siempre a su merced?

—No, por supuesto que no. No pienso concederle ninguna. Pero reconozco que todo esto me asusta. Sé que si no puedo solucionarlo por mí misma, tendré que buscar ayuda. Y aún así, tengo miedo de lo que pueda pasar.

—No serías humana si no lo tuvieras.

Por primera vez desde que empezara toda aquella pesadilla, una lágrima silenciosa recorrió su mejilla. Ahora que se estaba liberando, sentía que toda la presión que había estado aguantando empezaba a salir al exterior.

—A veces pienso que puede presentarse aquí, en mi casa. Sé que no tiene por qué saber dónde vivo, pero tampoco debería saber mi número de teléfono y aún así lo tiene...

—Eso tiene fácil solución. Te vienes conmigo y punto.

—No me voy a ir contigo, Sergio. Apenas estamos empezando y es muy precipitado... Además, está tu hijo. ¿Cómo se tomaría él que una desconocida invadiera su espacio?

—No eres ninguna desconocida para Nico. Además, no tienes por qué considerarlo como algo definitivo si no quieres. Cuando te apetezca o te sientas por fin segura, puedes volver a tu casa si eso es lo que deseas. Pero mientras pasa toda esta mierda, preferiría que te vinieras conmigo.

Una sonrisa triste brotó de los labios de la chica.

—¿Es que tú y yo no podemos hacer nada normal? Tuvimos sexo antes de conocernos. Lloré tu muerte antes de darme cuenta de que te habías convertido en alguien demasiado importante para mí. Y ahora pretendes que vivamos juntos, aunque sea por una temporada, cuando sólo llevamos juntos

tres días.

—No me negarás que nuestra vida es de lo más interesante —sonrió él también—. A ver que pareja supera lo nuestro.

—No creo que haya muchas que puedan hacerlo... —su sonrisa se tornó divertida.

—¿Qué me dices entonces? ¿Te vienes?

—Supongo que sí... Contigo siempre cometo locuras. ¿Por qué no una más?
—concedió encogiéndose de hombros.

—Y mañana —la señaló con un dedo— iremos a la policía a primera hora. Yo iré contigo.

—¿Qué te parece si lo denuncio primero en el trabajo? Tengo pruebas suficientes de lo que está pasando y ellos pueden intentar meterlo en cintura. Además, igual pueden bloquear su acceso a los correos de los compañeros de la Corporación, no sé... —suspiró abatida—. En el caso de que esa vía no funcione, entonces, como último recurso, acudiré a la policía.

—No me convence... Si presentas una denuncia y lo detienen, un juez podría imponerle una orden de alejamiento y así dejaría de molestarte. Pero no sé bien cómo funcionan estas cosas.

—No quiero escándalos, Sergio. Si lo pudiera arreglar internamente...

—Creo que eres demasiado considerada con esa piltrafa, pero respetaré tu decisión si crees que esta solución es la mejor para ti. Si no es así, prométeme que harás lo que debes.

—Está bien. Te lo prometo.

—De acuerdo. En cuanto nos levantemos, te acompañaré al Ayuntamiento y trataremos de solucionar esto definitivamente. Juntos. No hay vuelta atrás. Ahora, me tienes a mí.

Capítulo 40

Bendita Locura

Al día siguiente, Alana recibió más ayuda de la que había imaginado. Había intentado convencer a Sergio de que no hacía falta que la acompañara; al fin y al cabo, él también tenía su trabajo y no podía dejar *tirados a sus niños* por estar con ella durante el amargo trago por el que debía pasar. Pero debía admitir que el sólo hecho de contar con su apoyo le daba fuerzas para afrontar una situación de la que debía ocuparse de manera definitiva.

—No estás sola... —le había dicho por enésima vez.

—Lo sé, pero tú tienes tus propias responsabilidades. No quiero que te ausentes de tus clases por mí...

—Llamaré al colegio y seguro que podrán buscar a alguien que me supla hoy —volvió a insistir.

—Sergio, ya faltaste bastante por culpa de lo de tu tío. No puedes pedir más días de permiso. Estaré bien, no te preocupes...

Y a pesar de saber que tenía razón, no le resultaba agradable tener que dejarla. Sólo de pensar que podía cruzarse con su acosador en algún pasillo, o que él cabrón ese fuera a buscarla a su despacho para molestarla de algún modo... No, definitivamente, no quería dejarla sola.

Cogida de la mano de Sergio, que le servía para infundirse ánimos a sí misma, se presentó en primer lugar ante la responsable de la Concejalía de Igualdad. Pensó que sería mejor si trataba el asunto con una compañera,

mujer, especializada en estos temas, que con el Jefe de Personal, hombre, con el que no le unía más relación que las reuniones ocasionales de trabajo entre los responsables de los distintos departamentos de la Corporación.

A regañadientes, Sergio aceptó irse una vez que encontró a la persona con la que debía tratar el asunto. No sin antes hacerle prometer que lo esperaría a la salida para marcharse juntos. Entonces pasarían un momento por casa de Alana para recoger algo de ropa y aquello que le fuera imprescindible y de ahí se trasladarían de inmediato al piso de él.

La conversación con su interlocutora fue embarazosa al principio, pero viendo que Silvia empatizaba con su situación desde el minuto uno, se fue sintiendo cada vez más cómoda y más predispuesta a contarle, con todo el detalle, las circunstancias personales y no personales que habían desembocado en el problema en el que se encontraba inmersa.

La responsable de Igualdad no pudo evitar una mueca de repulsión cuando supo quién era la persona acusada de acoso.

—No me lo puedo creer... —exclamó furiosa Silvia—. Es la tercera denuncia que nos llega contra la misma persona en los últimos dieciocho meses.

Aquella información provocó que los ojos de Alana se abrieran como platos.

—¿Qué? —preguntó sorprendida a la vez que se llevaba una mano al pecho.

—Alana, no eres la primera a la que ha estado molestando, pero en el caso de las dos anteriores, ambas se echaron para atrás con la denuncia a última hora.

—Pero... ¿cómo es posible? Quiero decir, no puedo creer que haya molestado a otras dos mujeres y que siga en su puesto de trabajo como si tal cosa, como si nada hubiera pasado —comentó perpleja.

—Ofrecimos a las compañeras, cuyos nombres me reservo por motivos obvios, una mediación para que la situación cesase. La primera vez, se llamó

al orden a este señor y le dijimos que teníamos intención de poner en conocimiento de instancias superiores lo que estaba pasando, y se ve que le metimos el miedo en el cuerpo porque el acoso cesó de inmediato —apretó los labios con rabia—. Cuando nos llegó la segunda, quisimos acudir directamente al Jefe de Personal para que tomara cartas en el asunto, pero la afectada no quiso dar el paso cuando le hablamos del protocolo que hay establecido, siguiendo las directrices marcadas por la Junta de Andalucía, para posibles casos de acoso sexual en las administraciones públicas, que es el que se aplica también en este ayuntamiento. Al igual que pasó la primera vez, en cuanto citamos al señor Bermúdez —comentó refiriéndose a Alex—, el acoso acabó y ella se echó para atrás. Pero ya una tercera vez no se puede permitir... Esto es ya demasiado.

—¿Quiere decir que con llamarle la atención puede ser suficiente para que me deje en paz?

—Seguramente, sí. Pero me juego el cuello a que dentro de unos meses, vendrá una cuarta y una quinta... Esto tiene que parar ya, Alana.

—Y yo quiero que pare, pero...

—Pero si nosotros denunciemos, y después las afectadas se retractan, no podremos llegar a nada —exclamó con énfasis Silvia—. Necesitamos de vosotras para poder pararle los pies de una vez a este sinvergüenza.

La joven se frotó la cara. Si amonestándolo era suficiente para que la dejara tranquila, se libraría de muchos quebraderos de cabeza. Pero también era verdad que, si no daba el paso definitivo, era más que probable que en el futuro otras compañeras se encontraran en una situación semejante a la que ella estaba sufriendo.

¿Cómo se había podido equivocar tanto con Alex?, se preguntó por millonésima vez.

—Está bien —dijo con miedo, pero a la vez con determinación—. Sigamos adelante. No quiero que nadie más pase por lo mismo que yo.

Silvia soltó el aire que parecía haber estado reteniendo a la espera de esa respuesta.

—No te preocupes por nada, Alana. Vamos a preparar el escrito para Personal y, a la vez, haremos como veces anteriores para evitar que Alex te vuelva a molestar —con una sonrisa le demostró su apoyo—. Después de todo, este tipo de personas son unas cobardes: se envalentonan cuando creen que puede dominar a la mujer que tienen en frente; pero en cuanto alguien va por derecho para pararle los pies, se vienen abajo.

—Dejo todo esto en vuestras manos —afirmó con confianza—, pero ten en consideración que es un tema difícil para mí. Espero que se solucione cuanto antes, porque debo seguir trabajando aquí todos los días, y cada vez me apetece menos cruzármelo por los pasillos. Si además, voy a ir en serio contra él, temo que pueda intentar coaccionarme de alguna manera.

Silvia se levantó de su asiento, dio la vuelta a su mesa, se acercó a Alana y se arrodilló junto a ella.

—Si no te sientes segura, si crees que venir a trabajar va a suponer una presión tan fuerte que no puedas sobrellevarla, no dudes en pedir una baja. No creo que tu médico de cabecera, una vez le expliques lo que te está pasando, tenga problemas en darte unos días para que te tranquilices.

—No, no... —negó con la cabeza resuelta—. Prefiero trabajar. Sólo espero que no me ande incordiando. No quiero recibir más correos suyos. Además, me voy a trasladar unos días a casa de mi novio —que raro le sonaba aún hablar de Sergio en tales términos—, hasta que las aguas se calmen un poco. Estaré bien... O eso espero.

—Sea como fuere, a estos casos, que son tan delicados, se le da prioridad y

celeridad en su tramitación. Eso sí, te advierto que se trata de un proceso contradictorio y que, por lo tanto, habrá que dar audiencia a la otra parte para que alegue lo que estime oportuno. Por lo que me has mostrado, hay suficientes evidencias de que el acoso existe. No creo que haya nadie, ni siquiera él, que pueda rebatirlo. Después de todo, ha sido muy torpe porque los mensajes que te ha enviado dejan en evidencia que no se trata de algo consentido por los dos.

—Quiero que esto termine...

—Y terminará, pero debes mostrarte firme y fuerte.

Alana asintió. Debía hacerlo por ella y por las demás compañeras. Y sabiendo que Sergio estaría a su lado, sus fuerzas se veían reforzadas. Cuanto más lo pensaba, más le agradaba la idea de pasar unos días en casa de Sergio: primero por el temor a que Alex se presentara en la suya y la encontrara sola. Segundo, e igualmente importante, por estrechar una relación que a cada momento le parecía más maravillosa.

Agradeció a Silvia su atención y quedaron en volver a reunirse en breve para dar traslado de la denuncia interna al responsable de Personal.

Al salir no se encontró con ánimos de encerrarse en su despacho para centrarse en la montaña de papeles que la aguardaba, así que llamó a Vero para citarla al desayuno aunque fuera más temprano de lo habitual. Así, de paso, le contaría las últimas novedades.

Al igual que había hecho Sergio, Vero le ofreció su casa para que se quedara unos días. Después de descubrir la verdadera cara de Alex, a quien ya no le resultaba fácil aguantar ni siquiera como compañero de trabajo, se sentía en parte culpable de haber abierto la caja de Pandora.

—No debería haberte regalado nunca aquel maldito pase de los *Viernes* —se lamentó, realmente arrepentida—. Si no hubiera sido tan metomentodo, todo

este lío no se hubiera montado.

—Vero, no pienses en ello — Alana le tomó la mano y trató de tranquilizarla —. Piensa en positivo: si no lo hubieras hecho, jamás hubiera conocido a Sergio...

Una sonrisa traviesa apareció en los labios de la amiga.

—Se te ilumina la mirada cuando lo nombras.

—Soy feliz, Vero... A pesar de todo este embrollo y de que apenas nos conocemos, cada vez que estamos juntos siento que no me quiero separar nunca más de él. Es algo, algo...

—Vamos, que te has enamorado hasta las tranquilas, guapa.

—Ay, sí. Mi lado racional dice que estoy loca, pero mi corazón me grita que *bendita locura*...

—No sabes cuánto me alegro por ti. Pero a pesar de lo bueno que te está pasando con Sergio, no puedo dejar de reprocharme a mí misma que si no te hubiera alentado a ir a aquel sitio...

—De no haber sido yo, esto mismo le hubiera podido pasar a otra. Este tío es un salido y un depredador.

—Madre mía, no me puedo creer que ya le haya hecho esto a otras dos compañeras. ¿Silvia no te dio ninguna pista de quiénes eran? Me muero de la curiosidad.

—No, y yo tampoco le he preguntado ni le preguntaré. Al igual que no quiero que mi nombre esté en boca de todos por este asunto, supongo que a las otras dos chicas les pasará lo mismo. Querrán que el asunto corra y que se olvide.

—Qué pedazo de cabrón... Y eso sin contar con el rollo que tenía con la de Secretaria. Este hombre por lo visto tiene carrete para todas, por favor... Y me daba pena, pensando que tenía una mujer que lo ataba en corto y que lo

tenía agobiado...

—Se ve que no tan en corto...

—A lo mejor ella lo tolera —sugirió Vero pensativa—. No me puedo creer que haya pasado por dos amonestaciones y una relación extramatrimonial conocida, y que todavía siga casada con semejante *prenda*.

—Igual no lo sabe.

—O si lo sabe, no le importa ser una cornuda consentida.

—Mira, yo ahí ni entro ni salgo. Son cuestiones de pareja que ellos deberán resolver. Ya bastante tengo con mis propios problemas.

—¿No crees que deberíamos ponerla al corriente? Igual lo sabe, sí, y lo consiente. Pero, ¿y si no lo sabe? La pobre mujer me da hasta pena.

Alana abrió los ojos sorprendida ante la propuesta.

—No me estarás pidiendo encima que me presente en su casa para hablar con su mujer.

—¿Y si le enseñas el video que te mandó?

—¿Estás loca? —la joven no salía de su asombro—. Mira, como dice el refrán, *cada uno en su casa y Dios en la de todos* —acotó alzando las manos como si quisiera desligarse de tan descabellada idea.

—Bueno, no hace falta que vayas personalmente; también se le podría informar de manera anónima. Quizás se le pueda hacer llegar una carta...

—Vero, no me líes y no me calientes, que ya bastante tengo con lo que tengo. De verdad, a mí también me da pena la mujer. Si no sabe el elemento que tiene en casa... Uf, no me quiero ni imaginar cómo le puede caer descubrir el tipo de hombre con el que está casada.

—Creo que deberíamos hacer algo.

—Pues entonces, hazlo tú. Yo me quedo al margen. Suficiente tengo con

lidiar con el marido como para tener que hacerlo con la mujer.

Vero hizo una mueca, pero no insistió más. Quizás su amiga tuviera razón y fuera preferible dejar las cosas así.

Aunque no le pareciera justo.

Capítulo 41

¿Qué es lo que has hecho...?

Por suerte, Alana pasó el día sin tener que soportar a Alex. Cuando acabó la jornada, Sergio fue a recogerla al Ayuntamiento, tal y como habían acordado. Se había quedado más tranquilo cuando, a la hora del recreo, pudo hablar con ella para que le explicara cómo había ido la reunión. A ella se la veía más serena, y eso, en parte, contribuyó también a que él se relajara y se pudiera centrar en *sus niños* durante el resto de la jornada.

En un rato volverían a estar juntos, llevarían las cosas de Alana a su casa y se quedaría con él. Según ella, sólo unos pocos días. Según Sergio... bueno, ya se encargaría de que su estancia se prolongara algo más. Bastante más...

Al llegar a la puerta del Ayuntamiento, sacó el móvil de su bolsillo y busco el nombre de su chica para mandarle un mensaje:

«Estoy en la puerta. ¿Subo a buscarte?»

La respuesta llegó enseguida:

«No hace falta. Ya estoy recogiendo. Bajo enseguida».

Alana guardó el móvil en su bolso y sonrió satisfecha. Después de todo, el día había transcurrido en una apacible armonía. Temía que le llegara algún nuevo mensaje desagradable de Alex, pero no dio señales de vida, ni por WhatsApp ni por correo. Se animó pensando que en cuestión de poco tiempo todo volvería a la normalidad, pero sobre todo le reconfortó saber que, en la puerta, esperaba su chico para llevarla a su casa.

Tenía la sensación de que una nueva etapa se abría para los dos. Ahora era cuestión de tiempo ver dónde los llevaría, pero era innegable que se sentía feliz e ilusionada por el cambio que había experimentado su anodina vida en los últimos tiempos.

¿Quién le hubiera dicho que aquel zorro moreno acabaría robándole el corazón como lo había hecho?

Sonrió de nuevo, feliz, recordando una frase que había leído alguna vez por Internet sobre los errores y los aciertos. Nunca se había sentido tan satisfecha por haber cometido una pifia tan grande como esta; porque gracias a ella, Sergio había llegado a su vida.

No había hecho más que salir del departamento, cuando una voz que no deseaba oír, vino a interpellarla desde atrás.

—¿Qué es lo que has hecho, pedazo de perra?

Se giró justo en el momento en que unas manos fuertes la tomaban por los hombros para empujarla contra la pared, sin darle tiempo de reaccionar. Se oyeron voces que se aproximaban por el pasillo, seguramente compañeros que, como ellos, marchaban de regreso a casa. De inmediato, Alex la agarró de la mano y tiró de ella con fuerza hasta llevarla al aseo de caballeros, que se encontraba a poca distancia.

—Maldita sea, Alex, suéltame ahora mismo o gritaré... —le advirtió mientras trataba de zafarse del agarre. Lo dijo en voz alta para que los que se aproximaban por detrás pudiera oírla. O al menos, eso rogaba ella.

Como respuesta, le tapó la boca con una mano y la izó en volandas hasta encerrarse en uno de los baños. De nuevo, la empujó contra la pared haciendo que la cabeza de la joven chocara con fuerza contra los azulejos, arrancándole un gemido de dolor.

—Mañana mismo vas a retractarte de todas las mentiras que has ido contando

sobre mí. No voy a permitir que me metas en un lío por ser una guarra calentona—le espetó Alex con rabia.

Consiguió zafar sus labios de entre los dedos de Alex y empezó a forcejear para que la soltara.

—Tú solito te lo has buscado a pulso, hijo de puta. Déjame en paz.

—Eres una zorra caliente-pollas que te gusta ir a los burdeles a acostarte con el primero que se te pone a tiro. Como mañana no des marcha atrás, te juro que empapelaré el ayuntamiento con tus fotos.

—Esas fotos no son mías. Nadie va a tragarse un burdo montaje mal hecho.

—Trataba de zafarse moviendo con fuerza los brazos, intentando empujarle lo suficiente para apartarlo de sí.

—¿Y crees que la gente se fijará en eso o en tus piernas abiertas?

—Déjame en paz, cabrón...

—No, no te dejaré en paz hasta que me pagues lo que me debes.

—¡Yo no te debo nada!

Sin embargo, la mirada de Alex era la de un hombre enloquecido. Alana tuvo la sensación de que aquel, que otrora había admirado en silencio, se metía de todo menos miedo. Empezó a asustarse seriamente, cuando la fuerza física de él comenzó a imponerse sobre la suya, a sabiendas de que su posición era de clara desventaja. Las manos de él parecían estar por todas partes de su cuerpo, y ella no daba abasto para sacárselas de encima.

—Por favor, ¡ayuda! —empezó a gritar esperando que alguien entrara en el servicio antes de marcharse a casa; de lo contrario, sus posibilidades de éxito eran escasas.

De repente, unos golpes en la puerta del baño vinieron a sacarla de su situación límite.

—¡Abra! ¡Abra! —se escuchó una voz desde el otro lado de la puerta.

Sergio esperaba pacientemente delante del Consistorio. Empezaba a escamarse de que, a pesar de que Alana le había dicho que estaba saliendo, diez minutos más tarde aún no hubiera aparecido. Todas sus alarmas saltaron de inmediato al ver cómo los dos policías municipales que estaban apostados en la puerta entraban corriendo al interior del edificio.

Sin dudarle un momento, siguió a los agentes hasta llegar al aseo de caballeros.

Dentro había media docena de personas, todos hombres, y una única mujer a quien mantenían abrazada en una esquina del baño. El alma se le cayó a los pies cuando vio la camisa rasgada de Alana y una expresión de pavor pintada en los ojos de su chica.

Se abrió paso entre los que le cerraban el paso para acercarse a ella. Nada más verlo, Alana se separó del hombre que trataba de consolarla para lanzarse de cabeza en los brazos de Sergio.

—Estoy bien, estoy bien... —fueron las primeras palabras sollozadas que salieron de sus labios.

Él le cogió la cara entre las manos y la observó con detenimiento. Los ojos, llorosos, pero sin derramar una sola lágrima; el labio inferior, hinchado como si se lo hubieran mordido. Pero sobre todo, lo que más le impactó, fue el temblor de su barbilla. De su cuerpo en general. Estaba en estado de shock, y sin embargo lo primero que había querido era tranquilizarlo a él.

La abrazó con toda la fuerza de su corazón, como si con sus brazos pudiera hacerle olvidar el trago por el que había pasado. El odio y la ira que sintió en la boca del estómago fueron tan intensos y tan devastadores, que hasta sintió

miedo al pensar en todo lo que deseaba hacerle al hombre al que retenían en el suelo. Si no fuera porque tenía abrazada a Alana, que se colgaba de su cuello como si no hubiera un mañana, podría haberlo matado allí mismo.

El hombre que hasta entonces había estado cuidando de ella, se acercó a la pareja y le habló a Sergio pausadamente, como si quisiera apaciguar los alterados nervios de la mujer que aún seguía sin poder controlar las convulsiones.

—Hemos llamado a la policía para que se haga cargo de la situación. También a una ambulancia por si Alana necesitara atención —le informó con gesto de sincera preocupación.

—Estoy bien, estoy bien... —volvió a repetir Alana con voz apagada desde el refugio del cuello de su chico.

—Muchas gracias por cuidar de ella —le contestó Sergio a quien apenas le salía la voz del cuerpo, tal era la turbación que lo embargaba en aquel instante.

—Supongo que usted debe ser su novio —Sergio asintió—. Convénzala para que le echen un vistazo. A simple vista está bien, pero cuando conseguimos echar la puerta abajo, estaba hecha un manojito de nervios.

—Estoy bien, estoy bien... —repitió como un mantra.

—Sí, no se preocupe. Yo me encargaré de que reciba los cuidados que necesite. Hoy mismo se viene a mi casa, y ya me preocuparé yo de que siga las indicaciones que le hagan los sanitarios.

—Que se quede en casa unos días... Aunque este hombre va a tener muy difícil volver a poner un pie en el Ayuntamiento, quisiera que ella pasara unos días tranquila y recuperándose del susto. Cuando se encuentre mejor, podrá volver. O si lo desea, que coja las vacaciones y que desconecte de todo lo que ha pasado. Lo primero debe ser ella.

Apenas cinco minutos después, los policías y los sanitarios que esperaban hicieron acto de presencia. A Alex se lo llevaron de inmediato, mientras que a Alana la hicieron subir a la ambulancia para hacerle una rápida revisión, ante su negativa de ir a ningún centro médico a que la atendieran. Lo único que precisaba en aquellos instantes era que Sergio no se separase de ella. Con él, se sentía segura y a salvo.

Poco a poco, la gente que los había estado acompañando, se fue dispersando para tomar rumbo cada cual a sus casas. Con toda seguridad, al día siguiente, el Ayuntamiento iba a ser un hervidero de cotilleos. El único que se quedó fue el mismo señor que se había dirigido a Sergio con anterioridad. Aprovechó que estaba solo mientras atendían a Alana para acercarse a él de nuevo.

—¿Cómo sigue? —se interesó.

—A simple vista, bien. Me preocupa cómo estará después, cuando llegue a casa y tome conciencia de lo que ha pasado. Creo que ahora no lo es —contestó preocupado.

—Discúlpeme, ni siquiera me he presentado. Mi nombre es Fernando Hoyos y soy el Jefe de Personal del Ayuntamiento. —El hombre se llevó la mano al bolsillo de su pantalón donde guardaba su cartera y le entregó una tarjeta a Sergio—. Aquí le dejo mi número personal, por si me necesitaran. Si no es mucha molestia, llamaré a Alana esta tarde para ver cómo sigue.

—Le agradezco muchísimo su interés, pero preferiría que me llamara directamente a mí si no le importa. Mejor no molestarla estos días —buscó un papel donde apuntó su nombre y su número para entregárselo a aquel amable caballero—. Si mañana se encuentra mejor, pasaremos por comisaría para presentar la denuncia. Ella quería haber arreglado este problema de manera interna, pero visto lo visto, esto ya ha pasado de castaño oscuro y no

voy a permitir que este hombre se escape de rositas.

Fernando chasqueó la lengua con disgusto.

—Es una pena comprobar cómo una persona puede llegar a perder los papeles en tan poco tiempo. Me entristece especialmente porque Alex era una buena persona, se lo aseguro. Pero tengo entendido que hace unos meses empezó a tontear con determinadas sustancias nada recomendables, que le han hecho perder el norte. Para colmo, su mujer lo dejó hace poco también por culpa del problema que tuvo con otra compañera. Y ahora esto... Lo va a hundir definitivamente, aunque espero que por lo menos le sirva para darse cuenta de que ha tocado fondo y reconduzca su vida.

—Eso es problema suyo. Cada cual toma su propio camino y debe ser consecuente de sus actos. Como usted comprenderá, ahora mismo no son buenos deseos precisamente los que guardo para él. Si por mí fuera... —ladeó la cabeza dejó inconclusa la frase. En su silencio se podía adivinar cuánto rencor sentía por aquel indeseable en esos instantes.

—Sea como fuere, ya no está en nuestras manos. En fin, lo dicho. Le llamaré esta tarde para ver cómo sigue todo. Cuídela mucho.

—Así lo haré, no se preocupe.

Capítulo 42

Te regalo la luna

Alana fue directamente a casa de Sergio aquella tarde. Tras haberle suministrado un calmante, que bien podía haber sido para caballos de lo potente que era, durmió horas y horas. Al día siguiente despertó, además de con un fuerte dolor de cabeza por culpa de la medicación, muy relajada. Porque a pesar de que los efectos del somnífero aparentemente habían pasado, aún sentía una profunda sensación de laxitud en todo su cuerpo.

Sergio se había pedido el día libre. No quería que estuviera sola cuando se despertara, así que aguardó pacientemente a su lado hasta que lo hizo.

En esta ocasión, Alana no protestó. Fue muy agradable encontrarlo junto a ella al abrir los ojos. Y sobre todo, sentir su apoyo horas después, cuando fue a la comisaría de policía a poner la correspondiente denuncia. A pesar de todo lo que había pasado, le había resultado duro dar ese paso, aunque sabía que debía hacerlo. Al salir, cerca de la una de la tarde, se sentía terriblemente cansada, no sabía bien si por la tensión de las últimas horas, o a causa del tranquilizante del día anterior que todavía tenía algo de efecto en su organismo. Con un suspiro de agotamiento, buscó a Sergio y lo tomó de la mano.

—Me alegro de que estés conmigo—le dijo mirándolo a los ojos.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó serio. Era fácil adivinar que sobre ella aún se cernían oscuros nubarrones.

—Bien... de verdad, Sergio, estoy bien. —Bajó la mirada antes de continuar, aunque no pudo disimular una mueca de disgusto que le contrajo el rostro—. Pero ha sido un trago difícil de pasar. No es agradable afrontar todo esto.

—Lo imagino, pero yo estoy a tu lado —apretó sus dedos reforzando más el contacto—. No te dejaré caer...

Y Alana lo sabía. No obstante se había sorprendido mucho cuando Sergio le había contado aquella mañana los posibles problemas de Alex con las drogas, a las que ella quiso culpar del cambio en la actitud de su compañero. Y pensar eso no la hacía sentirse bien. Si Alex tenía problemas, quizás lo más acertado hubiera sido buscarle una ayuda adecuada, no dar el paso que podría acabar hundiéndole del todo.

—Sé que esto es lo que debo hacer, pero ya no estoy segura de que sea lo correcto...

—Alana, no trates de disculparlo después de lo que te ha hecho.

—No, no lo pretendo. Pero estoy segura de que el Alex que yo creía conocer, no es este hombre. Es cierto que apenas había tenido trato con él antes de que pasara todo esto: sólo nos saludábamos al cruzarnos por los pasillos y poco más, pero la imagen que yo tenía de él era muy diferente a ésta —afrontó su mirada y meneó la cabeza—. Sí, quizás fuera una persona a la que le gustaba demasiado la juerga, pero se decía que su mujer lo ataba en corto. Había sentado la cabeza, al menos en apariencia. Me cuesta creer que se haya podido echar a perder hasta este punto.

—Las personas cambian, Alana. Cada uno escoge su propio camino, y si él ha elegido éste, debe atenerse a las consecuencias.

—Lo sé... Pero se me hace duro.

Sergio tiró de la mano que la retenía y la abrazó con fuerza.

—Quizás todo esto le sirva como punto de inflexión en su vida; quizás ahora

que ve las consecuencias que de sus actos pueden derivarse, sea capaz de redirigir su rumbo. Pero primero debe ser consecuente. No pienses en ello. La única persona que puede decidir su futuro es uno mismo.

Alana hundió la cabeza en su pecho y aspiró su aroma. Se agarró a sus costados y se sintió fuerte con él. Porque a su lado, todo parecía cobrar sentido, todo parecía más llevadero.

—¿Sabes lo que me apetece? —la voz de ella era un leve murmullo.

—¿El qué?

—Me gustaría estar en algún sitio tranquilo, apartada de todo. —Se detuvo un instante como si sopesara las opciones—. ¿Podríamos volver a la cabaña de la sierra? —preguntó sorprendiéndose incluso a sí misma por la sugerencia. Necesitaba estar con él, lejos de su casa, de su trabajo, de su ciudad. Necesitaba ese momento de soledad, de intimidad, en el que tan fácil resultaba todo—. Podríamos llevarnos a Nico, como la otra vez.

—Este fin de semana no puedo contar con el enano, aunque quisiera. Es el cumpleaños de su mejor amigo y tiene previsto quedarse en su casa a dormir —sonrió imaginando la escena—. Seguro que cuando se levanten se pasarán todo el día jugando a la consola. En cuanto a irnos, se podría arreglar... Déjame que llame a ver qué se puede hacer. Si no, buscaremos en otra parte.

Sin embargo, no hizo falta buscar otra alternativa. Con el comienzo de la época estival, los que salían de fines de semana preferían cambiar la sierra por la playa, así que no hubo problemas en encontrar sitio libre.

Almorzaron en el primer bar que encontraron con mesas disponibles. Al terminar, fueron primero a casa de uno y después a la del otro para preparar sus mochilas con lo imprescindible, compraron comida, y en menos de dos horas, salieron con rumbo a La Sauceda.

Gran parte del camino lo hicieron en silencio. Alana parecía necesitar ese

tiempo de recogimiento para sí. En varias ocasiones, Sergio la había encontrado con la cara vuelta hacia la ventanilla con la mirada perdida, ausente, inmersa en sus propias cavilaciones. Como era habitual en él, supo respetar sus silencios. Un silencio que, a pesar de todo, no resultaba incómodo.

Una vez hubieron llegado y se hubieron registrado, marcharon con paso lento hacia las cabañas. Fue un camino tranquilo, en cuyo trayecto no llegaron a cruzarse con nadie. Y aunque aún había suficiente luz para poder hacer alguna que otra ruta breve, prefirieron quedarse en el claro donde estaban situados los rústicos alojamientos, disfrutando de la soledad y la tranquilidad. Simplemente se limitaron a organizar las escasas cosas que llevaban, para luego sentarse en el porche a ver cómo caía la noche.

Terminaron de cenar los bocadillos que llevaban cuando ya la oscuridad se cernía sobre ellos. Alana aprovechó que Sergio se ausentó unos minutos para ir al baño para, como hiciera la vez anterior, sacar una de las colchonetas que les serviría de cama y extenderla sobre el frío y duro suelo del exterior. No había nada más relajante que tumbarse al lado de su novio y contemplar las estrellas envuelta en sus brazos.

Se sentó sobre el jergón a esperarlo, y no pudo evitar sonreír al pensar en la manera que había pensado en él. Su novio, su chico, su pareja... Ya no se le atragantaba pensar en él en esos términos. Todo lo contrario, le salía con la mayor naturalidad del mundo.

Contemplando la naturaleza que la rodeaba, empezó a meditar en el tipo de relación que tenían y que había comenzado de una manera tan poco ortodoxa, poniendo en una balanza el debe y el haber de cada uno de ellos.

Hizo una mueca de disgusto. Mirando con retrospectiva, comenzó a tener conciencia de que ella había recibido mucho más de lo que había entregado.

Sí, era cierto que todo empezó con el primer paso que ella dio al elegirle, fuera por el motivo que fuera, aquella primera noche de los *Viernes*. Pero después siempre había sido él quien había llevado la iniciativa:

Sergio había sido quien le propusiera volver a encontrarse una segunda y una tercera vez, porque entre ellos, nunca parecía que una noche fuera suficiente...

Sergio había sido quien intentara poner las bases de *algo* que los llevara a verse fuera de aquel sórdido lugar llamado *Sala Pecado*...

También fue Sergio quien intentó derrumbar el muro de hielo que se había levantado entre ellos aquel día de la excursión en piragua, convirtiendo un encuentro aciago en una cómoda reunión entre amigos, aunque por entonces ellos no lo fueran...

Fue él quien había reconocido su error y le había pedido perdón por haber descubierto su rostro el día que la verdad salió a la luz...

El que había puesto todo el empeño del mundo para hacerla disfrutar de algo tan simple como una escapada al monte, o de hacerla subir a una tabla de surf...

Y sobre todo, quien la había hecho sentir como si ella fuera la mujer más hermosa y querida de todo el planeta...

Eso sin hablar de cómo se estaba portando a raíz del problema de Alex...

Siempre era Sergio, Sergio, Sergio... Quien seguía firme a su lado, convirtiéndose en esa guía, en ese timón al que se aferraba para sentirse fuerte, querida, respetada, y sí, también amada.

¿Y qué había entregado ella a cambio?

Comparado con lo todo lo que acababa de enumerar, no mucho.

Sin lugar a dudas, su parte de la balanza estaba demasiado vacía; faltaba

mucho que entregarle para llegar a ponerse, al menos, a su mismo nivel.

—Te regalo la luna a cambio de tus pensamientos —la voz de la persona que en aquellos momentos ocupaba su cabeza, y sí, también su corazón, llegó nítida desde atrás, sobresaltándola.

Se giró al tiempo de ver cómo se sentaba a su espalda, para rodearle el cuerpo con sus brazos. Una sonrisa se dibujó en los labios de Alana que, con un suspiro, cerró los ojos y buscó el respaldo del pecho de aquel hombre que en tan poco tiempo, con su perseverancia y su dulzura, se había convertido en un pilar primordial de su vida.

—¿Quieres saber que estoy pensando?

—Me gustaría...

—Pensaba en que aún no te he dicho lo mucho que te quiero y lo importante que eres para mí.

Lo dijo con tanta naturalidad, sintiéndose tan a gusto, que incluso a Sergio le asombró aquella rotunda declaración. Trató de buscarla con la mirada pero sólo pudo comprobar desde su posición, que mantenía los ojos cerrados y una expresión serena en el rostro.

—Bueno, ¿entonces no estás conmigo sólo por mi portentoso y maravilloso cuerpo? —bromeó.

Como respuesta, recibió un codazo en las costillas.

—Tonto, estoy intentando abrirte mi corazón; no lo estropees, que estoy hablando muy en serio.

—¿Eso significa que no tengo un cuerpo portentoso? —le preguntó elevando una ceja.

Alana dejó escapar una risa.

—Tu cuerpo me parece magnífico, pero me gustas por mucho más que eso,

bobo.

—¿Ah, sí? —Sergio se mostró tremendamente interesado— Hum, ¿por qué más, si puede saberse? ¿Por mis manos, quizás? —Abrió una de ellas y la mostró delante de sus ojos—. Creo que mis dedos y tu cuerpo tienen una relación de lo más placentera.

—Sergio, estoy a punto de mandarte a la porra... Aunque no lo parezca, quiero parecer seria a la hora de declararme a ti, que por si no te has dado cuenta, es lo que estoy intentando hacer.

En esta ocasión, Sergio se mantuvo callado y la dejó hablar, expectante y nervioso por igual.

—Me he dado cuenta de que me he comportado de manera muy egoísta contigo. Me has demostrado infinidad de veces que de verdad significo algo para ti, mientras que yo... Nunca me he atrevido a entregarte nada de mí. Nada de mi verdadero yo; nada de lo que soy y siento realmente.

—Humm, tampoco es eso. Me entregaste tu cuerpo nada más conocerme, aunque fuera por equivocación.

—¿Equivocación? —se quedó meditando unos instantes—. Sí, es cierto que me equivoqué al elegirte la primera vez. Pero quiero que sepas que eres la mejor metedura de pata que he cometido en toda mi vida; el error que volvería a cometer, una y mil veces.

Al oír aquello, Sergio sintió como si su corazón se hinchara como un globo de agua a punto de estallar. Tiró de ella hasta que ambos quedaron tumbados sobre la colchoneta, girándose lo suficiente hasta situarse parcialmente sobre el cuerpo de Alana.

—¿De verdad?

Alana alargó la mano y le acarició una ceja. Como respuesta, levantó la cabeza hasta que los labios de ambos se unieron en un beso lento, tierno,

profundo, suave.

—De verdad. —Afirmó con pleno convencimiento—. Me has dado tanto, y yo en cambio, tan poco.

—No es cierto... —volvió a repetir Sergio.

—Sí, lo digo porque lo siento y porque sé que es verdad —sus ojos destilaban todo el amor que sentía por él—. Porque tú siempre quisiste un punto y seguido conmigo, cuando yo buscaba un punto y aparte. Y ahora me doy cuenta de que no quiero ese *aparte*. Quiero estar contigo cada día, que nos despertemos juntos, con una caricia y un beso en los labios; que me saques una sonrisa tonta cuando, a media mañana, reciba un mensaje tuyo para preguntarme simplemente qué tal llevo el día...

«Quiero ser yo quien te abrace cuando llegues del colegio. Quiero que me permitas formar parte de la vida de Nico. La que te busque en la intimidad para demostrarte lo que quizás no sepa expresar con palabras».

«Sé que a veces puedo parecer una persona fría e incluso distante. Reconozco que nunca he sido buena exteriorizando mis emociones, y me asusta que por ello puedas pensar que mis sentimientos hacia ti no sean profundos o sinceros»

«Quizás tengas que enseñarme no sólo a montar en una tabla, sino también a ser más efusiva, o más evidente, o no sé... Sólo sé que quiero aprender a demostrarte que eres muy importante para mí; que me enseñes a expresar cuánto te amo.»

Un nudo se iba formando en la garganta de Sergio a medida que ella hablaba. Podía volver a besarla o directamente, comérsela entera. Pero no, ya habría tiempo para afrontar juntos todo cuanto tenían pendiente una vez que se encerrasen en la cabaña. Que a este paso, iba a ser dentro de muy, muy poco. Sin embargo, se limitó a cerrar los ojos y a apoyar su frente sobre la de ella.

—Para no saber expresarte, déjame decirte que acabas de hacerlo divinamente...—le besó la nariz y aspiró su aroma antes de seguir hablando —. Eres tú la que me has dejado sin palabras a mí. No encuentro la frase perfecta con la que poder responderte, porque acabas de bordarlo.

Alana volvió a reír. Siempre igual. Sacándole una sonrisa con facilidad en cualquier situación, en cualquier momento. Él era así, y quizás por eso, ella había acabado enamorándose de él como una quinceañera.

—No hay nada que debas aprender —continuó—. Te quiero tal y como eres, porque siento que así, es como nos complementamos. No necesito una mujer perfecta que me esté regalando el oído continuamente. Sólo a alguien que, incluso en silencio, me acompañe y me haga sentir que está por y para mí. Y no hay nada que desee más que esa persona seas tú. Y te aviso... con lo que me has dicho, vas a tener muy complicado salir de mi piso para regresar al tuyo. Así tenga que amarrarte con cadenas. Acabas de entregarme tu corazón, así que atente a las consecuencias.

—Quizás sea yo la que te ate a ti, y seas tú quien debas cumplir mis deseos...

—¿Perversos deseos?

—Humm, los hay de todo tipo —afirmó mimosa mirándole a través de las pestañas.

—Por ti, estoy dispuesto a vender mi alma al diablo si hace falta.

—No hace falta tanto —rodeó su cuello con los brazos, pasándole al mismo tiempo una pierna alrededor de la cintura—. Como mucho, te pediré que de vez en cuando te pongas una máscara de zorro, pero poco más.

Ahora le tocó a Sergio el turno de reír. Agachó la cabeza y se refugió en el calor de su cuerpo.

Alana miró al cielo estrellado que los cubría como un manto. De repente, una estrella fugaz cruzó el firmamento. Golpeó el hombro de su chico para que

alcanzara a verla.

—Mira, una estrella fugaz. Pide un deseo...

Sin embargo, Sergio no apartó los ojos de aquel rostro que tanto adoraba.

—¿Para qué? El mío ya se ha cumplido. No necesito nada más, salvo quizás, meterme en esa cabaña oscura y probar un par de cosas que se me han ocurrido aprovechando la litera extra que tenemos. ¿Qué te parece si te cuelgo de las cadenas del techo y...?

Alana no le dejó continuar. Entre risas, volvió a darle un golpe en las costillas

—Vete a la porra...

—¿Eso es un sí?

—Faltaría más...

Epílogo

El mejor regalo posible

9 meses después

—De verdad, siento lo de Nico, pero su madre me avisó a última hora... —se disculpó Sergio por tercera vez aquella noche.

—Vamos a ver... ¿cómo te lo tengo que decir? A mí Nico no me molesta; nunca me ha molestado. Si es un amor de niño, por favor. Y sabes que lo quiero con locura —Alana le volvió a restar importancia al hecho de que aquella noche, que habían planeado para que fuera sorpresiva para los dos, terminara diferente a como Sergio tenía planificado.

—Ya, pero yo quería llevarte a cenar a un sitio elegante, y hemos terminado en el centro comercial comiendo en el McDonalds. Vamos, no es lo mismo.

Aquella noche se cumplía un año de su primer encuentro en Viernes de Pecado en el que se conocieron. Habían decidido hacer algo especial, ya que aunque no fuera su aniversario como pareja *formal*, si lo era del comienzo de su relación sexual. Y Sergio había preparado una velada inolvidable para los dos.

Sin embargo, Andrea había avisado a última hora de que debía llevar a su madre a urgencias a causa de una caída. Así que no le quedó más remedio que hacerse cargo del crío en la que iba a ser *su* noche.

Después de tan *pantagruélica* cena, dieron un paseo por el centro, aprovechando las buenas temperaturas de aquella primavera que, como

ocurría en los últimos años, parecían más propias del verano. Subieron al niño en las atracciones permanentes del parque y se tomaron un helado en una conocida heladería a la que recientemente le habían otorgado un premio por la calidad de sus sorbetes.

Cuando llegaron a casa de Sergio, que ahora también Alana consideraba como suya pues, una vez que se hubo mudado nunca más llegó a salir de ella, Nico cayó rendido en su cama en cuestión de minutos.

—Bueno, y ya que por fin estamos los dos solos y el niño se ha dormido... ¿me vas a decir que es lo que te traes entre manos para que no me dejes entrar en el estudio? —le preguntó Sergio cogiéndola de la cintura y pegándola contra su cuerpo—. Sólo te ha faltado echarle un candado. Cada vez que pasaba por el pasillo te tenía detrás gritándome que si iba al estudio me cortabas las manos.

—Es mi regalo de aniversario... —respondió divertida mientras le echaba los brazos al cuello.

—¿Cómo que tu regalo? Venga ya, Alana. Eso no es justo —protestó molesto echándose un poco hacia atrás—. Dijimos que nada de regalos.

—¿Por qué? Tú querías invitarme a cenar en un restaurante caro. Yo, a cambio, quería hacerte un regalo.

—No es lo mismo... Yo no te he comprado nada, y ahora me vas a hacer sentir fatal.

—Bueno, está bien. Digamos que es un regalo para los dos. Espero que eso te haga sentir mejor.

Sergio levantó una ceja y sus ojos se dirigieron inevitablemente a la puerta cerrada del pasillo.

—Bueno, ¿no me lo vas a enseñar?

—Quizás más tarde... —respondió traviesa. Sabía que la curiosidad se lo

estaba comiendo por dentro.

—Oh, no. De eso nada. No me puedes decir que tienes algo para mí ahí dentro y pretender que me quede con las ganas de saber qué es. Ya bastante mosca llevo toda la tarde con la dichosa puerta.

Alana rió encantada. En los últimos meses había llegado a conocerlo muy bien.

—Oh, está bien. Vamos...

Lo cogió de la mano y anduvieron juntos los pocos pasos que los separaban de la habitación cerrada.

—Bien, toda tuya —dijo Alana separándose de él lo suficiente hasta quedar apoyada en la pared.

Con la expectación pintada en el rostro, giró el pequeño picaporte de la puerta blanca lacada. Nada más abrirla, descubrió un inmenso bulto envuelto en papel con un gran lazo llenando casi todo el espacio de la pequeña estancia.

—¿Qué demonios es esto? —preguntó extrañado.

—Ábrelo y lo sabrás.

Sin embargo, los ojos de Sergio se detuvieron un instante en la tarjeta que coronaba la lazada negra:

«Eres el error que volvería a cometer una y mil veces».

La cogió entre los dedos sin poder apartar la vista de las letras impresas. Nunca pensó que tan pocas palabras pudiera contener un significado tan enorme.

Se volvió hacia Alana y la abrazó por la cintura para besarla con todo el amor que sentía por aquella pequeña mujer que, con una simple falda vaquera y unos tacones de color rojo, le había robado el corazón desde la primera vez que la viera.

—No lo llares error. Llámalo destino.

—Un destino cuanto menos caprichoso.

—Pero que sabía cómo jugar las cartas para que tú y yo nos conociéramos.

—Entonces, digamos que se trataba de un destino bastante listo. —La sonrisa de él demostraba que estaba completamente de acuerdo—. Pero bueno, suéltame y abre el paquete. ¿No tenías tantas ganas de saber qué era? —lo apremió la joven, divertida.

Sergio obedeció y se giró para examinar el enorme paquete, intentando adivinar qué podía ser.

—Por curiosidad, ¿cómo te lo has arreglado para envolver algo tan grande?

—¿Cómo? Renegando mil veces en hebreo; pero por mis castas que esto te lo entregaba yo como un regalo. Con lazo y todo...

—Ya, ya lo veo. ¿Puedo romper el papel?

—Por mí lo puedes arrancar a pedazos—lo invitó con la mano entre risas.

Nada más romper el primer trozo, una sonrisa divertida empezó a asomarse en la cara de Sergio.

—No puede ser... —siguió tirando del papel hasta destrozarlo por completo—. No puede ser. Eres única, mi amor.

Las carcajadas de Sergio se vieron silenciadas por la mano de Alana que se había acercado desde atrás para compartir el *momento regalo*.

—Shitt... —pidió apoyándole la yema del dedo sobre sus labios—. Cállate. Tu hijo está en la habitación de al lado, y no quiero que se despierte.

—Oh —arqueó varias veces las cejas—, mucho me temo que se va a despertar, salvo que te pongas un cojín en la boca, cuando probemos este maravilloso sofá.

Alana le propinó un manotazo en la espalda.

—¿Estás loco? Olvídate de estrenarlo esta noche.

—¿Qué? Eso no te lo crees ni tú, hermosa —dijo sentándose a horcajadas sobre su bien recibido regalo. Tiro de su mano y la obligó a que sentarse del mismo modo sobre sus caderas. El vestido corto de Alana cubrió el punto exacto en el que ambos cuerpos se tocaban. Como aquella primera vez que probaron el sofá en la Sala Pecado, la unión entre ambos fue perfecta.

—Sergio —intentó zafarse—, Nico...

Él la silenció con un beso profundo, cargado de toda el ansia que lo dominaba por estrenar su tanpreciado presente.

— Shitt. Vamos, ayúdame a llevarlo a nuestro cuarto. Esta noche lo estrenamos sí o sí.

—¿Pero cómo vamos a llevarlo por todo el pasillo? —le miró perpleja—. El niño se va a despertar.

—Pues que se despierte. Ya se dormirá otra vez.

El sólo hecho de imaginar el poder pasar las siguientes horas sobre aquel mullido sillón tantra lo estaba poniendo como una moto.

—Deja de restregarte contra mí, Sergio —dijo Alana a punto de perder la partida—. Esto no es serio. Y si tú no tienes cabeza, yo sí.

—Venga cariño —la alentó mientras hurgaba por el interior de la ropa interior de encaje, haciendo que se sacudiera a medida que se acercaba al centro de su ser—. No sería la primera vez que hacemos el amor con el niño en casa.

—Ya lo sé, pero no en este sillón. ¿Y si el niño se despierta y entra en el cuarto? En la cama nos podemos cubrir con la sábana, pero aquí...

—No me puedo creer que después de hacernos este regalo, estés dispuesta a renunciar a estrenarlo —movió los dedos hábilmente, sabedor de que si

jugaba correctamente, Alana no tendría escapatoria—. ¿Por qué me lo has dado entonces? —le introdujo un dedo y lo movió con maestría—. ¿Para ponerme los dientes largos?

—Bueno, las circunstancias... han venido... como han venido... —se le escapó un gemido que trató de contener sin éxito—. Pero... así tendremos... en casa... todos los Viernes... de Pecado que nos apetezca...

—¿Viernes? Yo contigo pecaría cada día de la semana de todas las semanas de mi vida. No hay un solo día en el que no estaría dispuesto a pecar por ti, porque contigo no hay ningún infierno al que pueda caer. Sólo encuentro el paraíso cuando te tengo entre mis brazos.

—Claro, claro —afirmó coqueta y anhelante mientras comenzaba a desabrochar los botones de la camisa de Sergio —Me parece a mí... que eres ladino... como un *zorro*...

—Y tú astuta como una *gata*. Si sabes que vas a caer en mi trampa, ¿para qué resistirte?

La alzó ligeramente; Alana aprovechó para bajar la cremallera de sus pantalones y tantear hasta dar con la dureza que guardaba dentro. Sergio se situó en su entrada y de un golpe certero se hundió en el cuerpo de la mujer que amaba. Ella, al sentirlo tan dentro, llenándola por completo, no tuvo más remedio que morderse los labios para evitar que pudieran oírla más allá del pasillo.

Definitivamente, el regalo fue estrenado.

Y el niño, no se despertó...

FIN

Agradecimientos

Este es el tercer agradecimiento que tengo que dedicar a las mismas personas, pero aunque suene repetitivo, ellas siguen estando ahí y no puedo obviar su presencia ni en mi vida personal ni profesional. Tengo la suerte de seguir contando con dos correctoras y lectoras cero únicas: Ana Álvarez y Luz Guillén. Tan grande son sus corazones como creativos son sus espíritus. Gracias por ser y estar.

También quiero dedicar este apartado a un pilar fundamental de mi vida: mi familia. Sé que a veces soy difícil de soportar, y aunque no siempre entiendan esta afición, que en ocasiones, se convierte en algo parecido a una obsesión, siempre está a mi lado apoyando cada una de mis locuras y animándome cuando mis demonios me asaltan.

Por supuesto, a tod@s mis lectores/as, por seguir acompañándome en este camino que un día comencé a recorrer, con demasiado miedo y un montón de dudas. Me siento afortunada por haberme encontrado con personas absolutamente maravillosas que me animan a continuar en la brecha cuando a veces lo que más se desea es tirar la toalla.

A todos: Gracias.

Nota de Autora

Querido/a lector/a. Gracias por haberle brindado una oportunidad a mi *Viernes de Pecado*. Espero que hayas disfrutado de los diálogos y diálogos entre Sergio y Alana. Ha sido una novela que me ha resultado difícil de escribir, pero con la que debo reconocer que he disfrutado en cada momento. Ojalá este esfuerzo haya merecido la pena y te haya arrancado alguna que otra sonrisa.

Como suelo hacer en todas mis novelas, vuelvo a pedir tu colaboración para conseguir que *Viernes de Pecado* siga estando visible para futuros lectores. Por eso, si esta historia te ha gustado, te agradecería que por favor dejaras un comentario en Amazon dando tu opinión. Como muchos ya sabéis, la visibilidad de cualquier libro está en que éste se mueva, lo cual incluye no sólo sus ventas, sino también que disponga de opiniones que puedan animar a futuros lectores a leerla.

Como he dicho muchas veces, los autores necesitamos de vuestro cariño y vuestro apoyo para seguir adelante en este mundo tan competitivo, y aunque lo que te pido pueda resultar una molestia, si puedes dedicarle cinco minutos a colaborar con tu opinión, te estaría inmensamente agradecida.

Recibe un cordial saludo y espero que pronto volvamos a encontrarnos.

Mar.

Sobre la Autora



Mar Álvarez nació en Sevilla, aunque su residencia actual la tiene establecida en El Puerto de Santa María (Cádiz), donde vive con su marido y sus hijas desde hace ya más de diez años.

El primer libro de novela romántica cayó en sus manos siendo una adolescente, y desde entonces, no ha dejado de leerlos. Y aunque siempre

había tenido historias que le rondaban la cabeza con la intención de poder plasmarlas algún día en papel, no se decidió a dedicarse a ello seriamente hasta hace relativamente poco.

Hasta la fecha tiene publicada las novelas Al Sur (Octubre 2016) y Un Okupa en mi Corazón (Abril 2017). También es autora de la trilogía romántica histórica que incluye el título Camino al Paraíso (finalista del Premio RNR-Vergara 2014) que está en fase de reedición y que tiene previsto que vea la luz de nuevo próximamente, junto con los dos libros restantes de la saga.

Puedes seguir a la Autora en Facebook (Mar Alvarez), Instagram (@marimar02es), o en Twitter (@Mar_Alvarez_OK).

Página web: www.maralvarez.es

Avance de Un Okupa en mi Corazón

Capítulo 1

Un Nuevo Proyecto.

—Di que soy un hombre maravilloso...

Ante semejantes palabras, Sabrina no pudo evitar que una sonrisa traviesa asomara a sus labios, al otro lado del teléfono.

—Claro, eres maravilloso —contestó con ironía—. Pero, ¿puedo saber a qué se debe ese ataque de profunda modestia?

La voz de Marco sonó pagada de sí misma, sabedor de que cuando le contara a su amiga la noticia que le tenía preparada, se iba a poner a dar saltos de alegría.

—¿Qué harías si te dijera que estoy a punto de hacer realidad uno de tus más ansiados deseos?

—¿Acaso has conseguido que Hugh Jackman se separe de su mujer y haya aceptado una cita conmigo? —Sugirió a modo de posibilidad, improbable a todas luces.

—Vale... Tu segundo más ansiado deseo.

La curiosidad de Sabrina se iba incrementando por momentos.

—Marco, suéltalo de una vez. ¿Se puede saber qué te traes ahora entre manos?

El hombre sopesó si hacer *sufrir* más a su amiga tratando de forzar que ella acertara la sorpresa que le tenía reservada, o si decirle de una vez aquello que tantas ganas tenía. Finalmente, se decidió por esto último ya que, sin darle alguna pista más a la que poder agarrarse, iba a resultar muy difícil que

pudiera adivinarlo.

—Bueno, está bien, te lo diré...

Sin embargo se mantuvo en silencio unos segundos más tratando de crear expectación.

Sabrina empezaba a impacientarse.

—¿Y bien? ¿Piensas hacerlo hoy?

—Ay, tonta, claro que sí... —afirmó sin poder contenerse por más tiempo—. Ejem, a ver, ¿qué amigo, guapo y garboso, tiene entre su listado de propiedades en venta cierta mansión de aspecto tenebroso...?

La sonrisa se fue ensanchando aún más en el rostro de la joven.

—No es tenebrosa, sólo está algo descuidada...

—Eso no es lo que te he preguntado, querida mía...

Ella mantuvo la paciencia sin poder evitar que sus ojos se elevaran al cielo unos instantes.

—Pues supongo que el único amigo que es propietario de una de las mayores inmobiliarias de la ciudad.

—Y ese es...

—Tú, Marco, tú... —contestó con condescendencia—. ¿Y qué es lo que le pasa ahora a *mi casa* para que me llames tan contento?

Sabrina siempre se refería a ese lugar en tales términos porque desde su infancia, aquella vivienda la había tenido cautivada por completo, a pesar de su estado ruinoso. En muchas ocasiones había dejado volar la imaginación y se había visto caminando entre los amplios pasillos de la vieja mansión, disponiendo de ella como si realmente fuera suya.

—Bueno, resulta que hoy he recibido una llamada del propietario y parece que por fin se ha decidido a hacer algo de provecho con ella. Está viendo que

el tiempo pasa y que ningún inversor se interesa por la propiedad. Y ese evidente desinterés lo está poniendo ya un poco nervioso.

Sabrina resopló.

—Normal que no lo hagan, con el estado tan lamentable en el que se encuentra...

Marco continuó hablando.

—Efectivamente, así que por fin se ha decidido a hacer caso a este humilde servidor. Sabemos que, a pesar de tratarse de una mansión centenaria, sus cimientos están en perfecto estado, que no es poco. Pero huelga decir que el exterior deja muchísimo que desear. Ya habíamos hablado sobre el tema y teníamos claro que si buscaba darle una salida rápida al palacio, solo le quedaban dos opciones: según mi opinión, bajar el precio considerablemente, o según la tuya, invertir dinero en ella para tratar de adecentar su aspecto y lograr así que resulte atractivo a los posibles inversores.

—Sí, lo sé. Como bien dices, esto ya lo hemos comentado muchas veces.

—Así es. Y ahora, a lo que voy. Como la opción que yo proponía no parecía ser del agrado del dueño, empecé a tomar más en serio la otra posibilidad que tú planteabas. Llevo algunos meses proponiendo al propietario que quizás lo más conveniente a sus intereses, aunque en un principio pudiera parecerle contraproducente, era que invirtiera para vender mejor. Y parece que por fin se ha dado cuenta de que llevo razón. Y ahí es donde entras tú en juego.

—¿Yo? ¿Acaso ha decidido...? —Empezó a preguntar sintiéndose cada vez más emocionada.

—¡Efectivamente! Se va a reformar el palacio, y por supuesto, no me ha quedado más remedio que hablarle de la mejor arquitecta y diseñadora de interiores de toda la ciudad, que además, conoce de primera mano el lugar y sabe qué es lo mejor que se le podría hacer para adecentarlo.

Sabrina, que en aquel momento iba caminando por la calle, se detuvo en seco en medio de la acera.

—No puede ser...

—Sí puede ser, cariño. Mañana mismo tienes una cita a las diez en la inmobiliaria. El dueño viene expresamente desde Madrid para conocerte y para que le hables un poco de tu proyecto.

Los ojos de Sabrina se abrieron desmesuradamente.

—¿Proyecto? Pero si yo no tengo ningún proyecto...

—Sabri, has ido a ver la casa conmigo en dos ocasiones. Sé lo creativa que eres y la de veces que me has hablado de todas las cosas que te gustaría hacer si te dieran la oportunidad. Pues bien, tu momento ha llegado.

Por primera vez desde que comenzaron la conversación, Sabrina empezó a sentir pánico.

—¡Pero si apenas habré visto un par de salones! Las dos veces en que pude convencerte para que me llevaras allí, apenas duraste en la casa ni cinco minutos.

—Más que suficientes para mí, tenlo por seguro. Y si no fuera porque la comisión de su posible venta fuera más que jugosa, podrías jurar que le hubiera pasado el inmueble a alguno de mis agentes para que ellos se la llevaran. Al menos, no sé si decir que por suerte o por desgracia, ningún posible cliente se ha molestado en venir a verla cuando se han enterado del estado en que se encuentra. Sería un mal trago si tuviera que enseñarla con su aspecto actual. Pero quizás, si le dieras un lavadito de cara, consigo superar el miedo que siento cada vez que cruzo sus puertas y conseguimos quitárnosla de encima de una vez.

Sin embargo, Sabrina no estaba centrada en aquella última puntualización. Seguía dándole vueltas a la petición de su amigo.

—¿Cómo voy a presentar un proyecto habiendo visto sólo dos salones, Marco? ¡Estás loco! Es una mansión de 4.000 metros cuadrados. Y eso sin contar las ocho hectáreas de los jardines...

—Bueno, pues utiliza tu imaginación, chica. Visto un salón, vistos todos.

—A ver, Marco —trató de que su voz sonara razonable—, me estás pidiendo que te prepare un proyecto en menos de veinticuatro horas de una mansión que no conozco.

El chico hizo un mohín que ella no pudo ver.

—¿Me estás diciendo que vas a renunciar a uno de tus más ansiados sueños por un contratiempo tan insignificante?

—¡Insignificante dices!

—A ver, Sabri, había pensado en ti porque sé lo enamorada que estás de esa casa y porque pensaba que te haría ilusión. Pero si no te crees capacitada, puedo buscar a otra persona.

Sabrina apretó los dientes. Su amigo la estaba pinchando a sabiendas, seguro de cuál sería su respuesta.

—Marco, dame al menos algo de tiempo...

—No puedo, cielo. Este hombre viene mañana mismo.

—¿Y a qué viene tanta prisa? Hace tres años que tienes la casa en venta y ¿ahora va a querer buscar una solución a su falta de clientes de un día para otro?

—Precisamente por eso. Porque lleva demasiado tiempo inmovilizada sin que se haya recibido ni una sola oferta... ni siquiera una ridícula digna de ser rechazada. Nada. Cero. ¿Lo entiendes?

Sabrina pensó con rapidez.

—A ver, hagamos una cosa. Esta tarde iremos juntos a la casa, me la

enseñarás como es debido y trataré de presentarle algo a tu cliente mañana... como adelanto de lo que se podría conseguir con tiempo y dinero. Puedo mostrarle su potencial, pero necesito algo con lo que trabajar.

—Venga Sabri, no me hagas esto. Sabes que no me gusta ir a la mansión. Me da pavor.

—Por favor, Marco, no empieces de nuevo con lo mismo que te veo venir...

—¿Y si se nos aparece al fantasma...? —aventuró el joven.

Sabrina volvió a mirar al cielo con resignación.

—¡Pero qué fantasma ni que ocho cuartos!

Marco se santiguó en la soledad de su despacho.

—Ya sabes lo que cuentan las leyendas.

—De verdad con lo inteligente y sensato que eres, no me puedo creer que te tragues esas pamplinas. A quien hay que temerles es a los vivos no a los muertos.

—Sabri, no quiero...

—Marco, no seas infantil. ¿Cómo pretendes vender la casa si su agente se niega a enseñarla?

—Supongo que cuando no tenga más remedio tendré que hacerlo; pero antes me tomaré un copazo para poder afrontarlo. Mientras tanto...

—Vamos, Marco... Necesito que me echés un cable. Me encantaría poder encargarme de la mansión, pero necesitaría ir allí para reconocerla como es debido.

—¿No te vale con las fotos que tenemos en la inmobiliaria?

—Si es que apenas tenéis alguna que merezca la pena... ¿Qué quieres que haga yo con media docena de imágenes?

—Eso no es del todo cierto. Lo que pasa es que no todas están colgadas en

Internet, más teniendo en cuenta que no son demasiado *bonitas* para mostrarlas. Las teníamos guardadas por si alguien se interesaba en la casa y nos requerían algo más de información. Pero como no se ha dado el caso...

—¿Y por qué *yo* nunca he visto esas fotos?

—No sé, no pensé que te interesaran...

—¿Estás de guasa, no? —Sabrina suspiró. Estaba claro que iba a tener que apañárselas con lo que fuera—. Está bien; mándame lo que tengas. Con eso y con lo poco que conozco, trataré de esbozar algo que mañana pueda presentar al propietario. Pero te advierto desde ya que vas a tener que tragarte tu miedo te guste o no. Porque si finalmente este señor decide seguir adelante con lo que le muestre, necesitaré elaborar un proyecto de verdad con un presupuesto detallado que resulte atractivo e interesante, y no el mamarracho que me vas a obligar a mostrarle ahora.

—Seguro que lo harás genial. No hay a nadie con más talento que tú.

—Anda, déjate de lisonjas y envíame las fotos en seguida. Voy de camino a casa y en cuanto llegue espero verlas en mi correo electrónico para poder empezar a trabajar de inmediato.

—Las tendrás allí en cinco minutos. Te lo prometo.

Al colgar, Sabrina no pudo reprimirse por más tiempo y se puso a dar saltos de alegría en medio de la calle, haciendo que la gente que pasaba por su lado la mirase tanto con extrañeza como con diversión. Miró el teléfono que aún tenía fuertemente agarrado con ambas manos y le dio un sonoro beso. Definitivamente, Marco tenía razón, era un hombre maravilloso. Él sabía mejor que nadie la *relación de amor* que Sabrina tenía con aquel palacete desde su más tierna infancia, y se dijo a sí misma que, aunque no tuviera los mejores medios ni la más detallada información, estaba dispuesta a quedarse toda la noche trabajando si era preciso para presentar un proyecto que

enamorase al actual dueño. Como le había dicho Marco, imaginación no le faltaba, y mucho menos si se trataba de la "Mansión Tenebrosa", como a él le gustaba llamarla, aunque su nombre verdadero era "La Alborada".

Había soñado tantas veces con tener la posibilidad de rehabilitarla, de darle el esplendor que merecía, que no estaba dispuesta a dejar escapar aquella oportunidad de ninguna de las maneras. Era incluso capaz de hacerlo gratis con tal de conseguir el ansiado trabajo, pero claro, ese detalle no se lo iba a decir a nadie tan alegremente.

Sabía que si le encargaban el proyecto, iba a tener que dedicarle muchísimas horas, pero estaba dispuesta a hacerlo. Y si encima le pagaban por ello... Simplemente no se podía pedir más.

Afortunadamente no estaba lejos de su casa, así que en cuanto llegó, soltó su bolso en la primera silla que encontró y fue rauda a su despacho a encender el ordenador.

Llevaba su pequeño negocio desde casa gracias a Internet, desde donde le llegaba el 75% de su clientela. El 25% restante era local. Lo bueno que tenía vivir en un mundo tan globalizado era que todo cuanto necesitaba podía conseguirlo a golpe de clic.

De inmediato abrió su cuenta de correo y arriba del todo estaba el mensaje que esperaba.

Pinchó en los archivos adjuntos y una ristra de unas quince fotos fue abriéndose una tras otra. Alguna de ellas las descartó de inmediato, al tratarse de las mismas zonas comunes de salones y terrazas que ya conocía de primera mano. Había otras pocas más de lo que parecían ser habitaciones privadas, todas ellas aparentemente de amplias dimensiones: unas con paredes cubiertas de madera, otras con murales claramente desdibujados y desgastados, y otro par con la pintura descascarilladas. Casi todas tenían los

techos de madera, aunque en las fotos no se podía apreciar con nitidez el estado de su conservación. Todas las imágenes de las habitaciones eran nuevas para ella, y Sabrina no pudo evitar que un gusanillo de expectación empezara a recorrerle las entrañas. Eran una auténtica belleza, y estaba segura de que una vez restauradas, serían aposentos dignos de un rey. Bueno, quizás no tanto, pero podían acercarse.

Al menos tenía ya material suficiente para trabajar. Y aunque la labor que se le avecinaba era ardua y el tiempo escaso, se sentía tan entusiasmada que ni siquiera se planteó el no poder llegar a tiempo para mostrar el encargo.

Así que, sin más dilación, sacó de la cajonera un bloc de dibujo con sus respectivos lápices, así como la tableta digital para pasar las imágenes al ordenador. Se remangó, puso algo de música suave, y con firme determinación, empezó a elaborar el que iba a ser el proyecto más importante de su carrera.

<http://amzn.to/2oHhXoH>



[1] Persona muy pesada

[2] Parque Natural de Los Toruños, en El Puerto de Santa María.